



JAQUE A LA
REINA BLANCA

JOSÉ MIGUEL CARRILLO
DE ALBORNOZ

SIPHONISBA ANGVSSOLA VIRGO AMILCARIS THIA EX VERA
PETHIE TRES SVAS SCIBORES ET ANGLIAM PINXIT. MDLIV

Lectulandia

En esta apasionante novela histórica, José Miguel Carrillo de Albornoz narra la intensa vida de María Luisa Gabriela de Saboya (1688-1714), primera esposa de Felipe V y una de las reinas más queridas desde Isabel la Católica.

María Luisa Gabriela fue una de las protagonistas del conflicto más importante de su tiempo: la guerra de sucesión a la corona. En los doce años de su reinado disfrutó del amor apasionado de su marido. El primer rey Borbón de España, al que correspondió con la misma entrega. Con solo catorce años, mientras Felipe estaba en Italia, fue regente de España con el apoyo de la insigne princesa de los Ursinos, su poderosa e inteligente Camarera Mayor. Tuvo tres hijos, dos de los cuales serían reyes de España, Luis I y Fernando VI, y murió de tuberculosis a los veintiséis años, poco antes del triunfo final de Felipe V en la guerra.

Esta novela es un merecido homenaje a la figura de María Luisa Gabriela, además de un excelente relato de principios del siglo XVIII, las intrigas de la corte, las conspiraciones, las luchas y las batallas que provocaron el cambio de dinastía.

Lectulandia

José Miguel Carrillo de Albornoz

Jaque a la reina blanca

ePub r1.0

liete 24.10.14

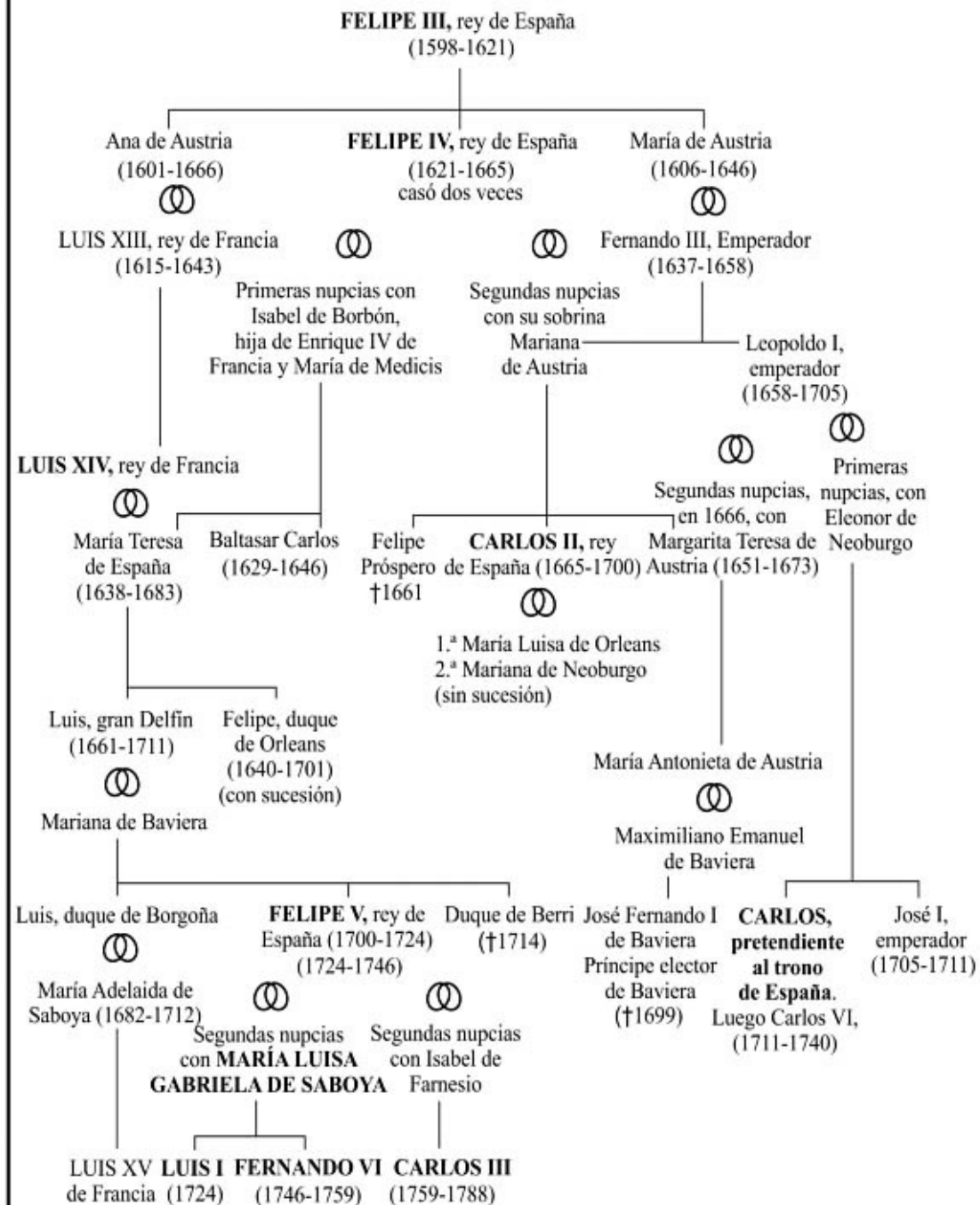
Título original: *Jaque a la reina blanca*
José Miguel Carrillo de Albornoz, 2007
Retoque ilustración: isyntax

Editor digital: liete
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

En memoria del que fue el mejor de los amigos, Ramón Orti Uhagón, «Monti», diplomático, fallecido en acto de servicio en Helsinki, en 1990. A su madre, Rosario Uhagón de Prado, viuda del embajador Ramón Orti Fernández de Sedano, a sus hermanas Rosario e Isabel Orti Uhagón y a los hijos de las dos, Borja y Mónica Suárez de Tangil Orti y Macarena y Luis Rodríguez Orti, con todo mi cariño.

Genealogía de la sucesión de Carlos II



Febrero de 1714

Real Alcázar de Madrid

Habían pasado los primeros días de febrero y se habían desvanecido las esperanzas de curación de la soberana de España. En la reñida partida de ajedrez que María Luisa Gabriela llevaba jugando varios años con la muerte, ésta —la ominosa reina negra— estaba a punto de dar el definitivo mate a la reina blanca. Ya no había huida para ella; no había esperanza de supervivencia. Su vida se estaba extinguiendo sin solución y lo sabían todos, desde el rey, la princesa de los Ursinos y la marquesa de San Antonio —la fiel amiga de la reina— hasta el último de los criados del Real Alcázar de Madrid. El rumor sobre la próxima muerte de la reina, tan querida por los madrileños, se estaba extendiendo, poderoso, como una onda que se expandía fuera de control por toda la capital del reino y muchos de esos ciudadanos que la habían vitoreado y apoyado en tantos momentos duros y en tantos otros felices, se habían acercado a la explanada de Oriente de palacio, como sonámbulos, para esperar allí las fúnebres noticias que sabían que iban a recibir muy pronto.

Y mientras, en las iglesias de San Andrés y de San Isidro, de San Marcos y de San Miguel, así como en otras de nobles advocaciones y en los monasterios de las Descalzas Reales, de la Encarnación y de los Jerónimos, se rezaba sin cesar por el alma de la reina, ahora que su cuerpo iba a dejar de respirar. El día 13 de febrero, Helvetius, el médico eminentísimo, enviado por Luis XIV para que viera a la reina de España, la había desahuciado y se lo había comunicado al rey.

—No hay nada que hacer, señor —había dicho a Felipe V, compungido—. La vida de la reina está ya sólo en las manos de Dios. La ciencia humana nada puede contra la tisis que la está matando. Si no acontece un milagro...

—¿Estáis completamente seguro, doctor?

—Sí, majestad. Apenas deben quedarle horas o, a lo sumo, unos días de vida. Sus pulmones están dañados de modo irreversible y pronto no podrá continuar respirando. La muerte se cierne sobre vuestra casa. Preparaos para lo peor.

—¡No puede ser!; ¡otra vez más, no!

—¡Tenéis que aceptarlo! Yo ya no puedo hacer nada más.

—¡Qué cruel nueva me dais, y lo decís de un modo tan frío!

—No lo he pretendido, majestad. Siento mucho no poder ser optimista... De verdad lo siento mucho.

—Yo sí que lo siento de verdad, médico. La negra parca, con su carga de infortunio, se está cebando en nuestra familia sin piedad en los últimos años y está colmando mi aguante. Parece como si el Todopoderoso estuviera equilibrando la balanza de sus dones con la casa de Borbón y por haberla ensalzado tanto, ahora lo

equilibra, dándonos los más duros golpes, uno detrás de otro.

—Estáis muy afectado, majestad. Es comprensible vuestro dolor.

—Esto es algo más que dolor, Helvetius. Es desesperación. Primero, se llevó a mi padre, el gran Delfín, hace menos de tres años y luego, poco después, a mi hermano mayor, a mi cuñada y a mi sobrino primogénito. En sólo unos meses han muerto tres herederos del trono de Francia y ahora, cuando todavía nos duelen tan duras pérdidas, nos ataca personalmente, en lo más sensible, llevándose a mi Luisa, la mejor de las esposas, la más cariñosa de las madres y la más querida de las reinas, en plena juventud, con sólo veinticinco años. ¿Cómo puedo aceptarlo? Decídmelo, doctor. ¿Acaso es eso justo? ¡Dios mío, cómo pones a prueba mi fe!

Helvetius inclinó la cabeza en silencio. No podía decir nada. Había vivido de cerca las otras muertes de la casa real de Francia y comprendía muy bien al rey de España. Incluso su poderoso abuelo, Luis XIV, había llorado desconsoladamente, como un ser humano cualquiera, la pérdida de los duques de Borgoña, sus nietos y de su bisnieto el duque de Bretaña. El médico lo había visto en persona y podía atestiguarlo.

—Es un golpe terrible, señor —dijo la princesa de los Ursinos, que estaba a un lado, acercándose al rey e interviniendo en la conversación—. Pero tenéis que ser fuerte. Lo habéis sido para soportar la pérdida de vuestro padre, vuestro hermano y vuestro sobrino. Sedlo también ahora para aceptar la de la reina, mi señora, que tanto os ama. Sé que permaneceréis a su lado hasta el fin, con el rostro sereno, que ella conoce y quiere tanto. Al menos así le será más fácil partir.

—Voy a intentar hacerlos caso, como en tantas otras ocasiones, princesa. Y vive Dios que nada nos va a ser tan difícil en la vida como esto. Con ella se me va la alegría de vivir y el mejor de los apoyos, porque no sólo ha sido nuestra esposa y amante, sino nuestra amiga y consejera. Pero eso lo sabéis vos mejor que nadie. Ahora, Ana María, ya sólo os voy a tener a vos.

—Os agradezco la confianza, Sire, pero no debéis olvidar que además de mi humilde persona, contáis con todo un reino que ya es vuestro gracias a las armas y con unos ministros excelentes, que os ayudarán en estos momentos difíciles. La muerte de la reina forma parte del Designio Divino y, como tal, debemos aceptarla, aunque no la comprendamos.

—En eso tenéis razón. Sólo Dios conoce sus propios porqués. Mi fe es sólida, y si en los momentos más difíciles de mi vida me ha servido de bastión, incluso contra mí mismo, ahora deberá ayudarme a aceptar la pérdida de la persona que más he amado en la vida.

—Así debe ser, majestad. Sabéis que yo estoy y estaré siempre a vuestro lado, mientras lo deseéis. Y os serviré como vuestra más fiel súbdita y vuestra mejor y más leal consejera.

—Cuento con ello, princesa. No sé qué haría sin vos en estos duros momentos en que todo se me hace tan cuesta arriba. Acompañadme, por favor, hasta el lecho de la

reina. Quiero estar con ella el mayor tiempo posible, ahora que le queda tan poco...

—Sí, majestad —dijo, despidiendo con un gesto al médico del rey Luis XIV, que se inclinó y se retiró de la antesala de la cámara de la reina, donde estaban.

Felipe V estaba vestido entero de negro, como si fuera la reencarnación de uno de sus antepasados, los reyes Habsburgo. Estaba tan triste que había hecho que buscaran uno de los trajes a la moda de los Austrias que sólo había usado al principio del reinado. El tacto del terciopelo negro bordado de negro azabache le sentaba perfectamente al dolor de su alma. Su hermosa cabellera, rizada y empolvada a la francesa, era como una orla dorada que enmarcaba su rostro hermoso y triste, con profundas ojeras que no había intentado ocultar y que se debían a que no había sido capaz de dormir bien los últimos tres días por la preocupación del empeoramiento de la salud de la reina. Llevaba como todo adorno una insignia de diamantes del Toisón de Oro al cuello, la miniatura con el retrato de la reina delicadamente pintado, que acariciaba mecánicamente e inconscientemente, y la banda azul de la orden del Espíritu Santo de Francia.

Haciendo un sobrehumano esfuerzo, compuso en la medida de lo posible el rostro regio, quitando de él la expresión de dolor con un gran esfuerzo y mirando al pálido rostro de la princesa de los Ursinos, que también estaba exhausta pero que ocultaba mucho mejor los devastadores efectos de la falta de sueño de los últimos días, y dijo:

—Entremos en la cámara de la reina. Quiero ver a María Luisa Gabriela.

—Como deseéis, Sire. Os sigo.

Los guardias que estaban apostados ante la puerta la abrieron ante las palabras de Felipe V, y el rey de España y la princesa de los Ursinos entraron en la cámara mortuoria con pasos suaves.

La habitación de la reina, enteramente renovada, había sido decorada a la francesa, como era su gusto. Estaba tenuemente iluminada por unos ricos candelabros de plata y oro, que, en lugar de dar una luz alegre, parecían resaltar las sombras de los regios muebles que la princesa de los Ursinos había hecho traer de París para su confort, algunos años atrás. Los altos techos de la estancia se perdían en una mórbida penumbra cargada de sombras ominosas. Mientras se acercaban con suaves pasos, vieron a la marquesa de San Antonio, la fiel amiga de la reina, que estaba a su lado. Al ver al rey, la joven dama se levantó y haciendo una silenciosa reverencia se retiró hacia atrás para dejar paso a Felipe V. Éste no quitaba los ojos de la reina María Luisa Gabriela, que yacía en el lecho real, exangüe, pálida y enferma de muerte, aunque en su rostro aún se podía distinguir unas chispas de energía y de vida, que quizás fueran las últimas.

Apenas unas horas atrás, la princesa había estado con ella, arreglándola, como todos los días, en privado, con sólo la marquesa de San Antonio, la azafata y una dama de cámara, y la peluquera real, que tenía el importante cometido de tener siempre listas varias pelucas del mismo tono del cabello de la reina, para ser utilizadas según sus necesidades. Nadie sabía que la reina había perdido casi todo el

cabello por su enfermedad y su coquetería y su sentido de la majestad no le permitían que otros, aparte de la princesa de los Ursinos y sus sirvientas de mayor confianza, vieran su deterioro físico, que cada vez se había hecho mayor en los últimos tiempos mientras iba perdiendo, día a día, semana a semana, su partida con la muerte. Unos tules estampados estaban anudados, engañosos, a su cuello antaño tan bello, pero en realidad sólo procuraban esconder la miseria de los feos ganglios que lo afeaban; también su rostro había sido cuidadosamente empolvado, con rosados coloretes, émulos del color de la vida, que no conseguían enmascarar la gravedad del estado de la real enferma, que pese a todo no había perdido su claridad de juicio en ningún momento.

—¿Quién está ahí? —preguntó.

—Soy yo, Luisa. Vengo a verte con Ana María —dijo el rey, con un tono pretendidamente desenvuelto.

—Ah, mi señor. Me alegra que hayáis regresado a mi lado. Siento que la oscuridad quiere rodearme con su brazo firme y llevarme con ella y aún procuro luchar contra sus insinuaciones, pero tengo tan pocas fuerzas... No deseo morir. No deseo dejaros solo. Sé que me necesitáis tanto. ¡Qué cruel destino!

—¡Calla, Luisa! Reserva tus fuerzas.

—¿Para qué, mi señor? Dejarme que gaste estas últimas fuerzas mías con vos. No me engaño. Sé que me muero. Lo siento en la atmósfera de la habitación, que produce sombras espectrales en torno a mi lecho desde hace días. Está visto que por fin la señora muerte viene a darme el jaque mate. Lo percibo tan claramente como antaño percibía la vida que tenía ante mí.

—No digas eso, Luisa. Me produce desazón.

—¿Por qué no, mi señor? Es mi tiempo de partir, pero al menos sabed que no temo a la muerte por más que, para aterrarme, se quiera anunciar de modo macabro con algunos de sus más sombríos heraldos. Y como no la puedo eludir por mucho tiempo ya, será mejor que venga, pues. Me hallará preparada. Soy católica, apostólica y he vivido una vida plena, de acuerdo con los mandatos de la religión. He sido feliz a vuestro lado y estoy en paz conmigo misma, y aunque no desee irme acepto que me ha llegado la hora.

—¡Quédate con nos, Luisa! ¡No nos dejes! —dijo el rey con un susurro de voz.

—¿Qué no daría yo por poder estar con vosotros unos años más? ¿Qué va a ser de ti, mi querido esposo? ¿Y de nuestros niños, el príncipe Luis y los infantes Felipe y Fernando?

—Yo cuidaré de ellos hasta que estéis mejor, majestad —dijo la princesa de los Ursinos acercándose al lecho y mirando a la reina con devoción.

—Tú sabes tan bien como yo, querida Ana María, que no voy a mejorar. Ven a mi lado —dijo tendiendo la mano a la princesa de los Ursinos, con un gran afecto—. Sabes que te confiaría mi misma vida y eso es precisamente lo que voy a hacer. Te lo pido como tu reina y como tu amiga. ¡Cuida del rey, mi querido esposo, y de mis

hijos cuando yo me vaya! Necesitarán tus sabios consejos y tu claro juicio tanto para los asuntos públicos como para los privados.

—Sabéis que podéis contar conmigo para todo, señora, lo mismo que su majestad el rey y vuestros reales hijos.

—Sí. Lo sé. Pero te los encomiendo especialmente en esta hora final. Sé que para el rey mi muerte va a ser muy dolorosa. Mitigad en lo posible su dolor. Cuidad que no se deje llevar demasiado por el dolor de mi pérdida. Al fin y al cabo, es el rey de España y tiene un deber para con la nación y el trono.

—¡Calla, Luisa! No me gusta oírte decir esas cosas.

—Debo hacerlo, mi señor, aún corriendo el riesgo de contrariaros ahora que aún tengo fuerzas. Sabes, Felipe, que te amo con todo mi corazón desde el día en que nos casamos y te lo he demostrado de muchas formas durante todos estos años, que han estado llenos de vivencias tan intensas. Juntos hemos luchado por el trono que te dejó tu tío abuelo, el rey Carlos II, desde el principio. Y nunca dudé de ti, de que conseguirías tu propósito, como tú nunca dudaste de mí, y durante más de doce años nos hemos apoyado el uno al otro y nos hemos amado, en los buenos y en los malos momentos. Pero me has hecho sentirme especialmente querida durante la enfermedad, cuando me seguías deseando y compartías mi lecho, a pesar de mis fiebres y mis males, dándome tu calor y tu fuerza. Tú has sido lo primero en mi vida, como yo lo he sido en la tuya, y mi lealtad y mi amor son tuyos hasta que se extinga la última chispa de vida que me queda.

—También yo te amo con todo mi corazón, Luisa.

—Lo sé, mi señor. Y aunque viviera cien vidas no tendría suficientes para agradecerlo. Ahora que me marchó, os encomiendo de nuevo a Ana María, mi camarera mayor y mi más respetada consejera. A ella le debo mucho, porque seguí sus inteligentes y oportunos consejos y me ayudó a ganarme al pueblo y a hacerles partícipes de nuestras alegrías y nuestras penas. Apelé a ella y ella siempre estuvo ahí y quiero que tú, Felipe, confíes en la princesa de los Ursinos, lo mismo que lo he hecho yo durante todos estos años.

—Puedes quedarte tranquila, Luisa. No dudes que lo haré. Sabes que Ana María cuenta con mi real aprecio.

—Me alegra oírtelo decir de nuevo, en esta hora, Felipe. Ella te servirá bien y su apoyo será un consuelo en los momentos de dolor que seguirán a mi muerte. Ella es el mejor contrapeso de los que procuran medrar en los escalones del trono. No lo olvides. ¿Me lo prometes?

—Sí. Te lo prometo, Luisa. No tengas tantas preocupaciones. Descansa, por favor. Se te está yendo la vida con cada palabra.

—La vida, que me ha sido prestada, a Dios se la regreso cuando me la reclame; pero al menos, me consuela que se me está concediendo la gracia de poder expresarte mis sentimientos antes de partir.

Se hizo un breve silencio que ninguno, ni el rey ni la dama, osó romper.

—Ahora, mi querida Ana María y tú también, mi querida Antonia, si me lo permitís, desearía tener unos momentos de conversación privada con el rey. Quiero despedirme de mi esposo y eso es sólo para nosotros dos.

—Claro, mi señora —dijo la princesa de los Ursinos, besándole la mano.

Antonia Frattini también se acercó a besarla y las dos amigas se miraron profundamente a los ojos por un instante, sin palabras. Ya se lo habían dicho todo antes de la llegada del rey. En cuanto muriera la reina, la marquesa iba a entrar en un convento. Un delicado beso en la mano de la reina fue su despedida, y luego, retirándose ambas de espaldas, como mandaba el protocolo, salieron de la habitación.

—¿Querías decirme algo en especial, Luisita mía?

—Sí, amor mío. Quería decirte con mis últimas fuerzas que eres el hombre que ha llenado mi vida de alegría. Me has dado todo lo que una mujer puede desear: tu amor, tu respeto, tu confianza, tu semilla y tu trono.

—Lo mismo que tú a mí, Luisa. Me has hecho feliz desde el día que te conocí y puedo decirte con orgullo que te he sido siempre completamente fiel, en cuerpo y alma. Quiero que te vayas al cielo sabiendo que nunca he estado con ninguna otra mujer antes que contigo, ni lo he deseado, a pesar de mi necesidad física acuciante, cuando estuve lejos de ti, en campaña; ni he permitido que los que intentaron que te traicionara con otras, permanecieran en mi presencia después de haberme hecho tan inmoral sugerencia. No soy como mi padre ni mi abuelo. Te quiero y te he querido como a mi única esposa.

—Sí. Lo sé, Felipe. Y no sabes cuánto te lo agradezco. Para mí, estar casada contigo ha sido el mejor regalo que Dios me ha concedido en la vida porque has sido el mejor de los esposos, el más fogoso y el más cumplidor de los amantes y el mejor de los padres. Pero Felipe, tenemos que ser realistas. Tú necesitas una mujer a tu lado, en tu lecho, todos los días. No sólo para tu placer, sino porque tu cuerpo lo necesita para aplacar su necesidad. Por eso quiero que me prometas que, cuando yo muera, te volverás a casar pronto. Es importante para tu estabilidad emocional. Yo te bendeciré desde el cielo, si es que Dios me concede el privilegio de ir a contemplar su Gloria, a mi muerte.

—No digas esas cosas. No puedo ni imaginarme un mundo sin ti.

—Pues tendrás que hacerlo, Felipe. Somos reyes y como tales debemos pensar incluso en estos momentos. Dios nos dio la corona y con ello unas obligaciones diferentes a las de los otros mortales. Hay deberes que tenemos que atender ante la muerte, lo mismo que los hubo ante la vida. Sabes bien, esposo mío, que tu carácter te lleva a la melancolía y a la soledad por su naturaleza y, por eso, es menester que confíes mucho en la princesa de los Ursinos, hasta que ella te encuentre a otra reina que sea digna de sentarse en el trono que yo he ocupado.

—Me duele oírte hablar así, Luisa.

—Y a mí me duele más aún tener que hacerlo, esposo mío. No es grato para una reina que ama a su esposo como te amo yo, morirse con tan pocos años, teniendo que

dejarle desamparado y con hijos pequeños, y saber que su única posibilidad de ser feliz el resto de su vida es casarse con otra mujer.

—Luisa, por favor. No sigas por ese camino. De verdad que no quiero oírte. Sólo quiero estar contigo el tiempo que te quede.

—También yo deseo lo mismo, Felipe. Pero mis palabras son necesarias. Así te sentirás mejor, el día de mañana, cuando llegue el momento y recuerdes esta conversación. Porque si Dios quiere, a ti te quedan aún muchos años de vida por delante, y puede que incluso estés llamado a ser rey de Francia y de España, a pesar de lo que has firmado en Utrecht, si también muere nuestro sobrino, el jovencísimo Delfín, que ahora es el único que se interpone entre tu persona y el trono de nuestro abuelo, Luis XIV.

—Me admira que puedas hablar de política a las puertas de la muerte.

—Soy una reina, esposo mío, y he de serlo hasta que las fuerzas me fallen. Asumí esa responsabilidad al casarme contigo y te confieso que me he sentido muy cómoda como tal. Creo que, de hecho, me gusta más el trono que a ti, que lo aceptaste como una responsabilidad dura que te incomodaba.

—Así fue al principio, he de reconocértelo, aunque he aprendido a reinar y ahora me gusta hacerlo. Pero querría seguir haciéndolo contigo a mi lado. Tienes que luchar un poco más. Todavía puede acontecer un milagro.

—No lo creo, Felipe. Sé que ha llegado mi hora y no sabes bien, nunca lo sabrás, cuánto he luchado para evitar este fatal desenlace. Llevo años combatiendo la mortal enfermedad que me está matando. La he engañado una y otra vez. He librado contra ella mil batallas y he vencido a la muerte, a fuerza de ganas de vivir y de amor a tu real persona, durante los últimos años, pero ya no tengo más fuerzas para luchar. Por fin se me han acabado. Estoy completamente exhausta.

El rey se reclinó sobre la almohada en silencio, tomando la mano de la reina con devoción y mirándola durante unos largos momentos a los ojos. Se conocían tan bien el uno al otro. María Luisa Gabriela sintió su calor y su mirada como una caricia que la hizo estremecerse. El rey era tan fuerte, tan viril, tan hermoso, estaba tan lleno de vida mientras que ella, en cambio, era como una flor de invernadero, siempre a punto de fenecer. Y ahora ya nada iba a retrasar su fin.

—Te quiero tanto, Luisa.

—Y yo a ti, Felipe. Con todo mi corazón, con toda mi alma y hasta hace muy pocos días, con todo mi cuerpo también. Lo sabes.

—Lo sé, mi reina. Has sido completamente mía.

—Sí. Y lo seguiré siendo en espíritu hasta que me vaya y luego velaré por ti desde el Más Allá. No sabes cuánto siento tener que dejarte ahora que hemos ganado, a sangre y hierro, la corona que heredaste, pero me consuela que al menos serán nuestros hijos los que la hereden algún día, dentro de muchos años, si Dios quiere, cuando tú faltes. Aunque la reina que me suceda te dé herederos, ellos no reinarán en España.

—Claro que no, Luisa. Será nuestro hijo Luis el que nos sucederá.

—No sabes lo que me duele no verlos crecer. Luis apenas tiene siete años, Felipe no llega a los dos, y el pequeño Fernando sólo tiene seis meses. No conocerán a su madre. No sabrán lo que los quiero. No me recordarán, salvo por los retratos de la corte. Para ellos, su madre será una figura en un lienzo, colgado de una pared de palacio.

—No penes por eso. Sí sabrán de tu amor por ellos. Yo les hablaré de ti y les contaré cómo luchamos por la corona de España y cómo su madre fue la reina más querida que ha tenido este noble reino desde Isabel la Católica.

—Podría haberlo sido tal vez, si Dios me hubiera concedido más tiempo de vida. He reinado contigo durante poco tiempo y, aunque sé que me quieren, pronto me olvidarán. Es ley de vida. Los pueblos tienen flaca memoria para los que se van demasiado pronto.

—No siempre es así.

—Sólo en el caso de los grandes conquistadores falla la regla. Acepto que se me olvide fuera, pero no quiero que eso pase en mi familia. Prométemelo, mi señor. Dime que no permitirás que mis hijos me olviden. Eso me da mucho miedo en esta hora y me hace difícil partir. No quiero que nadie ocupe mi lugar en sus corazones.

—Estás anticipando demasiadas cosas, Luisa. Pero si es por eso, no te preocupes. Te prometo que nuestros hijos sabrán muy bien quién era su madre; con todas sus virtudes. Y también está Ana María para recordárselo.

—Sí. Pero Ana María de la Tremoille es muy mayor. Ya tiene más de setenta años, aunque no los aparente, y pronto, por ley de vida, se irá también a la tumba. Además, es una persona de fuerte carácter y si la nueva reina también lo es, preveo dificultades entre ellas.

—Exageras, Luisa. Ana María es nuestra más fiel consejera.

—Más vale prevenir, mi querido esposo. Aunque, como ya sabes, el hombre propone... En fin. Sea lo que Dios quiera. Hoy todavía tengo fuerzas para hablar y por eso he querido decirte todas estas cosas. Mañana no sé cómo estaré y no querría morirme sin una despedida privada contigo, un mano a mano, como tantos hemos disfrutado. Siento no poder darte mi cuerpo hoy, como sería mi deseo, pero ya no tengo fuerzas para ello.

—Mi querida Luisa.

—¡No sabes cómo me cuesta morir, Felipe! Y no sabes cuánto siento no tener fuerzas para luchar por mi vida. Me siento flotando como en una nebulosa. Es como si mi cabeza funcionase por su cuenta, mientras mi cuerpo se rinde a cada segundo a la enfermedad.

—¿Te duele algo?

—Ahora, mucho menos que los últimos días, aunque la opresión en mi pecho es permanente. Al menos, no siento esos dolores agudos como puñales en el cuello que casi me hacían gritar. Han desaparecido esta mañana, con mi mejoría, y eso me ha

permitido coger fuerzas para poder hablar. Pero no sé cuánto durará la tregua.

—Esperemos que el láudano y el nuevo calmante que te ha recetado Helvetius consigan evitártelos en adelante.

—Dios te oiga. Al menos, puedo despedirme de ti con una sonrisa, amor mío, y darte las gracias por estos maravillosos años que hemos estado casados.

—También yo te doy las gracias por ellos. Me has hecho muy feliz.

—Recuéstate aquí, a mi lado, esposo mío. Ahora que tenemos un momento de paz para nosotros, disfrutémoslo, porque creo que será el último. Intuyo que muy pronto vendrán los prelados, los eclesiásticos y los grandes a verme morir y quiero ofrecerles una muerte digna.

—Me impresionan tus palabras.

—Tengo el espíritu muy claro, a pesar de que me están abandonando las fuerzas, esposo mío. Te quiero con todo mi corazón; el mismo que en breve va a dejar de latir.

—Yo también te quiero, Luisa —dijo el rey con lágrimas en los ojos, que intentó enjuagar discretamente con un delicado pañuelo de hilo de Holanda.

—Dámelas, Felipe. Quiero tener en mi mano ese pañuelo con tus lágrimas de amor. Ése será tu último regalo hacia mí y quiero que me entierren con él —dijo cogiéndolo de la mano del rey y aferrándolo en la suya.

* * *

En la antecámara esperaban ya los altos cargos de palacio, el mayordomo mayor, duque de Escalona y marqués de Villena; el caballero mayor, duque de Medina Sidonia, y el gran chambelán, conde duque de Benavente, así como los gentileshombres de cámara. El resto de los grandes que estaban en la capital, los duques de Veragua, Medina de Rioseco, Infantado, Arcos de la Frontera, las duquesas de Terranova, Híjar y Monteleón, comenzaron a acudir al Real Alcázar para asistir al final de la reina. También llegaron hasta la antesala el arzobispo de Toledo, el Patriarca de las Indias y el Gran Limosnero, así como los obispos de Sigüenza y de Coria, y otros personajes de la corte.

La princesa de los Ursinos les había pedido silencio y paciencia. El rey y la reina se estaban despidiendo en privado y los demás tenían que esperar a que llegara su momento, que no había de tardar. Ana María, camarera mayor de la reina, estaba flanqueada por la marquesa de San Antonio y las duquesas de Terranova y Monteleón, y miraba con sus ojos observadores y hermosos a los cortesanos, algunos de los cuales mostraban rostros compungidos. María Luisa Gabriela había sido una buena reina y todos la querían. No tenía ni un solo enemigo. No había hecho conscientemente mal a nadie y había sido admirada por todos en los momentos duros, tanto que el pueblo le puso el apodo de la «reina soldado» porque iba a caballo con soltura y les había comunicado en persona los partes de guerra desde un balcón de

palacio, en los días más duros. Debería pasar a la historia como una reina excepcional, porque ninguna otra, como ella, había mostrado, desde los trece años, edad en que se casó y entró en España, tan alto sentido del deber. Moldearla había sido una hermosa tarea para la princesa de los Ursinos, pero la materia prima de la reina era de la mejor calidad y había sabido sacar el mejor partido de los sabios consejos de la vieja cortesana francesa, cuya dilatada vida había estado llena de interesantes experiencias.

Mientras esperaba que el rey y la reina terminaran de despedirse, la princesa de los Ursinos recreaba muy rápidamente lo que habían sido sus últimos años. Como servidora del rey de Francia en la corte de España, había sabido adaptar sus deberes a las necesidades de su puesto y se había españolizado con los años, de modo que sus servicios habían sido de la mejor calidad. En verdad, a ella se debían muchos de los éxitos de los reyes, pero eso no la envanecía. Su ambición era de las de gran envergadura; era una mujer de Estado, probablemente la más importante de su tiempo, y muchos hombres importantes así lo reconocían en privado, comenzando por Luis XIV.

Ella, que tenía un fino instinto político, sabía que ahora se iban a producir grandes cambios. Eso sería inevitable, tras la muerte de la reina. Una vez tomada la ciudad de Barcelona, que aún seguía resistiendo el cerco, acabaría la guerra de sucesión y el reino entero estaría por fin bajo el dominio de Felipe V y muy pronto habría que encontrarle de nuevo esposa, porque el rey no iba a poder permanecer viudo y solo durante mucho tiempo, dado su temperamento melancólico y sus grandes necesidades sexuales, que sólo ejercía dentro del matrimonio. ¿Y a quién se podía elegir como consorte? ¿Alguna de esas princesas del norte de Europa? ¿Una hija del rey de Polonia o una italiana, como Isabel de Farnesio?

Sus pensamientos le parecieron prematuros. Ya habría tiempo para eso más adelante. A la reina María Luisa Gabriela aún le quedaban unas horas de vida y había que hacérselas lo más llevaderas posible. Para ello, había pedido a sus cuidadores y nodrizas que trajeran al príncipe de Asturias y a los infantes. Así, su madre podría darles su bendición y despedirse de ellos, antes de que le faltaran las fuerzas.

El príncipe Luis, con su melena rubia, rizada y su rostro fino y delicado, llegó en silencio ante la princesa. Iba de la mano de su cuidadora, con el rostro serio. Todos se inclinaban ante él a su paso y le miraban con conmiseración y respeto.

—Ahora podréis entrar a ver a vuestra madre, alteza —respondió la princesa a la muda pregunta que formulaban sus ojos, después de hacer una reverencia ante él—. Sus majestades están teniendo una conversación en privado.

—Gracias, Ana María —dijo con su tierna voz de niño demasiado adulto, que comprendía apenas lo que estaba pasando—. ¿Mamá se va a ir al cielo?

—Eso sólo Dios lo sabe, alteza. Ya sabéis que se ha recuperado otras veces de la enfermedad —dijo intentando posponer el golpe que, inevitablemente, había de sufrir el príncipe niño en breve. A sus siete años, su madre aún le parecía el centro del

mundo y no podía entender que se fuera a morir.

Las puertas de la cámara de la reina se abrieron entonces y todos esperaron a que el príncipe niño y las ayas que llevaban a sus hermanos entraran en la habitación y se acercaran al lecho mortuario de la reina, y les siguieron en silencio. Llegaba el momento de contemplar cómo iba a morir la reina de España. El príncipe de Asturias se acercó al lecho real. Sus hermanos, dormidos en brazos de las nodrizas, iban detrás, sin enterarse de nada. La reina los miró con todo el amor y toda la pena del mundo, tanto que el niño, sensible como era, casi se echa a llorar. Luis se contuvo, a duras penas, queriendo mostrarse adulto porque, como su madre le había enseñado, no cuadra a los príncipes mostrar sus sentimientos al exterior, sino guardarlos para los momentos privados.

—Ven a mi lado, Luis —dijo María Luisa Gabriela con un hilo de voz, tomando la manita de su hijo entre las suyas.

—¿Te vas a morir, mamá?

—Mi vida, como la de todos nosotros, está en las manos de Dios y, a lo mejor, el Todopoderoso quiere que me vaya al cielo ya.

—Pero yo no quiero que te mueras.

—Ya lo sé, hijo. Tampoco yo lo deseo, pero no está en mi mano decidir. Tienes que ser fuerte. Es tu obligación como príncipe.

—Sí, mamá.

—Escúchame bien, Luis. Sé que esto no es fácil para ti, como no lo es para mí, pero recuerda que tu madre te quiere mucho y te ha querido siempre, con todo su corazón, como a tus hermanos. Tendrás que hablarles de mí, porque ellos no me recordarán —dijo señalando a los otros dos niños, a los que bendijo.

—Yo les diré lo guapa y lo buena que eres, mamá.

—Gracias, hijo. Sé que lo harás. Cuando yo no esté, obedece en todo a tu padre, a tu aya, la princesa de los Ursinos, y a tus preceptores. Si un día tienes que ser rey, primero debes prepararte para poder reinar con sabiduría y justicia. Sé aplicado en tus lecciones, no descuides el ejercicio y, sobre todo, recuerda a tu madre, que te bendice y te quiere en esta triste hora.

—No quiero que te vayas al cielo.

—Reza por mí, hijo. Que tu plegaria infantil me abra las puertas doradas del cielo —dijo haciendo la señal de la cruz sobre su frente. Luego miró a la princesa de los Ursinos, que comprendió que la reina no quería que el príncipe la viera agonizar. Entonces le tomó de la mano y el niño se retiró del lecho de la moribunda sin quitar la mirada de su madre, que también le seguía mirando, mientras los nobles y eclesiásticos abrían paso para que salieran de la cámara.

Turín, 1701

La negociación del compromiso con Felipe V

El castillo palacio de Racconigi, morada tradicional de los duques soberanos de Saboya en Turín, estaba conmocionado por la inesperada y extraordinaria embajada de Luis XIV y de su nieto el rey de España. El poderoso soberano francés, que preveía una ardua lucha en Europa para mantener a su nieto Felipe V en el trono de España, acababa de mover ficha, pidiendo al duque la mano de su hija segunda, María Luisa Gabriela, para él.

Víctor Amadeo II sabía que tenía en su poder, por su ducado de Saboya y Piamonte, la llave de Italia y los pasos lombardos valían, según parecía, los dos tronos más importantes de Europa, porque ya habían casado a su hija mayor, María Adelaida, con Luis, duque de Borgoña, hijo primogénito del gran Delfín, heredero de Luis XIV, y ahora se le ofrecía la posibilidad de casar a su hija segunda con el hermano del anterior, que había pasado de ser duque de Anjou a rey de España y, como tal, era el soberano territorial más importante del mundo, aun cuando la corona que poseía muy pronto fuera a estar en liza.

La petición formal del compromiso fue hecha por el príncipe Pío, marqués de Castel-Rodrigo, embajador extraordinario del rey de España, que iba con el embajador francés. Este último llevaba una misiva privada de Luis XIV para el duque, Víctor Amadeo II, y agradeció con la debida cortesía la demanda, pero no se pronunció al respecto. Era demasiado cerebral, demasiado inteligente y ladino como para decir nada que pudiera comprometerle y de lo que pudiera arrepentirse después, sin haber meditado antes los pros y los contras de la situación, porque, en este caso, los había importantes, en ambos sentidos.

El asunto de la sucesión de España era complejo y venía de la incapacidad de Carlos II, el último rey de la casa de Austria española, para generar herederos, que había acabado, de modo esperpéntico, con la reina Mariana de Neoburgo intentando exorcizar los supuestos hechizos que impedían al rey procrear y que hicieron de la corte española el hazmerreír de Europa.

Luis XIV, que llevaba recortando en su beneficio los territorios españoles que bordeaban Francia, había hecho la paz de Ryswyck con el monarca español a finales de siglo, en 1698, devolviendo algunas plazas de Flandes. De todos modos, por si acaso, había pactado un reparto territorial del imperio español con el emperador y con Holanda, previendo que la inminente sucesión de la monarquía española recaería sobre el príncipe José Fernando de Baviera, nieto del emperador. A éste le habrían dejado quedarse con el territorio peninsular y el imperio americano y asiático. El emperador Leopoldo I se hubiera quedado con parte de los reinos italianos y Francia,

la otra parte, junto con los territorios de los Países Bajos que eran fronterizos y la Alsacia, recibiendo Holanda privilegios comerciales y varias plazas importantes de Flandes. Pero este acuerdo, en principio conveniente para todos, quebró con la muerte del príncipe José Fernando, que se produjo en 1699, un año antes que la de su tío abuelo el rey de España.

Pero a la muerte de Carlos II, en noviembre de 1700, llegó la sorpresa. El rey de España, convencido por el marqués de Harcourt y un grupo de nobles que odiaba a la reina Mariana de Neoburgo, había hecho un nuevo testamento y dejado el trono a Felipe, duque de Anjou, segundo hijo del gran Delfín, y nieto del rey de Francia, en lugar de, como se esperaba, al archiduque Carlos, hijo segundo del emperador.

Al dejar la corona al nieto de la infanta María Teresa de Austria y Luis XIV, el fallecido rey provocaba una grave crisis diplomática y política en Europa, porque ese testamento favorable al mayor poder del continente ponía en cuarentena el segundo tratado secreto de reparto, que se había llevado a cabo en secreto entre Luis XIV y el emperador, tras la muerte de José Fernando, con la aquiescencia de Inglaterra y Holanda. Carlos II de España, que había conocido la existencia del tratado secreto, había decidido dar un golpe de mano al final de su vida, animado por el cardenal Portocarrero, para evitar que la monarquía de los Austrias españoles se fragmentase, y prefirió dejársela a otra dinastía que tenía poder para conservarla intacta, antes que ver sus reinos divididos conforme a los intereses de las grandes potencias. Eso sí, en el testamento pidió al rey de Francia que casara a su nieto Felipe de Anjou con una hija del emperador.

Cumplíéndose el testamento del fallecido, Felipe había asumido, sin oposición manifiesta, la corona de España como Felipe V, siendo recibido con alegría por el pueblo español, que estaba cansado de una dinastía degenerada cuya incapacidad manifiesta, había arruinado a España y dejaba un Estado colapsado con una hacienda en la ruina, un ejército en lamentables condiciones, incapaz de defender el territorio, una armada inexistente y unos grandes que usaban el poder a su antojo en beneficio propio.

Pasado el tiempo de luto, el nuevo rey de España había ido con toda la pompa a sus nuevos reinos, acompañado de un nutrido grupo de servidores franceses, que eran los que se ocupaban de sus necesidades diarias, porque el nuevo rey estaba muy apegado a todo lo francés y de hecho no hablaba una palabra de español. El cardenal Portocarrero lo había recibido en Madrid y se había instalado en el viejo e incómodo Alcázar de los Austrias.

Mientras tanto, Luis XIV había propuesto a Leopoldo I el matrimonio de Felipe V con una de sus hijas, tal y como se le pedía en el testamento de Carlos II, pero el emperador lo había rehusado, como era lógico, ya que su aceptación hubiera supuesto la del testamento y el emperador deseaba la corona de España para su hijo el archiduque Carlos y estaba dispuesto a luchar para conseguirla.

Por eso, el duque de Saboya tenía mucho que meditar tras recibir a los emisarios

del rey de España y del rey de Francia con la propuesta de matrimonio. Evidentemente, sabía que estaba en una situación muy especial, como Estado llave, entre los dos bloques que parecían estar formándose y que muy pronto se iban a decantar, provocando la mayor guerra desde la de los Treinta Años, en el siglo anterior. Estaba claro que el emperador Leopoldo I no se iba a conformar con aceptar a Felipe V en el trono de España, por más que Inglaterra y Holanda lo hubieran reconocido en un primer momento. No podía permitir que Luis XIV controlase las dos naciones más poderosas de Europa sin pagar un alto precio por ello. Y ese precio tenía que ser, como poco, las posesiones italianas de la corona española. Y si conseguía formar un frente con Inglaterra y Holanda, como pretendía, para luchar por los derechos de su hijo el archiduque Carlos, se debería solventar, con una gran guerra, el conflicto sucesorio de la monarquía española, con su herencia territorial descomunal.

Estaban en juego nada más y nada menos que los reinos de Castilla y Aragón, con los archipiélagos canario y balear, que componían la España Peninsular las islas Baleares, las Canarias y el inmenso imperio americano que comprendía las islas del Caribe, toda América del Sur, salvo la colonia portuguesa de Brasil, y toda la América Central y parte del norte, con el rico virreinato de México, aún en expansión hacia arriba, y la Florida. En Europa, los Países Bajos españoles, el ducado de Milán, la isla de Cerdeña, el reino de las Dos Sicilias en Italia, las plazas del norte de África y en Asia, las islas Filipinas, las Marianas y las Palaos.

Víctor Amadeo II pidió a su esposa que se reuniera con él. Quería que ella participara en la aceptación o rechazo del compromiso, aunque entre ellos había una relación un tanto tensa por el constante esfuerzo del duque de medrar a costa de quien fuera olvidando sus compromisos con Francia. La razón de este conflicto matrimonial estribaba en la duquesa Ana María, que era hija del duque de Orleans, hermano de Luis XIV, y, además, era extremadamente profrancesa, tanto que había provocado en el ducado de Saboya una recepción sin trabas de la cultura francesa que se irradiaba desde Versalles, con la aquiescencia de su marido, que en temas de estilo, moda y arte le dejaba hacer por completo.

Ella, que era extremadamente fiel a su linaje, odiaba que el duque no fuera capaz de mantener su palabra, empeñada con Luis XIV, con ocasión del compromiso de su hija mayor con el nieto primogénito del monarca, y que hubiera seguido vendiendo después, al mejor postor, los pasos alpinos del ducado de Saboya, que eran la llave de Italia. Ana María se lo había afeado en numerosas ocasiones y él, con su humor italiano, que a ella le sacaba de quicio, le recomendaba la lectura de *El Príncipe* de Maquiavelo y el estudio de la vida de Fernando el Católico, que con su cinismo de Estado, era el modelo en que se inspiraba.

Víctor Amadeo II consideraba —con razón— que la situación estratégica de Saboya le hacía ser muy poderoso e influyente, a pesar de su reducido tamaño. De hecho, el apoyo del ducado era decisivo a la hora del enfrentamiento de las tropas

francesas con las del emperador, en Italia. Que estuviera a uno u otro lado seguramente sería decisivo para decantar la posesión de Milán y los pasos hacia el sur, y eso había que explotarlo a fondo y conseguir ventajas para Saboya.

La llegada de Ana María cortó sus meditaciones. El duque se levantó para saludarla. Ella le hizo una cortés y levemente fría reverencia.

—¿Me habéis llamado, duque? —dijo, dándole distancia y forzando el tratamiento, como hacía cada vez que estaba contrariada.

—Claro, alteza —respondió él con un suave deje de ironía—. Estoy ponderando si aceptar o no el compromiso matrimonial que nos ofrecen el rey de Francia y su nieto para nuestra pequeña María Luisa Gabriela. ¿Vos qué opináis?

—¿Y para eso me llamáis? Sabéis muy bien lo que opino al respecto. Para vos y vuestra casa es un gran honor el enlace con la casa de Francia y en este caso, en que se nos ofrece el trono más deseado de Europa, más aún. Si yo estuviera en vuestro lugar, no lo hubiera dudado ni un instante. Ya habría aceptado la propuesta. El mero hecho de que os toméis el tiempo de pensarlo es una ofensa para los dos monarcas.

—Pues no veo yo que los embajadores protesten ni que se hayan ido.

—Jugáis con fuego, como siempre, duque —dijo hurtándole de nuevo con intención el título de alteza por el que se hacía llamar en su ducado pero al que no tenía derecho por nacimiento—. ¿Qué queréis esta vez? ¿Volver a venderle los pasos italianos a mi tío, el rey de Francia, o se os ha ocurrido alguna otra petición más gravosa?

—Dios mío, más que mi esposa parecéis mi juez.

—Alguien tiene que recordaros que el honor es lo primero para los príncipes.

—Para una princesa de Francia, decir eso es fácil. Nacisteis con todo y no tuvisteis que luchar por vuestra posición en el mundo.

—No creo que vos podáis quejaros de nada tampoco. Sois un duque soberano, tenéis un territorio rico y os habéis casado espléndidamente. Lo único que no tenéis es el tratamiento real, pero ése no os corresponde por nacimiento y lo sabéis tan bien como yo.

—Pues entonces debo conseguirlo por mis méritos. Mi reconocimiento como alteza ayudará a la renovación de mi alianza con vuestro tío. Si me dan el tratamiento que me merezco, probablemente aceptaré. Y además, quizás, algunas compensaciones territoriales, como ese pequeño valle en liza con Francia.

—Nunca os entenderé. Sois peor que un mercader y tenéis una ambición desmedida. ¿Cómo pretendéis que este pequeño ducado sea considerado en Europa un reino? Sois un fatuo y cada día estoy más convencida de que mi tío, el rey de Francia, ha sido demasiado considerado con vos.

—No lo creo yo así. Le he dado la llave de muchas de sus victorias en Italia.

—Y se lo habéis cobrado a precio de oro, os lo recuerdo. ¡Dejad de decir necedades! La boda de nuestra pequeña Luisa con mi sobrino Felipe se celebrará, digáis lo que digáis. Y os adelanto que si no aceptáis inmediatamente el compromiso,

podéis considerarme en adelante vuestra enemiga. Y os aseguro que os haré la vida imposible en vuestra propia casa.

—No os he llamado para ofenderos, Ana María —dijo conciliador, viendo que la duquesa estaba entrando en un terreno donde le cabía poca maniobra—. Claro que vamos a aceptar el enlace. El matrimonio de María Luisa Gabriela con el rey de España no puede ser más ventajoso para nosotros. Lo que no me gusta es que eso me forzaré definitivamente y me coloca en la órbita de vuestro tío.

—No creo que os podáis quejar de lo que habéis recibido de Francia.

—Eso es cierto. Desde que vos llegasteis aquí, la corte de Turín es mucho más elegante y está a la última —dijo intentando aplacarla.

—Al menos, veo que en eso no estáis del todo ciego.

—Ni en eso ni en nada, Ana María. Me ayudáis a disipar mis dudas, aunque no lo creáis.

—¿Yo? No me hagáis reír, duque. Vos siempre hacéis vuestra santa voluntad. Eso sí, si decidís aceptar el enlace, como sería lo lógico, no me hagáis luego avergonzarme ante mi familia. Si les traicionáis, me traicionaréis a mí también.

—Estáis demasiado dramática hoy, señora. Las cuestiones de Estado son cuestiones de Estado, no personales. No se puede hablar con vos.

—Entonces me retiro.

—No, por favor. Os lo ruego. Deponed vuestra animosidad para conmigo.

—Víctor Amadeo, tengo muy poco más que deciros. Aceptad sin demora el enlace que se nos ofrece. Nunca, ni en sueños, hubiéramos podido encontrar mejor marido para nuestra hija segunda.

—Os olvidáis de que el archiduque Carlos está soltero.

—Ya comprendo. Vos y vuestro sentido del equilibrio tan particular, tan italiano. Lo ideal para vos sería tener a la mayor casada con el que será rey de Francia, cuando su abuelo y su padre fallezcan, y a la segunda, con el segundo hijo del emperador de Austria, que al fin y al cabo, si fallece José, su hermano mayor sin descendencia, también sería emperador. Dudáis que Felipe V sea capaz de mantenerse en el trono de España y no queréis desperdiciar a una hija en una alianza dudosa.

—Sois un prodigio de análisis exponiendo posibilidades, Ana.

—¿Acaso estáis negociando en secreto el matrimonio de Luisa con el hijo del emperador? Si es así...

—No lo es —dijo el duque, pero en su tono había pesar, como si eso hubiera sido lo ideal para sus intereses.

—Os conozco bien, duque, y sé que no tenéis más remedio que aceptar. Si no estáis en trato secreto con Leopoldo I, sería absurdo no hacerlo. O sea, que mi opinión, siempre tan valiosa para vos, en realidad es irrelevante. Me retiro, pues. Haced lo que debáis.

—Aceptaré el compromiso.

—A vuestro pesar, duque; muy a vuestro pesar.

—Al menos, procuraré sacar de vuestro tío el reconocimiento a mi rango de alteza real.

—Me enfermáis, Víctor Amadeo. Nunca conseguiré entender vuestra indecorosa pretenciosidad.

—Ha hablado de nuevo la elegante princesa francesa.

—Yo sé muy bien quién soy, lo mismo deberíais saberlo vos y no pretender ser lo que no sois.

—No lo hago sólo por mí, Ana María. Pienso en nuestros hijos.

—No me hagáis reír. En todos y cada uno de nuestros hijos, gracias a Dios hay más categoría y dignidad que en su padre.

—No me ofendéis.

—Lo sé, duque. Sólo expongo la verdad. Vos os habéis casado demasiado bien y queréis ser como yo, lo cual es algo que nunca conseguiréis.

—De nuevo me subestimáis, alteza. Creo haberos demostrado que suelo conseguir todo aquello que deseo.

La duquesa se quedó callada, meditando esas palabras. En verdad, su esposo tenía razón. De un modo u otro, por medios a veces indignos, a veces con honor, hasta entonces siempre había conseguido mejorar sus posiciones y su voz se tenía en cuenta en las cortes importantes, porque había sabido siempre jugar bien sus bazas.

—En eso tenéis razón. Soléis conseguir lo que deseáis. Pero la ambición tiene un límite.

—Eso está bien para los mediocres. La mía no los tiene.

—Y entonces, ¿qué deseáis? ¿Más territorios? ¿Ser rey de Saboya y el Piamonte?

—Vos lo habéis dicho, no yo.

—Me asombra vuestra ambición. No conoce límites. Ahora queréis hacer de vuestro ducado un reino. En verdad, me cuesta creerlo.

—¿Qué tiene eso de extraño? No soy el único que quiere eso en Europa. El duque palatino del Rin también lo desea por su ducado de Prusia, que queda fuera del imperio. Los tiempos cambian y los poderes de Europa también lo acabarán haciendo y Saboya es el único Estado independiente de toda Italia, hoy por hoy. ¿Por qué no va a ser un reino?

—¡Dios mío! No sé si admiraros o despreciaros. Voy a tener que meditarlo seriamente antes de decidirlo... Nuestro hijo sería entonces un día rey de Saboya —dijo en voz alta.

—¿Veis cómo no es tan descabellado, Ana María? Suena bien.

—Me asustáis, Víctor. Todo esto me parece nebuloso y distante. Aceptemos el matrimonio de María Luisa con mi sobrino Felipe, que es una realidad tangible.

—Lo haremos.

—Bueno, pues ya que estamos de acuerdo, me retiro.

—Quedaos conmigo un rato. Me place vuestra compañía.

—Siento no poder hacerlo. Tengo obligaciones ineludibles —dijo la duquesa, que

quería alejarse de su esposo cuanto antes, para pensar tranquilamente.

—Id, pues. ¿Cenaréis conmigo esta noche?

—Os lo comunicaré luego, con una de mis damas.

—Me daría gusto.

—Ya veremos —dijo la duquesa, cortando la conversación y dejando la duda en el aire mientras se retiraba del despacho de su esposo.

Ana María de Orleans anduvo por los largos pasillos decorados con ricos espejos y esculturas, al gusto francés. Se había querido retirar de la presencia del duque porque le había venido a la memoria de repente, como un intenso fogonazo, un momento del pasado.

Fue en 1688, poco después del nacimiento de María Luisa Gabriela. La duquesa, que era aficionada a la cartomancia y a las ciencias de la astrología, como tantas otras grandes damas francesas e italianas, había ido a consultar a una echadora de cartas y vidente muy famosa, que se decía que había adivinado la muerte del papa anterior y que había parado unos días en Turín camino de Francia, donde había sido llamada por la duquesa de Noailles, para entretenimiento de la corte de Versalles. Sabiendo que se quedaba en una vieja casa que le habían prestado, hasta allí se fue la duquesa de incógnito.

La Zíngara, como la llamaban todos, era una vieja gitana, de edad indefinible y rostro arrugado pero no exento de gracia ni de prestancia. Debía haber sido muy hermosa en su juventud y aún quedaban trazas de aquella beldad, ahora en ruinas. Sus ojos, oscuros y profundos, comunicaban una gran paz interior; quizás porque en su mirada penetrante y perceptiva había sabiduría. La anciana parecía estar como por encima del bien y del mal; daba la sensación de tener un poder verdadero y eso se podía sentir en cuanto uno se acercaba a ella.

La duquesa, preparada para un simple divertimento, se había quedado impresionada al ver a la Zíngara, pero la impresión se hizo mayor cuando la vieja echadora de cartas comenzó a hablarle de un modo muy inquietante. Mientras tiraba las cartas, de los labios de la anciana salieron verdades que ella tenía ocultas en su seno; secretos de su familia que no conocía ni siquiera su esposo, y cuando llegó la hora de mirar el destino de sus hijas, la anciana se detuvo un instante y mirándola fijamente, de modo que la duquesa casi se sintió incómoda, le dijo que ambas estaban llamadas a ser madres de reyes, pero que la mayor jamás sería coronada y que la pequeña, que sí lo sería, moriría joven, tendría dos hijos reyes, pero la corona que poseerían acabaría pasando al linaje de otra.

Ana María de Orleans se atemorizó de la predicción pronunciada en un tono inapelable. Impulsada por un terror indefinible, se levantó de la mesa de la echadora y, tras depositar una moneda de oro en la mano de la anciana, se retiró de su presencia, sin querer oír nada más, aunque la vieja seguía hablándole mientras se iba.

Nunca supo qué más quería decirle, porque el miedo que sintió por dentro fue tal que se lo impidió. Tan desagradable fue la experiencia, que la había borrado por

completo de su mente hasta olvidarla y ahora, trece años después, recordaba la predicción de repente, como si fuera ayer mismo, y de nuevo sintió en el corazón la misma angustia sorda de aquel día. ¿Sería verdad lo que la gitana le había dicho? ¿Iba a morir su hija María Adelaida antes de reinar? ¿Y María Luisa Gabriela sería madre de dos reyes que no engendrarían sucesores? ¿Estaría maldito su linaje?

Desechó aquellos absurdos pensamientos, forzándose a regresar a la normalidad. La gitana había acertado en lo de los enlaces reales, por casualidad. Al fin y al cabo, la anciana sabía muy bien que estaba ante una hija del duque de Orleans, casada con un duque soberano. Era normal que sus hijas casaran con príncipes o reyes.

Ana María dirigió sus pasos a las habitaciones de los niños. Sabía que allí encontraría a María Luisa Gabriela. Sólo de pensar que debía separarse de ella para siempre, siendo tan joven, le provocaba un verdadero nudo de angustia en la garganta. La verdad era que le encantaba ver a la pequeña jugar por los corredores de palacio con sus damas, las pequeñas Ana y Antonia Frattini, sus inseparables amigas de la infancia, con las que había hecho mil diabluras desde que tenían uso de razón. Habían sido siempre muy traviesas. Le vinieron a la mente las veces que se habían escapado para montar en el pequeño poni que le había enviado su abuela, la duquesa de Orleans, por su décimo cumpleaños; sus osadas escaladas por las torres del castillo palacio de Racconigi, que le habían valido numerosos castigos, o las idas al mercado de Turín, donde más de una vez se había perdido de sus cuidadoras, provocándoles serios dolores de cabeza, mientras disfrutaban de aventuras de esas que sólo los niños disfrutaban.

Cuando llegó a los aposentos infantiles, la princesa se le echó a los brazos, riendo. Ana María solía reprenderla por esos excesos tan poco adecuados a su rango, pero hoy no tenía fuerzas ni ganas de hacerlo. Su hija se iba a ir de su lado tan pronto. Sin poder evitarlo, la miró con dulzura, como si quisiera retenerla en la retina.

María Luisa Gabriela era delgada y pequeña de estatura; casi frágil. Tenía unos ojos azules vivarachos e inteligentes en un rostro angelical, coronado de cabellos rubios rizados, como esos angelotes de las iglesias, con coloretes en las mejillas. No era una belleza, pero tenía un encanto especial; una gracia que hacía que todos en el castillo la adoraran. Nunca había sido demasiado dócil ni demasiado fácil. Había que explicarle las cosas y era mejor pedírselas que ordenárselas, porque tenía una voluntad indomable y un espíritu que parecía llamarla a grandes cosas.

—¿Por qué me miras así, mamá? —dijo la niña. Su inteligencia le hacía percibir que en la mirada de su madre había algo diferente ese día.

—Porque me estoy dando cuenta de que te haces mayor y yo me estoy haciendo vieja.

—Qué va, mamá. Tú nunca serás vieja. Eres la princesa más guapa y más elegante de Saboya. Ya quisiera yo llegar a ser como tú algún día, pero creo que no lo conseguiré nunca —dijo, mirándose a un espejo y comparándose con su madre, que era una dama de mediana estatura, hermosas formas, con porte de princesa. A la niña

le encantaba su rostro noble y fino, con unos ojos azules muy oscuros y cabellos castaños, peinados en alto, a la moda francesa, con rizos abundantes, entre los que sobresalía, aquí y allá, una hilera de hermosas perlas sabiamente prendidas, que remataba un rico zafiro cerca de la frente—. Soy un espantajo a tu lado. Demasiado pequeña, con pocas curvas...

—No digas tonterías, hija. Tú aún estás por formar y tienes todo aquello que puede agrandar a un hombre: una belleza fresca, alegría y viveza; eso sí, tendrás que ocultar un tanto tu inteligencia, porque a muchos no les gusta que su esposa sea demasiado lista.

—¿Por qué me dices eso, mamá?

—Porque tu padre está aprobando en este momento tu matrimonio con el rey Felipe V de España.

—¿Me estás gastando una broma, mamá?

—No lo hago, hija mía —dijo con tono muy serio—. Es totalmente cierto lo que te estoy diciendo. Muy pronto te vas a casar con Felipe de Anjou y serás la reina de España, que es un país muy rico, como sabes, y muy importante, tanto como Francia, lo cual supone un inmenso honor para ti. Además, tu esposo será tu cuñado y primo, porque es hermano del duque de Borgoña, o sea, que pertenece a nuestra familia.

—¡No me quiero casar! —dijo la princesa, con un ataque de genio—. ¡No quiero!

—¡María Luisa! No te quiero oír hablarme en ese tono. Ya te he explicado muchas veces que tu deber como princesa es obedecer a tus padres y aceptar al esposo que te elijamos, y recibir como esposo al rey de España debiera ser motivo de contento para ti y no de rebeldía. Me avergüenza tu conducta.

—Pues lo siento, pero no quiero casarme —dijo en tono más civilizado—. Soy muy joven, apenas una niña.

—Ya eres mujer.

—Sí. Pero hace apenas un par de meses de ello.

—Entonces, estás preparada para casarte.

—Tú no te casaste tan joven.

—No. Pero tampoco me casé con un rey. Y además, tu marido es un príncipe muy apuesto. Dicen que es el más guapo de todos los nietos de tu tío abuelo, el rey Luis XIV. Y tiene diecisiete años, sólo cuatro más que tú. En realidad tienes mucha suerte, hija.

—Me da igual que sea guapo y que sea rey. No quiero casarme. No me convencerás, digas lo que digas, mamá. Quiero quedarme aquí en Turín. Y además, no sé español.

—Eso no es problema. Lo aprenderás rápidamente. Tienes talento para las lenguas y hablas francés, italiano y latín sin problema. Y por lo que sé, tampoco tu primo sabe español todavía y ya es el rey de ese país.

—Pues si queréis obligarme a casarme, me escaparé y no me encontraréis nunca.

—María Luisa, no quiero oírte decir tonterías como ésa, indignas de una princesa

de tu rango.

—O me encerraré en mi habitación y no volveré a salir —dijo la joven, saliendo disparada hacia su habitación e intentando cerrar con llave.

No se había dado cuenta de que su aya estaba dentro. Ésta, apartándola a un lado, abrió la puerta dejando entrar respetuosamente a la duquesa, mientras le decía:

—Pide perdón a su alteza, princesita malcriada.

—No te preocupes, Nina —dijo la duquesa—. Retírate. Tengo que hablar con Luisa a solas.

—A vuestras órdenes, alteza. —Y haciendo una reverencia, salió de la habitación de María Luisa, cerrando la puerta, para dejar a madre e hija una mayor intimidad. María Luisa Gabriela se había tumbado en la cama y lloraba enrabiada y pataleaba mostrando que en efecto todavía era una niña en sus reacciones.

—No me parece una conducta digna de una princesa de tu edad eso de patalear y darle la espalda a tu madre.

—Es que soy una niña y no soy una princesa todavía.

—María Luisa, estás comenzando a enfadarme. No me puedo creer que yo haya criado a una niña tan desatenta y poco respetuosa conmigo.

—Mamá, no quiero irme de aquí. No quiero ser reina de España. Sé que si me voy, no regresaré nunca a Turín.

—Así es, hija mía. Ésa es la verdad. Cuando salgas de Turín nunca regresarás, pero ése es el destino de los príncipes. Nacemos en altas cunas, por encima de los demás mortales, y por ello, por ese privilegio que nos es dado al nacer, debemos sacrificarnos en bien de nuestras casas. Lo sabes, ¿no es así? Te cases con quien te cases, tu destino es irte de casa para no volver.

—Pero soy muy niña aún. Me da miedo casarme. No quiero irme de aquí.

—María Luisa, eres una princesa inteligente y voluntariosa; mucho más que otras, incluida tu hermana María Adelaida, que tiene menos carácter que tú. Sabes que te quiero y que no te voy a engañar nunca.

—Sí, mamá. Lo sé.

—Bueno, pues me vas a escuchar como un adulto, sin llorar. Eso es lo primero. Levántate de la cama y nos vamos a sentar en ese sofá, para hablar como madre e hija. Es importante.

La joven princesita se enjugó los ojos con un pañuelo y luego se dirigió al sofá de la mano de su madre. Ana María sabía que estaba ganándole la partida, pero no se lo hizo notar.

—¿Tú sabes lo que es ser reina?

—No... —dijo titubeando.

—Pues es más que ser duquesa de Saboya, mucho más.

—Yo no quiero ser más...

—Escúchame, hija. Yo sí quiero para ti que seas más que yo. Y te puedo asegurar que para cada uno de vosotros sólo deseo lo mejor. Ya me oíste cuando se fue tu

hermana María Adelaida, Luisa. Tú lloraste y también lo hice yo, pero lo hicimos en privado, como se debe. Los príncipes tenemos sentimientos, pero éstos han de estar supeditados al bienestar de sus estados. Acepto que te quejes de tener que casarte, ahora y aquí, pero sólo aquí y ahora. Entiéndeme. Yo preferiría mil veces que te quedaras a mi lado todavía un tiempo más. Eres mi alegría de vivir aquí, en este palacio, y te puedo asegurar que, a la larga, la que más te echará de menos seré yo, porque mi vida ya está hecha y cuando sea anciana no tendré el placer de contar con la compañía de mis dos hijas queridas y de mis nietos. Ésa es la realidad. Eso sí, me consolará saber que sois queridas y respetadas en vuestros reinos y que estaréis en lo más alto, la una como reina de España y la otra como duquesa de Borgoña. Dos hermanas casadas con dos hermanos, que serán reyes de sus respectivos reinos. Eso es bueno para los dos países. Por eso, debes dejar a un lado toda tristeza y si no eres capaz de hacerlo todavía, guárdala sólo para ti, para el ámbito privado. Ésa, querida hija mía, es la primera lección que debes aprender como reina. No muestres jamás tus sentimientos en público, porque hay quienes, aprovechándose de ello, procurarían medrar a tu lado. Los reyes no deben mostrar sus sentimientos hacia fuera. Son la encarnación de los pueblos y si consiguen de verdad cumplir con ese sagrado deber, suelen conseguir la felicidad y la prosperidad de sus naciones. Creo de verdad que debes analizar lo que te acabo de decir y acabarás comprendiendo que para ti lo mejor que podía ocurrir es casarte con un rey porque tienes el carácter que cuadra a una reina y acabarías sintiéndote incómoda en cualquier otro sitio que no sea en un trono soberano.

—¿Tú crees eso de verdad, mamá?

—Claro que sí. Imagínate lo que vas a disfrutar teniendo unos reinos tan grandes como los de tu esposo: Castilla y Aragón, el imperio americano, Milán, las dos Sicilias... Seguro que vivirás en preciosos palacios, tendrás súbditos que te respetarán y reverenciarán y acabarás incluso olvidándote de nosotros en este pequeño ducado...

—Sabes que nunca me olvidaré de vosotros. Aunque me fuera al fin del mundo.

—Sí. Lo sé. Eres una buena hija y acabarás comprendiendo que este matrimonio es por tu bien.

—¿Y cuándo me tendré que ir?

—Imagino que pronto. Quizás en un par de meses.

—¡Dios mío! ¡Qué difícil me lo pones!

—No lo creas, hija. No te será tan duro como crees. Tienes la ventaja de la juventud, que se adapta con mucha mayor velocidad a los cambios. Además, el destino que te espera es grande y eso siempre ayuda.

—Pero os dejo a ti y a papá.

—En eso tendrás que demostrar entereza. Vas a ser reina. Más que Adelaida, tu hermana y que yo, por el momento. Serás la más importante de la familia.

—Calla, mamá. Para mí nadie estará nunca por encima de vosotros, y menos yo.

—Es muy bonito lo que dices, pero no es real. Poco a poco tendrás que acostumbrarte a tu nuevo rango y es importante que lo hagas, sin concesiones. Incluso tu padre y yo estaremos muy por debajo de ti, en cuanto te cases con el rey de España. Al fin y al cabo, su Estado es el más importante territorialmente del mundo. Y nosotros estaremos encantados de inclinarnos ante ti.

—No lo permitiré.

—De eso, ya hablaremos más adelante. Ahora, hija mía, descansa y relájate y asume el papel que el destino te depara. No es fácil ser reina, aunque confío en que tú lo harás muy bien.

—No me dejes ahora, por favor —dijo con voz desamparada.

—De acuerdo, Luisa, ven aquí a mi lado —dijo la duquesa tendiéndole maternalmente los brazos.

María Luisa Gabriela se aferró a su madre contadas sus fuerzas y de nuevo lloró, pero en silencio. Sentía que su infancia se estaba muriendo en esos momentos y sus lágrimas eran las últimas de la niña feliz y sin problemas que hasta entonces había sido. Sabía muy bien que en adelante su actividad sería acotada por sus nuevas obligaciones. Se acababan los juegos infantiles, la libertad de deambular por palacio o por la ciudad, sin demasiados cuidados.

Desde el momento en que su padre formalizara el compromiso matrimonial con Felipe V, pasaba a ser la futura reina de España y tendría que comportarse como tal, en todo momento y ocasión. Sabía muy bien que podía hacerlo. Había sido excelentemente educada para ello y de repente se sorprendió pensando que en todos esos cambios había algo de aventura.

Quizás, al fin y al cabo, su madre tuviera razón. Tenía que verlo así, porque sabía que no había ninguna otra posibilidad. Una vez realizado el compromiso y obtenida la dispensa papal para casarse con su primo segundo, el matrimonio se celebraría y luego partiría hacia España.

¿Qué le deparaba el destino?, pensó intrigada. Desde luego algo muy diferente a lo que ella misma hubiera pensado esa misma mañana.

La joven se había quedado dormida por fin. La duquesa la miró fijamente un momento. Era aún tan niña... Le daba tanta pena que tuviera que irse de su lado tan pronto. Pero la cosa no tenía arreglo. En ese momento, el duque debía estar negociando las condiciones del matrimonio, que en muy poco tiempo, si todo iba bien, sería un hecho. Y entonces, María Luisa Gabriela se iría para siempre y su risa dejaría de sonar en los corredores y en los salones de palacio y sobre Ana María de Orleans caería de golpe ese silencio que le iba a ser tan difícil de sobrellevar.

Con la dulzura de una madre preocupada, acarició el rostro de la joven sin despertarla y después salió con sigilo de la estancia y pidió a su aya que la dejara descansar un rato. Habían sido muchas emociones y tenía que digerirlas bien. Estaba segura de que esa noche le costaría dormirse y probablemente unas cuantas noches más. Recordó lo duro que se le hizo a ella dejar la corte del Rey Sol, y eso que era

mucho mayor que su hija cuando se casó con el duque de Saboya. Pero claro, a ella no le esperaba un destino tan brillante. Estaba segura de que su hija sería feliz en España. Tenía el palpito de que María Luisa y Felipe se llevarían bien.

Lo primero que tenía que hacer era informarse bien acerca del carácter del joven soberano y para ello nadie mejor que su hija María Adelaida, que al fin y al cabo era la cuñada de Felipe V. Iba a escribirle inmediatamente una carta para pedirle referencias de su cuñado. Se quedaría más tranquila sabiendo que iba a entregar a su hija pequeña a un príncipe que la iba a querer y respetar, aunque no dudaba que fuera así, porque sabía muy bien que los nietos de Luis XIV se habían educado sanos, al aire libre y lejos de las intrigas de palacio y de la corte, por expreso deseo de su abuelo, que no quería que fueran objeto de manipulación. Y desde luego también iba a escribir a su amiga la duquesa de Noailles. Ella le contaría qué se decía en la corte sobre la boda.

Mientras pensaba en todo eso, sentía una cierta tristeza que no podía evitar. Le daba tanta pena casar tan joven a su hija pequeña... Sólo pensar que estaba llamada a un alto destino la consolaba un poco. Y lo que había dicho a su hija era cierto. Estaba totalmente segura de que María Luisa Gabriela sería una reina excelente. Tenía todo lo que hace que un pueblo ame a una soberana, dulzura, bondad, carisma y personalidad. Sólo le faltaba ser más adulta, pero eso ya llegaría con los años. De momento sería una reina niña.

La boda de María Luisa Gabriela

El viaje y la llegada a España

María Luisa Gabriela había estado triste y pensativa durante las semanas posteriores al compromiso. Ni siquiera sus amigas, las hermanas Ana y Antonia Frattini, eran capaces de sacarla de su ensimismamiento. Muchas veces la sorprendían mirando al vacío, como si tuviera que aceptar su destino, al que todavía no se acostumbraba.

A pesar de sus esfuerzos por controlarse, siguiendo los consejos de su madre, no lo conseguía del todo. Para ella, asumir ese matrimonio cuando ni siquiera se sentía mujer era demasiado. A veces, al despertar, creía que todo había sido sólo una pesadilla, pero cuando veía cómo, en lugar de su instructor de siempre, aparecía el nuevo preceptor que le habían puesto para enseñarle todo lo referente a la monarquía española y a sus nuevos deberes como futura reina de ese país que para ella sólo era una referencia en el mapa, volvía a sentirse fatal. Se acabaron las risas, las cabalgatas, los juegos por los jardines privados, las diversiones. Y conforme se iba acercando el día de la boda, la princesa se sentía más y más triste, tanto que llegó a preocupar a sus amigas, que decidieron hablar con ella sobre el asunto.

—No deberías estar así, Luisita —dijo Ana, afrontando el tema—. Me rompe el corazón verte tan triste, cuando no hay razón para ello.

—Además, ser reina de España es un gran destino para ti y un honor para tus padres y para ti, querida Luisa —apostilló Antonia.

—Eso ya lo sé, amigas mías, pero no puedo evitar sentirme agobiada y hundida. Tengo sólo trece años y no quiero casarme, por más que sea un gran honor esa boda, pero veo que mi opinión no cuenta para nada. Así pues, dentro de una semana tendré que decir que sí quiero casarme, cuando en realidad no lo deseo, y luego todo lo bueno se habrá acabado y me tendré que ir de aquí.

—Más bien dirás que todo lo bueno comenzará, mi señora —dijo Ana, levantándose del suelo y haciéndole una graciosa reverencia cortesana—. Antonia y yo te acompañaremos a España, majestad. ¿No te hace ilusión que las tres vayamos a tu nuevo reino? Lo pasaremos genial. Ya verás.

—Eso sí que me gusta. Me encanta que vengáis conmigo. Tu buen humor estará luchando con mi malestar durante el largo viaje, Ana.

—¿Y yo qué? ¿Acaso no cuento para nada? Siempre prefieres a Ana. Voy a acabar sintiendo celos, Luisa —dijo Antonia, afectando un tono de falsa ofensa.

—Sabes que te quiero tanto como a tu hermana, Antonia. Lo que pasa es que las payasadas de Ana son geniales. Has de reconocerlo. Recuerda cuando se quedó enganchada de aquel árbol y no podía bajar.

—Sí —dijo Antonia—. Y cómo disimulamos tú y yo y atrajimos la atención de las damas de tu madre, mientras ella se desenganchaba con gran trabajo.

—Menos guasa, pareja, que me la cargué bien cargada por romper aquel vestido tan cursi. Menuda regañina me echó mamá.

—Sí, y a mí también, por no impedirte que lo rompieras. Siempre nos la cargamos juntas. No sé cómo lo hacemos.

María Luisa recobró durante unos minutos el buen humor, al recordar viejas aventuras del pasado. Las hermanas Frattini lo habían conseguido, una vez más, pero luego, en cuanto se retiraron, regresó la pesadumbre. No sabía qué le pasaba pero era incapaz de superar el agobio que le producía la boda.

* * *

El tiempo volaba. Pasó un día y otro, entre pruebas de vestidos, ajuares que completar para el viaje, rezos en la capilla, visitas a las monjas, recepción de hermosos regalos de los cortesanos y de otros príncipes que llegaban en gran número, y lecciones sobre España, que, poco a poco, ya le era familiar, en lo básico por lo menos.

El enlace por poderes se iba a celebrar el día 11 de septiembre de 1701, con toda la pompa posible, seis días antes de su decimocuarto cumpleaños. María Luisa Gabriela seguía sin estar contenta, todo lo contrario que su padre, el duque de Saboya, que iba a estrenar su nuevo tratamiento de alteza real, que el rey de Francia le reconocía en adelante y que el Papa también le iba a otorgar, como consecuencia del enlace. En lugar de la capilla de palacio, se decidió que la boda se celebrara en la basílica de la Sábana Santa de Turín, un espectacular templo adecuado para tan importante acontecimiento, donde el cardenal arzobispo de Turín, asistido por otros cuatro prelados, casaría a los novios por poderes. El enlace se ratificaría luego en España, cuando María Luisa Gabriela y Felipe V se encontraran. Estaban invitados a asistir a la ceremonia numerosos príncipes, duques, miembros de las casas nobles más antiguas de Italia además de los embajadores del Papa y las potencias, entre los que estaban los de Austria, Holanda e Inglaterra, que miraban el enlace con preocupación, ya que Luis XIV había ocupado militarmente las posesiones italianas de España y tomado las fortalezas de la Barrera, en los Países Bajos españoles, en nombre de su nieto, y tanto Guillermo de Holanda como el emperador pensaban oponerse a ello por las armas.

La princesa María Luisa Gabriela descubrió, al pasar delante de ellos del brazo de su padre y ver sus miradas, que se le estaba desarrollando un fino instinto político, porque percibía perfectamente su tensión, por más que pretendieran no mostrarla. Al pie del altar la esperaba, en nombre de su futuro marido, el príncipe de Saboya Carignan, su tío, que actuaría como apoderado del rey de España Felipe V durante el

enlace. La boda se celebró sin contratiempos. María Luisa Gabriela prefería que hubiera sido así, por poderes. Eso le daba un tiempo precioso para acostumbrarse a su nueva situación, que todavía se le hacía extraña, más aún cuando todos, comenzando por sus padres, empezaron a tratarla con el honroso y elevado título de majestad y a inclinarse ante ella, ceremoniosamente, como si fuera una poderosa soberana, cosa que le parecía como si estuviera en uno de sus juegos infantiles.

El cortejo familiar se dirigió después de la ceremonia al castillo palacio de Racconigi, donde estaba preparada una recepción que iba a impresionar vivamente a los comensales por el lujo desplegado en ella. Aquél era el modo de Ana María de Orleans de mostrar al mundo el orgullo que sentía por el ascenso de su linaje al lugar que le correspondía. Desde la entrada, los criados de la casa de Saboya con las libreas nuevas, hechas para la ocasión, aguardaban a los invitados para ir dirigiéndolos hacia el lugar donde les esperaba un auténtico banquete. Pero antes de llegar al enorme comedor de gala, éstos debían admirar sobre las consolas, mesas y pedestales del palacio decenas de jarrones de plata blasonados, con las armas de Saboya y Orleans, con enormes ramos de flores, traídas de los altos valles así como cultivadas en invernaderos. Un excelente cuarteto de música de cámara amenizó la llegada de los invitados, mientras se sentaban en los lugares que les correspondían asignados según los rangos de los mismos con sumo cuidado. A una señal, comenzaron a servir el almuerzo. Los comensales pudieron disfrutar de una serie de platos exquisitos de la más sofisticada cocina francesa. Foie de oca con gelatina, perdices rellenas de bayas salvajes, capones rellenos de almendras pasas y codornices, pavos reales asados con puré de castañas. También fueron muy apreciados unos delicados asados de finas carnes con salsa de zanahorias y unos deliciosos redondos de ternera con relleno de huevos duros, aceituna y pimiento, y riquísimos postres italianos. Ni siquiera en Versalles se habría hecho mejor.

La celebración concluyó con un gran baile en el gran salón, donde la nueva reina de España abrió el baile de honor, danzando con su padre. Al principio se sintió algo cortada y tensa, pero luego se relajó y se dejó llevar. Su padre había ordenado que le pusieran un trono, donde se sentó, sobre un estrado, marcando la diferencia de rango con el resto de los presentes, y desde allí vio cómo los demás se divertían en su honor. Acabó la celebración con unos hermosos fuegos artificiales, que se pudieron contemplar desde las terrazas y que asombraron a los invitados por su calidad.

Los días siguientes fueron de preparativos de viaje. María Luisa Gabriela entró en un extraño estado de ánimo, provocado por la tensión de la partida. Mostraba un exceso de actividad durante unas horas para caer en la apatía y la desgana inmediatamente después. Sus amigas, las hermanas Frattini, y su madre, la duquesa, estaban todo el rato pendientes de ella y se la veía bastante infeliz, aunque no se pronunciaba nunca al respecto.

Todavía no había conseguido hacerse a la idea de que ya era reina de España, aunque hubiera de ratificarse el consentimiento prestado al llegar a ese reino, y que,

en muy pocos días, iba a dejar sus habitaciones, sus muñecos y su pequeño mundo de la infancia para siempre. Solo de pensarlo, sentía una profunda angustia y entonces se bloqueaba.

Cinco días después de la boda, el 16 de septiembre, otro acontecimiento relevante para el futuro pasó a ser el foco de atención de Europa. A las tres de la tarde moría en el palacio de Saint Germain, en París, el destronado rey de Inglaterra Jacobo II, exiliado en Francia desde la revolución gloriosa de 1688, que había colocado en el trono a su yerno el príncipe Guillermo de Holanda, casado con su hija Ana. La muerte del verdadero rey de Inglaterra era lo que faltaba para acabar de complicar el panorama político. De la actitud de Luis XIV al respecto de su hijo Jacobo, pretendiente al trono de Inglaterra, probablemente dependería que Inglaterra entrara o no en guerra con Francia y España.

Los ingleses no querían un monarca católico —eso era evidente desde la revolución— e iban a coronar como reina a la princesa Ana Estuardo, a la muerte de su padre Jacobo II, dando el espaldarazo a la ilegal ocupación del trono por el marido de ésta, Guillermo de Orange, rey de Holanda.

* * *

La nueva reina de España se despidió con todo cariño de su abuela paterna, que estaba enferma y recluida en sus aposentos. Escuchó sus consejos con rostro serio. La interrumpió diciéndole que lo que en realidad deseaba era quedarse, y la vieja dama la reconvino y le dijo que se fuera ya, tras darle su bendición. Luego le tocó despedirse de sus padres, envuelta en un mar de lágrimas. El duque la reconvino por su falta de contención y la duquesa, en cambio, la estrechó entre sus brazos con toda la ternura de una madre que sabía que nunca iba a volver a ver a su hija.

María Luisa Gabriela no dejó de mirar hacia atrás, mientras el impresionante cortejo que la llevaba a su destino salía de palacio. Quería retener en la retina la imagen de su casa, el lugar de su felicidad anterior, y siguió mirando lo que abandonaba hasta que la elegante comitiva dejó Turín, tomando la dirección de la frontera francesa. Mientras se dirigían a Niza, se sorprendió pensando en la actitud de su padre, que había sido demasiado fría, durante la despedida.

Ella sabía que estaba preocupado por los asuntos de Europa y probablemente a eso se debía su actitud. El duque preveía que muy pronto iba a producirse, si es que no se había producido ya, el reconocimiento de Jacobo III Estuardo de Inglaterra por parte de Luis XIV, lo cual era una provocación a Inglaterra de posibles graves consecuencias. Tanto Luis XIV como el duque de Saboya creían inevitable el conflicto. Y estaba claro que muy pronto se iban a poner en marcha las alianzas que meterían a Europa entera en guerra.

Lo que María Luisa Gabriela no podía imaginar es que su padre, mientras se

despedía de ella, ya estaba pensando si le convenía seguir al lado de Luis XIV, con quien acababa de ratificar la vieja alianza, porque el embajador de Leopoldo I, durante los días posteriores a la boda, le había hecho una oferta difícilmente rechazable por su apoyo a la futura alianza contra el gran monarca francés, con cuyos nietos había casado a sus dos hijas. De momento, el duque se quedaría con la alianza francesa. Sabía que su esposa no le perdonaría una traición injustificada al compromiso con Francia.

Ana y Antonia Frattini, así como las otras damas del séquito que había elegido para acompañarla a España, la animaron mucho durante el viaje e incluso llegó a reír abiertamente en varias ocasiones, lo cual era una novedad que todas agradecieron, comenzando por la misma reina, cuyo carácter era contrario, en esencia, a la tristeza. La joven reina no podía evitar sentir la emoción que acompaña a un viaje, que al fin y al cabo era el primero que hacía fuera de su castillo palacio, y de Turín, donde había vivido toda su corta vida. Y durante las largas jornadas, cuando la nostalgia no empañaba sus ojos, disfrutó contemplando el paisaje alpino que se iba haciendo llano conforme descendían hacia el camino de la gran ciudad de Niza. Estaba casi de buen ánimo cuando llegó a la ciudad y allí se encontró con un nuevo golpe que la tomó completamente por sorpresa. Sin haber consultado con ella, ni probablemente con sus padres, el rey de Francia había decidido cambiar a todo el personal que iría con ella a España.

Las órdenes de Luis XIV eran tajantes. No embarcarían con María Luisa Gabriela, en las naves que la esperaban, los servidores y miembros de la corte del duque, sino los nuevos, todos franceses, que dirigía la nueva camarera mayor que se le había nombrado, que no era otra que la importante y famosa Ana María de la Tremoille, princesa de los Ursinos, una dama cuyo nombre era objeto de leyenda en Italia, y que supo ganarse a la joven y desesperada reina muy pronto, con su irresistible cortesía y su encanto.

María Luisa Gabriela había oído hablar de la princesa a su madre. De hecho, Ana María de Orleans era una vieja amiga suya, tanto como la duquesa de Noailles, también íntima de la duquesa de Saboya, de los tiempos en que las tres estaban en la corte de Versalles, aunque la de los Ursinos era mucho mayor que las otras, tanto que podía muy bien ser su madre, por edad, aunque de físico estaba tan increíblemente bien conservada que, aunque tenía en esos momentos cincuenta y nueve años —era casi de la edad de Luis XIV, aunque lo ocultara celosamente—, nadie hubiera dicho que tenía más de treinta y cinco.

Marie Anne de la Tremoille Noirmoutier, hija del duque de la Tremoille, de joven, había sido una belleza irresistible, famosa además por su rápida inteligencia y su legendaria capacidad de seducción. Aún ahora, su hermoso y noble rostro tenía la piel blanca y fresca; unos hermosos cabellos oscuros, peinados a la francesa, en alto moño; unos bellos ojos azules y una excelente figura que le hubieran envidiado mujeres veinticinco años más jóvenes que ella.

Siendo muy joven, con solamente dieciséis años, se había casado con *monsieur* de Talleyrand, príncipe de Chalais. Tras un corto y brillante matrimonio, con residencia en París y en la corte de Francia, debido a un duelo, del que María Luisa Gabriela no sabía más que había sido por asuntos amorosos, algo oscuros, el príncipe tuvo que irse de Francia con ella, y se habían exiliado primero en España, donde conocieron a mucha gente, y después en Roma, donde Chalais moriría en 1670. La princesa viuda se transformó entonces en espía de Luis XIV en la corte del Papa. Iba y venía de Roma a Versalles, y estaba informada de cuanto acontecía en cualquier lugar de Europa, por medio de una red de informadores que rara vez se equivocaban. La habilidad de sus informes la hizo muy apreciada por el Rey Sol. En la Ciudad Eterna se hizo amiga de cardenales tan importantes como el de España, Portocarrero, y el francés D'Estrées. Su capacidad de seducción era tal, que enamoró locamente a Flavio Orsini, duque de Bracciano, uno de los nobles de más prosapia de Roma y grande de España, y después de casarse con él instaló en el fantástico palacio Orsini, de la Piazza Navonna de Roma, el que sería el salón más prestigioso y concurrido de la capital hasta la muerte del duque, que había acontecido sólo hacía tres años, en 1698.

La princesa de los Ursinos había estado varias veces en Francia, y había acudido a Versalles, donde la esposa morganática del rey, la marquesa de Maintenon, también la contaba entre sus más queridas amigas desde hacía muchos años, lo cual la colocaba en un lugar de influencia, toda vez que tenía, aparte de una inteligencia brillante, un alto sentido de la política, del arte, del saber estar y de la diplomacia.

María Luisa Gabriela, conociendo su trayectoria, tenía dudas sobre las razones que la habían hecho pedir ser nombrada camarera mayor suya. Y siendo aún tan joven e inocente, decidió preguntarle directamente el porqué a la princesa.

—Marie Anne, ¿por qué os han nombrado mi camarera mayor? ¿Deseabais ir a España conmigo por alguna razón? —le preguntó María Luisa Gabriela.

La princesa miró fijamente a la reina de España antes de contestar. Luego de habérselo pensado, con esa brillante intuición suya que le había hecho ganarse tantos adeptos, le respondió con la verdad franca y se ganó, en ese instante, a la reina de España.

—Mi deseo de ir a Madrid, señora, es por varias causas. La primera, evidentemente, es seros útil, puesto que sois muy joven y no sabréis manejaros en una corte de víboras como la de la capital de España. La segunda razón es servir al rey de Francia, mi señor, ayudándoos a reinar en su conformidad durante el tiempo que éste lo estime oportuno, viniendo a darle cuenta de los pormenores de mi trabajo.

—¿Y creéis que podréis servirme bien a mí y a mi esposo el rey de España y al mismo tiempo al rey de Francia?

—Ésa es una pregunta inteligente, majestad. Os dejo a vos misma el juicio. El tiempo y sólo el tiempo os dará la respuesta. Pero os puedo garantizar que únicamente con el pleno apoyo del rey de Francia se puede reinar ahora en España.

Mis informes me dicen que la corte es un caos. Eso sí, no os atemoriceis demasiado, porque cuento con algunas bazas a mi favor.

—¿Y cuáles son, princesa? —dijo la reina interesada por la conversación de la francesa.

—Soy viuda de un grande de España, lo que me abre muchas puertas. Además, hablo el español con corrección, lo cual es esencial para manejarse en la corte. Me estiman en aquel reino y tengo en él muchos amigos, entre ellos el cardenal Portocarrero, y para concluir, sé manejarme en las situaciones más complicadas y siempre he logrado salir con éxito de las mismas.

—¿Tenéis algo más que decirme al respecto?

—Sí, majestad. Creo que seré una excelente consejera para vos, si decidís prestarme vuestra atención. Podéis contar conmigo, de verdad, como probablemente no podríais contar con nadie más que viniera de la corte del abuelo de vuestro esposo, porque ya aprecié a vuestra madre antes que a vos y soy una persona leal hasta la muerte a mis señores, y verdaderamente de temer por sus enemigos, a los que hago míos. Tengo un talento natural reconocido para percibir intrigas que, en Madrid, seguro que abundarán por todos lados y además, lo que es más importante, he sentido por vos desde el primer instante una corriente de simpatía que espero será mutua.

—También yo he sentido algo parecido, princesa. Con la confianza que eso nos da. ¿Podría pedirnos que hicierais algo por mí?

—Claro, majestad. Si está en mi mano, dadlo por hecho.

—¿Podéis hacer que mis amigas Ana y Antonia Frattini vengan con nosotras? Para mí sería muy importante poder contar al menos con su compañía.

—¡Ay, majestad! No sabéis cuánto me duele no poder complaceros en esto. Las órdenes del rey de Francia son tajantes a ese respecto. No puede ir a España ninguna persona de Saboya. Pero no sufráis por eso. Más adelante, cuando estéis firmemente asentada en el trono, las podéis llamar si seguís echándolas de menos. Pero como sé que hasta ese momento sentiréis un gran vacío, os prometo que os compensaré dedicándoos toda mi atención. Os aseguro que no echaréis en falta más que su cariño. En todo lo demás intentaré complaceros, como si fuera, más que amiga, vuestra misma madre.

—Os lo agradezco mucho, princesa. Ahora os rogaría que las llamarais a mi presencia. Quiero disfrutar de un último rato a solas con ellas. Llevamos juntas toda la vida y no nos va a ser fácil separarnos. Las echaré de menos —dijo con tono compungido.

—Sí, mi señora. Sé que os va a costar un duro esfuerzo, pero no olvidéis que me tenéis a vuestro lado. Si Dios quiere, nunca os dejaré ya.

María Luisa Gabriela asintió. Al mirar a aquella dama intuyó que tenía en ella un verdadero apoyo. No sabía aún si podía confiar en ella, porque intuía que la hábil cortesana podía engañarla muy fácilmente, pero le había ocultado esa duda, celosamente, como su madre le había enseñado. Sabía que la princesa de los Ursinos

era una dama ambiciosa, eso se veía, pero su ambición podía ser una espada que la protegería de los que intentaran abusar de su juventud e inexperiencia. Intuyó que a la anciana francesa podía bastarle con estar a la sombra del poder y, dado que —por lo que conocía de ella— poseía un evidente talento para el manejo de muy diversos asuntos, tenerla a su lado le convenía y le sería muy útil como reina de España. Que no acabase de gustarle era una cuestión menor.

Ella misma se sorprendió al hacer un juicio tan frío de la señora que acababa de salir de su cámara. Era su primer pensamiento de reina y sentía en su fuero interno que era acertado. Comenzaba a percibir que era una buena juez de las personas y eso, al menos, la tranquilizaba porque sabía que en adelante se iba a enfrentar a un mundo lleno de personas desconocidas, costumbres extrañas y lugares muy diferentes de los que la habían visto nacer y crecer.

Aquella noche se produjo una triste despedida. María Luisa Gabriela cenó a solas con sus damas y amigas, las hermanas Frattini, por cortesía de la princesa de los Ursinos, que no quiso inmiscuirse en esa despedida, cosa que la reina le agradeció. Hubo lágrimas, abrazos, promesas de que muy pronto volverían a reunirse pero, en realidad, las tres sabían que no iba a ser así. Sus destinos tomaban en adelante rumbos diferentes y la vida de la reina se separaba para siempre de las que hasta entonces habían sido sus más queridas amigas, que jamás tendrían reemplazo en su corazón. Parecía que tenía que llegar a España con el corazón cargado de soledad.

Al otro día embarcó cuando la princesa se lo pidió, con una sensación de profunda amargura. Se encerró en el camarote de la nave capitana y no salió durante muchas horas, ni dejó entrar a nadie en él. Así pasó un día. Sólo aceptó una bandeja con unos dulces y un tazón de leche. Y luego se durmió en la incómoda cama que le habían preparado en el barco.

A la mañana siguiente seguía de humor brumoso y tampoco se dejó ver. La princesa seguía respetando sus deseos y sólo había acudido una vez a la puerta a preguntarte si necesitaba algo de ella, y ante su negativa se había retirado sin insistir. No sabía hasta cuándo hubiera durado esa actitud suya, hasta que la mar le jugó la mala pasada de marearla por completo, haciéndole olvidarse de todo.

La travesía, que se preveía tranquila, se estaba complicando. Las olas se hacían mayores a cada instante y María Luisa Gabriela sintió que se le revolvía el estómago y que tenía que devolver. Abrió la escotilla del barco y expulsó de golpe el escaso contenido de su estómago, sin ninguna dignidad. Se sentía fatal, tanto que, abriendo la puerta, llamó a la princesa de los Ursinos para decirle que no aguantaba seguir así.

La princesa, mostrando por primera vez su diligencia y capacidad de organización, dio órdenes al capitán para que pusiera rumbo al puerto más cercano, porque la reina no deseaba seguir en esas condiciones la navegación. María Luisa Gabriela, que la había oído, se lo agradeció infinito y se tumbó en el lecho, creyendo morir. Nunca en su vida se había sentido tan mal. La cabeza le daba vueltas, sentía fuertes arcadas aunque su estómago estaba vacío, y el tiempo que transcurrió desde

entonces hasta la llegada a puerto fue para ella una verdadera pesadilla.

Unas horas después llegaban a Marsella. La reina se echó a llorar de alegría al ver, de lejos, las luces del puerto. Lo había pasado tan mal que no pensaba seguir embarcada ni un minuto más de lo estrictamente necesario. Así se lo comunicó a la princesa y ésta, que se había propuesto dar a su señora cuantos caprichos pudiera para ganarse su confianza, decidió por primera vez en contra de las instrucciones de Luis XIV seguir el viaje por tierra, toda vez que tampoco la mar parecía ir a mejorar. De todos modos, su prudencia le hizo escribir tanto a *madame* de Maintenon como al propio rey exagerando los peligros pasados y exponiendo que sería mejor continuar por tierra.

Mientras llegaban las carrozas para el séquito, también lo hizo la autorización de Luis XIV. Podían proseguir hacia la frontera española por tierra. Sin más contratiempos, siguieron el viaje y alcanzaron por fin su destino, el 1 de noviembre. María Luisa Gabriela estaba bastante impresionada por haber llegado a su nuevo reino y la princesa, que lo comprendía, estuvo un buen rato hablándole de las costumbres de los catalanes y de sus ciudades, para divertirla y tranquilizarla.

Lo que ninguna de las dos esperaba es que, en cuanto pasaron por el puesto de La Junquera, se acercó a la carroza donde iba la reina con la princesa de los Ursinos un apuesto señor, vestido con traje de caballero, en un brioso caballo, que tenía el indefinible aura de la realeza.

La de los Ursinos reconoció inmediatamente en él al rey de España, pero hizo como si no supiera con quién estaban hablando, ya que iba de incógnito y la reina, que también había intuido, por el respeto con que la escolta se había separado de ellas, que el caballero, al que no le pusieron ningún reparo los guardias cuando se acercó, era el rey de España, disfrutó mucho del lance y se permitió incluso bromear con él, como si sólo fuera un desconocido.

—No sé cómo no os avergonzáis, caballero, al acercaros con tanto descaro a la carroza donde viaja vuestra reina —le dijo María Luisa Gabriela con aplomo.

—Me disculparéis, señora, la osadía. Sólo soy un noble francés que desea ser el primero en daros la bienvenida al reino de vuestro esposo —respondió el rey—. No pretendo ofenderos, ni tampoco ofender al rey.

—En ese caso, os permito seguir a mi lado, pero tened buen cuidado de no propasaros con vuestras palabras.

—Líbreme Dios de tal osadía. Aunque vuestra belleza nubla el sol, yo solo puedo alabarla.

—Parece que el caballero está siendo demasiado galante, princesa. ¿No creéis que quizás demasiado?

—Así lo parece, señora —dijo la princesa de los Ursinos, con pretendido tono serio. Y luego, dirigiéndose al rey, le reconvino—: Me comprometéis, desconocido señor. Soy la camarera mayor de la reina y debo velar por que llegue a Figueras, donde el rey de España la espera, sin ningún contratiempo. Haced el favor de medir

vuestras palabras o, si no, dejadnos proseguir nuestro viaje sin perturbarlos.

—Disculpadme, señora, pero es que no he podido evitarlo. Vuestra señora ya lo es mía también y reina en mi corazón.

—Definitivamente, sois bastante atrevido, señor.

—No lo considero así. Sólo acabo de declararme el súbdito más entregado y devoto de su majestad la reina y en eso no hay osadía alguna, sino simple devoción.

—Si vos lo consideráis así... —dijo la princesa, dándose por satisfecha y muy divertida en el fondo por el lance.

—Veo que ahora, por fin, me creéis.

—No puedo menos, ya que mostráis intenciones que no parecen aviesas.

—¿Cómo iban a serlo? Yo sólo soy el primero de los muchos que la van a adorar en este reino.

—Vuestro ímpetu, más que francés, parece español —dijo la reina.

—¿Es eso un cumplido, mi señora? Si lo es, me dais el cielo.

—Creo que prefiero cambiar de tema, caballero. No debemos seguir por ahí. ¿Conocéis al rey?

—Puedo decir que muy bien, majestad.

—Pues entonces sabréis que no le gustaría este acoso.

—Creo que a mí me lo permitiría, pero sólo a mí.

—Mucho parecéis contar con su tolerancia.

—Así es, mi reina. Confío en él plenamente, como su majestad el rey confía en mí.

—Muy misterioso me parecéis y muy seguro de vos mismo. Si tan amigo del rey sois, deberíais darnos vuestro nombre.

—Mi nombre lo sabréis dentro de poco. Sólo os pido que me excuséis por no dároslo ahora.

—No sé si podré hacerlo, caballero.

En ese tono siguió la conversación, afectando la reina y la princesa no saber con quién hablaban. El viaje hasta Figueras se les pasó volando y cuando se acercaron a la ciudad, el rey, en su disfraz, se quitó el sombrero saludando galantemente y se retiró para permitir que la reina entrara en la ciudad, donde la esperaban para que pudiera adecentarse antes de ser oficialmente presentada a Felipe V.

La apostura de Felipe V gustó mucho a María Luisa Gabriela, que no se había imaginado que el rey fuera tan guapo, ni tan buen jinete ni tan agradable como persona. También él había quedado prendado de ella, porque María Luisa Gabriela tenía un atractivo y una elegancia que a Felipe V le placían. Al rey le había gustado su rostro aniñado, de ojos oscuros e inteligentes, su cabellera castaña llena de rizos, sus mofletes sonrosados, lo que pudo ver de su figura y sus finas manos y, desde luego, su conversación inocente y con chispa.

La ratificación de la boda y el enfado de María Luisa Gabriela y el rey

La reina y la princesa de los Ursinos se acomodaron en una gran casa que habían preparado para ellas en Figueras. Había allí muy pocas comodidades, pero María Luisa Gabriela no se molestó por ello, ya que ahora todo comenzaba a parecerle como una divertida y apasionante aventura, después de su encuentro casual con el rey.

El patriarca de las Indias, un hombre de rostro poco agraciado en el que se leían la astucia y la ambición, más que la devoción, acudió a saludar a la reina y a presentar sus respetos a la princesa y la encontró del mejor humor. María Luisa Gabriela le trató con suma cortesía, aunque el prelado le había provocado una pobre impresión. También acudieron a saludarla y a ponerse a su disposición las esposas de algunos nobles catalanes entre las que estaban la elegante vizcondesa de Illa, la bella baronesa de Algerri y las orgullosas baronesas de Calonge y de Almolda, con las que María Luisa Gabriela congenió bien.

Posteriormente, la reina recibió a un grupo más numeroso de damas nobles del reino que no fue un desastre de verdadero milagro, porque la mayoría de ellas no quisieron o no supieron hablarle en francés y la reina no las entendía en español, lo cual dio lugar a una situación incómoda que la princesa de los Ursinos, con su correcto español y su mano izquierda, encauzó con velocidad, aunque le preocupó la beligerancia antifrancesa mostrada por algunas de aquellas señoras, entre las cuales había también alguna castellana, que entendían el francés aunque habían afectado no hacerlo.

También le fueron presentadas otras damas de corte, que habían de servirla, junto a las damas francesas, que ella había traído. El primer encuentro entre las dos servidumbres, francesa y española, fue muy tenso. Las españolas pretendían organizarlo todo al modo del país y las francesas, conforme a sus usos. Estas últimas tenían a su favor que era del modo francés cómo la reina estaba acostumbrada y gustaba de ser tratada y eso generó un grave problema entre unas y otras, que iba en demérito del buen servicio de la reina. Desde luego, el trabajo de domar y encauzar, en servicio de María Luisa Gabriela, esas energías tan enfrentadas no iba a ser fácil. La princesa de los Ursinos ocultó a la reina las tensiones que se estaban creando, para no provocar su cólera hacia las españolas y, después de cambiarse el vestido de viaje por uno de corte y vestir a la reina con otro, digno de Versalles, que sentaba a María Luisa Gabriela a las mil maravillas, se encaminaron al lugar donde las esperaba el rey.

La reina y la princesa fingieron sorpresa al ver a Felipe V, ahora ya vestido

conforme a su rango, con un rico traje de corte de seda azul cobalto, con el collar del Toisón de Oro al cuello y la cruz y la banda azul de la orden del Espíritu Santo. El rey se disculpó entonces, con finura, por no haberles descubierto su identidad al hablar con ellas la primera vez y la reina se río de buena gana con él de la aventura. Recordaron algunas partes de la conversación del camino y disfrutaron de nuevo de su mutua compañía. Entre los reyes había una chispa, una confianza inconsciente que probablemente arrancaba de su juventud, su linaje que, al fin y al cabo, era el mismo, y el encontrarse los dos lejos de los hogares que los habían visto nacer y crecer y haberse visto catapultados a un destino que ninguno de los dos deseaba. Porque al igual que ella había sido forzada al matrimonio, el rey, en un principio, no había deseado aceptar la corona de España y su preceptor, Fenelón, había tenido que ponerse muy duro con él para que lo hiciera, recordándole que como príncipe debía servir a Dios.

Felipe V le dijo entonces que estaba prendado de ella, con tono sincero, y bastaba ver la seriedad con que lo decía para darse cuenta de que lo pensaba de verdad. María Luisa Gabriela le parecía mucho más bella y con mucha más gracia que su hermana María Adelaida, a la que había conocido y tratado bastante en Versalles, antes de venir a España. Como si adivinara su pensamiento, ella sacó el tema de su hermana y le preguntó muchas cosas acerca de cómo vivía en Francia y otras mil cuestiones de familia. Eso les dio el definitivo tono de confianza y se pasaron las horas hablando, sin apenas darse cuenta, hasta que llegó el momento de retirarse, cosa que ambos hicieron con pena. Les era muy agradable la compañía del otro; eso era evidente para los dos.

El día siguiente fue de cabalgada y de caza. El rey salió con sus caballeros muy pronto y regresó con algunas piezas para la cena. María Luisa Gabriela y él se encontraron de nuevo con alegría. Hablaban entre ellos en francés y no se daban cuenta de que eso estaba creando un cierto malestar entre los nobles españoles, que no les entendían y que no veían con buenos ojos que sus reyes no conocieran ni hablaran el idioma de su reino en público. Pero la princesa de los Ursinos sí que lo notaba, porque estaba pendiente de las reacciones de los cortesanos y todo lo observaba y anotaba.

El día 3 de noviembre se celebró la misa de velaciones, donde se ratificaba el matrimonio que se había celebrado por poderes. Ofició el insulso patriarca de las Indias, honor que debía a que era pariente cercano del cardenal Portocarrero, quien era muy dado a poner a su familia en los más importantes cargos del reino. Los reyes dieron de nuevo su consentimiento al matrimonio y, una vez concluida la breve ceremonia, se celebró un banquete.

Todo parecía ir a las mil maravillas, pero entonces, cuando menos se esperaba, estalló el primer conflicto cortesano de otros muchos que habían de venir después, sólo que esta primera vez se llevó por delante la concordia y buena armonía que había entre los reyes, porque María Luisa Gabriela consideró que el rey no había sabido

manejar el asunto como debía y, en su inexperiencia y su infantilidad, la tomó contra él. Pero lo que a ella le parecía tan sencillo y fácil de solucionar, en realidad no lo era. El conflicto venía de la misma llegada del monarca a Madrid, acompañado de su personal francés de servicio, más de cincuenta personas, que le atendían conforme a los usos de Versalles y le alimentaban con guisos franceses, en contra de los deseos de los altos cargos de palacio y de los cocineros del alcázar, que pretendían que el rey se habituara a los modos de ser y usos españoles, especialmente en lo referente a la mesa y etiqueta.

El marqués de Villafranca, don Fadrique Álvarez de Toledo, mayordomo mayor del rey y primer cargo de palacio, que tenía setenta años y, aunque había animado a su señor Carlos II a cambiar su testamento por la casa de Borbón, en todo lo demás era muy inmovilista, era el primero de los que defendían esta postura. Don Francisco Casimiro Pimentel, conde duque de Benavente, sumiller de Corps del rey y segundo cargo de palacio, a pesar de ser cuarenta años más joven que Villafranca, le apoyaba tácitamente en todo. Por su parte, el duque de Medina Sidonia, caballero mayor y tercer gran cargo de palacio, como gran señor andaluz, se adaptaba mejor que el primero a la nueva moda francesa aunque prefería lo español. De hecho, la mayoría de los grandes, comenzando por el duque de Medinaceli, deseaban que el rey adoptase las costumbres españolas lo antes posible, entre las que estaba que los grandes le manejaran a su antojo.

Como consecuencia de esto, sólo el duque de Osuna, uno de los gentileshombres de cámara del rey, era abiertamente profrancés en la moda y en los hábitos, mientras que los demás cortesanos y cargos de palacio se oponían a ello, porque temían supusiera una pérdida de identidad. Aceptaban a los franceses en el gobierno, porque la hacienda pública estaba colapsada, pero las necesarias y urgentes reformas de la misma, del ejército y de la corte, demasiado numerosa y anquilosada, habían encontrado mucha resistencia pasiva y ahora los nobles habían hecho del asunto de la alimentación del rey una cuestión de honor y era un caso de fricción permanente.

Lo que no se esperaba Felipe V es que el mismo día de su boda con la reina fuese aprovechado por las señoras nobles, animadas por sus beligerantes maridos, para presentar en el banquete de bodas sólo comida española, en lugar de la francesa y española que estaba prevista, a modo de desafío. Las españolas se las organizaron para neutralizar a la servidumbre francesa, y las bandejas con la comida al gusto de la reina que iban hacia la mesa, nunca llegaron allí. Aquél era un modo poco sutil e inadecuado de mostrar al rey que no les gustaba el afrancesamiento de la corte. Felipe V, que era de naturaleza tranquila cuando era feliz, no le dio demasiada importancia a la cuestión, dejándolo pasar sin tomar cartas en el asunto de modo inmediato. En realidad, a él la cena de esa noche le daba igual. Estaba encantado con su matrimonio y deseando meterse en la cama con la joven reina y por más que, en la mesa, María Luisa Gabriela protestara mucho porque la cena que se le sirvió le pareció un ultraje, no se dio por aludido. Y en verdad, los platos españoles, demasiado condimentados,

con muchas especias y con una rudeza a la que su paladar tan fino no estaba acostumbrado, no le gustaron a la reina, que se fue poniendo de mal humor, pero Felipe V, en una nube de felicidad, no le prestó atención. El rostro de la reina se fue nublando durante el banquete, conforme iban llegando nuevos platos que ella encontraba incomibles, y al final del banquete se retiró muy ofendida, como si aquello hubiera sido una conspiración contra ella, sin haber cenado y sin decirle ni adiós al rey. Éste lo atribuyó todo al nerviosismo de la joven soberana por la inminente consumación del matrimonio, y no le dio ninguna importancia a la conducta de su esposa.

Aprovechando que la reina se había retirado, él también quiso hacerlo y de muy buen humor se preparó para entrar en el lecho nupcial, cosa que deseaba con todo su cuerpo y su alma. Pero entonces se encontró, al ir a abrir la puerta de la cámara nupcial preparada para ellos, con que María Luisa Gabriela la había cerrado con llave por dentro, y por más que insistió, no solo no le contestó, sino que no hizo amago de abrir la puerta, lo cual llevó al rey primero a preocuparse y luego a enfurecerse.

La princesa de los Ursinos, que estaba pendiente de los menores gestos de los monarcas, previó problemas al oír los golpes del rey en la puerta de la cámara nupcial e, intentando usar de su diplomacia, convenció a Felipe V para que se retirara momentáneamente a sus habitaciones y la dejara entrar a hablar con la reina a solas, una vez que consiguieron que abriera la puerta. Era lo más conveniente, ya que el rey de España estaba en bata, en el pasillo, cosa poco digna de un soberano tan importante.

En cuanto cerró por dentro y comenzó a hablar con ella, Ana María comprendió que lo que le pasaba a su joven señora era que se mezclaban en ella su juventud, el nerviosismo de la consumación del matrimonio por un lado y la humillación que había sentido al no ser atendida y servida esa noche conforme a sus costumbres. Con todo su buen hacer, intentó calmarla.

—No sé para qué habéis venido a mi cámara, princesa. No quiero ver a nadie. Ni siquiera sé por qué os he abierto la puerta —dijo con tono beligerante.

—Majestad, he querido entrar a veros porque ése es mi deber. Debo recordaros que no es decoroso que la noche de vuestra boda dejéis a vuestro esposo fuera de la habitación. ¿Dónde se ha visto tal caso? ¿Qué esposo lo toleraría, y menos un rey tan poderoso?

—Pues habrá de hacerlo, porque aquí no va a entrar hoy. Ya que el rey no ha sido capaz de comprender que sus servidores me han vejado del peor modo esta noche en mi propio banquete de bodas, dándome esa horrible, aceitosa e incomible pitanza, quizás al ver que se queda fuera del lecho que tanto le apetece, entienda que debe cuidarme mejor.

La princesa casi se sonrió al pensar en lo acertado que era el modo de actuar de la reina. Estaba claro para ella que Felipe V era un ser muy manipulable, especialmente por su esposa y esperaba que también por ella misma. No por falta de inteligencia ni

de carácter, sino porque en realidad estaba aquejado de una abulia para los asuntos de Estado, de la que ya había sido informada en secreto por *madame* de Maintenon y por el mismo abuelo del rey, que le hacía dejar que otros decidieran por él muchos asuntos. La princesa de los Ursinos se había dado cuenta, en esos días, de que María Luisa Gabriela tenía un potencial enorme para dominarle, por su modo de ser, lo locamente enamorado de ella que el rey se había mostrado y su urgencia, casi patética, en entrar en la cámara nupcial para consumir su matrimonio. Pero para conseguir eso, había que encauzar la situación, que se había salido de madre. Había que intentar suavizar el malestar de la reina y hacerla entrar en razón. En ningún caso mostró su rostro lo que pensaba y dulcemente, con toda su mano izquierda, siguió insistiendo para que la reina recibiera al rey. No deseaba que aquel pequeño conflicto pasara de ser una mera anécdota.

—No seáis tozuda, majestad. Sabéis que no está bien lo que estáis haciendo.

—Quizás tengáis razón, princesa, lo reconozco, si así lo queréis, pero si el rey desea que lo perdone, tendrá que esperar a mañana para entrar en la alcoba nupcial. Decídselo así, por favor. Sólo si muestra su arrepentimiento de ese modo, haciendo el sacrificio de posponer un día la noche de bodas, yo me entregaré a él contenta y de buena voluntad mañana.

Ana María no pudo convencerla para que cambiara su parecer y salió de la cámara, molesta y malhumorada, por tener que llevar un mensaje tan absurdo al rey de España. Conocía bien a los Borbones, tanto a Luis XIV como al viejo y fallecido duque de Orleans, hermano del rey de Francia, y a su sobrino, el actual duque, de quien incluso se había llegado a decir que había tenido una aventura —nunca confirmada— con ella y sabía bien de su desmedido apetito sexual. Imaginaba, con mucho acierto, que Felipe V era tan apasionado como su abuelo y su tío y que se iba a enfurecer inevitablemente al oír la inocente pero impropia demanda de su virginal esposa, y no se equivocó. La anciana cortesana sabía que tenía que capear el temporal que se avecinaba y estaba preparada para ello. En esas circunstancias era menester mantener la calma y aguantar incluso los impropiedades reales, que podían producirse en un momento de exaltación, sin pestañear.

—¡Qué desfachatez! —dijo el rey al oír el mensaje de su esposa, comunicado del modo menos agresivo posible por la princesa—. ¡Cómo se atreve María Luisa Gabriela a enviarnos a mi presencia a esta hora y solamente para decirme que no me va a recibir esta noche! ¡No puedo creerlo!

—Tenéis toda la razón, señor —dijo la princesa, intentando suavizar la indignación del monarca—. Sólo os ruego que la disculpéis con vuestra habitual magnanimidad. La reina tiene sólo catorce años y está confusa.

—Pues será mejor que abandone su confusión, princesa. A un rey de España no se le puede ofender de este modo. ¿Qué se ha creído mi esposa? No voy a tolerarle esta actitud que va en detrimento de nuestro prestigio.

—Sabéis que en ningún caso pretende ofenderos. Os ama tiernamente —dijo la

princesa.

—Eso tendrá que demostrarlo con obras. De momento, mirad cómo me veo. Compuesto y sin novia; preparado para consumir mi matrimonio y mi propia esposa me lo impide. Es indignante y absurdo.

—Es más que comprensible vuestra indignación, majestad, pero os lo ruego, mostrad un poco de comprensión por vuestra reina. Apenas había salido de su casa antes de este viaje. Han sido muchas emociones y se ha tomado a la tremenda el plante de los servidores españoles de esta noche, que, todo sea dicho, han actuado de modo muy reprehensible en vuestro banquete de bodas.

—Sí. En eso os doy la razón. No entiendo cómo se han atrevido a tanto, pero la actitud de ellos y su descortesía no justifica la negativa de la reina a recibirme. Yo no soy culpable de nada. Yo he sido tan agraviado como ella.

—Así es, majestad.

—¿Creéis que cambiará de parecer?

—Pienso que no, majestad. He insistido con todos mis argumentos.

—¡Menuda niña malcriada! ¡Ya le enseñaré yo! Podéis retiraros. Decidle que no la molestaré esta noche. Que puede dormir tranquila y contenta del escándalo que va a provocar.

Ana María Ursinos se retiró tras oír estas últimas palabras. Felipe V tenía toda la razón. Estaba ofendido con su esposa, e iba a pasar solo la noche de bodas y la reina, también. El escándalo estaba servido. Al día siguiente, todos lo sabrían y el desencuentro de la pareja real sería la comidilla de la corte y de los servidores, que además se regodearían al ver lo que habían provocado con el asunto de la comida. La princesa sintió una cólera fría, de esas que los que la conocían bien habían aprendido a temer, porque no se paraba en mientes hasta que solucionaba el asunto por las buenas o por las malas. La verdad es que estaba dispuesta a llegar hasta el final y acababa de tomar la decisión de quebrar el orgullo desmedido de los cortesanos. En adelante, o se plegaban a sus razones o se retiraban de la corte, porque si no lo hacían lo iban a pasar mal. Le costara lo que le costara, iba a acabar esa pugna de unos y otros, que redundaba en perjuicio y descrédito del prestigio de la familia real. Si nobles y servidores querían pelearse, que lo hicieran entre ellos, pero no en lo referente a los reyes ni afectando su servicio. Desde el día siguiente, el que no cumpliera sus deberes con sus majestades de modo impecable, se las vería con ella. Y el que se opusiera a ella, fuera quien fuera, cortesano, noble o grande, más le valía quitarse de en medio o podía dar por seguro que acabaría con sus huesos en prisión o, si se probaba que conspiraba contra sus majestades, entregaría la vida.

Con toda la dignidad, andando muy estirada con su elegante traje de corte, la princesa de los Ursinos se dirigió a la alcoba nupcial. Entró, tras dar un golpe seco en la puerta; comunicó a la reina el enfado y la indignación del rey, con tono frío, y luego se retiró, dejándola meditar un poco sobre el resultado de su tozudez. Consideraba que era lo mejor. No había nada más que decir y, ya que la noche se

había estropeado, mejor era irse a descansar y dejar las cosas como estaban, para preparar el día siguiente. Además, tenía que informar a Luis XIV y a *madame* de Maintenon de todo lo acontecido, porque sin duda había quienes darían otras versiones más catastrofistas de los hechos.

Aún muy alterada, se retiró a sus aposentos y antes de desvestirse redactó una breve carta a *madame* de Maintenon, comunicándole el incidente y, a la par, quitándole importancia y se la envió con un correo a Versalles esa misma noche. Nadie se le iba a adelantar. Preveía que tendría bastante trabajo por delante durante los días siguientes. Tenía que conseguir que los reyes recuperaran el tono de confianza y armonía entre ellos lo más rápidamente posible. Eso era esencial para el triunfo de su misión. Estaba claro que no se podía defender con facilidad el trono de un rey adolescente, peleado con su esposa. El conflicto tenía que acabar ya y, a ser posible, sin mucho ruido.

A la mañana siguiente, todos sabían lo que había acontecido; todos lo comentaban y comenzaron a circular las más variadas versiones sobre la negativa de la reina a recibir al rey. La princesa de los Ursinos, preocupada por el cariz ridículo que estaba tomando el asunto, convocó a todos los cortesanos y servidores en el lugar que hacía las veces de salón de recepciones y les dijo, con tono muy serio, que lo acontecido la noche anterior no era un asunto que tratar levemente por ninguno de los presentes; los asuntos de alcoba de sus majestades, algo de lo que no se podía ni se debía hablar en corrillos. Aprovechando el silencio que se generó, reconvino a los servidores españoles y las damas por su mala fe en el banquete, para luego pedirles que abandonaran la habitación, no sin antes advertirles que, si aquello volvía a repetirse, se las iban a ver en persona con ella y que podían encontrarse con serios problemas.

Ante las risitas nerviosas que se oyeron, mientras los servidores salían con las cabezas gachas, que venían del corrillo de las damas, Ana María, mirándolas con dureza, les dijo que no comprendía qué era lo que encontraban gracioso del grave asunto de la noche anterior. Les recordó que la consumación del matrimonio del rey era una cuestión de Estado y que dar una versión falsa de lo acontecido o reírse de ello podía ser delito de lesa majestad y dar lugar incluso a la prisión. Era una amenaza velada pero directa que quedó flotando en el aire y que mostraba que la princesa de los Ursinos estaba tomando las riendas de la corte española.

¿Quién se creía aquella recién llegada para hablarles así?, pensaron muchos de los nobles.

La princesa sostuvo con firmeza las duras miradas de algunas damas y algunos orgullosos señores. Era un envite directo y si alguien lo aceptaba, se las vería con ella. Su actuación, no obstante, cumplió con el propósito que tenía. Todos dejaron de hablar de los reyes para comenzar a hablar de ella. Eso le parecía mucho mejor. Que hablasen y que dijese lo que quisieran, que ya les daría ella motivos para seguir haciéndolo. Lo primero y lo más importante que había que hacer era cambiar toda la situación. Había que actuar deprisa. Sin darles tiempo a recuperarse de la impresión

de sus duras palabras, la princesa se dirigió al corrillo, donde las nobles catalanas hablaban en voz baja. Cuando la vieron llegar, callaron.

—Señoras —dijo saludándolas a todas sin mirar a ninguna en particular—. Veo que estáis todas juntas aquí. Espero que para servir a sus majestades.

—Pues claro, princesa —dijo la más valiente de ellas, que era Blanca Illa—. ¿Acaso lo dudáis?

—¿Cómo podría? Nunca se me ocurriría tal cosa. Por cierto, creo que vos, vizcondesa de Illa, y vos, baronesa de Algerri —dijo, mirando con sus fríos ojos azules a las dos damas—, habláis buen francés. ¿Es cierto?

—Sí —respondieron las dos, casi a dúo—. ¿Por qué lo preguntáis?

—Porque, como sabéis, su majestad no habla español, y considero una descortesía que no haya ninguna dama catalana a su lado, hablando en un idioma que ella entienda. ¿No creéis que es una pena que haya tan pocos nobles en España que hablen francés?

Las dos damas asintieron en silencio. Aunque ellas habían estado corteses con la reina, otras de su círculo no. El ardid había sido sorprendido y puesto de manifiesto.

—¿Qué deseáis de nosotras, pues? —preguntó la baronesa de Algerri.

—Sólo ensalzaros, señoras. Os invito al «lever» de la reina. Es un honor muy grande que se os hace, por ser capaces de hablarle en un idioma que entiende —dijo con complicidad—. Seguidme, que es la hora de levantar del lecho a su majestad.

Las dos damas se dirigieron entre ellas unas miradas de comprensión y siguieron a la princesa de los Ursinos, dejando a su grupo murmurando. Sabían, por la dureza de su mirada, que la anciana princesa iba a controlarlo todo con firmeza, conforme a su voluntad. A la primera oportunidad, había hecho ya honor a su fama de dama de fuerte carácter.

María Luisa Gabriela estaba ya levantada cuando, tras anunciarse, entraron a sus aposentos. Las dos señoras le hablaron en correcto francés y ella les respondió con cortesía y buen talante. Sabía que ellas no habían tomado parte en el feo del día anterior, por ello como si éste no hubiera tenido lugar, se ríe con ellas, ganándose las con su campechanía y su dulzura, mientras la de los Ursinos observaba callada.

A cada momento que pasaba, veía con más claridad que aquella reina niña tenía madera de soberana. Tenía todo lo necesario para ello. Sólo le faltaba ser capaz de dominar ese carácter impulsivo y encauzarlo para sacarle todo el partido posible. El humor de la princesa mejoró y las damas se relajaron al verlo. La reina, comprendiendo que aquellas dos señoras debían ser las más influyentes dentro del círculo de las señoras catalanas, les consultó con deferencia, preguntándoles sobre lo que consideraban que debía ponerse. La vizcondesa y la baronesa se sintieron halagadas y además se quedaron boquiabiertas al ver la riqueza de los vestidos, los ricos bordados, los encajes y las joyas de la reina. Tras decidir qué se ponía y conseguir que cerraran perfectamente el ajustado corpiño del rico vestido, entre risas y bromas, María Luisa Gabriela, que era de natural generoso, les regaló a cada una de

las dos damas un anillo; el uno con un diamante y varios granates y el otro con un hermoso zafiro rodeado de pequeños topacios.

Ambas se sintieron muy honradas. María Luisa Gabriela miró a la princesa de los Ursinos con inteligencia y ésta le devolvió la mirada. Se estaba creando una buena sintonía entre ellas. La princesa se sintió contenta de cómo la reina había manejado la situación. No podía haberlo hecho mejor. Ganándose a aquellas dos señoras, las demás damas catalanas comerían en su mano. Y lo que era más importante, ninguna de las dos se había dado cuenta de que María Luisa Gabriela estaba actuando, porque su naturalidad era perfecta. Tras completarse la *toilette* de la reina, que incluía su baño, vestido y peinado, la reina les propuso salir a dar un paseo, cosa que las damas aceptaron con gusto. Querían compensar a María Luisa Gabriela por la descortesía de sus amigas del día anterior. Nada se comentó de ello. Era mejor olvidar lo pasado y comenzar de nuevo.

Y mientras la princesa de los Ursinos y la reina estaban con las damas, el rey, que se había levantado muy temprano, había salido a cabalgar con algunos caballeros. Estaba de mal humor, tenso, y lo había pagado su magnífico palafrén. Había galopado alocadamente, cansando a su caballo, y puesto en dificultades para seguirle a los que le acompañaban, pero él ni se enteró.

Cabalgar era una de sus mayores pasiones y uno de los mejores modos que tenía desde la adolescencia para quitarse los malos humores. Sabía que aún tenía dentro de sí una gran parte de la furia que la actitud de su esposa le había provocado, y por más que se había confesado de ello y se había prometido olvidarlo, no lo había conseguido en absoluto. Por eso había decidido expulsar su ira a caballo y cuando consideró que ya había conseguido expulsarla fuera de sí, aminoró la marcha y decidió regresar. Apenas hacía caso a los que le acompañaban, que intentaban darle conversación intentando disipar la seriedad de su expresión, pero como no estaba él para charlas banales, apenas les oía. Iba pensando en sus asuntos. Al entrar en el lugar, se encontró casi de frente con la reina, que regresaba de su paseo con las damas. Le había tratado con afecto, pidiéndole que la acompañara, sin mostrar ningún signo de la rabieta de la noche anterior, lo que le había confundido. El rey debía reconocer para sus adentros que, aunque le gustaban mucho, no entendía muy bien a las mujeres, que mostraban esos cambios bruscos de humor sin motivo que tanto le confundían. Aceptó su brazo, y paseó un rato con María Luisa Gabriela. Estuvo cortés y amable con ella, pero algo distante. Aunque lo deseaba, no era capaz de recuperar el tono distendido y amoroso del día anterior. Temía que ella lo notara pero la reina, de un humor excelente, no hizo ademán de percibir el malestar de Felipe V.

Se separaron al cabo de un rato, con buen humor aparente. La tarde transcurrió deprisa, porque la princesa, intentando evitar la ociosidad de los cortesanos, había organizado unos juegos de varios tipos y unas actuaciones de cómicos que hicieron la delicia de todos, y de nuevo llegó la noche. Se sirvió una cena impecable, a la francesa, al gusto de la reina, y ésta, servida por las damas catalanas que se

desvivieron por hacerle la velada cómoda, de muy buen talante, invitó al rey, con coquetería, a acompañarla a la alcoba, pero esta vez fue el rey el que no quiso entrar en ella. Su orgullo le hacía desatender sus deseos físicos imperiosos y se mantuvo firme en su posición.

La princesa de los Ursinos, viendo que el asunto se le escapaba de las manos, habló con el confesor de Felipe V, el padre Robinet, para que insistiera con el rey en que debía cumplir con su deber y consumar el matrimonio e incluso con Louvois, el jefe de su servidumbre francesa y hombre de su confianza, pero todo fue inútil. Su majestad había decidido que esa noche no iba a acostarse con la reina y, con la misma tozudez de ella la noche anterior, mantuvo su postura.

Ana María se retiró a sus aposentos frustrada. Aquello no podía seguir así. Era un verdadero absurdo y había que tomar urgentes cartas en el asunto porque si el día siguiente no se consumaba por fin el matrimonio del rey y la reina de España, Luis XIV y la marquesa de Maintenon se iban a indignar y con razón. Europa se preparaba para una larga y difícil contienda, por el trono de España. Y no se podía tolerar que su rey tuviera una pataleta absurda, actuando como un niño en un asunto tan importante como era éste. Era una actitud peligrosa porque, además, le quitaba credibilidad como monarca. Esa noche, Ana María durmió mal y la reina también.

A la mañana siguiente se levantó muy temprano. Para su sorpresa, la reina también. María Luisa Gabriela la llamó a sus aposentos y la princesa entró en la cámara de la reina con el rostro impasible, no sabiendo qué deseaba su señora.

—Sé que estáis molesta conmigo, aunque no lo mostréis, princesa.

—No, majestad. Sólo estoy preocupada. Primero fuisteis vos, ayer fue el rey. Parece como si estuvierais jugando al escondite y el matrimonio de los reyes de España no es un juego. Esto no puede seguir así.

—En eso estoy plenamente de acuerdo. La pasada noche he meditado profundamente en la soledad de mi alcoba, y creo que teníais toda la razón el primer día, cuando me dijisteis que no se podía dejar al rey de España fuera de su lecho nupcial por mi capricho. Me equivoqué por completo.

—No fueron ésas mis palabras, señora.

—Pero sí su espíritu. Teníais toda la razón. He comprendido que mi conducta ha afectado al amor que el rey siente por mí y me ha colocado en una difícil posición, que os aseguro voy a arreglar inmediatamente.

—¿Y cómo pensáis hacerlo, majestad?

—Pues del mismo modo que lo provoqué. Con la misma actitud, pero enfocada correctamente. Id a pedir audiencia privada al rey, en mi nombre. Decidle que deseo verle en persona para arrojarme a sus pies y pedirle humildemente perdón por mi actitud de anteayer. Me equivoqué. Lo reconozco, y como me han enseñado que es de sabios rectificar, lo haré humildemente. No tengo ningún orgullo que defender. Decidle que acepto cualquier penitencia que desee imponerme. Sólo deseo ser su esposa de una vez y que me dé su perdón.

—Vais a ser una gran reina, mi señora, y un gran apoyo para el rey —dijo la princesa con tono de admiración. Sabía que el rey no iba a poder resistirse un segundo ante tal actitud.

—Espero mejorar mucho, porque no he podido comenzar peor. Me he portado como una niña tonta y malcriada en lugar de como una reina, y he escandalizado a la corte de mi esposo.

—No os preocupéis por eso. Ambos sois muy jóvenes, y muy pronto esto sólo será un pequeño incidente del que os reiréis juntos.

—¡Que Dios os oiga! No sé qué haré si el rey no me perdona.

—Os perdonará, majestad. Ningún hombre, ni siquiera un rey, es capaz de resistirse a un acto tan humilde y sincero de contrición como el vuestro.

—¡Id pues! No os tardéis. Que estoy con el alma en vilo.

—Calmaos, señora. Iré con vuestro recado al rey y no tardaré en regresar. Seguro que todo se arregla sin problema —dijo, deseándolo con todas sus fuerzas y saliendo de la cámara, tras hacer una perfecta reverencia, para dirigirse hacia los aposentos del rey. Su intuición le decía que la tormenta iba a desaparecer.

1701-1702

El amor de los reyes

Barcelona

Al tercer día, por fin habían conseguido superar sus diferencias. El rey y la reina habían ido al tálamo nupcial esa noche, sin contratiempos, pensó con alivio la princesa de los Ursinos. Debían de ya estar conociéndose y explorándose el uno al otro. Ana María esperaba y deseaba que la reina supiera hacer feliz al rey, porque de ello dependían muchas cosas: la felicidad del rey, la de la misma reina y su propio bienestar. Además, sólo si el rey se enamoraba plenamente de María Luisa Gabriela, podría la princesa de los Ursinos, por medio de la reina, controlar los asuntos del reino, como pensaba.

La verdad era que, desde que se le ocurrió la brillante idea de ofrecerse como camarera mayor de la futura reina de España, no había pensado en otra cosa. Ya estaba haciéndose mayor; había conocido la felicidad y las desgracias conyugales, había tenido amantes jóvenes y hermosos, ancianos y poderosos, y había vivido muchas aventuras. Sólo le faltaba el ejercicio del poder soberano. Sospechaba desde hacía años que tenía un gran talento natural para gobernar, pero como eso no correspondía a las mujeres, pues no era ocupación de ellas en el siglo, sólo se podía conseguir ejercerlo plenamente controlando y dominando a los que tenían el poder absoluto, es decir, a los reyes.

El rey de Francia estaba ya casado con la marquesa de Maintenon. A ella le quedaba, pues, el de España, que además de ser francés, no estaba aún firmemente asentado sobre el trono por el que seguro que iba a tener que acabar luchando y, además, era tan joven y tan inexperto... Definitivamente, era el rey ideal para que ella tomara ascendiente sobre él y, como eso sólo podía hacerlo a través de su esposa, se había propuesto a sí misma para el papel de camarera mayor de la reina. Curiosamente, no había encontrado ninguna oposición en Versalles a su nombramiento. La duquesa de Noailles y el duque de Orleans la habían apoyado abiertamente y la marquesa de Maintenon había insistido ante Luis XIV en que era la persona idónea para el cargo y el rey, que también estaba de acuerdo, de base, había procedido a su inmediato nombramiento, sin más dilación.

Ana María se sabía muy ambiciosa pero su ambición era la de los grandes seres; su grandeza de miras beneficiaría siempre a los reyes y al reino donde estuviera; nunca lo empobrecería y, si se le permitía desarrollar todas sus capacidades, muy pronto la corte española se organizaría al modo de Versalles, lo cual era el deseo secreto de todos, comenzando por el mismo rey de España y acabando por el de Francia. Pero ésa no era una tarea fácil. Suponía luchar contra los elementos, en

forma de perniciosas tradiciones que mermaban y sangraban de mil modos el poder y la hacienda del rey y del Estado. Lo más importante, según había podido comprobar, era comenzar a controlar el entorno de los reyes, que dependían en demasía de la buena voluntad de sus servidores, como se acababa de ver. Aquello no podía seguir así si ella podía enderezar la situación. Lo que era evidente es que en España la falta de un rey autoritario durante más de cien años y los excesos cometidos por los grandes, nobles y eclesiásticos, durante los reinados de Felipe III, Felipe IV y Carlos II, habían dado lugar a un siglo de disminución creciente de la autoridad real, que era prácticamente nominal en ese momento, sin control sobre los guardias, ni poder sobre sus consejos y ministros, que había llevado a la quiebra del poder militar de la nación exhausta y al empobrecimiento y despoblación de Castilla, el principal reino de la Península.

El reto era de primera. Había que poner en marcha un gigante postrado; revitalizarlo, darle aire y enseñarle de nuevo a andar solo. Ella sería la encargada de hacerlo, con mano de hierro y guante de seda, apoyándose en los embajadores franceses y en su inteligencia maquiavélica. Sabía muy bien que para triunfar en España debía utilizar al máximo sus recursos. Debía conocer de qué pie cojeaba cada uno y utilizar ese conocimiento adecuadamente, cuando llegara la hora, en beneficio de sus majestades. Lo primero que tenía que hacer era montar una red de espías como la que tuvo antes en Roma, que le informaran de todo cuanto acontecía en los diversos círculos de palacio, desde los más próximos a los reyes hasta los más distantes. Así comenzaría a saber qué era lo que en verdad se cocía en palacio y fuera de él y una vez que controlara eso, y fuera capaz de manipularlo a su antojo, sería más fácil actuar con contundencia.

Su talento e intuición para el dominio de los entresijos del poder le decían que el aire de la corte española olía a conspiración, a intriga, a descontento, incluso allí, en Figueras. Por eso se imaginaba que en Madrid la cosa sería parecida, pero multiplicada por cien. La princesa se proponía conocer al dedillo los parentescos, las ofensas, las avenencias y desavenencias de unos y otros, los amores públicos y los secretos, las lealtades y las traiciones, los vicios y las miserias de los grandes y sus virtudes; es decir, todo aquello que fuera importante o que lo pareciera. Sólo así se podía conseguir controlar el hervidero de intrigas, el avispero que, intuía, era la corte de Madrid. Y tenía que prestar especial atención a los orgullosos grandes de España, que con su enorme poder podían ser graves obstáculos para el mismo triunfo de la causa del rey. Había que saber usar con ellos el guante fino de seda, pero también la mano firme, y ella era la persona adecuada para hacerlo, no en vano pertenecía a esa misma grandeza, por su segundo matrimonio. Ser la viuda de un grande de España le daba en este país un status que era vital para su labor de cambiar la corte y la sociedad. Ello le abría todas las puertas, más que el rango de camarera mayor de la nueva reina, y le permitiría conocer a los poseedores de los títulos más importantes, sus parentescos y sus lealtades. El trabajo que tenía por delante era muy arduo, pero a

ella le gustaban los retos.

Mas lo primero era lo primero. El rey y la reina tenían que amarse, que congeniar de verdad. Sólo si eso se producía, podría ella comenzar a organizar su red, con visos de triunfar. A pesar de la importancia de esa noche, la princesa estaba bastante tranquila porque su intuición le decía que la pareja real española iba a ser un matrimonio muy bien avenido. Tenían a su favor casi todo. La juventud, el candor, una naturaleza apasionada y unos caracteres muy compatibles, y había chispa entre ellos. Mientras la princesa de los Ursinos pensaba en todo esto, en esos mismos momentos el encuentro amoroso de los reyes estaba siendo todo un éxito, más incluso de lo que ella había imaginado y le daba la razón a sus percepciones. Los reyes estaban aprendiendo a amarse, no sólo en alma sino también en cuerpo.

¡Qué feliz era!, pensó María Luisa Gabriela. El rey la había perdonado por la mañana y la tercera noche de su matrimonio había sido la del tan pospuesto encuentro amoroso de la pareja. Ella estaba muy nerviosa y azorada cuando iba a llegar el momento de quedarse a solas con el rey. Le pesaba su corta edad y su inexperiencia de la vida, pero el rey tampoco tenía ninguna. La princesa de los Ursinos, intuyendo su estado de ánimo, la había desvestido con sumo cuidado, había peinado sus cabellos con un cepillo de plata y luego le había aconsejado que dejase a un lado todo temor y toda preocupación. Para tranquilizarla, le había dicho que todas las damas pasaban por ese mismo nerviosismo en sus noches de bodas y que la sensación de incomodidad pronto se pasaría. Debía dejarse llevar, no tener miedo de su esposo y permitir que el rey tomase la iniciativa. María Luisa Gabriela, que no quería volver a cometer ningún error, se había metido en la cama rápidamente, en cuanto la princesa se fue, y se había preparado mentalmente para sufrir con estoicismo el mayor de los dolores, cuando el rey la desflorara.

No había hablado de eso con la princesa porque su aya le había hablado ya del momento culminante del encuentro del hombre y la mujer. Meses atrás, cuando se enteraron de que iba a casarse, le había dicho, muy en secreto, que la primera vez, cuando el varón abría su camino, la mujer sufría un gran dolor y ella la había creído porque, al fin y al cabo, no tenía ninguna experiencia al respecto y su aya era una respetable mujer casada.

Así pues, cuando el rey entró en la cámara y se desnudó por completo, María Luisa Gabriela fue capaz de apreciar que su esposo estaba muy bien hecho pero, no obstante, temblaba de aprensión. El temblor de la reina fue percibido por el rey, y la inocencia que mostraba le llenó de ternura. Ambos sabían muy poco del amor. Tenían un mundo de sensaciones que descubrir juntos y se entregaron a ello con la mayor pasión. Comenzó su acercamiento a ella con gran suavidad, acariciándola, tranquilizándola. Le dijo palabras dulces y cariñosas, la besó con dulzura primero y luego con pasión, pero refrenándose, no queriendo asustarla. Así, poco a poco, ella perdió el miedo y comenzó a sentir que se encendía dentro de ella un fuego desconocido que le hacía desear que el rey culminase su tarea.

Ya no sentía temor, sino sólo expectación por el hecho de que estaba a punto de perder su virginidad. Felipe V, que a pesar de ser tan inocente como ella parecía ser buen conductor del acto, comprendió que ella estaba ya preparada para recibirle y con sumo cuidado fue abriendo su camino hasta su interior. María Luisa Gabriela sintió sólo un breve instante de dolor, como un pinchazo en su interior, cuando él empujó, pero deseaba tanto sentir a su esposo dentro que lo olvidó casi inmediatamente para entregarse por completo a él, que la estaba llenando con su enorme virilidad.

Estaban juntos. Se amaban y estaban consumando el matrimonio. Ninguno de los dos se esperaba el inmenso placer que sintieron al estar unidos físicamente. El rey miraba a su esposa con todo su amor. Sabía que se estaba entregando a él por completo, lo mismo que él a ella, y alcanzaron juntos su culminación, al unísono. Hubo suspiros, un abrazo estrecho y un dulce llanto; un llanto de alegría, de alivio, de placer. María Luisa Gabriela no se podía creer que al estar piel con piel con su esposo pudiera gozar de tal placer, tal éxtasis. Se sentía tan llena de felicidad, que deseaba gritarlo a los cuatro vientos. Amaba al rey y éste la había hecho la mujer más dichosa de la tierra y la había llevado a disfrutar de la más maravillosa de las experiencias de su vida al entregarse el uno al otro. La reina niña apenas podía creerse lo que estaba sintiendo. ¿Cómo era posible que le hubieran dicho que aquello era tan difícil y tan doloroso?

—¿Qué te pasa, Luisa? —dijo el rey viendo sus lágrimas.

—Que soy la mujer más feliz de la tierra, gracias a ti. ¡Qué tonta fui al no dejarte entrar en nuestra alcoba el primer día! ¡Qué estúpida!

—¡Olvídalo! No tiene ninguna relevancia. Aquello fue una chiquillada, como lo mío de ayer. ¡Dios mío! Luisa, no podía imaginar que el amor del matrimonio fuera una tal bendición. El cielo debe de ser como esto.

—Estoy plenamente de acuerdo contigo, Felipe. Jamás pensé que se pudiera disfrutar tanto cumpliendo este deber matrimonial. Pensé que me fundía, que me moría, mientras te sentía en mi interior.

—Este placer tan maravilloso es un regalo de Dios por haber llegado vírgenes al matrimonio.

—Sí, yo también lo creo, mi rey. Sólo así se explica que no haya sentido más que un breve instante de dolor que se ha difuminado en medio de mi alegría y mi felicidad.

—Me alegra mucho oírte. No deseaba que sufrieras.

—Ha sido algo muy especial. Siempre te amaré, mi rey.

—Y yo también, Luisa. Hasta el día de hoy, aunque no lo sabía, no estaba yo completo. Sólo ahora sé que soy un verdadero rey, al tener por fin a mi reina a mi lado.

—Me siento feliz al oírte. Ya nunca estaremos solos. Nos tenemos el uno al otro.

—Así es, mi vida. Ya no habrá más soledad. Y no sabes cómo lo agradezco, porque desde que asumí el trono, me he sentido como si estuviera en la cima de un

monte muy alto al que nadie podía llegar. Ahora que ya somos dos, la cima se hace más llevadera, más amena.

—Quiero que sepas que puedes contar conmigo. En la guerra que se avecina, yo estaré a tu lado, en los palacios, en los campamentos, en los montes, donde sea necesario, porque si quieren quitarte tu corona, yo lucharé contigo hasta el fin y tendrán que vencernos a los dos.

—Agradezco tus palabras, Luisa.

—Nacen de mi corazón, mi señor. Cuando me conozcas algo más, verás que tengo valor y fuerza para llevar a cabo mis compromisos.

—No lo dudo ni un instante —dijo el rey riéndose ahora de lo que tanto le había enfurecido dos noches atrás—. Ya me lo demostraste hace un par de noches.

—No me lo recuerdes. ¡Qué vergüenza!

—Ahora ya es sólo una anécdota. Riámonos juntos de ello. Nunca más nos volveremos a separar, si no es cuestión de vida o muerte. Te lo prometo.

—¡También yo lo prometo, Felipe!

—Así será, pues. Somos dos para todo: en el amor, en la guerra, en el trono, hasta que la muerte nos separe.

—Sí, mi señor. Sellemos esta alianza —dijo besándole en los labios, de un modo que de nuevo se encendió la pasión del rey.

Ya no hablaron más. Nuevamente comenzaron las caricias y los besos y luego hicieron el amor otra vez, extasiados, con toda la dulzura, con toda la pasión. Para ellos dos, el mundo había dejado de girar. No existía nada más que esa estancia, sus dos cuerpos, sus dos almas, su amor, su entrega...

* * *

La princesa comprendió que todo había ido bien cuando los reyes no la mandaron llamar en toda la mañana, al día siguiente. De nuevo había comentarios de los cortesanos, pero esta vez no le molestaba que los círculos cortesanos bromearan sobre la pasión de los monarcas.

España llevaba demasiados años doliéndose de tener un rey impotente y enfermo como Carlos II. Ya era hora de que la vieja sangre de los Austrias se renovara con la potencia de un Borbón que, además, hacía honor de verdad a la fama de su dinastía. Cuando ya estaba a punto de morir la mañana y el sol estaba en el medio del cielo, la princesa, que había ordenado preparar unas bandejas con alimentos para los reyes, ordenó que los llevaran hasta la puerta de la alcoba real. Llamó sin titubeo ni vergüenza a la puerta y recibió la autorización de entrar que dieron, entre risitas, los jóvenes monarcas.

Como si fuera un día cualquiera, la princesa entró las bandejas, dándoles los buenos días, y tras dejarlas encima de la mesa que estaba en la alcoba, les preguntó si

deseaban alguna cosa más antes de retirarse. No recibió respuesta. Tampoco la esperaba. No necesitó mirarles para comprender que estaban completamente encandilados el uno con el otro. Todo iba bien.

María Luisa Gabriela y Felipe la dejaron salir y sólo entonces se levantaron del lecho, casi desnudos. El apetitoso pan, la leche caliente con miel, la mermelada francesa de frambuesa que tanto le gustaba a María Luisa Gabriela y la mantequilla, olían de modo muy apetitoso. También les habían preparado una jarra de chocolate, espeso y oscuro, que mezclaron con un poco de leche en unos ricos tazones de cristal de roca, con filo de oro, y unos huevos escalfados. Los reyes comieron y bebieron con avidez y luego retornaron al lecho, tras un breve juego del escondite. Agotados pero felices, se durmieron el uno en brazos del otro, acariciándose y expulsando sus mutuas soledades y, cuando despertaron, volvieron a entregarse el uno al otro, descubriendo las concavidades de sus cuerpos y los rincones de su pasión.

El día pasó para ellos, llenándose del amor por el otro que estaban descubriendo. Sólo se interrumpió la intimidad de los reyes cuando ellos lo reclamaron, para preparar sus baños y servirles de nuevo un apetitoso menú que los cocineros reales prepararon con esmero. La princesa de los Ursinos era la única autorizada para entrar en la alcoba real, quitarles las bandejas y traer otras nuevas.

Los cortesanos no dejaban de hacerse lenguas de la gran pasión de los reyes. La princesa comprendía que habían pasado de la nada al todo y eso tampoco podía seguir indefinidamente en Figueras. Tenían obligaciones de Estado que cumplir. Además, los informes secretos que la princesa recibía hablaban del inminente peligro de guerra que se cernía sobre España. La alianza de Inglaterra, las Provincias Unidas y el emperador era un hecho. Se temía la posible traición del padre de la reina, que de momento se había unido a Luis XIV, junto al rey de Portugal, Pedro II. La princesa procuraría ocultar estas informaciones a la reina el mayor tiempo posible, ya que imaginaba que se sentiría muy molesta y avergonzada si su padre el duque no honraba sus compromisos con la casa real francesa y española.

Sólo ante la insistencia de Ana María Ursinos, preocupada porque además se había enterado de que había sido descubierta una conspiración en Nápoles que se proponía matar al virrey español y darle el trono al archiduque Carlos, consintieron sus majestades en vestirse y mostrarse en público, preparados para partir. Su aparición fue radiante, como correspondía a dos jóvenes reyes que estaban muy enamorados. Habían recibido el raro regalo del amor que muy escasas veces consiguen los que se sientan en un trono, obligados habitualmente a matrimonios políticos con personas adecuadas pero que no amaban. El aire les olía suave al borde del mar; el paisaje les fascinaba; todo lo encontraban agradable, incluso el pequeño lugar que los acogía. Pero urgía partir y no podían demorarse allí por más tiempo.

Los reyes dejaron Figueras, poniéndose en marcha el largo cortejo, y llegaron a Barcelona el día 8 de noviembre. Se les esperaba en la ciudad con mucho alborozo. Había un gran gentío que quería ver a los jóvenes soberanos, recién casados. Felipe V

y María Luisa Gabriela entraron solemnemente en la ciudad, que era la segunda del reino, siendo recibidos por las autoridades municipales en la misma Puerta del Mar. Hubo salvas de artillería y luego, tras la bendición arzobispal en la catedral, en pleno barrio gótico, se dirigieron al palacio, que está detrás de la misma, donde saludaron al pueblo desde un balcón.

El palacio real de Barcelona era un edificio de piedra de sillería, hecho a base de añadidos, de diversas épocas, siendo algunas de sus salas muy vetustas. Algunas partes del edificio databan de la Alta Edad Media y otras habían sido remodeladas o alzadas posteriormente, con mayor o menor gracia, hasta darle su aspecto actual. Tenía una bella plaza delante, bastante amplia para estar en ese reducto de calles estrechas y espacios recónditos; varios patios, entre los que destacaba uno arcade, de gran armonía, y unas bien cuidadas habitaciones privadas, que gustaron a los monarcas. También les pareció adecuado para sus funciones el impresionante Salón del Tinell, donde los reyes daban sus audiencias públicas y que tenía unas proporciones muy hermosas, pues era muy largo, muy ancho y muy alto, dando una sensación de vastedad que evocaba la grandeza del poder de los reyes mercaderes de la Edad Media y de los unificadores, Fernando e Isabel.

La llegada a Barcelona había sido triunfal. Felipe V tomó la costumbre de sentarse en un estrado, al fondo del mismo, con un rico tapiz detrás del trono, con las armas de su casa, en medio de las de los diferentes reinos que componían la monarquía española, para recibir a las gentes de la ciudad y para las audiencias públicas. Los reyes, aparte de continuar con su luna de miel, iban a presidir una sesión solemne de las Cortes Catalanas y disfrutar, durante los siguientes meses, de la calurosa acogida del pueblo y la nobleza de Barcelona, que se volcaron con ellos.

Al pueblo le gustaba la presencia de sus monarcas jóvenes y alegres, montando a caballo, riendo, mostrando abiertamente su felicidad por las calles de la ciudad. Eran lo contrario de la triste imagen del anterior monarca, el enfermo Carlos II, que nunca salió del alcázar de Madrid, prisionero de sus enfermedades y de sus miedos. Los barceloneses gustaban de la campechanía de la reina, que solía pasear a caballo y mostrarse al pueblo en carroza abierta por la Rambla, a veces acompañada por el rey, a veces por la princesa de los Ursinos, o por sus damas catalanas, la vizcondesa de Illa, la baronesa de Algerri o alguna otra del círculo de sus parientes y amigas.

Los días pasaron volando y se hicieron semanas. La baronesa de Algerri había organizado una gran fiesta para la reina que iba a ser su presentación a muchos nobles catalanes, pero hubo de suspenderse porque María Luisa Gabriela estuvo aquejada de molestas migrañas, que hacían que necesitase un reposo total, en silencio, porque cualquier ruido le provocaba unos terribles dolores de cabeza, a mediados de noviembre hasta casi finales de mes. Gracias a Dios, con los cuidados de un buen médico que le envió su más devota súbdita catalana, la vizcondesa de Illa, se había recuperado bien y se pudo celebrar la fiesta pospuesta en el magnífico palacio de los barones, con la asistencia de todos los que eran alguien en la sociedad catalana,

porque hasta Barcelona, para conocer a los reyes, habían venido gentes de las cuatro provincias e incluso de Aragón invitadas por los anfitriones.

La princesa de los Ursinos disfrutó mucho del acto y aprovechó la ocasión para establecer su red de información en la región, adulando a unos, charlando con otros, y aprendiendo de todos. Cataluña era muy diferente de Castilla. Eso saltaba a la vista. Ana María, que conocía bien los usos castellanos, comprendió pronto que aquella sociedad se movía por valores menos sutiles e inmateriales que los castellanos. Aquél era un reino rico que contaba con una nobleza poderosa, una burguesía muy importante y pudiente y un pueblo orgulloso de sus raíces, y cifraban su felicidad en su prosperidad y en el respeto real de sus libertades y privilegios. Era mejor tenerlos a bien, porque a mal eran difíciles de llevar. Por eso, a pesar de que la amenaza de guerra se cernía sobre sus cabezas, no se movieron de la ciudad en un tiempo. La presencia de los reyes era el mejor modo de asegurar la fidelidad de Cataluña, porque Castilla, siempre más sufrida, sabría esperar.

Y cuando se acercaba la Navidad y comenzaban a prepararse las fiestas en palacio, el rey se puso enfermo de modo inesperado, cayendo en el lecho con grandes fiebres. Los médicos no sabían qué tenía. Se pensó que lo habían envenenado primero, porque además estaba muy descompuesto, pero luego la descomposición cesó, aunque las fiebres continuaron. La reina se entregó devota a su cuidado y aunque la princesa de los Ursinos intentó, sin éxito, alejarla de la alcoba por temor a que se contagiara, nada pudo conseguir. Día y noche estuvo con él, animándole, cuidándole y amándole. Así comenzaba a cumplir su promesa de estar siempre junto a él, en los buenos y en los malos momentos.

La semana de Navidad y la primera del año 1702 transcurrieron despacio. A la reina y la princesa les preocupaba tanto la salud del rey como la inminencia de la guerra. Además, María Luisa Gabriela se había quedado desolada, al enterarse de que su padre dudaba en su fidelidad a Luis XIV y podía pasar a ponerse del lado de los aliados. Indignada por la mera posibilidad, la reina de España escribió a Víctor Amadeo II una durísima carta, en la cual, a pesar de su corta edad, daba muestras de genio político, al recordarle que donde estaban sus hijas estaban sus intereses y que siempre se iba a beneficiar más del conflicto que iba a asolar Europa si luchaba en el mismo campo de su familia que si lo hacía en el contrario.

También escribió a su madre una misiva, felicitándole la Navidad, diciéndole que la echaba de menos, preguntándole por la gente de palacio y contándole lo feliz que era con su marido. Ella le respondió, pocos días después, con otra muy larga en que le contaba los pormenores de su vida en Turín, le daba noticias de sus amigas las hermanas Frattini, que estaba bien, y le contaba finalmente que se había puesto enferma al darse cuenta del peligro de traición a Luis XIV de su esposo. La tensión entre los esposos había llegado a un grado tal, que habían estado casi sin hablarse. La duquesa le había amenazado incluso con irse de Turín y regresar a Versalles si no mantenía la alianza prometida, lo cual había hecho al duque reconsiderar su posición

y guardar la alianza con el rey de Francia. Ana María de Orleans se congratulaba de la felicidad de su hija con el rey de España. Su carta acababa diciéndole que sólo las felicidades conyugales de sus hijas la mantenían con vida y le enviaba su bendición.

Para María Luisa Gabriela, era un gran alivio saber que su padre había reconsiderado su posición. Se sentía más tranquila al saberlo y más cuando éste le envió una misiva encantadora, llena de ese pragmatismo político tan característico suyo en que casi le afeaba sus duras palabras y le decía que todo lo de su alianza con el emperador no eran más que especulaciones.

María Luisa Gabriela, que le conocía bien, comprendió que, en adelante, su padre ya no la consideraría nunca más como sólo su hija, y jamás volvería a hablarle con el tono de confianza de antes. Para él, ya era la reina de España y, como tal, sus cartas siempre contenían medias verdades, sugerencias y, desde luego, un afecto siempre muy medido.

De nuevo la inquietud de María Luisa Gabriela creció, cuando pasaban los días y el rey no acababa de recuperarse. En todo el mes de enero le siguieron las fiebres y, aunque había mejorado lo suficiente como para levantarse y cerrar el acto solemne de las Cortes, el 14 de enero, luego recayó en su enfermedad y los médicos no conseguían bajarle la temperatura ni se ponían de acuerdo sobre cuál era su mal. No sabiendo a quién recurrir, escribió a su hermana María Adelaida, para ver si en la corte francesa tenían un médico que pudiera sanar a Felipe V. La duquesa de Borgoña le envió, con diligencia, a uno muy famoso que no obstante tampoco supo quitarle las fiebres al rey. Aquello traía de cabeza a la reina. Por más que lo vieran los médicos, parecía que ninguno sacaba nada en claro. Parecía cosa de brujería, llegaron incluso a recomendarle unos exorcismos, a los que ella se negó indignada. No pensaba transformar su corte en un circo como había hecho Mariana de Neoburgo. La enfermedad del rey era real y sólo había que dar con el remedio que la sanara. Mientras tanto, pasaba noche y día al lado de su esposo. Dormía con él, hacían el amor todos los días, sin que se hubiera contagiado de su mal, porque la reina no tuvo fiebres ni malestar en ningún momento.

Las cortes extranjeras comenzaban a mirar a Barcelona con interés y con duda. Si moría el joven Felipe V sin descendencia, ¿quién se sentaría en el trono de España? María Luisa Gabriela sorprendió más de una vez a algunos de esos que la miraban especulativamente y esas miradas la ofendían de modo profundo. Su rey no iba a morir. Ella no lo iba a consentir. Afortunadamente, pronto se acabaron sus preocupaciones. Las fiebres que habían acosado al rey hasta hacerle delirar, desaparecieron del mismo modo que aparecieron, sin dejar huella en su salud, a mediados de febrero, y al cabo de pocos días, fortalecido por una buena alimentación, Felipe V, con la misma energía de antes de su enfermedad, se mostraba en público en Barcelona. Los rumores se acabaron al verle a caballo, de paseo con la reina y luego disfrutando de las fiestas del carnaval, que se celebraron en palacio, con un gran baile de máscaras.

Las semanas siguientes fueron tranquilas en Barcelona; mientras, en Europa se preparaba la guerra. El príncipe Eugenio de Saboya había entrado al mando de un ejército del emperador, en Milán. Durante el mes de marzo hubo un constante e intenso correo con Francia. Luis XIV deseaba que Felipe V fuera a Italia como monarca español para afirmar sus posesiones. Lo consideraba necesario para neutralizar el creciente poder de los imperiales. Se sucedieron las misivas entre Versalles y Barcelona, por parte de Felipe V, María Luisa Gabriela y la princesa de los Ursinos.

Cada uno de ellos defendía su postura. Felipe no quería partir y si tenía que hacerlo, quería ir a Italia con su esposa; la reina, por su parte, comprendía la postura del rey de Francia y le aseguraba que se quedaría en España para asumir la regencia si Felipe V se iba a Italia, aunque deseaba ir con él. La princesa de los Ursinos, por su parte, comunicaba a la corte que ya iba siendo hora de partir de Barcelona, donde no se podía hacer más. Había que regresar lo antes posible a Madrid, donde sus informadores le aseguraban que existían numerosas conspiraciones.

Acabaron imponiéndose las damas, como solían, y el rey de España aceptó ir a Italia, tras sufrir un par de días de severo rechazo, por parte de María Luisa Gabriela, a dejarle entrar en el lecho. La reina, que sabía que ése era el mejor método para obligarle, aguantó firmemente, sin conmoverse por las súplicas del rey, hasta que éste prometió, dos días después, que obedecería a Luis XIV e iría a Italia a juntarse con el ejército que defendía sus reinos en esa península.

Felipe V sabía que era importante irse cuanto antes, pero porque faltaba poco para que la guerra estallara abiertamente. Las piezas estaban dispuestas en el tablero. El rey de Portugal, Pedro II, cuñado de la viuda de Carlos II, Mariana de Neoburgo, estaba del lado de Francia por el momento, pero si se unía a la Alianza, como pretendían los ingleses, ello supondría abrir la fachada atlántica al desembarco de tropas aliadas y posibilitaría un intento de entrada en España del archiduque Carlos desde Portugal. Saboya estaba al lado de Francia y España pero muchos dudaban de su lealtad. De los príncipes alemanes, sólo el elector de Baviera y el arzobispo elector de Colonia se habían aliado con Luis XIV, el resto seguía el partido del emperador.

El 8 de abril de 1702, por fin iba a partir Felipe V de Barcelona, en la nave capitana de una armada francesa compuesta por nueve barcos de guerra que habían venido a buscarle para llevarle hacia el reino de Nápoles. Tras una larga y apasionada noche de amor, María Luisa Gabriela le había ayudado a vestirse, le había regalado un medallón con una miniatura suya, que hizo que a él se le saltaran las lágrimas, y decidió despedirse de él en palacio, para evitar indecorosos excesos de sentimentalismo en público.

—Me siento inmensamente orgullosa de ti, Felipe.

—No sabes el esfuerzo que me cuesta partir, Luisa. Dejarte es como si me arrancaran parte de mi alma. Se me va a hacer eterna la separación. Contaré los días y no sé qué haré por las noches sin ti. Va a ser desesperante no poder hacerte el amor y

hablar contigo. Odio la guerra que nos va a mantener alejados.

—Yo también, esposo mío, pero nos debemos a nuestra corona y nuestro reino exige de nosotros ese sacrificio. Yo, por mi parte, te juro que me entregaré a la tarea de reinar, con el mismo empeño que pongo en todo. Espero que mi buena voluntad sea capaz de compensar mi inexperiencia. Además, gracias a Dios, tengo a la princesa de los Ursinos para ayudarme en los asuntos más complejos.

—Yo confío en ti.

—Eres atrevido al hacerlo, esposo mío; yo confío más en ella. Sabe moverse en medio de arenas movedizas y ése es el terreno que me temo que vamos a tener que pisar en adelante.

—Nadie mejor que tú.

—No, Felipe. Las cosas como son. Nadie mejor que ella. Sin ella, nosotros estaríamos perdidos. La necesitamos mucho en estas horas difíciles.

—Si tú lo dices, te creo.

—Puedes hacerlo, porque te aseguro que es verdad. Está creando una red de espías asombrosa. Se entera de todo cuanto acontece antes que nadie y me ha prometido que en Madrid hará lo mismo.

—Me alegra ver que te dejo en buenas manos. De todos modos, quiero que tú seas la regente. Es importante para mí y para España que todos vean que el rey en quien más confía es en su reina. Apóyate en el cardenal Portocarrero, que preside el consejo de regencia. Aunque es un anciano cascarrabias y orgulloso, es leal a nos. También te puedes apoyar en el duque de Osuna. Es un hombre joven y poderoso, difícil para muchos, con fama de pendenciero, pero muy afecto de nos. Cuenta con él, así como con el inteligente duque de Escalona y con la vieja duquesa de Terranova, la de Híjar y la joven princesa de Monteleón. Son las damas más importantes de la corte y si te las ganas, te habrás ganado a la grandeza.

—Sí, mi señor.

—Ya te he dicho que el mayordomo mayor de palacio, el marqués de Villafranca, es demasiado viejo y demasiado chapado a la antigua. Espero que no te ponga demasiados obstáculos, aunque te aviso que odia todo lo francés, como el conde duque de Benavente, nuestro sumiller de Corps, aunque este último no lo muestra tan a las claras. Creo que te gustará el duque de Medina Sidonia. Es un gran señor y como tal, seguramente congeniarás con él y se pondrá a tu disposición y, desde luego, cuenta con el embajador francés, conde de Marcin, y con Orry. Hay muchos problemas de dinero. Estamos arruinados, pero si alguien puede conseguirte un extra, en caso de urgente necesidad, ése será Orry.

—Sí, Felipe —dijo la reina, riendo—. Ya hemos hablado de esto antes. No te preocupes por mí. Estaré bien.

—Y si necesitas algo en especial, me escribes o escribe a mi abuelo.

—Vete ya, amor mío. Vete y cuídate tú mucho. Y vuelve sano y salvo para mí.

—Procuraré hacerlo lo más pronto posible. Sabe Dios que lo que menos me

puede apetecer en este mundo hoy es partir con destino a ese lejano reino italiano que me importa un verdadero bledo.

—No hables así ni en broma, mi rey. Nápoles, como el resto de tus posesiones, sí te importa, como me importan a mí. Son parte de tu legado histórico y del que dejaremos a nuestros hijos. Lucha por conservarlo y hazlo por ti y por mí.

—Lo intentaré, Luisa. Prometo escribirte cada día.

—Estaré esperando tus cartas y las contestaré. También yo te escribiré todos los días. Vete ya —dijo dándole un beso de despedida—. Te están esperando.

—Sí. Me voy, pero dejo mi corazón y mi alma contigo.

El rey le dio un apasionado beso al que ella correspondió. Le miró largamente mientras se iba. En muy pocos meses el rey se había transformado en el centro absoluto de su vida y sentía que le arrancaban una parte esencial de ella al verle partir, aunque no derramó ni una lágrima y su rostro se mostró tan impasible como su madre le había enseñado. Era la reina regente con sólo catorce años y debía mostrarse digna de su alta función.

1702

La regencia de María Luisa Gabriela

María Luisa Gabriela había partido de Barcelona hacia Zaragoza pocos días después. La princesa de los Ursinos la había urgido a hacerlo. Zaragoza era una gran ciudad construida sobre el Ebro, el río más caudaloso de España, y tenía unas características propias que la hacían ser muy diferente de Barcelona.

Su presencia en la ciudad fue muy celebrada. Los orgullosos zaragozanos le habían preparado una entrada espectacular, bajo arcos de triunfo, desde el puente de tablas hasta el centro de la ciudad. El pueblo la había recibido con alegría, había sido vitoreada en las calles y las autoridades municipales la habían festejado, junto con el arzobispo de la Seo, y la habían acompañado hasta el palacio de la Aljafería, donde la reina y la princesa de los Ursinos con su séquito se habían instalado.

A María Luisa Gabriela le había impresionado esa tierra, más adusta y más dura que la catalana. Quizás había sido porque era la primera vez que tenía el poder de verdad o quizás porque sentía que el peso de la corona le iba bien, pero el caso es que pasaba mucho tiempo meditando sobre lo que oía, leía mucho, preguntaba lo que no sabía y procuraba informarse de cuanto podía resultarle útil, para poder tomar mejor las decisiones que fueran pertinentes, aunque la princesa de los Ursinos seguía siendo su oráculo irremplazable cuando no sabía qué decisión adoptar.

Quería ser una reina digna y se esforzó en ello, desde el primer momento. Con una madurez, una dignidad y una presencia que no cabía esperar de sus catorce años, abrió las sesiones de las Cortes y escuchó a los representantes del reino sin pestañear. Quería entenderles y sentía que los nobles de esta tierra eran, como sus agrestes paisajes, más áridos, menos abiertos que los catalanes y, a pesar de su distante cortesía, la recibieron con una mirada crítica que, por más que disfrazaron, no le pasó desapercibida a pesar de sus pocos años. Parecía que en esa tierra había muchos que aún dudaban, aunque no lo manifestaran abiertamente, entre los Borbones y los Austrias.

El conde de Aguilar, presidente del consejo de Aragón, había ido a verla desde Madrid para presentarle sus respetos en su tierra natal, y el conde de Montellano, uno de los más importantes nobles del reino, le organizó una gran recepción después de la sesión inaugural de las Cortes. Montellano era inteligente, prestigioso y chapado a la antigua y había que ganárselo porque su apoyo era vital para el triunfo de la causa borbónica en esa tierra. En su casa estaban algunos señores como el conde de Cifuentes, que no gustó a la reina, y otros nobles como el conde de Frigiliana que, en cambio, fueron de su agrado. No obstante, procuró que no se le notara ni lo uno ni lo otro. Era una máxima que seguía a rajatabla y que la hacía sentirse segura. Sólo a la

princesa de los Ursinos le hablaba de sus simpatías o antipatías, el resto no le merecía confianza y por tanto a todos trataba con igual cortesía porque, como aún no se fiaba plenamente de su criterio propio, no quería equivocarse hurtando confianza a quien la merecía ni dársela a quien la hubiera mancillado. María Luisa Gabriela miraba a la gente; miraba los lugares; aprendía y callaba.

En Zaragoza se dio cuenta de lo afortunada que era al tener un esposo tan entregado y devoto que le escribía todos los días y la quería sin fisuras, porque en las ricas estancias del castillo palacio que había sido residencia de los reyes de Aragón sintió el mordisco de la soledad y el frío de la cumbre que sólo puede sentir el que está sobre un trono poderoso. En verdad, las semanas que pasó en Aragón fueron un tiempo muy bien utilizado por la reina. En esos largos días, en medio de las reuniones, en las audiencias, en los actos de la corte a diario, fue consciente de todo lo que tenía que aprender para poder manejarse con soltura en un mundo donde como no entendía el idioma de sus súbditos, éstos se tenían que esforzar para hacerse comprender por ella. Su primera decisión fue aprender español lo antes posible, porque desconocer el idioma principal de la monarquía hispana le parecía un absurdo. Y desde luego pidió, con toda la humildad, a la princesa de los Ursinos que la ayudara a comprender mejor a los españoles y a actuar conforme se esperaba de ella. Eso fue como un catalizador de fuerzas, porque la princesa se volcó en su tarea desde ese momento, iniciando a la reina en el sutil arte de reinar. Durante muchas horas, todos los días, trabajaban juntas, examinando memoriales, peticiones, asuntos muy variados, sin que la edad de María Luisa Gabriela fuera un impedimento. Al asumir su papel, la reina se había olvidado de su corta edad y se había entregado plenamente a aprender a gobernar. Quería que la princesa le enseñara cómo tenía que hablar, cómo moverse, qué hacer y qué decir en cada caso, y muy pronto comprendió que tenía en Ana María un verdadero tesoro de conocimientos políticos y de la vida, que eran de valor inapreciable.

En Zaragoza dejó la reina de lado sus últimas reservas al respecto de la princesa y comenzó a apreciarla de verdad. Ana María era verdaderamente esencial para ella. Cada vez que no sabía algo se lo preguntaba; cada vez que necesitaba algo, ella lo proveía, por difícil que fuera, pero también era encantadora, divertida, amena, chispeante, capaz de sacarle punta a todo y de animarla en un día malo, como le acontecía a veces cuando echaba de menos al rey.

El embajador francés, conde de Marcin, le envió sus respetos con un emisario y le pidió, al cabo de unas semanas, que no se quedara por más tiempo en Aragón y que fuera pensando en ir a Madrid. La princesa, con quien la reina consultó el asunto, estuvo de acuerdo en moverse de Zaragoza, sobre todo cuando la reina consiguió de las Cortes un subsidio extraordinario de más de cincuenta mil ducados que resultó vital para solucionar la complicada situación financiera de la reina, que tenía dificultades, incluso para el pago de los servidores personales ya que, por más que pedía dineros al francés Orry, encargado de los asuntos financieros del Estado, éstos

no llegaban nunca de Madrid.

Todos los días, María Luisa Gabriela recibía el correo diario del rey y sus cartas reflejaban muchas veces una grave melancolía que la preocupaba. Felipe V la echaba de menos, tanto que en Nápoles había entrado en estado de verdadera abulia. Le contaba que pasaba días encerrado en sus habitaciones, mirando a la nada desde su ventana, tirando a los pájaros y sufriendo de «vapores». No poder estar con ella le producía fiebre y dolores de cabeza. A pesar de lo que sufría lejos de ella y de la necesidad física que tenía de estar con ella, le prometía serle fiel en todo momento. Por lo demás, parecía que el reino de Nápoles le había tratado bien y el recibimiento que le habían hecho los nobles había sido de su gusto. El príncipe de Castelferrato le había dado una gran recepción que le había divertido, y había salido de caza con su hijo mayor, el marqués de Capizzi, y otros nobles del reino. Aparte de estas diversiones ocasionales, estaba molesto con el papa Clemente XI porque, a pesar de ser el legítimo rey de España, no le había investido aún en el reino de Nápoles, por temor al emperador, y por tanto, a pesar de sus deseos de ir a Roma a besar su mano, no iba a poder hacerlo. Cuando se fue del reino, le seguía contando las peripecias de su viaje, en sus cartas posteriores. Tampoco había desembarcado en Sicilia, aunque lo hubiera deseado, porque Louvois le dijo que ello hubiera provocado problemas de protocolo y demasiados gastos a los sicilianos. Como había que ahorrar en la medida de lo posible, se evitó el desembarco, para su desencanto, porque la isla le llamaba la atención y hubiera querido conocerla.

La declaración de guerra de los aliados se había producido por fin el 15 de mayo de 1702 y, quince días después, Felipe V había partido rumbo a Milán con una importante escuadra de veinte barcos, conforme le contaba a su esposa en su correspondencia. El ducado de Milán era el territorio más deseado y conflictivo de las posesiones italianas de su corona, por su riqueza, su importancia estratégica y el prestigio que daba su posesión. Por eso era importante tenerlo bajo control. Las cartas que seguían después eran cada vez más animadas. La llegada a Finale, el 11 de junio, había sido precedida de escalas en Livorno y Génova y la reina se sorprendió cuando su esposo le dijo que su padre, el duque de Saboya, había ido a saludarle y le había acompañado durante los últimos días de trayecto, desde el puerto hasta la ciudad de Milán, donde le había dejado, para regresar a Turín.

De nuevo su padre conseguía sorprenderla. A ella, nada le había dicho de sus planes. De hecho, apenas le escribía unas escuetas cartas, que eran bastante neutrales. Ella imaginó que el duque no le había comunicado a su hija que pensaba ir a conocer personalmente y a pasar unos días con el rey de España, su yerno, precisamente porque lo que su padre quería era ver si aquel joven rey sería capaz de sostenerse en su trono y si le convenía seguir haciendo honor a la alianza con el rey de Francia. El paso de los ejércitos del emperador por sus tierras para luchar por el dominio de Milán estaba, de momento, bloqueado. La reina de España dudaba de la sinceridad de su padre y se temía que el contento de Felipe V, al conocerle se transformara pronto

en desencanto cuando acabara haciendo una de las suyas.

Pero mientras María Luisa Gabriela especulaba sobre las intenciones de su padre, su marido había llegado a Milán, el 18 de junio. Parecía que, a pesar del buen recibimiento de sus súbditos, los primeros días en la ciudad fueron duros para Felipe V y que la había echado especialmente de menos. María Luisa Gabriela le escribió animándole y diciéndole que se mantuviera firme y mostrara a todos que era fuerte, porque ya que estaban lejos, al menos había que sacarle el mayor partido al viaje. No había que olvidar que el rey de España había sido bien recibido por sus súbditos del norte de Italia, que no estaban acostumbrados a que los visitara su señor natural. Desde Felipe II, ningún rey de España había pisado ese territorio y tener al rey allí, en su tierra, era para los milaneses un honor y una alegría.

De todos modos, no había que bajar la guardia, porque el emperador pensaba luchar por la posesión del territorio, a pesar de la presencia del rey de España en ellos, y podía utilizar muy diversos modos para hacerlo. De hecho, pocos días después, Felipe V le contaba a su esposa que había descubierto una conspiración entre los oficiales del regimiento de la guardia real, recién formada en Nápoles, para capturarlo y entregarle al príncipe Eugenio, el general del emperador. Esta noticia preocupó mucho a la reina, aunque el rey no le daba demasiada importancia. El regimiento entero había sido licenciado y la cosa había concluido en un par de ajusticiamientos secretos.

Cuando Felipe V comenzaba a sentirse mejor en Milán, la reina se preparaba para ir a Castilla. Con los buenos ducados de oro de los aragoneses, la reina salió de Zaragoza la última semana de junio. Antes de llegar a la capital de España, había pasado por Medinaceli, donde el marqués de Cogolludo, primogénito del duque de Medinaceli, primero de los grandes, la había recibido en su impresionante palacio renacentista. Luego, en Guadalajara, el duque del Infantado la agasajó en su espléndido palacio plateresco, de extraordinaria fábrica y precioso patio, con las armas de los Mendoza, señores del lugar desde hacía siglos. Llegaron a destino, finalmente, el 30 de junio.

La reina no se esperaba el increíble recibimiento que le dio el pueblo de Madrid. Desde mucho antes de llegar a la capital de España, ya en los bordes del camino había gente de toda condición que la esperaban y la vitorearon al verla pasar.

—¡Viva la reina niña! —le gritó una anciana que la miró con ojos de devoción, y la reina la saludó y le sonrió al seguir su paso.

La princesa se retiró al fondo del asiento de la carroza, y se puso por encima de la cabeza el guardapolvo, para pasar desapercibida del público. Quería que la reina disfrutara plenamente de la acogida de su pueblo y se bañara en las multitudes.

—Saludadles —le decía—. Sonreídeles, majestad, que éstos son los súbditos que de verdad mantendrán vuestra corona. Dios no lo quiera, pero si un día os la lían los demás reinos, siempre podréis contar con los leales castellanos, si conseguís entrar en su corazón; porque los súbditos de esta tierra no tienen doblez, y una vez que se

entregan a un rey, es para siempre.

—¡Cuántos son los que me esperan! ¡No me lo puedo creer!

—Y aún no hemos llegado a la capital, majestad. Mirad, allí a lo lejos están las torres cuadradas del palacio del Buen Retiro, fuera de la cerca, esa muralla baja alrededor de la ciudad, que construyó el rey Felipe IV y que tiene varias puertas, destacando la de la Vega, la Cerrada, la de San Vicente y la más importante, y por la que vamos a entrar, la de Alcalá. Ya veréis lo que será el gentío cuando crucemos la puerta y entremos en la capital.

Mientras se acercaban, cada vez había más gente concentrada en los bordes del camino. En verdad, la recepción de la reina iba a ser impresionante y se había producido sin convocatoria previa. El pueblo de Madrid quería ver a su nueva soberana y, *motu proprio*, había salido a su camino a recibirla. A petición de María Luisa Gabriela, se detuvieron un rato antes de entrar en la ciudad, en el palacio del Buen Retiro. La princesa dio la orden y pidió que se habilitara una cámara para que la reina pudiera descansar un rato y arreglarse, antes de la entrada en Madrid, que parecía iba a ser multitudinaria.

El palacio del Buen Retiro era una gran edificación que había crecido sufriendo numerosas adiciones, desde que el conde duque de Olivares comenzara a construirlo en 1634 como un pabellón en las afueras de la capital. Había gustado mucho a Felipe V, que lo consideraba un lugar agradable, y a la reina también le gustó desde el primer momento, por estar rodeado de un hermoso jardín, en parte bien cuidado, con parterres y flores, en parte boscoso.

Mientras la reina se arreglaba en una estancia bien iluminada y alegre, llegaron hasta el lugar el cardenal Portocarrero, el señor Arias, el regidor Ronquillo y los tres altos cargos de palacio: el marqués de Villafranca, el conde duque de Benavente y el duque de Medina Sidonia. Querían saludar a María Luisa Gabriela y organizar una entrada solemne en la ciudad.

María Luisa Gabriela no les hizo esperar mucho. Acabando de arreglarse salió a saludarles, con todo su gracejo, y tuvo entonces uno de esos arranques suyos que le iban a dar tanta popularidad entre los madrileños.

—No deseo ninguna solemnidad en este día.

—Pero, majestad, el pueblo lo desea y vos lo merecéis —dijo el cardenal Portocarrero.

—Así es, majestad. Madrid desea festejar vuestra llegada —dijo Ronquillo, corroborando lo que decía el prelado.

—Para mí, señores, ya es bastante fiesta estar en Madrid, en la capital de la monarquía, y ser recibida con tanto afecto por los madrileños. Y quiero que la cosa siga así y llegar, sin ningún tipo de celebración, al Real Alcázar. Al fin y al cabo, voy a mi casa y con que me acompañen hasta allí, me basta y me sobra.

—Pero, señora, no es frecuente... —repuso Portocarrero, aunque la reina no le dejó continuar.

—Cardenal, señores, fuera de toda otra consideración, no debemos olvidar que estamos en guerra y no me parece momento de celebraciones que suponen gastos de dineros que no tenemos. Como reina regente, me corresponde dar ejemplo. Por eso, insisto, me contento con disfrutar del amor de mi pueblo y lo agradezco tanto como ellos agradecerán mi frugalidad. Esperemos a realizar una celebración cuando el rey nos comunique alguna nueva venturosa. Eso sí, me encantará que me acompañéis durante el trayecto y me guiéis hasta palacio. Tengo muchas ganas de conocer la ciudad.

El cardenal, las autoridades y los tres grandes se inclinaron ante ella sin dar crédito a lo que oían de labios de su nueva reina, y la princesa de los Ursinos se sonrió. La personalidad de María Luisa Gabriela, su firmeza y su aplomo, que iban siendo mayores cada día, contrastaban fuertemente con sus catorce años, su rostro infantil y su aparente dulzura. Una hora después, habiéndose cambiado el vestido del camino por uno más adecuado, la reina hacía su entrada triunfal en Madrid, aclamada por los miles de madrileños que querían verla de cerca, en carroza abierta.

María Luisa Gabriela sintió desde el principio una especial cercanía por el pueblo de esta ciudad que se había volcado con ella. Le gustaba cómo se acercaban a ella, con luz en los ojos, curiosos, sin miedo. Le hacía gracia cómo la piroleaban e intentaban llegar hasta ella lo más posible, tanto que algunos corrieron peligro de ser heridos por los caballos. La reina dio orden de que fueran más despacio y casi al paso, llegó hasta la explanada que daba al Real Alcázar, donde a pesar de la buena recepción le esperaban muchas sorpresas y la mayoría desagradables.

El Real Alcázar de Madrid era una edificación antigua, construida sobre un alcázar árabe anterior, en una colina que miraba a la ribera del Manzanares y a la Casa de Campo hacia el oeste y el norte. El este y el sur de la edificación miraban a la ciudad, que se levantaba sin ninguna planificación, desordenadamente, tras la explanada que luego se conocería como plaza de Oriente. El viejo alcázar había sufrido diversas modificaciones a través de los tiempos, especialmente desde las épocas de Carlos V y Felipe II, y estaba lleno de vericuetos y espacios ocultos. Siendo de grandes dimensiones, había largos y lúgubres corredores con poca luz, que comunicaban las alas y los patios internos, multitud de habitaciones oscuras, cerradas y mal organizadas, que hacían de sus espacios poco confortables la morada de una caterva de servidores que atendían a funciones muy concretas y que estaban estructurados de forma jerárquica y piramidal, bajo las órdenes del mayordomo mayor de palacio, el sumiller de Corps o el caballero mayor. Estos tres eran los que dominaban la vida del lugar.

Se entraba al viejo alcázar por varias puertas, entre las que destacaba la principal, que se abría a la corte de honor y de las laterales, la de las meninas, era la más concurrida, porque por ella entraban todas las mañanas, muchos de los servidores reales que no vivían en el Real Alcázar, y que tenían que abandonarlo todas las noches, antes de que se cerrara con llave.

Las mejores habitaciones de la residencia real eran sin duda las llamadas de aparato, entre las que destacaba la famosa pieza ochavada, que se debía a Velázquez, y los grandes salones, donde las colecciones reales de relojes, tapices, esculturas y pintura italiana, flamenca y española, así como los retratos extraordinarios de Tiziano y Velázquez, recordaban el antiguo esplendor de la que había sido la monarquía más poderosa del mundo durante casi doscientos años.

Las habitaciones de los reyes estaban en la planta principal del primer piso y daban a los patios llamados del rey y la reina respectivamente y se juntaban por medio de las salas que daban a la fachada meridional, vecinas al salón de los espejos, situado en el centro de esta fachada. Las del rey eran muy amplias y majestuosas. Eran una doble hilera de habitaciones, una de las cuales miraba al patio y la otra, al jardín de la Priora, el parque y a la plazuela. Las primeras habitaciones, que miraban al patio del rey, eran para la guardia. Luego estaba la «pieza de Consulta», situada en el ángulo noroeste del edificio, a la que seguía la «sala de la Audiencia». Después estaban unas habitaciones muy poco confortables, mal distribuidas y tortuosas, que ocupaba el servicio. Seguía la llamada «pieza oscura», que se abría al «salón dorado», una habitación de tránsito que daba a una antesala y al «dormitorio de los soberanos» que llevaba al «gabinete de las Furias», que daba al patio de la reina y se llamaba así por haber tenido en su día los cuadros que representaban las Furias de Tiziano. Ahora estaba vacío, debido a que el fallecido rey Carlos II había regalado todo su mobiliario, incluidos los famosos cuadros, al conde duque de Benavente, al que había tenido gran afecto, y que los había llevado a su hermoso palacio de la Cuesta de la Vega.

Mucho peores eran los apartamentos de la reina, según pudo ver muy rápidamente María Luisa Gabriela. Sus habitaciones, decoradas con numerosos retratos reales de la casa de Austria y pintura flamenca de calidad, eran oscuras, destartaladas, con un mobiliario que María Luisa Gabriela encontró tétrico y como de mausoleo, y totalmente inadecuadas para la normalidad de la vida de la reina de catorce años, en una corte de principios del siglo XVIII.

La habitación más relevante era la llamada «galería de las damas», que estaba dividida a lo ancho por una serie de arcadas realizadas por el arquitecto Gómez de Mora, el siglo anterior, para esconder el hecho de que originalmente habían sido dos piezas diferentes. Esta habitación daba al «gabinete de las Furias» y a los apartamentos del rey. Dado que esta pieza estaba vacía, y era de hermosas dimensiones, la reina decidió que iba a hacer de ella un lugar agradable y confortable donde Felipe V y ella pudieran tener intimidad y acabaría transformándose en el dormitorio de los reyes.

Lo que estaba claro para María Luisa Gabriela y la princesa de los Ursinos era que había que hacer unas modificaciones en los apartamentos de la reina, ya que no los encontraban nada confortables para instalarse en ellos. Lo primero era hallar una cama adecuada, en lugar de la tétrica, oscura y doselada, en la que se suponía debía

dormir esa noche. Por fin hallaron una de madera pintada en blanco y dorado que, no siendo nada extraordinaria, por lo menos era más alegre y además tenía algunas piezas de mobiliario a juego como mesilla, armario y un velador, que animaron un poco la triste pieza destinada a dormitorio de la reina.

María Luisa Gabriela dedicó los días siguientes a conocer a las personas bien en el lugar donde iba a morar durante la mayor parte de su vida, con breves interludios. Acompañada de la princesa de los Ursinos, como si fuera de nuevo la niña que jugaba en el castillo palacio de Racconigi, recorrió el viejo alcázar de norte a sur y de arriba abajo. Lo pasaron muy bien escudriñando los rincones del viejo edificio, incluidos los pasadizos, como el que daba al convento de la Encarnación, que era practicable. Sin embargo había otros que morían misteriosamente en paredes de piedra, que probablemente tenían ocultos resortes de entrada y salida, lo cual provocó su curiosidad e inquietud. También revisaron a fondo, concienzudamente, los muros de las habitaciones reales. Allí también descubrieron el oculto resorte que abría un panel de la pared y daba a un largo pasadizo que comunicaba directamente las alcobas del rey y la reina. También descubrieron otro más que comunicaba el gabinete de la reina con las habitaciones de la princesa de los Ursinos, que en adelante ellas iban a utilizar con asiduidad cuando no desearan que sus movimientos fueran conocidos. El alcázar parecía un laberinto de túneles pensados para que sus habitantes evitaran ser vistos.

Pero no sólo era importante conocer el lugar, sino también a quienes habían de servirla. María Luisa Gabriela tuvo el disgusto de ver que los enanos que tanto gustaban a los Austrias y los bufones campaban a sus anchas por el palacio y se permitían unas confianzas con ella que no le gustaban nada y que no pensaba tolerar. Se le metían en la carroza sin permiso, le tiraban de los vestidos sin ningún recato y se reían con grotescas muecas que le daban grima. Aquellos seres grotescos y maleducados, deformes y groseros, tenían que irse de allí. No quería verlos cerca de ella.

El marqués de Villafranca, mayordomo mayor, se opuso frontalmente a ello. Era una vieja costumbre de los reyes de España tener bufones y no le parecía adecuado que se fueran ahora, sin que el rey lo hubiera decidido. La reina, usando de toda su mano izquierda, insistió en su propósito, sin enfadarse con el anciano marqués, y consiguió de él un compromiso previo a su erradicación definitiva de la corte. Los enanos y bufones no tendrían en adelante acceso a las habitaciones reales y deberían mantenerse a distancia de la reina. Era su primer pequeño triunfo y lo celebró con una tostada a la francesa, en sus habitaciones, porque sus servidoras se veían forzadas a utilizar la chimenea de la habitación para hacer sus guisos, ya que en las cocinas de palacio no había modo de conseguir que se hiciera comida francesa. Ni siquiera la princesa de los Ursinos con todo su poder había sido capaz de conseguir un espacio propio en la cocina. Aquél parecía el reducto más insalvable del inmovilismo en palacio.

Otro asunto relevante era el de la organización de la casa de la reina. Ésta estaba

presidida por la camarera mayor, que mandaba sobre las damas de honor, la primera de las cuales era la «azafata», y a éstas servían las damas de cámara y por debajo estaban las meninas. El conflicto estaba en que las damas españolas no querían verse por debajo de las francesas que habían llegado con la reina, y la princesa de los Ursinos y la misma reina hubieron de tomar cartas en el asunto varias veces para evitar luchas que, en los niveles inferiores de servicio, llegaban a las peleas físicas.

La reina, de acuerdo con su camarera mayor, tras unos días de saludos, visitas, audiencias y asimilación de la corte de Madrid, comprendió que parecía como si aún estuvieran en pleno siglo XVII y decidió que iba siendo hora de modernizar a aquellas grandes damas, que seguían vistiendo a la moda de tiempos de Carlos II, con sus «tontillos», esos ensanchamientos de las faldas tan incómodos, que había que torcer para poder pasar por las puertas y que Velázquez había inmortalizado en los retratos de la infanta María Teresa, la abuela de Felipe V, y la infanta Margarita.

María Luisa Gabriela aprovechó las visitas de rigor de los grandes con sus esposas a palacio, para lucir algunos de sus mejores vestidos, a la moda de Versalles, elaborados con brocados de seda, con pedrería, damascos y rasos bordados, que hacían palidecer los de las españolas, y con mucho tino, regaló a la joven hija del duque de Escalona, que era de su misma estatura y medidas, uno muy hermoso que la joven lució en una fiesta que su padre organizó días después para la reina, para un escogido grupo de damas y caballeros de los mejores linajes, acompañados de los mejores talentos de la corte, ya que el duque de Escalona era sin duda uno de los hombres más brillantes de Madrid, con un alto sentido político y de los de mejor gusto. Pero sería la duquesa de Osuna la primera en adoptar la moda francesa, lo mismo que su marido había sido el primer grande en vestir como en Versalles. A ésta seguirían su pariente, la duquesa de Arcos de la Frontera y después la del Infantado, aunque había un gran núcleo de damas que querían mantener la moda española, sobre todo las mayores. La pugna se hizo casi algo divertido. Al fin y al cabo, la moda francesa era realmente más favorecedora por los cortes de los vestidos, los escotes y las telas, y casi todas las jóvenes querían vestir como la reina. Era lo lógico. La revolución de la moda iba a ser pronto una realidad. De hecho, apenas un mes después, en la fiesta en honor de la reina que dio la vieja duquesa de Terranova en el gran palacio de la calle San Bernardo, donde vivía con su hija la duquesa de Híjar y su nieta la princesa de Monteleón, María Luisa Gabriela se sorprendió al ver que casi un tercio de las damas, comenzando por la nieta de la anfitriona, lucían vestidos de corte encargados en París. Estaba consiguiendo influenciar a las señoras españolas, paso a paso. Ésa era una lección que había aprendido muy bien de su mentora la princesa de los Ursinos: «A un español se le sugiere, no se le impone». Y muy pronto estaba comenzando a ver sus frutos.

Pero a la reina le preocupaban mucho más otras cuestiones que consideraba de mayor peso. El gobierno de la monarquía era una tarea pesada, que además descansaba en manos bastante poco eficaces, como muy pronto pudo comprobar al

ver los continuos enfrentamientos entre el cardenal Portocarrero y el señor Arias, que llevaban su enemistad más allá de lo personal a los asuntos de Estado, de un modo que perjudicaban la buena administración.

La reina se reunía muchas veces con la princesa de los Ursinos, el conde de Marcin, embajador de Francia, así como con Orry, encargado del manejo de la hacienda española, y escuchaba a los dos hombres de Estado enumerar las dificultades por las que pasaba su trabajo y se desesperaba porque todo eran problemas. No había ingresos y no había dinero. Las rentas reales estaban dispersas. Había demasiados juros en poder de los grandes y nobles; llegaba menos oro de las Indias; los impuestos eran demasiado fuertes y estaban mal repartidas las cargas; el ejército estaba mal vestido, mal armado y disperso; la armada era prácticamente inexistente, dependiendo para el transporte del oro de las Indias de armadores privados y naves de alquiler. Nada funcionaba bien y además los grandes se oponían a cualquier medida que supusiera un aumento de autoridad real en detrimento de la suya propia. Era una situación gravísima, la de España, que rozaba la indefensión.

Y precisamente entonces iba a comenzar la guerra, y en Milán, donde estaba el rey Felipe V. María Luisa Gabriela rezaba todas las noches por él, le escribía tiernas cartas y le contaba todo lo que hacía cada día, pero estaba profundamente preocupada por el lamentable estado de los negocios públicos y por su esposo. Para no preocuparle, cogió la costumbre, en ese tiempo, de escribir a su tío abuelo, el rey Luis XIV, el cual respondía con inteligencia a sus cartas, le daba sabios consejos y la animaba a proseguir su tarea sin desmayar y le decía que admiraba su talento y dedicación, cosa que era muy cierta porque en verdad la reina niña de España comenzaba a ser alabada por todos.

María Luisa Gabriela, aunque aparentaba sentirse muy bien y tranquila en palacio, estaba muy preocupada por su esposo. Sabía, por sus cartas, que tenía muchos momentos de apatía y que la echaba de menos de un modo visceral; tanto que se ponía enfermo. Había tenido que ser sangrado en Milán y sus estados melancólicos le llevaban a veces a meterse en la cama durante días, sin querer ver a nadie, lo cual Louvois intentaba ocultar, pero suponía un problema para todos.

Sólo con las primeras escaramuzas armadas pareció salir el rey de su apatía. En julio se reunía con el duque de Vendôme, Luis José de Borbón, que era un general famoso y de prestigio a quien Luis XIV había dado el mando de las tropas francesas en Italia, y sus cartas comenzaron a ser normales. Estar con el ejército le gustaba y le sentaba bien al rey. María Luisa Gabriela recibía con alborozo las misivas de Felipe V, en que le comunicaba su contento y su gusto por las paradas militares, la revista de las tropas y la inminente entrada en acción. También le contaba que había sido vitoreado por las tropas, lo cual le había emocionado, y que había presidido el consejo de guerra, por deferencia de Vendôme. Pronto iban a atacar aunque aún no se sabía dónde.

María Luisa Gabriela tomó la costumbre de leer a sus damas las cartas que

recogían las andanzas militares del rey y, cuando comenzaron las batallas, comunicaba al pueblo los resultados de los combates, en cuanto los sabía. Día a día, la soberana de catorce años se iba ganando a los madrileños. En los días previos a las batallas de Italia, gustaba de salir por la ciudad, con poca escolta, acompañada de la princesa de los Ursinos, de la duquesa de Osuna, de la de Terranova, la de Alba o la de Medina Sidonia. Estas últimas dos eran bastante pías y la llevaban a las iglesias de la capital. Al poco habían cogido la costumbre de ir a buscarla para pasear con ella después del despacho y enseñarle los palacios, los conventos y los monasterios de la capital.

Madrid era una ciudad bastante grande y caótica, de arquitectura desordenada. Era fría en invierno, con severos aires de la montaña, calurosa en verano y carecía de estaciones intermedias. Los servicios de la ciudad eran muy básicos. No había alcantarillado, lo que hacía que los olores en las callejas a veces fueran insoportables. Sus casas y palacios eran, en su gran mayoría, poco importantes por fuera aunque muy lujosos por dentro. Ello era debido al oneroso impuesto municipal que gravaba los edificios y que hacía que no hubiera en la villa palacios impresionantes como en otros lugares, salvo algunas excepciones.

Los mejores eran sin duda el del duque de Medinaceli, en el Prado de San Jerónimo; el de los duques de Terranova y de Monteleón, en la vecindad de la Puerta de Fuencarral, en la calle de San Bernardo; el del conde duque de Benavente, en la Puerta de la Vega; el de los duques de Osuna, en los Altos de Leganitos, vecino al del Príncipe Pío, marqués de Castel-Rodrigo; el de los duques del Infantado, en San Andrés; el del marqués de Villafranca, cerca del anterior; el del duque de Uceda, en la calle Mayor, y el del almirante de Castilla, duque de Medina de Rioseco.

La reina y la princesa de los Ursinos comenzaban a conocer bien a los grandes. Entre ellos había quienes eran firmes partidarios de la casa de Borbón y había quienes manifestaban abiertamente sus dudas al respecto de la viabilidad de la nueva dinastía. Entre los más belicosos y difíciles estaba siempre el duque de Medinaceli, que siendo el primero de los grandes y descendiente de la línea primogénita de la casa real de Castilla desde el siglo XIV, hablaba con voz poderosa y muchos le escuchaban. Se mantenía neutral por el momento, pero en su casa se reunían algunos de los menos afectos a la casa de Borbón, como el marqués de Leganés, antiguo comandante del alcázar, el almirante don Juan Tomás Henríquez de Cabrera, que muy pronto iba a pasarse al bando enemigo, y la mayoría de los nobles poderosos afectos a los Borbones, como el duque de Alba, el de Escalona, el de Medina Sidonia y el de Osuna.

Lo que muy pronto iba a quedar claro para la reina es que todos ellos, partidarios o no de su casa, eran guardianes celosos de unos privilegios de siglos de poder omnímodo y que iba a ser muy difícil hacerles bajar de sus siales, sin perderles. La reina sólo podía ponerles buena cara. Tendría que ser la princesa de los Ursinos la que actuara por lo bajo, discretamente, y las medidas de gobierno que los

perjudicaran, así como cualquier reforma de la corte, siempre iban a contar con su oposición frontal.

Así, mientras la reina tomaba contacto con la realidad española, el rey iba a tener su bautismo de fuego en Italia. María Luisa Gabriela leyó con júbilo a la princesa que las tropas francesas habían derrotado severamente al enemigo en Santa Victoria y que Felipe V había participado en el combate, manteniéndose a caballo durante catorce horas, acudiendo a todos lados y animando a sus ejércitos, con mucha valentía e incluso pasando peligros.

La noticia de la victoria se extendió por la ciudad y algunos madrileños se acercaron al alcázar para confirmar la veracidad de la nueva. Al saberlo, la reina en uno de sus arranques se asomó a un balcón y contó a los que estaban allí abajo, con alegría, la victoria del rey. Los ciudadanos regresaron contentos a sus hogares, diciendo que la reina en persona les había hablado y muy pronto, cuando los madrileños supieron que había habido otra batalla en Italia, de nuevo se acercaron a palacio, esta vez en mayor número, esperando la confirmación del resultado por boca de la soberana.

El 10 de agosto, de nuevo salió al balcón la reina y les dijo a todos los que querían oírlo que cuatro días atrás, el 15, el rey había ganado la batalla de Luzzara, donde había estado en el centro de la refriega, con gran valor, habiendo habido que contar bajas muy cerca del lugar donde estaba su majestad. Las victorias se sucedían en Italia y la reina decidió salir a dar las gracias a la Virgen, en la basílica de Nuestra Señora de Atocha, que era un lugar de tradicional devoción de los reyes de España. Por la mañana temprano, María Luisa Gabriela, acompañada por la princesa de los Ursinos, salió, en silla de manos, hacia el templo. En cuanto supieron que la reina estaba yendo al templo, la multitud la rodeó, la acompañó y la vitoreó durante todo el camino, lo mismo que a la princesa de los Ursinos, que también era querida por los madrileños, que pensaban que aquella gran dama francesa que hablaba tan bien español era una buena y leal consejera de los soberanos.

La reina se emocionó con el fervor del pueblo que los guardias de palacio contenían sólo a medias y se le escaparon unas lágrimas antes de entrar en la basílica. Era muy feliz. El rey estaba bien; la primera campaña militar estaba dando victorias y el pueblo la quería y apoyaba. No necesitaba más que el regreso de Felipe V sano y salvo para sentirse dichosa en su nueva vida en España.

Pero su regencia se iba a complicar entonces, con el intento inglés de llevar la guerra a la Península. El almirante *sir* George Rooke debía tomar la ciudad de Cádiz y provocar una insurrección con los Borbones en Andalucía. La realidad fue otra. Los ingleses asaltaron la ciudad, que se negó a entregarse, y se entregaron a un pillaje atroz. Robaron, incendiaron y saquearon palacios e iglesias. La de Santa María, que era muy bella, quedó arrasada; los ingleses, dueños de la ciudad por el terror, saqueaban en las calles a los ciudadanos, violaban a las mujeres e incluso a las monjas.

María Luisa Gabriela, en cuanto se enteró de lo que pasaba, intentó enviar una expedición de auxilio, pero no había dinero y muy pocos soldados. Entonces acudió a los nobles del reino y el duque de Osuna, el de Medina Sidonia y el de Arcos de la Frontera, los tres más afectados porque sus territorios eran vecinos, levaron unos contingentes de hombres de sus tierras y a su costa, para expulsar a los ingleses. Pero cuando llegaron los españoles, los ingleses ya habían partido, dejando Cádiz en un estado de ruina. De Cádiz, los hombres de Rooke fueron a Vigo, donde acababa de llegar la flota de la plata de América. Asaltaron dos barcos y hundieron los demás. Afortunadamente, la plata de las Indias estaba ya a buen recaudo y camino de Madrid, donde las necesidades de dinero eran acuciantes porque de nuevo no había dinero ni para pagar a la servidumbre de palacio.

En septiembre, la reina nombró, a instancias del cardenal Portocarrero, a don Juan Tomás Henríquez de Cabrera, almirante de Castilla y duque de Medina de Rioseco, como nuevo embajador ante Luis XIV. Partió el duque de la capital con un lucido séquito de trescientos cincuenta hombres y más de cien carruajes, pero en lugar de dirigirse a París se fue a Portugal, donde se refugió declarándose partidario del archiduque. Se le unió en el camino don Diego Hurtado de Mendoza, conde de la Corzana, también descontento con Portocarrero y la Junta.

La defección del almirante fue un duro golpe que afectó profundamente a la reina y a la corte y ayudó a que el rey portugués cambiara de bando poco después. Era evidente que había descontentos a pesar de la aparente tranquilidad y la princesa de los Ursinos se encargaría en adelante, con todo su ahínco, de descubrir quiénes estaban a favor de los reyes y quiénes no. La reina y ella comenzaron a preocuparse al oír ruidos nocturnos en el alcázar y temían que pudiera producirse un posible atentado o una conspiración de la facción proaustriaca. La realidad es que en el alcázar no tenían defensa. La vieja costumbre de los Austrias hacía que no hubiera guardias en los apartamentos reales y, por más que hubieran sido contemplados como una innovación necesaria, hasta ahora el marqués de Villafranca se había opuesto abiertamente a que se creara una guardia de Corps al modo francés.

Pero la oposición de Villafranca no las iba a detener. La reina lo deseaba y la princesa de los Ursinos la apoyaba. Escribieron a Luis XIV pidiendo que se les enviaran unos guardias para prevenir posibles atentados y Luis XIV envió a cuatro guardias de Corps profesionales que en adelante estaban siempre ante las puertas de los aposentos reales.

1703-1704

**El regreso de Felipe V a España
y el cambio de alianzas**

El mes de enero de 1703 se levantó frío y húmedo en España. Los campos de Castilla vieron cómo los hielos del año anterior quebraban los terrones de la tierra seca y sedienta y luego, cuando estaban ya exhaustos y heridos por el frío, llegaron unas lluvias heladas que mojaron sus dolores y los anegaron hasta el desbordamiento de los ríos.

María Luisa Gabriela no quería quedarse en Madrid esperando la llegada del rey, del que llevaba separada nueve meses. Por eso, acompañada de la princesa de los Ursinos y de la duquesa del Infantado, había ido hasta Guadalajara para recibirle. Los duques del Infantado, siempre corteses y fieles a la casa de Borbón, le habían cedido su magnífico palacio de Guadalajara para que se alojara y la ciudad le había dispensado una excelente acogida, a pesar del frío y del mal tiempo.

Aunque Felipe V había llegado a Barcelona el 20 de diciembre de 1702, y quería haber adelantado su regreso a Madrid, no había podido hacerlo y había tenido que permanecer allí, porque las autoridades de la ciudad le habían organizado una brillante recepción para celebrar las victorias italianas y Louvois le había convencido de que debía recibir el homenaje de su pueblo, antes que satisfacer sus deseos privados. Luego había ido a Montserrat a dar gracias a la famosa Virgen Moreneta y había permanecido en oración, con los monjes, durante la Navidad, cumpliendo una promesa que había hecho a la Virgen, que le había permitido regresar victorioso de Italia.

Y ahora que ya había cumplido con la tierra y con el cielo, no había nada que le retuviera por más tiempo lejos de su amada esposa. María Luisa Gabriela, que sabía que el rey llegaría en cualquier momento a la ciudad, estaba emocionada y nerviosa. Amaba a Felipe V y la separación había acentuado ese amor. Las largas noches de su soledad en palacio, con la sola compañía de la princesa de los Ursinos, la había hecho comprender todo lo que su esposo significaba para ella. Por eso, estaba deseando verle de nuevo y anhelaba oír de sus labios los requiebros y piropos que tanto gustaba de regalarle. Incluso el relato de su viaje de regreso o cómo le habían recibido los catalanes y aragoneses, entre quienes parecía que todo había ido muy bien, le parecería maravilloso. Estaba impaciente y deseosa de tenerle nuevamente a su lado y cada hora que pasaba sin que llegara el rey se le hacía una eternidad. ¿Cuánto faltaba para que de nuevo pudiera abrazarle?

Mientras esperaba, nerviosa, se daba razones que pudieran explicar su retraso. Seguramente su tardanza se debía al mal estado de los caminos que hacía que hubiera

que circular con cuidado o incluso podría deberse a que hubiese tenido que detenerse por el desbordamiento de un río. La verdad es que estaba siendo un invierno incómodo para viajar. Llovía sin parar desde hacía dos días y se estaban saliendo de sus cauces muchos torrentes y riachuelos, con crecidas inesperadas que anegaban campos y aldeas. La reina miró por la ventana una vez más, como si eso pudiera adelantar la llegada del rey. Caía una lluvia fina y fría que era como una cortina helada que bajaba inmisericorde desde las nubes bajas y hurtaba la luz del cielo, oscureciendo el día que quitaba el ánimo de salir de sus casas a los que querían ver la llegada de su majestad.

María Luisa Gabriela se quedó un momento con la mirada perdida. Se estaba bien en aquella sala del estrado de la duquesa del Infantado que la acompañaba, con sus dos hijas y la princesa de los Ursinos, en esos momentos finales de la espera. Aparte de dos grandes braseros de picón, la gran chimenea estaba encendida y un par de gruesos troncos de encina crepitaban alegres y ayudaban a caldear la pieza, espléndidamente decorada con una serie de cuatro tapices flamencos muy buena sobre Diana y Acteón. En el primero, Acteón sorprendía a Diana en el baño con las ninfas. El segundo narraba el descubrimiento de Diana del joven; el tercero mostraba a Acteón transformándose en venado por el deseo de la diosa, ante las ninfas, y en el cuarto el joven Acteón era acosado por los perros que iban a darle muerte por haber osado ver la desnudez de la diosa. La historia era triste. Una despiadada Diana tan diferente de la reina de España. María Luisa Gabriela deseaba con todo su corazón la llegada de su esposo y pensaba hacerle disfrutar del reencuentro de mil modos. Mientras pensaba en su esposo, las damas bordaban en un silencio agradable, que rompió al cabo de un rato un ruido de pasos afuera. Se hizo un silencio expectante en la habitación. Llamaron a la puerta y, cuando la reina dio la autorización de entrar, el mayordomo de la casa del Infantado anunció que el rey estaba llegando a la ciudad.

La reina se levantó de su sitio como un resorte. Quería arreglarse un poco para que el rey la viera guapa. Todos los nervios acumulados estallaron en movimientos febriles, risas, alegría y emoción. La princesa de los Ursinos, divertida con las manifestaciones evidentes de amor de su señora, la acompañó a sus aposentos, mientras la duquesa se quedaba en la pieza y ordenaba al mayordomo de su casa que los cocineros prepararan una cena digna para su majestad. La esperada llegada del rey las había animado a todas. Apenas media hora después, Felipe V entró en el palacio. Cuatro hombres de la guardia, con una tela gruesa a modo de improvisado palio, le condujeron hasta la entrada del palacio. Entonces se quitó el pesado manto que le había resguardado del frío y la humedad y que comenzaba a sentir como un estorbo. Quería moverse con más libertad. La reina le esperaba en el patio, rompiendo los usos de la corte. Ambos se miraron con detenimiento durante un instante para ver cómo estaba el otro, antes de fundirse en un tierno abrazo, totalmente antiprotocolario. Felipe encontró a su mujer más guapa y menos niña. Los meses de la regencia y los quince años, que había cumplido en septiembre, le habían sentado

bien. Sus formas se habían desarrollado; se había hecho más mujer y la encontró más deseable, si cabe, que antes. Ella, por su parte, le encontró tan apuesto como siempre y percibió que el rey había ganado en aplomo y había perdido una parte de su reserva y timidez, anteriores. Su mirada era más directa, más tranquila. Actuaba de modo más regio y se mostraba bastante desenvuelto, como consecuencia de la experiencia en campaña y el trato con tantas gentes en su viaje. Pero al mirarse fijamente, ambos comprendieron cuánto se habían echado de menos. La princesa de los Ursinos interrumpió el diálogo mudo de los reyes durante unos momentos para que su majestad pudiera saludar al resto de las damas.

—¿Qué tal viaje habéis hecho, majestad?

—Horrible, princesa, como os podéis imaginar. Pero veo que vos seguís elegante y tan guapa como siempre.

—Os agradezco el cumplido, Sire. Todos os echábamos de menos.

—También yo deseaba regresar antes, pero me lo han impedido las circunstancias. Por cierto, os agradezco, princesa, que hayáis cuidado tan bien de la reina durante mi ausencia. Está hermosísima —dijo acercándose a Ana María, que hizo ante él una perlería reverencia.

—En eso no tengo ningún mérito. Sólo he sido una mera observadora. Su majestad la reina está así por vuestro afortunado regreso.

—Me halaga lo que decís —dijo mirando a su esposa, cuyo rubor corroboraba las palabras de la princesa. El rey la tomó de la mano deseando su contacto, pero siguió saludando, ahora a la anfitriona.

—Y a vos, duquesa —dijo saludando a la anfitriona, que hizo la reverencia de rigor ante él—, muchas gracias por vuestra hospitalidad en esta maravillosa casa vuestra.

—Para nosotros es siempre un honor teneros aquí, majestad.

—La verdad es que el palacio es una maravilla. Incluso con este frío, las habitaciones son acogedoras y se caldean bien —dijo la reina—. Aquí lleva dos días cayendo agua sin cesar.

—Pues yo llevo tres días de una lluvia cansina que no dejaba de caer, para mi desesperación —dijo el rey—. Hemos tenido que parar varias veces y ha sido una verdadera pesadilla el viaje. Sólo saber que me acercaba a ti... —dijo en voz más baja mirando con intensidad a la reina, que se ruborizó de nuevo.

—Se os ve muy bien, majestad —dijo la princesa—. Os ha sentado bien el ejército y las victorias de Milán.

—Sí. También yo lo creo. Me ha gustado mucho estar en el campo de batalla. Ha sido una experiencia magnífica. Para un rey, es un placer estar dirigiendo y apoyando a los hombres que defienden sus reinos.

—Ya nos contaréis todos los pormenores más adelante, cuando descanséis y toméis un tentempié, aunque vuestras cartas nos tenían puntualmente informadas del fulgurante éxito de la campaña de Milán.

—Como dice la princesa, estaremos deseosas de oír nuestro relato. Pero antes he ordenado que prepararan una cena que pronto estará lista, señor —dijo la duquesa—. Si os place, se servirá dentro de un rato.

—Muy bien, duquesa. Os lo agradecemos. Mientras tanto, la reina y yo nos vamos a retirar para poder estar a solas un rato y hablar de nosotros. Hace mucho que no nos vemos y tengo que comunicarle algunas cosas.

—Como gustéis, majestad.

La reina se mantuvo de la mano a su esposo y entre risas y chanzas, se dirigieron a las habitaciones ducales que les habían cedido para su comodidad.

La princesa y la duquesa se miraron. Seguramente, esa noche iban a cenar solas. Hacía nueve meses que los reyes no se veían y, como eran un matrimonio apasionado y joven que se querían y se deseaban, no parecía que fueran a salir muy pronto de la alcoba.

—A ver si en uno de estos encuentros entre sus majestades se nos queda embarazada la reina.

—Sí, princesa. Tenéis toda la razón.

—Sería muy conveniente que tuvieran un heredero ya. La guerra es inminente y el nacimiento de un príncipe en España sería una gran noticia y un buen espaldarazo para la nueva dinastía.

—Dios os oiga. Pero ya sabéis que los niños se suelen retrasar cuando más deseados son. Miradme a mí. Yo sólo he conseguido tener hijas. Estoy encantada con ellas, pero me hubiera gustado tener un varón que heredase los Estados de mi esposo, el duque. Y aunque os puedo asegurar que él nunca se me ha quejado, piensa, igual que yo, que en estos tiempos revueltos la mano firme de un varón es mejor para llevar las riendas de una casa importante como la nuestra.

—No estoy de acuerdo con vos, duquesa. Y me pongo como ejemplo.

—Vos sois realmente excepcional, princesa. Tenéis tantos recursos.

—Pues como toda gran dama que se precie y sepa utilizar sus armas.

—No es tan fácil. Las convenciones nos lo impiden y nos aprisionan. De hecho, incluso para formar parte de la corte hay que estar casada. Eso es así desde siempre. El triunfo de una mujer sola en estos tiempos no es sencillo.

—Nunca lo es, duquesa. Pero si una señora sabe usar de sus encantos y de su inteligencia, os aseguro que puede medrar tanto como cualquier hombre o mejor. Os recomiendo que se lo inculquéis bien a vuestra hija y heredera, doña Francisca de Silva Mendoza, o si me la dejáis, lo haré yo misma.

—Os agradecería tanto que la tomaseis bajo vuestra protección.

—Cantad con ello. Es una heredera demasiado importante. Yo me ocuparé de enseñarle cómo se debe actuar en el gran mundo.

—No sabéis cómo os lo agradeceremos su padre y yo.

—Para mí, vuestra amistad es el mejor de los regalos. Con eso me basta —dijo la de los Ursinos—. Regresemos a vuestra sala del estrado. Los reyes tienen para largo.

Seguro que ni salen a cenar. Ya llamarán cuando nos necesiten.

—Me parece una excelente idea. Y si queréis, puedo decir que nos lleven la cena allí. Así no tendremos que salir del estrado, que es tan cómodo. Y puedo decirles a las niñas que cenen con nosotras.

—Como gustéis, duquesa. Volvamos arriba, que en el patio hace demasiado frío.

—Sí. Cogeos de mi brazo para subir la escalera.

—Os lo agradezco, amiga mía. Los años comienzan a pesar.

—¿Qué decís, princesa? Si parecéis más joven que yo. Ya me gustaría a mí llegar a vuestros años con vuestro brío.

—Sois de una excelente casta, duquesa. Seguro que así será. No me cabe la menor duda. Yo creo que a mí lo que comienza a pesarme es la experiencia.

* * *

El rey había sido recibido en Madrid con más júbilo aún que en Barcelona. Tras su entrada en la capital, el 17 de enero de 1703, se sucedieron las peticiones de audiencias de unos y otros, aunque durante los primeros días el rey se desentendió de todo y apenas hizo otra cosa que estar con la reina, dedicándose plenamente a ella, día y noche. Su reencuentro en Guadalajara había sido muy apasionado y estaban de nuevo tan prendados el uno del otro que no había modo de separarles.

Así, mientras el panorama internacional se ensombrecía, los reyes de España disfrutaban de una nueva luna de miel en Madrid. Pasaban largos ratos a solas, recorrían las habitaciones y los corredores secretos de palacio; montaban a caballo; paseaban por la margen del Manzanares o jugaban a diversos juegos, como el escondite o el cucú, que muchas veces acababan en el tálamo. Pero también había otros juegos que les divertían, como el remedo de torneo que se le ocurrió a María Luisa Gabriela en que ella, con cincuenta damas, atacaba al rey, que se defendía de sus embates con cincuenta enanos. El conde de Marcin, como embajador de Francia, se desesperaba porque no conseguía hablar con el rey por más que lo intentaba, y Louvois, jefe de la servidumbre francesa, también, porque estando al lado de la reina era imposible hacerle tomar ninguna decisión que antes no consultara con ella, y, para colmo de males, la princesa de los Ursinos les dejaba hacer, no llamándoles la atención.

Esto último colmó la gota de la paciencia de los dos y dio lugar a que escribieran a Francia, con verdadera indignación. En sus cartas, los dos hombres se quejaban de estar hartos de tener que perseguir al rey para que atendiese al más nimio de los asuntos pendientes y aseguraron que así no se podía hacer nada y que, desde luego, no se podía adelantar en la adopción de las medidas necesarias para reformar el Estado español. Pero la princesa también tenía sus argumentos y sabía exponerlos en sus cartas a Versalles, dirigidas al rey, a *madame* de Maintenon y a la duquesa de

Noailles. De hecho, Luis XIV, tras meditarlo seriamente, llamó a Marcin a Francia y se preparó a sustituirle con un nuevo embajador, que sería el cardenal D'Estrées, antiguo amigo de la princesa de los Ursinos de Roma, que había prestado excelentes servicios en Venecia y que pensó podría ser de utilidad en España, en esos tiempos en que la guerra iba a complicar y podía dar al rey francés una visión más justa de la corte de Madrid.

Y mientras llegaba el nuevo embajador, en la corte de España se vivían unos últimos momentos de paz. Era cierto que la princesa había justificado sus razones para dejar tranquilos a los reyes. Pensaba que los dos eran muy jóvenes todavía; quería que gozaran de su intimidad y deseaba que la reina se quedara embarazada lo antes posible. Además, sabía que muy pronto no habría lugar para juegos. Por eso prefería dejarles disfrutar de unos últimos momentos de sosiego y de alegría en Madrid, antes de que llegaran los tiempos de dificultades serias que vendrían, inevitablemente, cuando la guerra de sucesión se librara en la Península. De todos modos, sin que nadie les forzara, los reyes fueron dejando de lado sus juegos de pareja, poco a poco, y volvieron a poner su atención en los asuntos de Estado que se acumulaban.

María Luisa Gabriela fue la impulsora de ese cambio de actitud, como siempre, porque tenía mayor sentido del deber que el rey. Se daba cuenta de que el embajador de Francia, los ministros y los secretarios estaban molestos por su desidia para los asuntos urgentes de Estado y comprendía que había que ocuparse de algunos sin dilación posible. El reino estaba cargado de problemas de difícil solución que había que enfocar con una visión diferente de la anterior. El anquilosamiento del Estado se debía entre otras razones a la grave despoblación de Castilla, provocada por la emigración a los reinos americanos y la constante sangría de las guerras europeas y las epidemias del siglo anterior que habían provocado la disminución de los ingresos públicos y el colapso de los ejércitos. De hecho, el ejército estaba en un estado desastroso, casi impensable en la monarquía territorialmente más poderosa del mundo. Así lo había mostrado el ataque inglés a Cádiz, que sólo pudo ser rechazado por la resistencia del mismo pueblo y las milicias nobles, a la llamada de la reina. El dinero venido de las Indias se había esfumado durante generaciones en pagos de deudas y las maltrechas finanzas de España, desangrada por todos lados, no serían capaces de afrontar una guerra. Eso dejaba el peso de la misma a Luis XIV por entero, lo cual iba a ser un esfuerzo terrible para Francia.

Orry estaba intentando arbitrar soluciones de urgencia para algunos de los problemas económicos, por medios extraordinarios, pero era menester firmar los decretos que posibilitaran la implantación de medidas que llevarían a la recuperación del Estado, una vez decididas cuáles eran las que había que tomar. El ministro francés había trabajado bien y su estudio señaló las esenciales que había que adoptar para volver a poner en marcha la maquinaria estatal. Había que llevar a cabo la simplificación de consejos y tribunales; la revocación de donaciones de juro

indebidos; la prescripción de cesiones de cobros de impuestos; haber ajustes de la tributación a la nueva población; pensar en liberaciones parciales de comercio, regulación de las órdenes, recuperación de rentas, etc.

En marzo de 1703, dos meses después de la llegada del rey, la princesa de los Ursinos convenció a sus majestades para que aceptaran encontrarse con la reina viuda, doña Mariana de Neoburgo, aprovechando que ésta quería ver a los reyes a toda costa y que había vuelto a enviar una petición a palacio para pedir un encuentro con Felipe V y María Luisa Gabriela. La princesa, que era la mayor enemiga de la reina viuda en la corte, había promovido ese encuentro pensando que de la conversación con la imprudente señora quizás saliera algún dato relevante sobre el partido austríaco, que se sabía estaba en contacto con la de Neoburgo.

Una vez obtenido el acuerdo de los reyes, se arregló el encuentro que tendría lugar en Aranjuez, a medio camino entre Madrid y Toledo. María Luisa Gabriela estuvo encantada del viaje porque no había salido para nada de Madrid, ni siquiera al Pardo, y tenía curiosidad por conocer el palacio de Aranjuez que le habían dicho que era muy hermoso. Felipe V, la reina y la princesa de los Ursinos llegaron antes que la reina viuda, a propósito. De ese modo, pudieron recorrer a gusto las dependencias de palacio, apreciando el estado del edificio, algo dejado pero con algunas piezas de mobiliario bastante importantes, y aprovecharon para disfrutar del jardín, porque el día se presentó soleado y bastante tibio, de modo que invitaba al paseo. La reina se quedó encantada con el lugar y quiso después ir en barca por el río, que pasaba junto al palacio. Pasaron una agradable jornada, tranquila y bastante bucólica, que acabó en una larga sesión de amor de los reyes, mientras la princesa revisaba su correspondencia privada.

Al día siguiente llegó Mariana de Neoburgo, que siempre se movía como si aún fuera la reina, con gran aparato. Iba con una carroza de respeto, vacía delante de ella; la acompañaban su mayordomo mayor, los guardias con las libreas amarillas de la casa de Austria y la servidumbre que consideraba adecuada a su rango. Felipe V y María Luisa Gabriela se quedaron asombrados ante tal despliegue de su marchita majestad, que en realidad lo que mostraba era una soberbia mal contenida. No obstante, en su trato personal, la reina viuda de Carlos II no mostró ningún orgullo ante ellos; al contrario, fue de lo más cortés con los nuevos reyes, adulándoles y mostrándose todo lo amable que pudo. Se veía, por su modo de actuar, bien medido, que quería ganarse su confianza. Al fin y al cabo, lo que ella deseaba de verdad era que Felipe V consintiera su regreso a la capital de España, porque detestaba estar en Toledo, donde el pueblo no la quería y ella se sentía exiliada y fuera del centro del poder. La reunión entre ellos fue cordial. Felipe y María Luisa Gabriela estaban del mejor humor y Mariana regaló a la reina un aderezo de diamantes precioso que, no obstante, no consiguió ablandar a los monarcas, que estaban bien aleccionados por la princesa de los Ursinos y no se dejaron embaucar por la reina viuda. Eso sí, mostraron el mismo buen talante que ella y la trataron con cariño y la llenaron de

buenas palabras que no llevaban a nada.

Tras el encuentro informal y un agradable paseo por el parque, almorzaron juntos. Mientras disfrutaban del exquisito almuerzo, a la francesa, la princesa de los Ursinos, con su sutileza habitual, le preguntaba a la reina viuda por su madre, su hermana y su cuñado, el rey de Portugal. Quería ver si, de lo que la reina le decía, sacaba alguna información importante. En esos momentos, cualquier noticia de Portugal lo era. Mariana, que no era demasiado lista ni demasiado diplomática y no sabía guardarse para sí lo que sabía, dio a la princesa de los Ursinos una valiosa información, al decirle que había una importante embajada inglesa en Portugal. Eso sólo podía querer decir que Inglaterra estaba intentando convencer a Pedro II para que cambiara de bando, lo cual cuadraba con el hecho del cambio del ministerio portugués, ahora más proinglés.

Los reyes de España se despidieron de la reina viuda con muestras de afecto y Mariana de Neoburgo regresó frustrada a Toledo, sin haber conseguido que el rey le levantara la prohibición de pisar la corte y con la princesa de los Ursinos meditativa por las peligrosas nuevas de Portugal, que tenía que comunicar cuanto antes a Luis XIV para que intentara neutralizar el avance inglés.

Los meses siguientes, como Ana María imaginaba, estuvieron llenos de noticias preocupantes. En el norte de Europa, las tropas francesas habían perdido las posiciones entre los ríos Mosa y Rin, y los imperiales habían neutralizado al arzobispo de Colonia y al príncipe elector de Baviera, los aliados de Francia en la zona, en las dos campañas de 1702 y 1703.

Y mientras tanto, el almirante Juan Tomás Henríquez de Cabrera, que seguía en Portugal, estaba haciendo mucho daño a la causa borbónica, tanto que estaba consiguiendo que Pedro II de Portugal se pasara al bando aliado. La firma del tratado de Methuen con Inglaterra en 1703 cerraba una sólida alianza que abría el imperio portugués al comercio inglés y garantizaba el apoyo inglés contra las pretensiones españolas en los territorios en liza entre ambos reinos y abría la fachada atlántica, como lugar de desembarco, a las tropas de los aliados. Pero el gran golpe para María Luisa Gabriela llegó poco después, cuando se produjo la defección de su padre, que, cambiando de bando, se pasó a los aliados.

España y Francia estaban ahora solas para luchar con los aliados: el imperio, Holanda, Inglaterra, Portugal y Saboya, con la neutralidad del Papa y el apoyo moral del elector de Baviera, cuyos territorios habían sido invadidos por el emperador. La reina se había enterado de esto antes que nadie porque había recibido una carta de su madre, comunicándole que su esposo el duque de Saboya, había firmado un acuerdo secreto con el emperador. Poco después su hermana María Adelaida, duquesa de Borgoña, le había escrito otra misiva en términos parecidos, indignada por la conducta del padre de ambas. Parecía que, aprovechando las facilidades dadas por el padre de la reina de España a Leopoldo I, los ejércitos del emperador volvían a entrar en las posesiones españolas de Italia.

La alegría de María Luisa Gabriela y su buen humor, que habían sido permanentes desde el regreso de su esposo a la corte, se ensombrecieron porque se sentía culpable por la doblez de su padre. No podía entender su traición y se avergonzaba ante su marido de su conducta.

Felipe V, comprendiendo lo que sentía la reina, decidió hablar con ella para quitarle su pesar y aprovechó para hacerlo un momento de tranquilidad en sus aposentos privados. Estaba recostada en un canapé, abatida, como lo había estado durante los días anteriores, sin ánimo para nada, con la mirada triste. Se le acercó y, sin más preámbulos, la tomó de la mano, se la besó y le habló.

—Me preocupa verte así, Luisa. No estoy acostumbrado a ese rostro tan sombrío. Se diría que me estás intentando igualar en mis melancolías y no te lo recomiendo nada... —dijo afectando humor.

—Lo siento, Felipe, pero es que el asunto de mi padre...

—No te debes tomar tan a pecho la mudanza de tu padre, Luisa.

—¿Cómo no voy a hacerlo? Me siento avergonzada y humillada por su conducta hacia ti y hacia tu abuelo. Es una traición inconcebible.

—Pues no debes sentirte así. La mudanza de alianzas es una cuestión política, no personal, entre los soberanos, y no puede ni debe afectar a nuestras relaciones de esposos como tampoco debía afectar a vuestra relación de padre e hija. No deberías enjuiciar a tu padre como tal, del mismo modo que lo haces como soberano de un ducado estratégico. Tienes que aprender a separar las dos cosas, si no deseas ser muy infeliz.

—Pero ¿cómo lo hago? No sé cómo actuar. Sólo siento vergüenza y rabia.

—Es sencillo. Asume de verdad tu lugar en el mundo. Tú, Luisa, eres mi esposa y, por lo tanto, la reina de España, y tu padre sigue siéndolo, pero es soberano de un Estado extranjero. Y las decisiones que adopten los reyes o duques extranjeros no pueden ni deben afectarnos, por más que sean nuestros familiares. Nosotros nos debemos a nuestros súbditos y a nadie más. Eso es todo. Lo mismo te diría si un día mi abuelo decidiera quitarnos su apoyo. Consideraría su actitud como la de un monarca extranjero y procuraría que me afectara lo menos posible, aun cuando ello supusiera una enorme penuria y problemas de toda índole. Yo ya no soy el duque de Anjou y, si Dios quiere, no lo seré nunca más. Ahora soy el rey de España y, como tal, mi deber es completamente otro del que era cuando estaba en Francia a la sombra de mi abuelo, el gran rey, de mi padre, el gran Delfín, y de mi hermano mayor Luis, su heredero.

María Luisa Gabriela se quedó pensativa. En otros casos, la reina lo había visto muy claro, pero le costaba aplicárselo a ella misma. Las palabras de su esposo, no obstante, la ayudaron mucho a solucionar su dilema.

—Hazme caso, Luisa —continuó el rey, viendo que estaba consiguiendo hacerla comprender el asunto y quitándole el agobio que sentía—. No se puede juzgar a los hijos por la conducta de sus padres. Como ejemplo tenemos el caso del hijo del

almirante, Juan Henríquez de Cabrera, que nos es leal y estaba muy apesadumbrado por la conducta de su padre.

—Sí. Eso es verdad.

—Como ves, le he confirmado nuestro favor y le he permitido conservar el rango de heredero de las posesiones del almirante de Castilla, a pesar de la traición de su progenitor, que nos está haciendo tanto daño en Portugal. Lo único que hemos hecho es secuestrar las rentas españolas de su padre para que no pueda disponer de ellas contra nos. ¿No te parece un ejemplo suficiente?

La reina escuchó a su esposo con atención.

—Sí, Felipe. Creo que lo entiendo —dijo con lágrimas en los ojos, que él enjugó con un pañuelo de fina batista, para luego abrazarla.

María Luisa Gabriela sabía que Felipe V le estaba haciendo un precioso regalo al decirle aquello, porque en verdad se había sentido mal, no sólo ante él, sino ante todos los españoles. La reflexión que le acababa de hacer el rey era una lección de pragmatismo político, que no se esperaba de su esposo y que la hizo quererle aún más. En adelante, para ella su esposo lo era todo.

Cierto era que, en esos tiempos, había muchos príncipes en Europa que servían a reyes de Estados enemigos de sus parientes en el trono, entre ellos estaban como más destacado el conde de Galway, francés, que estaba al mando de un ejército inglés y que iba a intervenir en la guerra de sucesión española, y el duque de Berwick, general inglés hijo natural de Jacobo II, que servía a Luis XIV y que muy pronto iba a ser un personaje destacado en la guerra en España, porque el rey de Francia había decidido enviarle a la Península para comandar las operaciones militares que cada vez era más evidente que iban a comenzar en el territorio español.

El nombramiento del duque de Berwick se hizo en noviembre de 1703, cuando fue evidente el peligro de que el archiduque Carlos, apoyándose en portugueses, ingleses y holandeses, intentara tomar la iniciativa. Luis XIV tenía sus razones para pensar esto. Los acontecimientos europeos mostraban que la guerra se iba acercando a la Península día a día. El archiduque Carlos, que parecía hasta entonces desear quedarse tranquilamente en Viena, sin estar dispuesto a luchar por sus derechos al trono español, comenzaba a despertar de su letargo, a finales de 1703, ante la insistencia inglesa de que era necesaria su presencia en el frente peninsular. Dado que el emperador no podía enviar tropas a la Península, porque tenía sus fuerzas dedicadas a enfrentar a Francia en Italia y Alsacia, sólo si el archiduque Carlos iba en persona al lugar de las operaciones militares se justificaría la intervención aliada en territorio español peninsular.

Carlos de Austria se decidió por fin a partir de Viena y su primer acto público, como pretendiente al trono de España, fue la visita oficial en enero de 1704 a Londres, donde fue recibido como rey de España por la reina Ana I y el príncipe Guillermo. En Inglaterra embarcó, con gran pompa, en la nave capitana de una importante escuadra angloholandesa, que le llevó a Lisboa y que llevaba, además,

cuatro mil soldados ingleses al mando del francés conde de Galway, y dos mil holandeses al mando del conde Dohna.

Y mientras se sucedían estos graves asuntos, en la corte de Madrid se producían incesantes y crecientes tensiones internas, inesperadas, como consecuencia de la pugna del nuevo embajador francés, el cardenal D'Estrées, con la princesa de los Ursinos. Los antiguos amigos de tiempo atrás eran ahora enemigos mortales, debido al intento del cardenal D'Estrées de actuar como si fuera un poderoso valido, con los reyes de España, actitud ésta absolutamente impropia e inadecuada a sus funciones. Sus pugnas por ejercer el poder casi como si fuera un regente, en lugar de un ministro, habían dado lugar a que el cardenal Portocarrero se retirara a Toledo, a su sede arzobispal, tras un grave enfrentamiento con él, y que la princesa de los Ursinos le hubiera llamado severamente al orden en público, ante sus repetidos intentos de permanecer sólo con el rey y la reina, a solas, en sus aposentos privados de palacio, e incluso penetrando en los mismos sin autorización. Con esta conducta, el embajador había intentado romper a su favor el delicado equilibrio de poder de la corte; se había saltado el protocolo como si él mismo fuera una persona real y encima pretendía tener derecho a hacerlo por el mero hecho de ser enviado del rey de Francia. D'Estrées no lo entendía pero María Luisa Gabriela y Felipe V estaban muy descontentos con él; y el descontento pronto se transformó en profundo desagrado. El diplomático francés se atrevía todavía a mostrarse prepotente con ellos y a tratarles como si fueran niños, llegando incluso a reconvenirles por dejarse influenciar por Ana María y por dedicar demasiado tiempo a sus placeres conyugales, cosa que ofendió profundamente a ambos por considerarlo una intolerable intromisión en su intimidad. El asunto comenzó a ser muy grave. La intolerable y absurda actitud del cardenal iba a ser inmediatamente contestada por la princesa con gran firmeza. Sus órdenes en palacio fueron terminantes para relegar al cardenal francés de nuevo a su papel de embajador, sin ningún privilegio especial, lo quisiera o no. D'Estrées, sabedor de su privanza con los reyes, y viendo que Felipe V y María Luisa Gabriela la apoyaban, intentó utilizar a los grandes para perderla, cuando comprendió que la princesa de los Ursinos era su enemiga y que sólo acabando con ella podría volver a llegar a los reyes.

El cardenal se empleó entonces a fondo. No sólo no depuso su orgullosa e hiriente actitud, sino que buscando quitarse de en medio a la princesa de los Ursinos, enviaba a Versalles informes muy negativos acerca de ella, inventando historias, manipulando, otras y magnificando el supuesto efecto negativo de la influencia de ésta en los reyes de España. Además, no contento con lo anterior, comenzó a buscar el apoyo de una facción de descontentos con las medidas tomadas por Orry, con el acuerdo de la princesa de los Ursinos, lo cual era como meter el dedo en un avispero y una actitud absurda, ya que suponía una gran ceguera política no comprender que las medidas de Orry eran necesarias para la regeneración del Estado, y se sabía que iban a provocar siempre la protesta de los perjudicados por ellas. La tensión llegó a

ser de tal naturaleza en palacio, que el rey y la reina se negaron a recibirle un día, considerando que hablar con él no les reportaba más que malestar. Enterados por la princesa de las nuevas intrigas del embajador que ponían en peligro toda la política de reformas emprendida con sagacidad y mano izquierda, pidieron a Luis XIV que retirara de España lo antes posible al cardenal y que nombrara a otro embajador en su lugar.

Luis XIV accedió sin poner ninguna traba porque no le había gustado la actitud del prelado, que se había extralimitado en su actuación, y nombró como sucesor del cardenal a su sobrino, el abad D'Estrées, que aunque había ido a Madrid con su tío, afectaba ser amigo de la princesa de los Ursinos y pensar de modo muy diferente al cardenal sobre el modo de tratar los asuntos de España, aunque esa actitud suya era una mera ficción. En realidad, odiaba a la princesa tanto o más que el cardenal y se había propuesto hacer todo lo que pudiera para perderla, eso sí, con mucha mayor sutileza que su pariente. Con esa actitud, estaba visto que poco iba a durar la aparente paz entre ellos; sólo lo que la red de informadores de la princesa tardara en darse cuenta de la doblez del abad.

La princesa comenzó a sospechar del abad muy pronto, apenas días después de su nombramiento, cuando sus amigas, la duquesa de Terranova y la del Infantado, le dijeron que el embajador de Francia estaba jugando un doble juego con ella; que estaba intentando conseguir informes negativos sobre ella de algunos nobles, para ratificar los que había presentado al rey de Francia su tío, el cardenal, y hacerle perder el favor de Luis XIV.

Haciendo caso de las que la querían bien, la princesa de los Ursinos movió sus redes en torno al intrigante embajador. Comprendiendo, por los informes que le dieron, que sus amigas estaban completamente en lo cierto y que se hallaba en peligro, pidió al rey que le permitiera la violación de la valija diplomática que llevaba la correspondencia del abad a Francia. Una vez conseguida ésta, abrió la valija y, respetando la correspondencia con el rey, leyó no obstante las cartas del abad al ministro Torcy, descubriendo que D'Estrées había jugado su doble juego, aprovechándose de su confianza. Horrorizada, pudo comprobar que el embajador la calumniaba de mil modos en su correspondencia con el ministro y con *madame* de Maintenon y además decía, en el colmo del victimismo, que se veía forzado a vivir en perpetuo disimulo para evitar sufrir sus represalias.

Furiosa consigo misma, por haberse dejado engañar, y con el abad, por haberla traicionado tan vilmente, abandonando su habitual prudencia la princesa de los Ursinos había enviado a Versalles las cartas del embajador, acotadas al margen con sus comentarios, lo cual provocó un terrible escándalo en la corte de Francia. La princesa de los Ursinos había ido demasiado lejos. Había violado la correspondencia de un embajador de Francia y eso era más grave para el rey de Francia que el hecho de que en realidad aquél la calumniase o no.

Precisamente, en el momento culminante del enfrentamiento entre la princesa de

los Ursinos y el embajador, en febrero de 1704, llegaba Jacobo Fitz James Stewart, duque de Berwick, a Madrid. El gran general, que el rey de Francia había enviado con un ejército de doce mil veteranos de Flandes, entró en la capital, con gran pompa, en una rica carroza, seguido de los carruajes de los principales señores españoles, que lo acompañaron hasta el alcázar, donde le recibieron los reyes.

Su natural seco y adusto disgustaría a la reina, en principio, que opinó de él que era un «diablo seco inglés», opinión que sólo le comunicaría a Felipe V y a la princesa de los Ursinos. Ésta se encargaría de intentar cambiar la opinión de la reina al respecto del general, porque apreciaba a Berwick y le consideraba un verdadero señor, aparte de un militar de genio.

El rey, como estaba previsto, le nombró capitán general de los ejércitos franco-españoles en Madrid. En esos días llegó la orden de Luis XIV para que la princesa de los Ursinos regresara a París. La misiva fue un rudo golpe para la reina y para el rey, que también se había acostumbrado ya, como María Luisa Gabriela, a contar con ella para todo. La indignación de la reina fue tal, que sus gritos de furia contra el abad D'Estrées se oyeron por el patio de sus aposentos y su misma servidumbre se asustó porque no la habían visto nunca perder de esa forma la contención. El mismo rey tuvo que frenarla, porque en su rabia había pensado convocar al embajador y decirle todo lo que opinaba de sus maquinaciones, para después exigir al rey que lo expulsara del reino.

Felipe V tuvo que emplearse a fondo para tranquilizarla. La reina de España no podía actuar de ese modo, bajo ningún concepto. La misma princesa tuvo que intervenir para impedirlo. Argumentó que ella aceptaba ir a Versalles, a dar explicaciones al rey de Francia. No tenía nada que ocultar, le dijo a la reina, y quizás fuese mejor que acudiera a la corte francesa, para defenderse. Nadie podría hacerlo mejor que ella misma. Viendo que la reina se calmaba y dudaba, insistió. María Luisa Gabriela no debía preocuparse porque muy pronto regresaría a Madrid, si contaba con su constante apoyo.

Eso sí, era menester que los reyes de España pidieran a Luis XIV la destitución inmediata y fulminante del intrigante y falso abad, en cuanto ella se fuera de España, y si ésta no se producía, se negaran a recibirle, por mucho que insistiera. Así lo decidieron y la reina quedó más tranquila aunque sabía que no descansaría hasta ver fuera del reino al miserable abad.

Y mientras la corte estaba revolucionada por la llamada a Francia de la princesa de los Ursinos, que provocó multitud de especulaciones al respecto, el duque de Berwick partió a bombo y platillo hacia la frontera portuguesa, a la que llegaría por la villa cacereña de Alcántara. Su ejército al llegar allí, a principios de abril, era de 30.000 infantes y 10.000 jinetes, estando compuesto el núcleo de los veteranos que él había traído, a los que se habían unido los escuadrones españoles que incluían las milicias locales de los nobles extremeños, como el duque de Feria, de la zona sur de la región, el marqués de Camarena la Vieja, el marqués de Espinardo y el conde de

Torre Arias con sus soldados cacereños y el viejo conde de Canilleros, con sus milicianos de Brozas.

Y mientras la princesa de los Ursinos preparaba el equipaje y partía de España, dejando a María Luisa Gabriela desolada y al rey indignado con el intrigante y traicionero embajador de Francia, el ejército franco-español se preparaba para invadir Portugal, algo que Berwick había decidido como una medida de choque, para evitar que la cosa fuera al revés y que los portugueses invadieran con las tropas inglesas y holandesas el territorio de España y abrieran una brecha que fuera utilizada como punta de lanza para que el archiduque pudiera comenzar a reivindicar la corona.

1704-1705

El poder de la reina

La invasión de Portugal, tal y como la había planeado Berwick, comenzó siendo un rotundo éxito. Las tropas españolas entraron en Portugal, como una tenaza: Berwick, por Alcántara, el marqués de Villadarias, por el sur, y el duque de Híjar, por el norte, sin encontrar oposición, de modo que penetraron profundamente en el interior del reino vecino muy rápidamente, tanto que en poco tiempo estaban en posición de amenazar las ciudades más importantes del reino sin que se viera capacidad de defensa del mismo. No hubo ejército que se les enfrentara y las guarniciones portuguesas se mantenían en los castillos, a pesar de las conquistas de los ejércitos hispano-franceses.

Felipe V y María Luisa Gabriela recibían en la corte las noticias de la buena marcha de la campaña, pero a pesar del éxito militar no estaban contentos. Ya llevaban más de tres años en el trono español y querían ser reyes de su reino, no unos meros títeres de un poder extranjero, aunque fuera el que les había dado el trono. La crisis la había provocado la intromisión de Luis XIV en sus asuntos privados, al llamar a Francia a su camarera mayor: era algo que a la reina le parecía imperdonable, y el rey estaba plenamente de acuerdo con ella. Ya no se consideraban niños a quienes se pudiera manipular al antojo de nadie, ni siquiera su poderoso tío abuelo y abuelo. No les importaba que hubiera sido antaño Luis XIV el que la nombrara. Para los reyes de España, ella ya era una servidora suya, no de su abuelo, y en eso parecía estribar la grave diferencia de opiniones. Además, sin tener a Ana María en Madrid, la reina sentía que le faltaba algo fundamental, y no se equivocaba.

Ahora, desde que se levantaba, todo era diferente y le molestaba. Ya no controlaba lo que pasaba en el alcázar y, al ver a las damas cuchichear en su antecámara, ya no sabía de qué hablaban ni qué era lo que se decía ni lo que se rumoreaba en palacio y en la ciudad. Se había quedado sin sus ojos y oídos en la corte, desde que se había ido la princesa de los Ursinos. No tenía medios para saber cómo sentía cada cual y, lo que era más grave, tampoco conocía los cambios de bando de los cortesanos, los rumores de oscuras intrigas ni las posibles conspiraciones contra ellos; nada.

Sus amigas las duquesas de Terranova, Veragua e Infantado la visitaban y consolaban, pero la anciana duquesa de Terranova, por más que era una gran dama encantadora y atenta con ella, no podía compensar la falta de la princesa de los Ursinos, porque a esta señora, como a la duquesa del Infantado y a la de Veragua, la política no le interesaba y el interés de María Luisa Gabriela por los asuntos de Estado, las intrigas del poder y las medidas de gobierno casi le parecía una

excentricidad.

La guerra con Portugal iba bien, le decían. No tenía que preocuparse de nada. El rey y sus ministros se encargarían de que todo marchara como debía. Ella sólo debía ocuparse de ser una buena reina, ser querida por el pueblo, como de hecho lo era, y rezar para que pronto acabara la guerra y que no asolara España, adonde todavía no había llegado. La realidad era que muchas de las damas españolas pensaban que con el rosario se arreglaba todo, incluida la guerra, pero María Luisa Gabriela era de otra opinión. No le gustaba que la dejaran de lado en ninguna decisión importante para el reino y Felipe V, que lo sabía, la tenía puntualmente informada de todo y le consultaba sobre cuantas medidas se iban a adoptar. De hecho, incluso sin la princesa de los Ursinos, el juicio político de la reina era bastante certero. Tenía un don natural, que la princesa había afinado, para saber qué era lo mejor en cada ocasión, y sus comentarios solían ser acertados e inteligentes, como pronto apreciaría el propio Louvois, al que más de una vez había dejado sin palabras, con argumentos de tanto peso que había tenido que reconocer el acierto de la reina y el error propio.

Pero lo que la reina quería a toda costa, y había hecho de ello una cuestión personal, era la expulsión del abad D'Estrées de España. Desde el mismo día que salió la princesa de la corte, el abad tuvo absolutamente prohibida la presencia en palacio. Había dejado de tener asiento en el Consejo y no se le recibía ni siquiera en audiencia pública ni se atendían sus peticiones. Sólo si tenía una misiva del rey de Francia para el soberano, se aceptaba su recepción, pero tenía que enviarla a través de un tercero, lo cual era una humillación constante para él. Pero por más que se sintiera incómodo, la cosa no se iba a quedar sólo en eso. María Luisa Gabriela pensaba hacerle la vida imposible mientras estuviera en España y sabía muy bien cómo conseguirlo. Había sugerido a Felipe V que diera instrucciones a los secretarios y miembros de los consejos para que tampoco atendieran a ninguna petición personal del embajador, y había pedido a los duques de Osuna, del Infantado, de Veragua, de Escalona, de Arcos, de Uceda, al marqués de Castel-Rodrigo y a los miembros influyentes de la corte que no le recibieran si querían agradarla y, a las más íntimas de entre las esposas de los grandes, les dio la consigna de que hicieran ver al abad, en toda ocasión que pudieran, que era persona non grata en la sociedad madrileña y que tenía las puertas de las mejores casas cerradas para siempre.

El siguiente paso planeado por María Luisa Gabriela iba a ser su ostracismo completo, que no llegó a tener lugar porque Luis XIV, comprendiendo que la mujer de su nieto no iba a parar en su campaña contra D'Estrées, decidió llamarle a Francia y nombrar en su lugar como nuevo embajador al duque de Gramont, un gran señor que estaba seguro agradaría a los reyes de España y que, a diferencia de los anteriores, no intentaría nunca prevalecer sobre los secretarios y ministros españoles.

Alegre por su triunfo, la reina, vindicativa, escribía a menudo a la princesa y al menos se sentía aliviada al saber que Ana María estaba disfrutando de su estancia en casa de su hermano, el duque de Noirmoutier, y que estaba moviéndose bien en la

corte francesa, reverdeciendo relaciones con viejos aliados para conseguir deshacer con éxito las peligrosas y bien tejidas intrigas del cardenal y el abad contra ella. La princesa de los Ursinos escribía a su reina con frecuencia y le agradecía que hubiera escrito a su hermana María Adelaida, la duquesa de Borgoña. Ésta la había recibido con gran cariño y le había dado las mayores pruebas de amistad, gracias a estas cartas. Y además, el firme apoyo que le había ofrecido el duque de Borgoña, cuñado de la reina de España y primogénito del gran Delfín, también era importante. Era evidente que no estaba sola en Versalles, ni mucho menos. El afecto incondicional de su señora hacía que en la corte francesa la admiraran porque si algo era difícil de mantener, y muchos lo sabían por experiencia, era el favor de los reyes, sobre todo en los malos tiempos.

Conforme pasaban los meses, María Luisa Gabriela se iba poniendo más nerviosa, al dilatarse el esperado retorno de su camarera mayor. La princesa le decía, para tranquilizarla, que incluso la marquesa de Maintenon, que la había recibido con cierta frialdad inicialmente, estaba retomando la confianza que siempre habían tenido con ella desde la juventud y comenzaba a comprender la extensión de las intrigas de tío y sobrino D'Estrées, que, en realidad, lo que habían deseado era suplantar a la princesa de los Ursinos en la corte de Madrid y medrar en España, creyendo poder utilizar a sus reyes como peles y los resortes del reino en su beneficio. La princesa terminaba cada carta diciéndole a la reina lo mucho que la apreciaba y que esperaba poder regresar a España muy pronto si todo iba bien.

María Luisa Gabriela mostró en este asunto su gran tesón y su inquebrantable voluntad e insistía ante el rey de Francia en su legítima pretensión de que se le devolviera a su servidora. Así, cada poco tiempo pedía de nuevo a Luis XIV que reconsiderara su decisión y le enviara a la princesa de los Ursinos a la corte de Madrid, donde no tenía cargo alguno. Era mucho más necesaria en España que en Francia y lo argumentaba una y otra vez, sin preocuparse de que su insistencia pudiera acabar molestando a Luis XIV. De hecho, bastante molesta estaba ella ya. Ante el silencio del rey de Francia, que se resistía a darle gusto y no daba su brazo a torcer, había optado por pedir también el apoyo de todo su entorno, comenzando por la marquesa de Maintenon y la duquesa de Noailles y acabando por el gran Delfín, su suegro. María Luisa utilizó especialmente su privilegiada relación con su hermana María Adelaida, hija del heredero del trono, para luchar a brazo partido por el retorno de la princesa de los Ursinos. En la corte francesa estaban asombrados por la lluvia de cartas de la reina de España; unas sutiles y encantadoras, otras más firmes, pero todas con un solo fin: el regreso de Ana María. Lo que ellos no comprendían es que no sólo lo hacía por ella misma, en lo personal, sino porque se sentía profundamente ofendida en su dignidad real, al no poder mantener a su lado a alguien que la servía y que no le había dado ningún motivo de queja, sino todo lo contrario.

Sintiéndose muy sola, decidió entonces llamar a Madrid a sus amigas de la infancia, Ana y Antonia Frattini. El rey de España, que quería verla contenta, la

animó a invitarlas a España y su madre, la duquesa de Saboya, se encargó de preparar el viaje y organizarlo, de modo que apenas un mes después las dos jóvenes llegaron a Madrid, sanas y salvas. María Luisa Gabriela estaba muy contenta de haberlo conseguido con tanta facilidad. Además, la llegada a la corte de Madrid de dos damas saboyanas era un desafío directo a Luis XIV, que no había permitido que ninguna la acompañara a Madrid, cuando se casó. En realidad, esta vez nadie había osado interponerse en su decisión, cosa que casi le daba pena porque pensaba llevarla a cabo contra viento y marea. Ahora, gracias a la tensión con la corte francesa, sus amigas habían llegado a Madrid y estaba encantada de ello. Apenas podía creérselo cuando las dos hermanas fueron anunciadas en su antecámara. La llenó una alegría inexplicable que iluminó su rostro.

—Amigas mías. Me da mucho gusto que hayáis llegado bien. No os esperaba tan pronto —dijo, levantándose de su asiento mientras las dos se acercaban a saludarla. Las dos hermanas hicieron unas elegantes reverencias ante la reina de España, que mientras tanto las miraba para comprobar cómo les habían sentado los últimos tres años—. Habéis cambiado bastante y a mejor, según puedo apreciar.

—También vuestra majestad está algo diferente —dijo Antonia—. Pero se os ve muy bien.

—Señoras —dijo la reina, dirigiéndose a las damas de cámara que le hacían compañía—, déjenos solas, si tienen la bondad. Tengo asuntos privados que hablar con mis amigas.

—Como guste vuestra majestad —dijo la azafata, y se llevó a las señoras con ella—. Llamadnos cuando nos necesitéis.

La reina y las dos italianas esperaron a que salieran las españolas y en cuanto se cerró la puerta, detrás de ellas, María Luisa Gabriela se echó a los brazos de las dos hermanas.

—¡Dios mío! Cuánto os he echado de menos, mis queridas Ana y Antonia. No sabéis lo mal que lo pasé cuando os obligaron a regresar a Turín.

—Y nosotras también —dijo Antonia—. Ana estuvo llorando todo el camino de vuelta a casa.

—No hables de cosas tristes, Antonia. Ahora estamos juntas de nuevo y nuestra amiga es la reina de España. De verdad, se os ve muy bien, majestad —dijo Ana, mirándola apreciativamente.

—No utilices el tratamiento en privado, Ana. Sois mis amigas de toda la vida y eso os da ciertos privilegios. Para vosotras, sigo siendo vuestra amiga de la infancia, Luisa.

—Siempre serás la misma maravillosa persona, reina o no, Luisita. Siempre tan natural y encantadora —dijo Ana—. Pero dime, ¿por qué nos has traído a España? ¿Qué ha pasado?

—¡Qué lista eres, amiga mía! Me encanta que me conozcas tan bien. Os he invitado a venir porque ahora ya puedo hacerlo sin que mis decisiones se discutan. Y

además, estoy furiosa porque mi tío abuelo se ha atrevido a quitarme contra mi voluntad a mi camarera mayor, la princesa de los Ursinos, a la que conocisteis en Niza, y que es una excelente servidora y una inapreciable consejera, por culpa de las intrigas del antiguo embajador francés y mi primera reacción, dentro de mi rabia, ha sido reivindicar mi persona y mi autoridad.

—Ya comprendo —dijo Ana—. Y conociéndote, eso te ha sentado como una patada.

—Pues sí. No te equivocas. Y precisamente por eso, al hilo de lo anterior, ya que soy reina de España, deseo ejercer como tal mi poder, y lo primero que quiero es tener a mi lado a la gente que más aprecio, y como, aparte de mi madre y mi hermana, ésas sois vosotras, pues decidí pedirle al rey que permitiera vuestra venida.

—Y como consecuencia, aquí estamos —dijo Antonia.

—Pues, dejando aparte toda otra consideración, no sabes lo que nos alegra que hayas podido traernos, Luisa. Me siento encantada de haber venido. Eso sí, somos como provincianas mirándolo todo, asombradas. El viaje ha sido asombroso. Hemos pasado por tantos lugares hermosos...

—Sí. A mí también me pasó al principio, pero pronto os acostumbraréis. Por cierto, de verdad que estáis muy guapas las dos —dijo mirando a las dos damas, que eran en verdad muy hermosas. De estatura mayor a la media, eran muy femeninas, no obstante por lo bien formados que estaban sus cuerpos a los que no parecía sobrarles ni faltarles nada. Tenían finos talles, delicadas facciones de piel blanca y pura, sin marcas, ojos azules y cabelleras rizadas, a la francesa. La mayor, Antonia, de cabello algo más oscuro, y la más joven, Ana, algo más rubio—. Os parecéis entre vosotras más que antes. Me hace gracia ver que los años os han dado una similitud divertida. Si tú te oscureces algo el pelo y os peináis y os vestís igual, podríais pasar por gemelas.

—Sí. Lo hemos comprobado en un par de ocasiones. Una vez se me acercó un pretendiente de Ana, y como no sabía cómo decirle que se estaba equivocando, pasé una vergüenza...

—Ya será menos, hermanita. En realidad, Luisa se lo pasó muy bien tomándole el pelo.

—¿Yo? Qué calumnia, hermana. Te vas a tener que confesar.

—Tienes mucho rostro, Antonia. No sabes, Luisita, lo que se ha espabilado en estos tres años. La mosquita muerta se las sabe todas.

—No le hagas ni caso, Luisa. Sólo es que me desenvuelvo mejor que antes.

—Vaya si lo hace. Ejerce de hermana mayor y bien. Pero dejemos nuestras tonterías a un lado. ¿Y tú? Cuéntanos, ¿qué tal por aquí? Imagino que llevarás mal lo del duque, tu padre.

—No me hables de él. Estoy indignada con su conducta. ¿Cómo ha podido traicionar así a sus hijas?

—Tengo una carta suya para ti y otra de tu madre —dijo Ana.

—Dámelas —dijo la reina, tendiendo la mano y mirándolas un instante, para depositarlas en una pequeña mesita auxiliar—. Las leeré luego.

—Debes perdonarle. Al fin y al cabo, es tu padre.

—Eso me dice el rey, pero no sabéis cuánto me cuesta. ¿Por qué no será capaz nunca de ser fiel a sus compromisos?

—Tu padre es un hombre muy especial, de ideas propias, pero has de saber que en el ducado se le quiere y se le respeta por su inteligencia y por la riqueza que nos ha traído.

—Al menos hay alguien contento con él.

—En Saboya se le adora, Luisa. Yo creo que pronto será rey. Todos lo dicen, que Saboya va a ser un reino.

—Tratándose de mi padre, todo puede ser. Es muy ambicioso y eso es lo que más podría desear. Pero no hablemos de él. Me entristece hacerlo porque no le entiendo ni le entenderé nunca. Yo me siento de la raza de mi madre y, como ella, lo que considero mío, mis afectos y mis desafectos, lo son para siempre.

—Sí. Es cierto que te pareces cada día más a tu madre, incluso físicamente. Y por cierto, hablando de ella, ¿cuándo le vas a dar la alegría de hacerla abuela? No sabes lo que reza para que te quedes embarazada.

—Pues os puedo asegurar que yo también. A veces me preocupa, porque os puedo asegurar que el rey y yo cumplimos con mucha dedicación nuestros deberes matrimoniales.

—¿Sí? ¿Y es tan terrible la primera vez como nos contaron?

—Ana, sé más comedida. No olvides que nuestra amiga es la reina de España.

—No te preocupes, Antonia. Para vosotras no tengo secretos. No sé para otras cómo es el matrimonio, pero os puedo asegurar que para mí compartir el lecho del rey ha sido desde el principio la más maravillosa experiencia. Y espero que, llegado el día, lo será también para vosotras. Y ahora que os tengo aquí, seréis mis damas y ya me ocuparé yo de casaros con caballeros de alcurnia y mérito; porque cada día estoy más convencida de que no basta sólo con lo primero. Basta con ver la cara de vinagre de algunas de las grandes damas castellanas, para darse cuenta de que se han casado sin amor, sólo para unir dos casas importantes.

—¿De verdad nos vas a encontrar novios?

—No me hagas reír, Ana. Lo que tendré que hacer es quitaros a los moscones de en medio. Las dos sois guapísimas y encantadoras. Mírate con ese pelo precioso trenzado tan exquisitamente y ese rostro ovalado y delicado; esos ojos azules tan encantadores. Y además, te has desarrollado mucho y tienes unas formas preciosas. Eso gusta a los españoles.

—Me vas a sonrojar, Luisa.

—Pues sonrójate, que te sienta bien. Además, como pronto comprobaréis, en la corte hay pocas damas casaderas de vuestra belleza.

—Pero nosotras no tenemos grandes Estados ni una importante dote. ¿Cómo

vamos a casarnos bien?

—Eso siempre se puede remediar. Tenéis la suerte de tener a la reina por íntima amiga, y de vuestra dote y posición me ocupo yo. Aunque las finanzas de España son un caos y nunca tenemos dinero, la monarquía es rica e importante y algo se proveerá. Muy pronto, las dos tendréis título y rentas. En cuanto lo hable con el rey.

—Eres una maravillosa amiga.

—No tanto. Os he dejado durante tres años abandonadas en Turín. Me tenéis que perdonar ese desvío.

—No hay nada que perdonar. Tú tenías tus obligaciones y nosotras lo sabíamos y comprendíamos. Lo importante es que ya estamos aquí. Y seguiremos pasándolo tan bien como antes.

—No será tan fácil ahora, pero ya nos escaparemos de vez en cuando. Os voy a dar unas habitaciones que comunican en secreto con mi cámara privada. Así podréis venir hasta mí, sin revuelo, por las paredes de este alcázar que más parece un queso de esos suizos, lleno de agujeros, que un edificio hecho para reyes.

—¡Qué divertido! Enséñanos el pasadizo.

—Como ves, Luisa, mi hermana Ana no tiene arreglo. Sigue igual que siempre.

—No sabes lo que me alegra, Antonia. Necesito de su alegría, de su curiosidad, de su gracia —dijo, quedándose unos instantes pensativa—. Ahora vamos a hacer que os acomoden y luego os preséntale al rey —añadió, volviendo de sus pensamientos. Y llamando a la azafata, le ordenó que condujera a sus amigas hasta las habitaciones que les había asignado en palacio.

Las dos jóvenes se despidieron con unas elegantes reverencias y la reina dijo que esperaran su llamada; que enviaría a buscarlas en poco tiempo.

Cuando salieron, se sentía mucho mejor de ánimo. La llegada de las hermanas Frattini era una verdadera alegría para ella. En adelante, al menos tendría a sus amigas de la infancia cerca y un objetivo que cumplir: era la reina de España y quería serlo de verdad. Tenía el presentimiento de que los tiempos que venían iban a ser muy duros, porque de las últimas noticias del frente de Portugal se deducían problemas, lo mismo que de la campaña militar de Francia, en Europa. Los aliados estaban comenzando a morder la tarta de la herencia española y, una vez probada, les iba a saber tan bien que seguro que no querrían parar hasta acabar con ella. Y la verdad es que para evitarlo tenían sólo el paraguas francés, porque España no tenía recursos para defenderse, como verificaría muy pronto en una tensa reunión que la reina tuvo con el rey y con Orry, en la que éste les iba a comunicar, confidencialmente, las realidades de la campaña portuguesa, que eran muy otras de las que se publicaban en la *Gaceta*. Era cierto que los primeros ataques habían sido exitosos, pensándose que la invasión iba a tener éxito y que con ello se forzaría al archiduque a embarcar e irse del reino, pero el plan de Berwick fracasó. A pesar de casi haber llegado hasta la capital portuguesa, no consiguieron tomar Lisboa, como era su pretensión, por problemas logísticos.

Orry entonó el mea culpa ante los reyes, con la boca pequeña, pero el caso era que el dinero de las Indias se había esfumado casi por completo. Los soldados españoles estaban mal pertrechados, mal pagados y comenzaban a desertar y, además, las provisiones no llegaban, porque algunos de los suministradores se habían quedado el dinero. Berwick mandaba misivas a la corte, haciendo peticiones que no se podían atender, y acabó decidiendo dejar en suspenso el plan de ataque y mantener en lo posible las plazas más importantes ocupadas y retirarse a la Península de modo organizado, no fuese a ser que la retirada se transformase en desbandada.

Y mientras llegaban estas noticias tan poco agradables, los ingleses tomaban Gibraltar, en agosto de 1704, y el rey pedía al duque que fuera al sur a recuperar la plaza. Berwick se negó a hacerlo, aduciendo que el lugar de mayor peligro para España era Alcántara y Portugal, no el sur. La negativa del general inglés enfureció al rey, que tuvo que enviar al marqués de Villadarias al frente de tropas españolas a sitiar la plaza y la reina, que seguía sin apreciar al duque inglés, aprovechó la ocasión para insinuarle al rey que quizás estaba equivocado con el general inglés y que en realidad no era tan afecto como parecía. Dado que María Luisa Gabriela tenía gran influencia en las decisiones del rey, que cada vez dependía más de ella, éste pidió el relevo del duque de Berwick al mando de las tropas francesas a Luis XIV y rogó que fuera sustituido por el conde de Tessé, que, además de ser un gran general y francés de nacimiento, era mucho más amigo de la princesa de los Ursinos que el inglés, que no había hecho nada para ayudarles a conseguir el regreso de la dama a España, según pensaba la reina.

El duque de Berwick fue llamado a Francia poco tiempo después y el rey de España le concedió el Toisón de Oro, aunque se despidió de él con cierta frialdad. A su llegada, el conde de Tessé inmediatamente se encargó del sitio de Gibraltar, en octubre de 1704, con veinte mil hombres, apoyando así al marqués de Villadarias. La guarnición defendida por unos cinco mil hombres, ingleses en su mayoría, resistió durante muchos meses el asedio.

Y mientras se llevaba a cabo el sitio de Gibraltar, la princesa de los Ursinos mandó a la reina una misiva secreta y urgente. Se había enterado por sus espías de Madrid que había una conspiración en la capital, un plan para asesinar o capturar a los reyes. Debía actuarse deprisa, porque los conspiradores pensaban hacerlo de modo inminente en noviembre, aprovechando la salida prevista de los reyes hacia El Escorial. Allí se probaría la utilidad del cuerpo de guardia de Corps de los monarcas, que estaba en formación y que iban a ser, en el futuro. Los encargados de velar por su seguridad. La reina comunicó al rey la existencia de la conspiración y en una reunión secreta con el corregidor de Madrid, conde de Gramedo, se organizó la vigilancia de los conspiradores.

El jefe de los mismos resultó ser un noble aragonés, Francisco de Silva Meneses, conde de Cifuentes, que tenía buenas relaciones con el marqués de Leganés y otros importantes señores, como el duque de Medinaceli y el conde de Oropesa, en el

exilio. El conspirador fue detenido, pero consiguió fugarse, probablemente por el apoyo de otros cómplices, huyendo a Aragón, donde se refugió para provocar poco después una insurrección contra Felipe V.

Los reyes fueron a El Escorial, rodeados de un regimiento de la guardia, y se instalaron en el impresionante palacio monasterio construido por Felipe II tras la batalla de San Quintín. Allí se sentían más seguros que en Madrid, donde, si bien confiaban en el pueblo de la capital, que les era fiel, tenían serias dudas sobre los posibles conjurados contra ellos, toda vez que la princesa les aseguró que aún había peligro en Madrid, y los guardias se lo confirmaron porque habían capturado a un hombre que rondaba por la planta inferior del Real Alcázar, con un largo cuchillo, que no se sabía ni quién era ni por dónde había entrado.

Desde El Escorial, María Luisa Gabriela escribió de nuevo a Luis XIV, con la mayor insistencia. Deseaba que regresara su camarera mayor lo más pronto posible, a reintegrarse en su servicio. No se debía demorar por más tiempo su llegada. Los reyes se sentían inseguros en la corte sin ella y su magnífico servicio de información. La detención de los últimos conspiradores lo probaba. Pero de nuevo el silencio fue la respuesta del rey de Francia. Acabó el año de 1704 sin nuevas de París. El conde de Tessé tampoco conseguía quebrantar la resistencia inglesa en Gibraltar. Avituallados por mar, por una escuadra inglesa, los sitiados pudieron resistir con éxito el asedio. El año comenzaba de modo cansino y triste. No parecía conseguirse nada, en ningún lugar. Había fuerzas que se resistían a ello.

Antonia y Ana Frattini eran la alegría de la reina, que desde El Escorial se trasladó de nuevo a Madrid. El duque de Gramont intentaba tranquilizarla y le daba toda clase de buenas palabras al respecto del asunto de la princesa, pero no la conocía bien; a la reina de España no se la podía ni engañar ni entretener. Ella sabía lo que quería y lo deseaba con urgencia. Orry intentaba, mientras tanto, suplir la eficacia de la princesa, procurando mantener una red de informadores que no eran ni la mitad de discretos ni de fidedignos que los de la princesa de los Ursinos, ni estaban en todos los niveles de la sociedad, como los de ella.

Por su parte, María Luisa Gabriela estaba cada vez más dolida y furiosa por el silencio del rey de Francia ante sus peticiones de que regresara la princesa de los Ursinos a Madrid. No entendía por qué se resistía tanto a enviarla. Ana María había hecho algo reprehensible, que era violar la correspondencia de un embajador, pero éste era un traidor. Debía ser la enemistad del ministro Torcy la que la mantenía en Francia, porque en verdad no se entendía tanto empeñamiento de Luis XIV en no atender su petición, tantas veces formulada. De nada parecía haber servido el apoyo del conde de Tessé ni el del propio duque de Borgoña. Éste le escribió una encantadora misiva, diciendo que tanto él como su padre, el gran Delfín Luis, estaban intentando que el rey le enviara de nuevo a Ana María y le pedía que tuviera algo más de paciencia. En realidad, no había razones de peso que retuvieran a la princesa en Francia; sólo el deseo de Luis XIV de que recapacitara y supiera quién era el

verdadero dueño de su situación.

En este tira y afloja pasaron los primeros meses de 1705. Las tropas franco-españolas fracasaron por completo en el sitio de Gibraltar y tuvieron que levantar el cerco sin conseguir ningún objetivo, porque se produjo lo que el duque de Berwick había temido el año anterior, el intento portugués de entrar en España por Badajoz, ciudad que sitiaron en mayo, pasando la frontera del río Caia desde Portugal y llevando las hostilidades a territorio extremeño. El conde de Tessé acudió a su defensa, a la mayor velocidad. Sabía que era muy importante no permitir que se abriera por el oeste una puerta de entrada de los aliados. Con veinte mil soldados, las tropas de Tessé eran temibles, porque además el ejército invasor se iba a encontrar cercado entre dos fuegos si no se retiraba lo más deprisa posible. El sitio, dirigido por el conde de Galway, había fracasado, prácticamente al empezar, por la diligencia de Tessé y el conde de Galway, además de tener que retirarse, perdió un brazo en las hostilidades al recibir una herida muy grave en el combate. Y entonces, cuando la reina ya desesperaba de conseguir el regreso de la princesa, llegó la sorpresiva carta del rey de Francia, a mediados de julio de 1705, anunciándole, sin más explicaciones, que le enviaba de nuevo a Ana María de la Tremoille, princesa de los Ursinos, para que se reintegrara a su servicio y, al poco, también llegó una carta de la propia princesa confirmándole que partía de París para volver a Madrid en pocos días.

María Luisa Gabriela estaba loca de contenta. Para ella, el regreso de la princesa era un triunfo personal como reina de España que había sabido imponerse incluso al rey de Francia. Tenía casi diecisiete años y se consideraba adulta y capaz de llevar con bien sus asuntos propios. Felipe V se congratuló también con ella, porque para él la felicidad de la reina era la suya propia, y le sugirió que aprovechara la venida de la princesa de París para encargarle que trajera algunas piezas de mobiliario que querían poner en la pieza de las Furias de palacio. Sabía que María Luisa Gabriela deseaba comprar algunos muebles, pero la constante falta de dinero hacía que la reina pospusiera siempre el asunto. Ésta era la ocasión adecuada.

La reina escribió a la princesa, con el encargo. Con su eficacia habitual, supo que estaba en venta el mobiliario ya terminado, encargado por una princesa a uno de los mejores ebanistas de París. Dado que la dama se había arruinado y no había podido pagar los muebles, el genial mueblista estuvo encantado cuando vio la posibilidad de vendérselos a la reina de España y se los ofreció a buen precio. La princesa de los Ursinos dudaba, debido al alto precio de los mismos, y dado que el asunto corría prisa, acudió a consultarlo con el gran Delfín, padre del rey, que estaba al tanto de las dificultades financieras de su hijo el rey de España y su nuera. Como era muy espléndido, dijo a Ana María que los adquiriera sin pensárselo dos veces, y decidió enviárselos como regalo a su nuera María Luisa Gabriela. Así, cuando la princesa de los Ursinos llegó a Madrid poco tiempo después, en agosto de 1705, lo hizo como un rey mago, con varias carrozas llenas de magníficos muebles que iban a embellecer las estancias reales de palacio, así como las propias, ya que también había aprovechado

su estancia en París para encargarse de un mobiliario adecuado a su rango y posición en Madrid. Además se trajo con ella a su sobrina Anna Lanti della Rovere.

El regreso de la princesa de los Ursinos, acompañada del nuevo embajador en Madrid, *monsieur* Amelot, que sustituía al duque de Gramont, suponía no sólo un triunfo para la reina, sino un intento de Luis XIV de enviar a una persona capaz de encauzar definitivamente los asuntos españoles, ya que Orry, por más que hacía lo que podía, no era suficiente. Tenía en su contra su escasa popularidad, y su poca mano izquierda, que lo hacía un hombre complicado. Valía para plantear reformas y para hacerlas ejecutar a ciertos niveles, pero funcionaría mucho mejor bajo la dirección de un hombre como Amelot, que era un hábil diplomático y un cerebro privilegiado que además comprendía y apreciaba a la princesa de los Ursinos, con la que iba a trabajar muy a gusto.

En verdad las reformas del Estado eran urgentes, porque los aliados estaban comenzando a poner en peligro el trono de Felipe V. El archiduque se iría de Lisboa, embarcado sobre una escuadra inglesa, y se dirigiría bordeando Portugal hasta el Mediterráneo. Su primer desembarco en territorio del reino de Valencia era una llamada de atención al rey que estaba en Madrid.

Lo siguiente será la apertura de un frente para la causa de los Austrias. Esto se conseguía dejando en Valencia tropas y agentes antiborbónicos como el coronel Gasset, un hombre peligroso que en poco tiempo y casi sin medios conseguiría el levantamiento de la región contra el rey. El peligro se cernía sobre el trono de Felipe V.

1705

La cuestión del banquillo y el nombramiento del nuevo mayordomo mayor

El acercamiento de la guerra a la Península y la presencia de los aliados en el país vecino iba a ser un revulsivo que provocaría repercusiones, incluso en palacio. De hecho, la aparente paz del Real Alcázar de Madrid, entre los grandes y los reyes, iba a quebrarse muy pronto. Las razones fueron múltiples y en realidad ajenas al hecho que provocó el conflicto, que arrancaba de la insatisfacción de los grandes por su creciente pérdida de poder. Pero las excusas que se barajaron para explicar la insatisfacción de los nobles españoles eran el mantenimiento de las costumbres francesas de los reyes en palacio, por un lado, y, por otro, la preponderancia de los servidores franceses de Felipe V y María Luisa Gabriela.

La excusa de la prepotencia de la servidumbre francesa no servía para justificar conflictos. Louvois, el jefe de la llamada casa francesa, había tenido buen cuidado de que los franceses no exageraran a la hora de obtener beneficios de su cercanía a la persona del monarca y los que lo habían intentado habían sido enviados de regreso a Francia rápidamente. Por su parte, la reina no había traído servidores propios, sino los que Luis XIV le había dado y que se habían integrado en la servidumbre, formando un núcleo francés que se negaba a adaptarse a España y sus usos y que pretendían vivir en palacio como si fuera una isla francesa dentro de otro reino.

No obstante lo anterior, algunos de ellos eran apreciados por los nobles españoles. Los más populares de los franceses eran Claude de la Roche y el marqués de Velouse. El primero era el ayuda de cámara del rey, que tenía a su cargo la «estampilla», es decir, el sello que imitaba perfectamente la firma del rey pero sin sus armas, cargo que le daba poder y prestigio. De la Roche era un hombre de bien, honesto, desinteresado y bienintencionado, que siempre procuraba llevarse bien con todo el mundo. El segundo, Hyacynthe Boutin, marqués de Velouse, era un buen hombre. Algo corto de miras pero honesto, llegaba al fondo de las cuestiones y era extremadamente sensible, casi temeroso, ante cualquier cambio. Le molestaban los continuos intentos de españolizar a los monarcas, pero no lo manifestaba. La reina también había llegado a apreciarle porque era de una lealtad a prueba de bomba y siempre estaba en buena disposición, a cualquier hora del día o de la noche, si se trataba de servir a los reyes.

También tenían buena consideración el boticario del rey, Luis Riqueur; su primer cirujano, Juan Bautista Legendre, que era hábil no sólo en su oficio, sino en el trato de las personas, y su jefe del guardarropa, Gaspar Hersent.

Otros, en cambio, como el barbero Henry Vazet, eran respetados por el poder que

tenían, pero detestados, y alimentaban la tensión con los altos cargos de palacio españoles, el marqués de Villafranca, el duque de Medina Sidonia y el conde duque de Benavente, que eran en realidad los representantes de la facción española y de la grandeza en palacio. Éstos, por sus posiciones, estaban más cerca del rey, junto al duque de Osuna y al marqués de Quintana, gentileshombres de cámara que gozaban de su confianza. Por otra parte, los grandes estaban indignados con el tratamiento de alteza real que el rey había concedido a la princesa de los Ursinos, a su regreso, que la hacía subir un escalen por encima de ellos y que éstos, en su conjunto, se negaban en rotundo a darle.

Pero la tradicional pugna de los grandes con el rey y la servidumbre francesa, en realidad, sólo enmascaraba la negativa de los grandes a perder su poder, omnímodo hasta entonces. Lo que la grandeza de España deseaba era que la nueva dinastía, que ellos habían acogido en su mayoría con buena fe y tolerancia aunque con cierto escepticismo, se adaptara rápidamente al papel de la anterior, no tocando en absoluto los privilegios de la alta nobleza y manteniéndose en la misma posición de dependencia respecto de ellos de los últimos cien años. Sólo así se aseguraría el rey su fidelidad.

Ese discurso contrario a la imposición en España del espíritu reformista de Luis XIV y su absolutismo monárquico, había provocado muchas tensiones, la caída de algunos ministros, desesperados por la inmovilidad del sistema, y la negativa del mismo régimen a aceptar los cambios que se proponían, de mil modos. No obstante el equilibrio de fuerzas se iba a romper rápidamente.

El regreso de la princesa de los Ursinos, en agosto de 1705, con energías renovadas y dispuesta a quebrantar definitivamente la resistencia pasiva de los grandes al establecimiento de una corte a la francesa, en que el rey fuese dueño y señor de su palacio y de sus Estados, apoyándose en el nuevo embajador de Francia, Amelot, iba a provocar una guerra en palacio de cuyo resultado dependería el futuro. Y esta pugna fue denominada por la reina María Luisa Gabriela «la guerra del banquillo».

El asunto arrancaba del intento, varias veces frustrado, desde la llegada del rey, de establecer una guardia de Corps, seleccionada entre los mejores soldados, que fuera de la absoluta confianza del monarca y que protegiera su persona y obedeciera sólo sus órdenes. Esto, que parecía tan sencillo, en la práctica era algo que los grandes no querían admitir bajo ningún concepto. La razón era simple: al crearse un cuerpo que sólo estaba a las órdenes del rey, su persona dejaría de estar bajo el control de los grandes, como lo había estado durante los últimos tres reyes de la casa de Austria, Felipe III, Felipe IV y Carlos II, en que los monarcas eran prisioneros virtuales de los nobles, dependiendo de ellos para todos los actos de su vida, desde la mañana hasta la noche. De hecho, el rey Felipe V había superado ya la parte más incómoda de ese encierro, gracias a que la princesa de los Ursinos se había confabulado con los soberanos para hacerse con una de las llaves de oro que los gentileshombres de

cámara custodiaban celosamente, y había hecho tres copias de la misma, una para el rey, otra para la reina y otra para ella misma, rompiendo el viejo protocolo. Eso permitía a Felipe V y a María Luisa Gabriela salir y entrar en sus habitaciones cuando querían, porque antes, una vez cerradas las puertas por la noche, por el gentilhombre de cámara de servicio, la puerta permanecía cerrada y el rey no podía salir de sus apartamentos porque no tenía medio de hacerlo, como no fuera descolgándose por una ventana o echando abajo la puerta, cosas ambas impensables.

María Luisa Gabriela y el rey se habían negado a permitir ese encierro y los gentileshombres de cámara, disminuidos de veinticuatro a seis por la primera reforma del cardenal Portocarrero, habían hecho la vista gorda ante el hecho evidente de que el rey entraba y salía de sus habitaciones cuando lo deseaba. Aunque nadie había dicho nada abiertamente, ese asunto había provocado una cierta tensión entre los grandes y el rey que éstos, no obstante, disimulaban. Otras cuestiones importantes como la pérdida de funciones del Consejo de Estado que ya no tenía peso en las decisiones de gobierno, la disminución de la importancia y del número de miembros de los otros Consejos, el de Castilla, Aragón, Indias, Órdenes, etc., eran aldabonazos y amenazas al poder de la antigua clase dominante, que a pesar de los intentos de reducirlos a un papel más adecuado a los tiempos actuales, seguían intentando resistirse a perder peso.

En este tira y afloja, la gota que haría rebosar el vaso de la tolerancia de la grandeza sería la reorganización y el establecimiento definitivo de la guardia de Corps, en 1705. Todo comenzó cuando el nuevo embajador Amelot, con su gran firmeza de carácter, aceptó el reto de concluir el trabajo que habían dejado a medias sus antecesores, el conde de Marcin, el cardenal d'Estrées y el duque de Gramont, ante los obstáculos que se les habían opuesto. Ahora que la guerra iba a hacerse peninsular, era prioritario dar una forma definitiva y una eficacia real a la guardia de Corps que garantizase la seguridad del rey y la reina, les hiciese dueños de sus palacios y les protegiera en cualquier circunstancia, en la paz o en la guerra.

El proyecto de guardia que arrancaba de 1702 estaba a medias, como hemos dicho. En 1705 habían sido reclutados parte de sus efectivos en diversos lugares. Hubo casos como el del conde de Ursel, que, viendo que no le llegaba el dinero público, había levado, a su cargo, los hombres de la compañía Walona, que recibieron formación de mosqueteros del rey como los franceses; el mando de esta compañía había pasado luego al marqués de Leyde, para acabar siendo del príncipe de T'Serclaes. El príncipe de Popoli había levado los suyos en Nápoles, pero estaban pendientes de recibir instrucción. Las dos españolas por completar y formar serían comandadas, respectivamente, por el conde de Aytona y el conde de Lemos.

Amelot se puso manos a la obra y sin aceptar ninguna oposición dio las órdenes oportunas para completar sus efectivos y dotarlos adecuadamente. Una vez reclutados todos sus miembros, la compañía estaría compuesta por dos regimientos, uno francés y otro español, que formarían parte del ejército y asistirían al rey en el campo de

batalla, y por cuatro compañías de guardias, dos españolas, una Walona o flamenca y otra italiana, elegidas entre veteranos y mozos de la mejor calidad en los diferentes reinos de la monarquía española que protegerían al rey en palacio por fuera y por dentro. La guardia de Corps recibió un cuartel para su asentamiento propio, cuyo proyecto se encargaría al arquitecto Pedro de Rivera, en la calle del conde duque. Allí se formarían los guardias, vivirían y estarían al mando de sus capitanes cerca de palacio, y su única función era la defensa del rey y de la reina.

Conforme se dieron las órdenes de recluta y se comenzó la edificación del gran cuartel, ya surgieron los problemas. El mayordomo mayor de palacio, marqués de Villafranca, protestó ante el rey cuando el embajador francés le comunicó que él no tendría la guardia a su cargo. Villafranca aducía que él era el jefe de la guardia de palacio, la antigua compañía que lo protegía, y por tanto le correspondía el mando de la guardia. Le salieron sus maneras de viejo general y virrey que había sido antaño de los reinos italianos y su insistencia fue un obstáculo muy duro, pero Felipe V no pensaba ceder. Lo que Villafranca pedía era imposible concederlo y totalmente contrario al propósito de su creación, y el mayordomo mayor de palacio lo sabía perfectamente. La guardia de Corps nacía precisamente para evitar los excesos de poder de los cargos de palacio sobre el rey, no para incrementarlo.

Amelot ni se inmutó ante sus protestas. Mientras respondía por escrito a sus alegatos, ordenaba que las obras del cuartel se aceleraran y que los hombres fueran adiestrados lo más rápidamente posible. Para dar mayor realce a la creación del cuerpo, la reina fue la madrina del primer regimiento español de guardias de Corps, lo cual era un modo de mostrar que el proyecto contaba con el pleno apoyo de los reyes. De hecho, María Luisa Gabriela estaba encantada con la energía de Amelot y su capacidad resolutiva. La princesa de los Ursinos le había hablado muy bien de la capacidad del embajador y ella estuvo encantada de colaborar con el proyecto que le iba a dar por primera vez libertad en su propia casa y una sensación de seguridad que le iba a permitir dormir tranquila; porque desde la conspiración de Cifuentes el año anterior, la reina se sentía insegura, aunque no lo mencionaba en voz alta, sabiendo que otros podían pretender atentar contra ellos.

El mes de junio comenzó con la muerte del mayordomo mayor, marqués de Villafranca. La importancia del cargo que dejaba vacante el viejo señor creaba muchas expectativas, pero los reyes de acuerdo con la princesa de los Ursinos iban de momento a posponer el nombramiento del que le iba a sustituir unos meses, toda vez que había presiones de toda índole, tanto en España como en Francia, de los nobles que deseaban ocupar ese cargo que debía recaer, con toda seguridad, en uno de los grandes más importantes, para mostrar al mundo que la grandeza de España estaba con el rey. Lo malo era que el que más presionaba para conseguir el cargo era el duque de Alba de Tormes, embajador del rey de España en Francia, que tenía el apoyo de Luis XIV y del padre del rey, el gran Delfín que le apreciaba mucho. También le apoyaba una parte importante de la grandeza, por ser uno de los más

inteligentes e importantes entre ellos. Por eso había que moverse con cuidado al tocar ese peliagudo asunto y mientras tanto, en Madrid, seguían fraguándose conspiraciones que ponían en peligro la vida de los reyes, en uno de los momentos en que los proaustriacos se estaban mostrando más activos.

La princesa de los Ursinos tenía a sus espías escuchando en los mentideros de la villa, en las tabernas y en las iglesias, las cofradías y los palacios, y en estos últimos lugares fue donde se destapó una nueva conspiración. La reina tuvo un sobresalto importante cuando la princesa les comunicó a mediados de junio que acababa de descubrir otra conspiración cuya gravedad estribaba en que la dirigía el marqués de Leganés, grande de España, antiguo capitán del Real Alcázar y jefe de una de las más antiguas e influyentes familias del reino. Su consternación la llevó a interpelar directamente a la princesa, deseando saber el alcance de la conjura.

—¿Cómo es posible que Leganés sea un conspirador, princesa? —le espetó en cuanto la princesa de los Ursinos llegó a sus aposentos, sin darle tiempo ni a saludarla—. Pero si he estado con él hace pocos días, en casa del duque de Osuna. Fue tan encantador. Incluso me pidió un baile.

—Pues lo es, majestad. No os he dicho nada antes porque no tenía pruebas contra él, pero lo teníamos vigilado de cerca, especialmente cuando estaba cerca de vos o del rey. Por fin, anoche, cogimos a uno de los sicarios que trabajaban para él y que estaba repartiendo instrucciones para un atentado contra vuestras reales personas. Aún no sabemos si querían mataros o sólo capturaros. Además pretendía la prisión de mi pobre persona y las del embajador Amelot, el duque de Escalona, el de Osuna, el marqués de Quintana y los nobles más afectos al rey.

—De nuevo me asustáis. Leganés conocía perfectamente el palacio y hubiera podido intentar algo por los corredores y pasadizos secretos.

—No, señora. De eso podéis estar segura. La presencia de la guardia en palacio les debe haber hecho pensar que debían intentarlo en otro lugar. La documentación prueba que la intención de los conspiradores era capturarnos a todos cuando nos dirigiéramos a la recepción del príncipe Pío, la semana que viene. Inmediatamente después, se prendería a todo el resto de los nobles fieles a vuestras reales personas. De ese modo se hubiera acabado la guerra antes de comenzarla.

—No me deis más detalles. No quiero saberlos.

—Hacéis bien. Mejor es que ignoréis la bajeza del marqués. La verdad es que, aunque ha confesado que la dirigía, no hemos sido capaces de hacerle decir quién más formaba parte de la conspiración. Es un grande de España y, como sabéis, por esa razón no le podemos someter a tortura.

—¡No! ¡Por Dios! Sería peor el remedio que la enfermedad. Todos se pondrían de su lado.

—Aunque sea un traidor. Sí, lo sé, majestad. Por eso nunca sabremos el alcance de la conjura, aunque sería vital para nosotros saber quiénes le apoyan. Eso sí, al menos la conspiración nos da la excusa para completar el despliegue de la guardia de

Corps, cuyos efectivos han sido ya completados y adiestrados a espaldas de los grandes.

—Me parece perfecto, Ana María. Me siento mucho más segura caminando entre mi pueblo de Madrid, que sé que me quiere de corazón, que en mi propia casa, en el Real Alcázar.

—Espero que pronto, también aquí, os sintáis muy bien. Podéis estar segura de que, en un mes, las cuatro compañías con sus capitanes estarán a vuestro servicio y los conspiradores tendrán que pensar en otra cosa porque no les va a ser fácil acercarse a vuestras reales personas.

—¿Y qué habéis hecho con el marqués?

—Amelot y yo hemos pensado que lo mejor era sacarlo de Madrid, donde no pueda hacer más daño. Se le ha enviado, fuertemente escoltado, a Pamplona. Allí no tiene parientes ni amigos.

—Pero se le permitirán las visitas de quienes deseen verle. No olvidemos que es un grande, princesa.

—Se hará como decís, majestad. Así nadie podrá decir que no se le trata con el respeto debido a su rango, aunque en Francia una conspiración como la que planeaba le habría costado la cabeza. Luis XIV no se lo habría pensado dos veces y habría ordenado su inmediata ejecución.

—Las circunstancias de España no lo permiten.

—Lo sé, majestad. No hay que hacer del marqués un mártir, sino llevarlo a donde deje de ser peligroso. Hemos ordenado que lo trasladen doce hombres de la guardia. Así es seguro que no escapará, como lo hizo meses atrás el maldito y enredador conde de Cifuentes, que está soliviantando Aragón. Y para mayor seguridad, en un par de meses enviaremos a Leganés a Francia. No podemos dejar que nobles de su importancia sean traidores al rey y sigan libres.

—Ésa me parece una buena decisión, princesa. Y podemos ganarnos a su sobrino, el conde de Altamira, que nos es afecto, prometiéndole los bienes de su tío.

—Eso tendrá que aprobarlo el rey, majestad, pero yo también creo que es lo más lógico. Altamira, como el hijo del almirante rebelde, os es fiel y debéis recompensar su fidelidad, de modo que los otros grandes vean que su patrimonio peligra si no son leales.

—Sí, pero sin exagerar. Noto mucha tensión en el aire. Los grandes no ven con buenos ojos el gasto en regimientos de guardias de Corps.

—Mejor llamadlo por su nombre, señora. Los grandes detestan la idea de que los reyes de España sean señores de sus palacios y sus reinos, y ven con muy malos ojos que en el futuro no tengan que depender de ellos hasta para la mínima cosa, como solían.

—Quizás tengáis razón.

—Os aseguro que la tengo por completo, majestad. Ya veréis cómo surgirá un conflicto, por cualquier cosa, la menor nimiedad, cuando los guardias entren a servir

en palacio. Será su modo de intentar evitar la independencia del rey.

—¿De verdad lo creéis, princesa?

—Esperad y lo comprobaréis vos misma, señora.

—Espero que os confundáis. No es buen momento para una pugna con los grandes. El archiduque Carlos está cerca.

—Precisamente por eso lo harán, porque ellos también creen que no es buen momento, y así intentarán que el rey dé marcha atrás y licencie a los guardias. Cuento con vos, majestad, para que no se lo permitáis. La guardia es vital para vuestra seguridad. No flaqueéis, aunque os presionen.

—No lo haré. Vos, como yo, consideráis que es importante, y te aseguro que la guardia se mantendrá, digan lo que digan los grandes. De hecho, comienzo a no fiarme casi de nadie, salvo de vos y de unas cuantas amigas.

—Tampoco hay que exagerar en la desconfianza, majestad. Muchos os son afectos. El problema es que hay unos cuantos, los menos, que están furiosos porque no tienen un papel en el gobierno, porque han perdido el poder que antes ostentaban sin freno, y ya no tienen ni voz ni voto en el manejo de los asuntos públicos.

—Sí. De eso ya hemos hablado muchas veces.

—Así es, majestad. Pero no se les puede devolver un poder que no han sabido utilizar en el pasado, sino en su beneficio.

—El guante blanco ha funcionado hasta ahora y esperemos que siga haciéndolo. El rey no puede enfrentarse a la grandeza, y menos estando en guerra. Sería una baza demasiado buena para que el archiduque no la utilizara.

—En eso tenéis toda la razón. Amelot y yo lo sabemos, pero vuestra seguridad es lo esencial. Si no tenéis seguridad, no hay posibilidad de reorganizar la corte. Sólo desde la seguridad y desde el dominio de vuestra casa, se podrán realizar los cambios que ya llevan obstaculizando los grandes desde hace demasiado tiempo.

—Pues haced lo que debáis. Ya sabéis que contáis con mi pleno apoyo y el del rey.

—Sólo en esa seguridad actuamos, porque en verdad es difícil mover la roca que los grandes han puesto sobre la corona. Ahora me retiro, señora. Os dejo con vuestras amigas las jóvenes saboyanas, que son realmente encantadoras.

—Me han dicho que se han hecho amigas de vuestra sobrina, princesa.

—Sí. Parece que han congeniado bien con Ana. Por cierto, majestad, creo que deberíais ir pensando en darles estado. Hay que casarlas con alguien de cierta relevancia.

—También yo lo creo pero, de momento, las dejo tranquilas para que conozcan a la mayor cantidad de gente posible. A ver si conseguimos que se enamoren de alguien que sea adecuado para ellas.

—Yo soy más partidaria de una boda organizada por vos, majestad. Seguro que sería perfecta. El amor viene después.

—Vos sois demasiado sabia, princesa. Habla la experiencia por vuestra boca.

Ellas son muy jóvenes. Creen en el amor y os confieso que a mí me gustaría que lo encontrarán, como lo hice yo.

—Sería bonito, sin duda, pero muchas veces es poco práctico. En fin, majestad, con vuestra venia, me retiro.

—Partid con Dios, princesa, y decidles a las hermanas Frattini que pueden pasar, si están en la antesala.

—Así lo haré, señora —dijo haciendo una leve reverencia y retirándose de espaldas, con los mejores modales cortesanos.

Desde luego, la princesa de los Ursinos estaba cada día más radiante, pensó la reina al verla salir con su magnífico porte y su perfecta elegancia. Desde que Ana María había regresado de Francia, se la veía con una energía y una fuerza que llamaban la atención; incluso estaba más guapa. María Luisa Gabriela estaba contenta. Al tenerla a su lado, se le había quitado un tremendo peso de encima. Ahora, de nuevo, sabía lo que pasaba a su alrededor.

* * *

La instalación de la guardia de Corps en el Real Alcázar parecía haberse realizado con tranquilidad. Los capitanes de las compañías se mantuvieron en su lugar y comenzaron a prestar servicio. Sólo cambió el de una de las dos compañías españolas, el conde de Aytona, que dejó su cargo para cederlo al duque de Sessa. La reina llegó a pensar que la princesa de los Ursinos había exagerado la animosidad de los grandes ante la presencia de las cuatro compañías en palacio. Al fin y al cabo, las compañías las mandaban cuatro grandes de España, por lo que no debía ser un problema para ellos. Lo que estaba claro es que tanto el rey como ella se sentían mucho más seguros. Entonces, cuando menos se lo esperaban, estalló el conflicto. El capitán de la guardia debía seguir al rey a todos lados y acompañarle y quedarse de pie, detrás de él en todas las ocasiones, incluyendo las comidas y la capilla.

El «casus belli» —el detonante— del conflicto fue un banquillo colocado a las espaldas del rey, en la capilla, para el capitán de la guardia valona. Felipe V le había dado la grandeza de España al príncipe de T'Serclaes y recordó el privilegio de los grandes de sentarse en la capilla y, por ello, ordenó que se colocara un banquillo detrás del asiento real, donde el príncipe se pudiera sentar. Los grandes utilizaron este hecho para protestar indignadamente, diciendo que ese banquillo era como colocar al jefe de la guardia un escalón por encima de los demás grandes, y además suponía poner un obstáculo entre el rey y los grandes porque en la capilla los grandes tenían el privilegio de poder sentarse, en presencia del rey, en un banco habilitado para ellos.

El rey intentó calmar los ánimos, convocando a los grandes a una audiencia en sus apartamentos privados, pero no hubo nada que hacer. Sólo fueron unos pocos y con mal ánimo. Pretendían del rey que el príncipe fuera a sentarse en el banquillo de

los grandes, con ellos, lo cual era totalmente incompatible con su función ya que, como capitán de la guardia, no debía alejarse en ningún momento de la persona de Felipe V. La princesa de los Ursinos miró a la reina en medio de la discusión y las dos se comprendieron en el acto. Acababa de estallar la guerra del banquillo. La reina pidió al rey con la mirada que no siguiera intentando tranquilizarles. Sabía que todo iba a ser inútil porque en realidad, lo que los grandes querían, era que la guardia de Corps dejara de interponerse entre el rey y ellos.

Más tarde, cuando los grandes se retiraron de los aposentos privados de sus majestades, los reyes se quedaron con la princesa y con Amelot. Como la cuestión era muy grave, decidieron que el rey debía convocar a todos los grandes de modo informal en la capilla para explicarles que la innovación no suponía ningún privilegio específico para el capitán, sino simplemente un acomodo de sus funciones a su rango. Ni que decir tiene que la princesa imaginaba que los grandes se rebelarían de nuevo, y que opondrían toda clase de consideraciones al hecho y que en realidad pretenderían que el rey disolviera la guardia o la adaptara a las pretensiones de la grandeza. Así se lo dijo a los reyes y así sucedió, paso por paso.

La convocatoria a los grandes se decidió para el día 20 de agosto, en la capilla del Real Alcázar. María Luisa Gabriela decidió no ir al acto, para quedarse en la retaguardia y poder mediar, llegado el caso de un enfrentamiento demasiado frontal entre los nobles y el rey. Fue entonces cuando se vio el verdadero alcance del descontento de los grandes. Los desaires comenzaron cuando el duque de Medinaceli se dirigió al presidente del Consejo de Castilla con mal tono para decirle que «podía ir preparando castillos para enviarles allí presos, porque irían con más gusto a la prisión que a la capilla». A pesar del desplante, que se hizo famoso en Madrid, al final Medinaceli decidió ir al acto, con sus leales, para poder mostrar al rey su descontento.

El día señalado, el duque de Medina Sidonia, caballero mayor del rey, y el marqués de Quintana, gentilhomme de cámara, le acompañaron hasta la puerta de la capilla pero no entraron tras él. Era un modo de mostrarse neutrales, pero al rey no le gustó. Felipe V no se inmutó exteriormente y entró en la capilla, con paso firme, acompañado por el príncipe de T'Serclaes, capitán de la guardia, y por la princesa de los Ursinos, grande de España.

Los asistentes estaban muy revueltos contra la idea del banquillo y de la guardia pero, además, contra la pérdida de funciones de la grandeza. El príncipe Pío, marqués de Castel-Rodrigo, y el duque de Havré sólo fueron a la capilla gracias a la insistencia de la propia reina, que se había enterado de que no pensaban ir. El duque de Veragua, que se había comprometido de antemano con la princesa y con la reina a defender la postura del rey, acabó pasándose al bando contrario, tras la perorata del duque de Medinaceli, que claramente se mostró el jefe del inmovilismo y, como primer noble del reino, asumió el papel de portavoz de la grandeza que aprovechó la ocasión para protestar por todos los agravios que consideraban estar recibiendo de la

nueva dinastía.

El rey estuvo muy calmado a pesar de lo difícil de la situación. Viendo que aquello era una encerrona, como le había vaticinado la princesa, decidió contemporizar y mostrarse sereno, porque su majestad le impedía cualquier otra postura. Intentó varias veces dialogar con ellos, aunque no hubiera deseo por parte de los grandes de oír al rey expresar sus razones. En realidad, ellos sólo querían reivindicar su posición, recobrar el poder que estaban perdiendo.

Felipe V les escuchó pacientemente. Tuvo que oír al duque de Sessa y al conde de Lemos decir que «Antes eran duques de Sessa y conde de Lemos que capitanes de los regimientos de la guardia, porque el ser duque y conde se lo debían a Dios y sus hijos y descendientes lo serían, mientras que lo de ser capital de la guardia era temporal y dudoso». Entonces, viendo que la reunión estaba tomando un cariz inesperado y absurdo, intervino la princesa de los Ursinos, que les dijo a ambos con tono acerado y cortante que el único que era rey por la Gracia de Dios era su majestad Felipe V y que también, por Su Misma Gracia y por el poder que del cielo le venía, el rey podía dar y quitar no sólo los cargos que ellos consideraban temporales sino también esos títulos nobiliarios de que tanto se enorgullecían. Estas duras palabras eran un intento de devolverles el juicio que estaban perdiendo, pero no tuvieron éxito. En la capilla, ese día hablaba la soberbia, no la prudencia, y ello se veía en los rostros alterados de muchos señores.

Contrastaba con ellos la tranquilidad del rey, que no se inmutó ni cuando los grandes se alzaron y en medio del acaloramiento le hablaron varios al mismo tiempo, olvidándose de quiénes eran y de ante quién estaban. Entonces, comprendiendo que ya no podía continuar por más tiempo en la capilla, porque sus súbditos estaban rondando la falta de respeto a su real persona, se alzó del trono donde estaba sentado y ordenó silencio, con tono seco y altivo que fue obedecido, por lo inesperado y lo fuerte de la demanda. Durante unos instantes les miró de frente, sin pestañear, y después, tras incitarles a recapacitar, con una frialdad como nunca había mostrado antes y que era la misma que la princesa había visto en el rey de Francia en tantas ocasiones, se retiró de la capilla dándoles la espalda. Sin pretenderlo, les había ganado por la mano.

Al salir, acompañaron al rey, además del capitán de su guardia, la princesa de los Ursinos, el duque de Escalona, el de Osuna, el del Infantado, el condestable de Castilla y el de Arcos. Dentro de la capilla resonaron de nuevo las voces de los que se quedaban.

—No os enfadéis con ellos, señor —dijo el duque de Frías, condestable de Castilla—. Están equivocados, pero os son leales.

—Pues yo espero de la lealtad que no sea equívoca, primo —dijo el rey, dirigiéndose al condestable con el tratamiento que le correspondía por ser grande—. Me dolería pensar que mis grandes no están contentos porque su rey esté más seguro en palacio y fuera de él.

—Dejemos que se apacigüen los ánimos, majestad. Si queréis, nosotros intentaremos hacerles entrar en razón —dijo Escalona.

—Vos siempre tan comedido, primo. Os agradecemos vuestra ayuda en este asunto. Me parece bien que regreséis a la capilla y también os agradezco que me hayáis acompañado al salir, mostrando vuestra lealtad a mi persona.

—Señor, la mayoría de los que están dentro también os son leales. Sólo están descontentos por algunas cosas —dijo Infantado.

—La diferencia entre ellos y vosotros es que los siete estáis aquí ahora y ellos no. Prefiero cien veces una sola acción a mil palabras. Los tiempos que corren no son fáciles, primos, y nos debemos saber quiénes están a nuestro lado. En los momentos buenos, siempre son muchos. ¿Qué pasará ahora si vienen momentos malos? ¿Quiénes se quedarán con nos? —dijo el rey sin mirar a ningún sitio, como si la pregunta se la formulara al aire.

—Contáis con nosotros —dijo Osuna.

—Sé que así es, primo. Pero ¿con cuántos más? No me gusta la actitud de los que se han quedado en la capilla. He tenido que salir de allí para no tener que actuar de modo más contundente.

Los cinco duques se quedaron callados un momento. Sabían que el rey tenía razón. Medinaceli había rozado el delito de lesa majestad. Escalona fue el que de nuevo habló.

—Con vuestra venia, majestad, creo que lo mejor será que retornemos a la capilla. Es mejor calmar los ánimos ahora y hacerles recapacitar lo antes posible.

—Id, pues. Confío en vosotros. ¿Y vos, princesa? ¿Me acompañáis?

—Con gusto, majestad.

Los cinco duques regresaron a la capilla. El rey y la princesa de los Ursinos caminaron en silencio hasta los apartamentos reales, seguidos del príncipe de T'Serclaes, que en su función de capitán de la guardia se había mantenido todo el rato en silencio.

Felipe V y ella se miraron un instante.

—Entrad, princesa, la reina estará esperándonos.

Ana María de la Tremoille asintió. T'Serclaes se quedó en el gabinete, por fuera, cuando penetraron en el aposento privado del rey, donde la reina estaba sentada esperándoles.

—¿Qué tal ha ido la reunión? —preguntó.

—No muy bien, Luisa —dijo el rey—. Todo ha sido exactamente como nos anticipó la princesa. Han formado un guirigay tremendo por un privilegio absurdo que en el fondo sólo esconde su furia por no tener ya el control de nuestros movimientos ni el de los recursos del Estado.

—No os preocupéis, señor. Ladran, pero no pueden morderos —dijo la princesa.

—El problema de los ladridos es que se oyen desde lejos. No estoy nada tranquilo, princesa. El archiduque ha pisado suelo español en Valencia y se dirige a

Barcelona y, mientras tanto, los grandes de España se me rebelan en el alcázar. Todo está pasando en el peor momento.

—Las crisis suelen ser así, majestad. Se producen cuando menos las deseamos y menos nos convienen. Lo importante es ser capaces de ponerles solución.

—Pues habrá que hacerlo. Desde luego, no entiendo a Medinaceli. ¿Qué pretende al enfrentarse conmigo? Sólo puede recibir daño de esa conducta. Durante siglos, su casa ha acumulado tierras, títulos, honores, ¿por qué arriesgarse a perderlo todo?

—No creo que quiera ir tan lejos, Felipe —dijo la reina.

—Pues yo tengo mis dudas, majestades. Es muy amigo de Leganés y eso ya me hace pensar. Medinaceli es demasiado soberbio y durante los Austrias se le reconocía una preeminencia que hoy no tiene. Quizás todo venga de eso, aunque creo que el duque de Medinaceli está comenzando a moverse en aguas peligrosas. En adelante va a ser vigilado, si me lo permitís. No podemos permitirnos que forme parte de una conjura. Es demasiado influyente, demasiado poderoso y demasiado rico.

—Tenéis nuestro permiso, princesa. A mí tampoco me ha gustado nada su actitud de hoy. A punto he estado de ordenar su arresto.

—Sí. Lo he percibido, majestad. Pero no era el momento. Por cierto, estuvisteis magnífico al hacerles callar y luego retiraros. Me recordasteis a vuestro abuelo hace muchos años.

—Al menos no hemos perdido nuestra dignidad.

—Todo lo contrario, majestad. Habéis actuado como debía hacerlo el rey y ellos lo saben. Ahora no podéis dar marcha atrás.

—Eso lo sé, princesa. De momento, habrá que evitar las celebraciones donde haya que imponer la etiqueta nueva. Hay que contemporizar hasta que asuman que no vamos a echarnos atrás. Y el duque de Sessa y el conde de Lemos no pueden seguir en sus funciones. Su actitud de hoy ha sido absolutamente inapropiada e improcedente. En cuanto pase un tiempo prudencial, será mejor que sean sustituidos por otros que tengan menos preocupación por sus Estados y más por nuestras reales personas. Por cierto, Luisa, he de decirte que tu camarera mayor les dio una buena lección a esos dos, al decirles que tenían cargos y título por la gracia de Dios y del rey y que lo que el rey les podía dar también se lo podía quitar. Y eso es lo que haremos en cuanto sea conveniente.

—Ya te he dicho mil veces, esposo mío, que Ana María es nuestra mejor valedora.

—Hoy lo he podido comprobar, Luisa. Y no sabes cuánto me alegra haber seguido su consejo y no haber nombrado aún mayordomo mayor de palacio, por más que mi abuelo haya insistido para que le dé el cargo a Alba. Ahora sabemos mejor a qué atenernos.

—Después de lo visto hoy, señor, lo más lógico sería dar el cargo a don Luis Fernández de Velasco, duque de Frías y condestable de Castilla. Ha demostrado que está con vos, y es de los más importantes y prestigiosos entre los grandes. Su

nombramiento, además, no podrá ofender al duque de Alba, porque es del mismo rango que él. Y yo lo prefiero, ya que me llevo bien con el condestable, mientras que el duque de Alba de Tormes y su feísima y elegantísima esposa son enemigos personales míos y cuanto más tiempo se queden en Francia, lejos de la corte, mejor.

—Me encanta vuestra sinceridad con nosotros, princesa. Es cierto que Alba nunca nos ayudó a conseguir vuestro regreso. Más bien yo creo que estaba encantado con que estuvierais allí. Yo misma le escribí y me elijo que nada podía hacerse, con lo que comprendí que no os apreciaba en absoluto.

—¡Que se quede, pues, donde está! —dijo el rey—. En Francia es muy querido y nos sirve bien.

—Creo, esposo mío, que deberíais considerar el consejo de Ana María, esposo mío, y nombrar al condestable como vuestro nuevo mayordomo mayor.

—Así se hará, Luisa. Lo hablaré también con Amelot, que imagino se mostrará de acuerdo con la princesa. Me parece una buena decisión.

—Eso sí, majestad, os recomiendo que el nombramiento no se haga público por lo menos hasta septiembre. Dejad pasar un par de semanas para que los ánimos se calmen y, mientras tanto, recemos para que los asuntos militares nos vayan bien, porque me temo que va a haber muchas defecciones entre los nobles y grandes si el archiduque os hace la guerra dentro del territorio de España.

Los reyes se quedaron callados. En verdad, sabían que el trono que habían heredado estalla en peligro. Aparte de las intrigas de palacio, los aliados estaban intentando con todas sus fuerzas crear un partido austríaco en el levante. Valencia dudaba, aunque pronto pasaría a ser rebelde, pero, sobre todo, lo que querían conseguir era que la ciudad de Barcelona abriera sus puertas al archiduque Carlos, lo cual acabó produciéndose debido a un cúmulo de circunstancias negativas, entre las que estuvo como muy determinante la desidia del virrey Francisco Fernández de Velasco. Ante la preocupación de los reyes en Madrid, el 22 de agosto de 1705, el archiduque Carlos de Austria fondeaba ante la capital de Cataluña, que iba a sufrir un asedio corto que daría como resultado la inesperada caída de la ciudad en manos de los aliados. Barcelona acabaría abriendo sus puertas al archiduque el 9 de octubre, sin que Madrid lo hubiera previsto y hubiera intentado impedirlo. Mientras tanto, el coronel Basset conspiraba y conseguía en el reino de Valencia muchos apoyos para la causa del archiduque. La corte de Felipe V hubo de sorprenderse de nuevo y llenarse de consternación cuando se enteraron de que el día 16 de diciembre de 1705 Valencia también había caído en poder del archiduque, casi sin oposición.

El año había sido desastroso para Felipe V. Había perdido Cataluña y Valencia. El archiduque estaba en la Península y el arzobispo de Barcelona lo había coronado como rey y ahora debían temer la invasión de Aragón y Castilla por parte de los aliados. Si el rey de Francia no enviaba rápidamente socorros, Felipe V corría el riesgo de perder la corona de España tan rápidamente como la había adquirido.

1706

*Annus horribilis***para Felipe y María Luisa Gabriela**

La reina María Luisa Gabriela estaba en la cama, con las contraventanas de la habitación entornadas; apenas entraban unos vagos reflejos de claridad que hacían que los cuadros y muebles de la alegre habitación que ocupaba cuando el rey no estaba en la capital no fueran sino manchas indefinibles en las paredes. Estaba convaleciente de un terrible dolor de cabeza; una de sus habituales migrañas, que cada vez se hacían peores y que las preocupaciones sobre la guerra agravaban.

Se había querido echar un rato y estaba reposando para poder recibir al rey con el mejor talante. Sabía que Felipe V iba a llegar a Madrid de un momento a otro. Le había esperado ayer, pero no llegó. Por fin iba a llegar hoy, 6 de junio, según le comunicó el correo privado que había recibido de él. Y mientras esperaba, aunque procuraba no pensar en nada, no pudo menos que recordar lo mal que estaban yendo los asuntos de la guerra. Parecía que no se conseguía hacer nada a derechas y que todo se torcía y se transformaba en un nuevo problema. Era como si un mal hado los estuviera mirando fijamente y quisiera recordarles que al fin y al cabo los reyes también son mortales y dependen del destino que se les ha trazado.

La realidad era que, desde finales del año anterior, las cosas habían ido de mal en peor. Los grandes no se habían quietado, después del asunto del banquillo. El duque de Sessa y el conde de Lemos habían sido despojados de sus regimientos y enviados a servir a Flandes, por su desacato. Medinaceli seguía caldeando los ánimos de los demás grandes, culpando de la caída de Barcelona a los extranjeros que gobernaban el reino. Su protesta se centraba ahora en que el mando de los ejércitos y de la política estaba en manos de extranjeros y el ambiente de la capital se estaba volviendo irrespirable por la tensión que provocaba el enfrentamiento de las dos concepciones de gobierno: la moderna que se estaba intentando implantar y la tradicional de los que se resistían a que dejara de existir el caos anterior. Había pesimismo en la corte; el ambiente de los Consejos estaba enrarecido porque Amelot y la princesa estaban practicando una política de intentar mantener en lo exterior el respeto por las formas tradicionales, aunque en realidad no se contaba en absoluto con los grandes y los más belicosos de éstos, que se daban cuenta de la maniobra y se volvían más ariscos y difíciles de manejar.

María Luisa Gabriela, sin embargo, intentaba mantener el equilibrio, recibiendo a las duquesas en su gabinete todas las mañanas, yendo con ellas a las visitas de los conventos y adaptándose, en la medida de lo posible, a las costumbres anteriores que no le eran demasiado gravosas. Aun así, entre las señoras, notaba la preocupación por

la situación. Se estaba creando un cierto malestar entre la grandeza y el rey que estaba creciendo por semanas y que se basaba en que su majestad no había dado su brazo a torcer ni en el tema de la guardia ni en el de las reformas del Estado, que eran absolutamente vitales para la regeneración del reino. La presencia del archiduque en Barcelona agravaba la situación y, tras un consejo secreto con la reina, la princesa de los Ursinos y Amelot, el rey había decidido acudir en persona con el ejército a liberar Barcelona. Si lo conseguía sería un duro golpe para el archiduque y se podría recuperar el territorio perdido rápidamente. Para ello había que utilizar todos los efectivos disponibles y contar con el apoyo de Luis XIV, que debía realizar un esfuerzo extraordinario para evitar que las cosas fueran a peor.

El rey de Francia estuvo de acuerdo y envió refuerzos al mando del mariscal de Noailles para reforzar el ataque de Barcelona desde el norte, con 15.000 hombres y una escuadra para sitiar la ciudad por mar. Además, concedía al rey de España el regreso del duque de Berwick, para que comandara el ejército del centro y oeste a fin de impedir la entrada de portugueses e ingleses en España, mientras él asediaba Barcelona con el resto de las tropas. Esta decisión era importante, ya que sólo así se podía neutralizar a los portugueses que amenazaban con invadir Castilla.

Felipe V partió de Madrid, en febrero de 1706, con gran pompa. Quería ir a unirse con las tropas al mando del conde de Tessé y llegar a Barcelona, acompañado de sus gentileshombres de cámara y de muchos grandes, para aclarar el enrarecido ambiente y mostrar que contaba con el apoyo de la nobleza, pero la cosa no iba a ser tan fácil. La rebeldía que anidaba en algunos corazones comenzó a manifestarse entonces. De hecho, el duque de Béjar, el de Peñaranda y el conde de Colmenar, tres de los gentileshombres de cámara, se negaron a acompañarle, desobedeciendo la orden directa del rey, lo cual mostraba cuán extendida estaba la insatisfacción y la dudosa lealtad de algunos de los que estaban más cerca de los reyes, por más que se quisiera ocultar. Los tres nobles rebeldes habían entregado sus llaves de oro, sin echarse atrás, por más que el duque de Osuna y el marqués de Quintana les pidieron que recapacitaran y se plegaran a los deseos del rey. Su negativa fue tajante. Eran los primeros en mostrar abiertamente su descontento y preferían dejar sus funciones a continuar fingiendo una fidelidad al rey que ya no sentían. Luego habría más.

Mientras tanto, el duque de Berwick acudía a España, en marzo, sólo con su estado mayor. Le esperaba, en teoría, un ejército de 15.000 españoles en Extremadura. La realidad se iba a mostrar muy otra, e iba a suponer un vuelco desagradable para la causa borbónica.

El rey, por su parte, se había unido al conde de Tessé en Cataluña y comenzaban el asedio de Barcelona, en abril, con las tropas francesas de la Península, a las que se unieron las del mariscal de Noailles que entró en España por el norte, desde Perpiñán, como había prometido Luis XIV, y cubrió Barcelona por ese lado. A ellos se uniría una escuadra francesa para sitiar la ciudad por mar. El asedio parecía bien planteado y tenía visos de triunfar, a menos que los aliados se volcasen en la defensa de la ciudad.

En los primeros días del asedio se produjo la incursión del rebelde conde de Cifuentes en el campamento borbónico, una noche de abril, que le valió prestigio y fama entre los suyos, porque consiguió hacerse con la vajilla y el equipaje de Felipe V, para susto de todos, aunque la guardia del rey repelió con dureza el ataque, quedando todo en un susto. Felipe V decidió entonces dormir en un barco francés durante el asedio para evitar más incidentes.

A finales de mes, la ciudad parecía a punto de capitular. Tras un intenso asalto, los hombres de Tessé consiguieron tomar el castillo de Montjuic, un lugar esencial para llevar a cabo un sistemático bombardeo de la ciudad. Pero cuando parecía que Barcelona estaba cercana a caer, una escuadra inglesa liberó la ciudad del bloqueo por mar, obligando a la francesa a retirarse, y trajo soldados de reemplazo que permitirían a la ciudad aguantar sin problemas mucho tiempo. Tessé decidió que no se podía hacer nada y, en contra de la opinión del rey, levantó el asedio. Todo el esfuerzo no había servido para nada y había que prever que la consecuencia del fracaso de Barcelona sería la invasión del territorio castellano por portugueses e ingleses, desde el lado contrario. María Luisa Gabriela recordaba muy bien el momento de la llegada del correo, en que el rey le comunicaba con tristes palabras que, muy a su pesar, habían tenido que levantar el asedio de Barcelona y retirarse hacia Francia. Habían perdido casi siete mil hombres y dejado mucha impedimenta y municiones, porque les amenazaban desde Aragón las tropas del traidor conde de Cifuentes y de los aliados. La reina había llorado amargamente, como si le hubieran comunicado la noticia del fallecimiento de un ser querido y, en verdad, había muerto su esperanza de que el conflicto fuera breve y terminara en pocos meses. La situación se iba agravando por momentos para ellos.

Y mientras el rey de España tenía que bordear los Pirineos franceses para volver a entrar en sus reinos por Navarra, el duque de Berwick pasaba revista a sus teóricos 15.000 soldados y veía con gran preocupación y malestar que estaban mal armados y que la mayoría apenas había recibido los rudimentos de una instrucción militar. Inmediatamente comprendió que aquello era un ejército fantasma que no podría resistir ni un asalto de una tropa profesional y escribió preocupado a Amelot, comunicándoselo. No tenía fuerzas que oponer a la invasión que se iba a producir indefectiblemente por un ejército de más de 25.000 hombres bien preparados y adiestrados.

En una lacónica carta que Amelot leyó a la reina y a la princesa les decía que, ya que España no contaba con ningún ejército con que oponer resistencia a una invasión, los portugueses e ingleses iban a entrar en suelo español, sin que nadie los detuviera, cuando lo decidieran. Él no podía enfrentárseles en el campo de batalla porque no contaba con medios para hacerlo. María Luisa Gabriela convocó entonces a Orry y a la princesa, junto a Amelot. Tenían que ver qué se podía hacer para paliar la situación. La respuesta fue como un mazazo para ella.

No se podía hacer absolutamente nada. No había tropas que enviar, ni armamento,

ni dinero, ni posibilidad de conseguirlo de modo inmediato. Las rentas del Estado estaban demasiado entrampadas todavía. Entonces, viendo lo desesperado de la situación, la reina decidió el empeño de sus joyas personales y las de la corona para socorrer a Berwick. Pero como en España no había quien pudiera comprarlas, había que enviar a París a alguien para que las empeñara y consiguiera el dinero. Era una medida desesperada y la princesa le pidió que lo reconsiderara, pero la reina insistió. Ante la necesidad de la guerra, lo demás no era importante. La princesa tenía razón. Aquello no iba a servir de nada. No había tiempo. Las tropas del marqués de las Minas y el general conde de Galway traspasaron la frontera española y tomaron la villa extremeña de Alcántara el 18 de abril, Brozas el 19 y Garrovillas el 22, y desde estos enclaves estratégicos pasaron a ocupar el norte de Extremadura, cuya ciudad principal, Plasencia, cayó el 28 del mismo mes. Nadie había salido a hacerles frente.

En mayo, los portugueses, que no podían creerse que estaban conquistando el territorio castellano sin oposición, tomaban primero Béjar y luego la importante Ciudad Rodrigo y, según las más recientes noticias que había recibido la reina, Salamanca estaba a punto de caer en sus manos. ¿Hasta dónde iban a llegar? Evidentemente, parecía que hasta Madrid, a expulsarles de la corte.

Una llamada a la puerta de su alcoba la distrajo y la devolvió al momento presente. Era la princesa de los Ursinos, que le anunciaba la esperada llegada del rey. Como un resorte, María Luisa Gabriela se levantó del lecho. Pidió a la princesa que la ayudara a arreglarse un poco para que el rey la encontrara presentable. Se miró al espejo detenidamente y no le gustó lo que veía. Su rostro, habitualmente risueño, estaba ojeroso y tenso.

—Os voy a dar un toque de color, majestad —dijo la princesa, comprendiendo lo que la reina deseaba.

—Os lo agradezco, Ana María. No quiero que el rey me vea con esta cara.

La princesa se puso manos a la obra y en pocos minutos, usando con mano sabia un pincel, consiguió camuflar las ojeras y luego le dio un toque de polvos por allí y otro por acá, hasta que quedó satisfecha. Finalmente, se entretuvo arreglando un poco los rizos de la reina para que cayeran con más gracia hacia los lados y le puso un prendedor con una hermosa perla gris al frente. Al acabar, contempló su obra y comprobó que María Luisa Gabriela tenía mucha mejor cara.

—*Et voilà!* Su majestad está impecable.

—Sois maravillosa, Ana María. Lo mismo valéis para el consejo de gabinete que para disimular mi mala cara.

—Así debe ser. Para eso estoy a vuestro servicio. Me alegra que el rey esté de nuevo en Madrid. Seguro que la llegada de su majestad os devolverá la alegría.

—¡Ojalá sea así, amiga mía! Pero me temo que mi preocupación es por la situación que atravesamos. ¿Creéis que podremos mantenernos en Madrid?

La princesa la miró con seriedad a los ojos y le respondió:

—Sabéis que no, señora. Es mejor que aceptéis que vamos a tener que partir del

alcázar muy pronto.

—Me temo que así va a ser.

—Sí. Es lo que debemos hacer. Dejar Madrid lo antes posible. Está claro que los portugueses no van a parar hasta tomar la capital. Es lo más lógico. Y vos debéis ir, cuanto antes. Ahora que viene el rey, podréis decidir adónde ir, pero no podemos tardar en partir. Pero aunque debamos dejar la ciudad, no olvidéis, como parece que estáis haciéndolo, que aunque ingleses y portugueses tomen Madrid, contáis con la lealtad de vuestros súbditos de la capital y de los castellanos, y eso es mucho. Portugueses e ingleses nunca podrán mantenerse en la capital de España, si no es por las armas. Podrán tomarla, eso sí, pero serán dueños del terreno que pisen, nada más. El pueblo os quiere a vos y al rey y eso es lo importante. Castilla sigue siendo vuestra, de corazón.

—No sabéis el bien que me hacen vuestras palabras, Ana María. Tenía una gran zozobra y no veía un resquicio de luz por ningún lado.

—Pues me alegra habéroslo proporcionado porque, además, es muy cierto. El pueblo de Madrid os idolatra y nunca querrán a nadie más que a vos. Sois su reina para lo bueno y para lo malo.

—En verdad, me siento algo mejor, aunque la preocupación por la situación que atravesamos no me deja descansar ni un minuto. A ver si el rey nos dice algo que despeje un poco el oscuro panorama que tenemos delante de nosotros. Tengo tantas ganas de estar con él y de perderme en sus brazos...

—Y esperemos que, de uno de vuestros abrazos, nazca pronto un heredero, majestad. Sería tan importante para el reino y para asentaros en el trono en estos momentos...

—Sí. Lo sé. También eso me preocupa mucho. Hace ya casi cinco años que nos casamos y todavía no me he quedado encinta. ¿Será acaso un castigo de Dios?

—No digáis tonterías, majestad. No os reconozco hoy. Estáis de un humor lúgubre y habláis como una de esas beatas de la corte.

—Tenéis razón. Debo procurar contenerlo, como sea. No quiero que el rey me vea así.

—El rey es vuestro esposo y os ama como sois. Eso no debe preocuparos. En fin, voy a ir adelantando preparativos, porque eso de que nos vamos es seguro. No creo que podamos mantenernos en Madrid ni hasta fin de mes.

—No me gusta nada eso que decís.

—Ni a mí, majestad, pero debemos asumir las cosas como son. Sólo así podremos hacerles frente. ¿Me dais vuestra venia para retirarme?

—Id con Dios, Ana María. Yo esperaré aquí a mi esposo. A ver si entre sus brazos recupero la alegría.

La princesa de los Ursinos se retiró de la cámara. Al acercarse al fondo de la antecámara, oyó los pasos que anunciaban otra visita. Segura de que era el rey, se metió en un pequeño gabinete ciego, a un lado, para no encontrarse con él y no

entretenerle. La puerta de la habitación contigua se abrió y el rey pasó de largo, sin mirar. Tenía prisa en llegar hasta María Luisa Gabriela.

La llegada del rey a la capital no había supuesto ningún cambio para mejor. Salamanca cayó en manos aliadas el 7 de junio y, con ello, el camino de Madrid quedaba abierto a los aliados. Berwick se retiraba con sus hombres, sin combatir, delante de los portugueses e ingleses y el rey decidía la evacuación de la capital el 20 de junio. Todos, en palacio, estaban muy cariacontecidos y ocupados, preparando los equipajes para dejar la ciudad.

La reina partió del alcázar con los miembros de los Consejos y la princesa de los Ursinos y escaso acompañamiento, sólo un par de damas y las hermanas Frattini, hacia Guadalajara, donde recibieron la terrible noticia de la caída de la base naval de Cartagena, la plaza más importante que le quedaba a Felipe V en el Mediterráneo, por la traición del conde de Santa Cruz, almirante mayor de Galeras, que se la había franqueado a los aliados para el archiduque Carlos.

La terrible noticia ofuscó a la reina, que se encerró en sí misma, y las hermanas Frattini y la princesa tuvieron que emplearse a fondo para conseguir que saliera de un mutismo que no le convenía nada. Con mucho esfuerzo lo consiguieron. María Luisa Gabriela reaccionó entonces. Mostrando la fuerza de su carácter, recobró el espíritu y decidió que iba a luchar hasta el fin por el trono de su esposo. Si los aliados les derrotaban en la Península, lucharían desde América, pero no iban a rendirse ante la adversidad. Su cambio de humor fue como un bálsamo para todos. Una luz nueva iluminó su rostro, que, en adelante, no volvería a mostrar señales de desánimo.

Había que seguir huyendo. En Guadalajara tampoco podían quedarse, ya que el ejército anglo-portugués estaba demasiado cerca. Además tampoco había dinero ni para pagar el servicio. De allí pasaron a Burgos, donde la reina, acompañada sólo por la princesa y las hermanas Frattini, iba a pasar unos tiempos muy duros. María Luisa Gabriela siempre recordaría Burgos como el lugar donde mayor necesidad había pasado en toda su vida. La noche de la llegada, una vez examinado el equipaje, vieron que además se habían perdido los carros con el mobiliario básico.

La fortaleza de Burgos donde decidieron quedarse, de momento, no contaba con ninguna comodidad para la reina y sus dos damas. Dado que no había ni camas adecuadas, se hicieron venir varios colchones de la casa del condestable. En ellos, con modestas sábanas prestadas, durmieron la reina, la princesa y sus dos amigas, porque aparte de ellas y una criada, estaban solas. Las dificultades monetarias que atravesaban habían impedido pagar los atrasos que se debían a la servidumbre, y ésta la había abandonado cuando comprendió que la reina no tenía joyas ni dinero, y que su mismo trono peligraba.

La deprimente cena de aquella primera noche, bajo la luz de unos candelabros de plata que alumbraban un escaso trecho del oscuro comedor improvisado, fueron dos huevos para cada una, sin acompañamiento, y al día siguiente la cosa no mejoró en absoluto. No hubo cortesías por parte de las autoridades locales, ni ofrecimientos de

asistirlas por parte de los nobles de la ciudad. Estaban solas, con sus recursos. La princesa, tomando cartas en el asunto, vendió sus joyas para comprar vituallas y algunas cosas básicas, mientras la situación se arreglaba. La soledad de aquellos meses de noticias malas que se sucedían unas a otras, donde sólo quedó la firmeza del apoyo de la princesa de los Ursinos y de sus dos amigas, que también empeñaron las alhajas que habían traído de Saboya y que eran todo su patrimonio, para darle algo de confort a la reina, le llegó al alma y le hizo adquirir una visión diferente de la vida. Fueron muy duros sus momentos de soledad, de pensamientos profundos, de decepciones amargas. Mientras la estrella del archiduque parecía ascender, eran muchos los que procuraban estar al lado del nuevo poder y María Luisa Gabriela saboreó el dolor de la derrota. Sintió la humillación del vencido hiriendo su alma y, a pesar de la penuria y de las dificultades, supo salir con bien de la prueba.

Mientras la reina pasaba por su purgatorio particular en Burgos, el rey se unía con las tropas de Berwick, llevando consigo los 3000 hombres de los regimientos de la guardia. Ni siquiera entonces consideró el duque de Berwick la posibilidad de combatir. La causa de Felipe V estaba en su momento más bajo y en verdad parecía que la estrella del archiduque se elevaba a su cénit, apoyado por la fortuna y la traición. Así lo demostraron un grupo de grandes rebeldes, nada menos que el duque de Béjar, el de Peñaranda y el conde de Colmenar, los antiguos gentileshombres del rey, que habían dejado sus funciones, en febrero, que aprovechando la cercanía de los anglo-portugueses acudieron a pedirles que tomaran la capital en nombre de Carlos III, y en su embajada les acompañaron el marqués de Carpio y el conde de Palma, para confirmar que Madrid les abriría sus puertas sin luchar. Los generales aliados aceptaron el regalo y tomaron la capital sin disparar una bala. Las tropas aliadas entraron en Madrid en medio de un silencio sepulcral y hostil. Las ventanas y contraventanas estaban cerradas a su paso hacia el alcázar y hubo escasos curiosos que miraran las tropas. Las Minas y Galway pudieron sentir que estaban en territorio borbónico y el pueblo de la capital se lo demostraría de mil modos durante la ocupación. Los soldados no podían ir solos por las callejas de Madrid sin ser asaltados y muertos por embozados; los comerciantes vendían género estropeado y en mal estado y las mismas prostitutas de la capital se habían propuesto enfermar a los que acudieran a buscar sus servicios, envenenando sus bebidas.

En los días siguientes a la toma de Madrid se produjeron una serie de hechos cuyo conocimiento dolió mucho a la reina, que recibía las desoladoras noticias en Burgos. El cardenal Portocarrero, que se había mantenido en Toledo desde las desavenencias de fines de año anterior con Amelot y la princesa de los Ursinos, había celebrado un tedéum por la entrada de los aliados en Madrid y había proclamado al archiduque como rey, en la plaza Mayor. Era una puñalada más. Y mientras todo esto acontecía, el rey Felipe V estaba con Berwick en Alcalá de Henares, escondido, sin poder atacar, porque aún no tenían fuerzas suficientes para ello.

En el bando contrario, el archiduque se dirigía en loor de multitudes a Zaragoza,

ciudad que había caído en sus manos a finales de junio, y donde fue aclamado a mediados de julio como rey. Aragón también estaba ya en manos de Carlos III. La situación de Felipe V comenzaba a ser desesperada. Si descubrían que estaba tan cerca y le capturaban, todo habría acabado.

Pero los aliados no lo intentaron siquiera. Confiados y contentos con la enormidad de lo conseguido con tan poco esfuerzo, el marqués de las Minas y el conde de Galway esperaban la llegada del archiduque en Guadalajara, para que hiciera una entrada triunfal en Madrid. Pero ésta finalmente no tuvo lugar, porque el archiduque Carlos recibió las noticias de la inminente llegada a España de un nuevo ejército francés que se iba a unir al de Berwick, y pensó que era demasiado arriesgar ir hasta el centro, cuando tenía Aragón, Cataluña y Valencia seguras. Era un terrible error. Debía haber intentado maximizar su triunfo antes de la llegada de los franceses y haberlos rechazado cerca de la frontera, pero no lo hizo así.

Afortunadamente para Felipe V, los nuevos 15.000 soldados enviados por el rey de Francia fueron decisivos en esas horas tan oscuras y tan desesperadas porque impidieron el absoluto control de la Península por parte de los aliados. Entrando por Navarra, llegaron hasta el centro, fortaleciendo el débil ejército que mandaba el duque de Berwick. Al unirse los veteranos franceses de Flandes con los soldados españoles de Berwick, que seguían recibiendo instrucción, en el centro, compusieron por fin una fuerza importante, que iba a permitir un respiro en la terrible marcha de los acontecimientos bélicos que tenían en jaque permanente al rey y a la reina desesperada en Burgos.

María Luisa Gabriela pudo por fin comenzar a alimentar una esperanza en medio de la oscuridad cuando el rey le escribió diciéndole que de nuevo tenían un ejército que les podía permitir recuperar Castilla y, probablemente, cortar las comunicaciones de los aliados con Portugal. No obstante, el durísimo y caluroso verano de 1706 pasó sin que hubiera batallas. Los generales anglo-portugueses dudaban. No sabían si quedarse y defender Madrid contra las tropas de Berwick o si retirarse. Considerando que aquello era un albur que podía poner en riesgo los éxitos anteriores, los anglo-portugueses decidieron retirarse de Madrid. Sabían que Castilla era para ellos una trampa mortal porque, en cuanto se separaba un número de soldados del grueso del ejército, eran masacrados por los campesinos, o los aldeanos, creándose en el ejército aliado un miedo a las expediciones de exploración o de búsqueda de suministros, que benefició mucho a Berwick y a Felipe V. El tiempo pasaba y esta vez corría a favor del rey Borbón. Además, en estos momentos de dificultades, Andalucía se volcó con el rey Felipe V, reuniéndose 4.000 caballos y 14.000 soldados, a costa de las ciudades y los nobles del reino que se unieron pronto a Berwick. Con la inmensa alegría de la ciudadanía, el 4 de octubre de 1706 los reyes podían regresar a la capital. La reina viajó deprisa, contenta, con ganas de llegar a Madrid. Estaba más delgada; su rostro se había tornado más majestuoso y quizás algo más duro. El silencio de Burgos la había hecho reflexionar mucho y había comprendido mucho mejor lo que producían

las mudanzas de fortuna y lo que se puede esperar de los que medran alrededor del poder. Lo pasado había sido como una pesadilla, pero no quería olvidarlo. En adelante siempre lo tendría muy presente.

Al llegar al alcázar, incluso las más lóbregas estancias le parecieron a la reina agradables. Aquélla era su casa y ya la sentía como propia. Pero sobraban muchas cosas y muchas personas. Había llegado el momento de realizar un gran barrido que se iba a llevar por delante lo que sobraba de la corte. Para empezar, no se volvió a llamar a las damas de compañía que la habían abandonado y se les retiró además su derecho a entrar en palacio; también se licenció a las meninas y a los enanos de la corte; con ellos se iban los elementos más visibles que quedaban de los antiguos Austrias en el alcázar. En adelante, la reina tendría otro tipo de damas, serían señoras de mayor rango, de más alta cuna, como acompañantes, tal y como las tenían las reinas de Francia. Y desde luego, sus dos amigas, que se lo habían dado todo, recibirían los títulos de marquesa de Santa Ana y marquesa de San Antonio, con grandeza de España, y se les proveería estado de las rentas que se iban a expropiar a los traidores que habían abandonado a los reyes en su momento de necesidad. Iba siendo hora de poner cada cosa en su sitio.

El cardenal Portocarrero a pesar de su desvío fue perdonado, en atención a todos los bienes que había hecho al rey en el pasado, pero la reina viuda, Mariana de Neoburgo, no. Su actitud ante la llegada de las tropas anglo-portuguesas a la capital había sido de gran alegría y su celo proaustriaco había provocado las iras de los toledanos, que la tuvieron asediada en su palacio al ver que algunos nobles de la ciudad se habían decantado por el archiduque por culpa suya. Su conducta había sido imperdonable y no había razón para que permaneciera en el reino por más tiempo. El rey, por incitación de la princesa de los Ursinos, dictó la orden de su exilio y ordenó al duque de Osuna que la acompañara hasta Bayona, donde tenía órdenes de dejarla acomodada y bien vigilada. Mariana de Neoburgo no volvería a ser una molestia en adelante.

Los grandes y nobles que habían traicionado la causa de Felipe V fueron o desterrados o aprisionados en función de sus actividades durante los meses de ocupación de la capital por las tropas del archiduque, y además, se tomaron las medidas más drásticas para incrementar la eficacia del gobierno. No había sonrisas en la corte. El malestar se podía sentir por doquier en palacio. El año había sido terrible en todos lados para la causa de las Dos Coronas. En Italia, el triunfo del príncipe Eugenio en la batalla de Turín, con la colaboración del duque de Saboya, contra el duque de Vendôme, había provocado la pérdida de Milán y la evacuación de los ducados de Modena y Toscana por parte de los franceses. En 1706, la mayoría de las posesiones italianas de la corona de España, menos Nápoles y Sicilia, habían caído en poder del emperador y en el norte de Europa, en Flandes, las cosas aún eran peores porque el duque de Marlborough había vencido de modo rotundo en la sangrienta batalla de Ramillies a las tropas de Luis XIV. La derrota había supuesto la caída en

manos de los aliados de las importantes ciudades de Amberes —el principal puerto comercial de los Países Bajos españoles— y de Ostende, que sería seguida de la toma de Malinas y Bruselas, la capital de los mismos. Era una verdadera debacle que ponía al rey de Francia contra las cuerdas en todos los frentes.

1707

El embarazo de la reina

Almansa

El nacimiento del príncipe Luis

Hacía mucho frío esa mañana del 2 de febrero de 1707. Había nevado en Madrid, cosa infrecuente, y el aire frío y cortante de Guadarrama se metía por los corredores de palacio haciendo incómodo moverse fuera de las habitaciones caldeadas por chimeneas y braseros. La princesa de los Ursinos se había levantado muy pronto, como era su costumbre. Se había vestido y había atendido algunas cuestiones que no podían esperar, antes de que llegara la hora de ir a levantar a la reina. Pero una dama se presentó en sus aposentos para decirle que la reina la esperaba ya para levantarse. Dejando a un lado sus apuntaciones, acudió a los aposentos reales a la mayor velocidad. No estaba acostumbrada a que se le escapara nada y percibió que había algo extraño en esta llamada intempestiva. Aceleró el paso porque no le gustaba que la reina la aguardase y tenía curiosidad por saber qué es lo que había despertado a su majestad antes de tiempo. Esperaba que no fuera nada malo.

Todos los días acostumbraba a levantar a la reina, asistida por sus amigas saboyanas, que acababan de recibir los títulos de marquesa de Santa Ana y de San Antonio, quienes se estaban adaptando divinamente a España y ya hablaban un correcto español. De hecho, parecía que las dos jóvenes habían congeniado muy bien con dos apuestos oficiales de la guardia, el conde de Galeano y su hermano, el conde de San Carlos, napolitanos, hijos del ilustre príncipe de Castelferrato, uno de los más importantes nobles de ese reino, que las pretendían y a los que la princesa había tenido que leer la cartilla, por orden de la reina. María Luisa Gabriela no quería que sus amigas fueran engañadas y seducidas por los dos guapos tenientes, y les había prevenido de que sólo aceptaría que se acercaran a ellas si sus intenciones eran honestas y matrimoniales. De otro modo, mejor sería que se alejaran.

La princesa recordaba el sonrojo de los dos hermanos, no acostumbrados a que una dama les interpelara de ese modo, y por sus reacciones comprendió que la reina podía estar tranquila. Parecía que los dos tenientes tenían buenas intenciones y parecían legítimamente interesados en las dos marquesas. Pronto se podría hablar de boda, cuando pasara un poco de tiempo, y la situación se aclararía.

Con estos pensamientos tan ligeros, entró en la cámara de su majestad, que estaba esperándola con cierta impaciencia.

—Veo que os habéis despertado muy pronto, señora. ¿Ha sido por alguna razón en concreto? ¿Os sentís bien?

—Sí, Ana María. Hay una razón de peso. Tenía mucha impaciencia por

comprobar algo —dijo con tono misterioso.

—¿Y se puede saber qué era ese algo, majestad?

—Pues que llevo dos faltas, Ana María —le dijo, con tono alegre—. Hoy estoy ya completamente segura. Estoy embarazada.

—¡Dios mío, señora! ¡Qué buena noticia! ¿Cómo me lo habéis ocultado todo este tiempo?

—No quería que te ilusionaras demasiado pronto. Mi embarazo lleva demorándose mucho tiempo y no quería tampoco que fuera un fiasco. Sólo hoy sé seguro que se ha pasado el tiempo de mi segunda regla y no me ha venido.

—Entonces, ¿de verdad creéis que estáis encinta? ¡Qué maravilla! El rey debe estar feliz.

—Como un niño, Ana María. Cuando se lo he dicho, se ha echado a llorar de la emoción.

—Lo comprendo, majestad. Es algo tan inesperado y tan deseado por todos los que os queremos... A mí están a punto de saltáreme las lágrimas. Este embarazo es muy importante y más precisamente ahora, cuando la suerte de guerra parece mejorar. Será un espaldarazo para vuestra dinastía. El nacimiento de un príncipe español en Madrid hará que Castilla entera se vuelque con el rey y la historia nos enseña que, cuando Castilla decide, el resto de los reinos de la monarquía ceden, por las buenas o por las malas.

—No adelantemos. Todavía es muy pronto, Ana María.

—¿Y cómo os sentís? No veo que tengáis náuseas, ni mareos.

—Sólo ayer por la noche me sentí algo indispuesta y os confieso que ahora tampoco me siento muy bien del estómago. Pero si eso es síntoma de mi embarazo, me tomo ese malestar con gran alegría.

—Pues sí que lo parece, majestad. En adelante, hemos de cuidaros mucho. ¿Le habéis dicho algo a vuestras amigas, las dos jóvenes marquesas?

—Os confieso que sí. No he podido ocultárselo.

—Lo entiendo, majestad. De todos modos, han sido muy discretas, como vos. No han soltado prenda.

—Así se lo he pedido. Además, sólo era una posibilidad. Hoy ya estoy segura y por eso he querido que seáis vos la primera en saberlo de modo oficial.

—Es un inmenso honor el que me hacéis.

—En absoluto, Ana María. Es una confidencia de la reina a la amiga, más que a su camarera mayor. Además, pienso que aún no debemos hacerlo público, hasta que pasen unos meses.

—No creo que lo consigáis, majestad. En cuanto os dé la primera náusea en público o el primer mareo, el rumor correrá como la pólvora. No olvidéis que, desde hace seis años, todos lo esperan y algunos incluso están preocupados.

—Pues pronto se les va a quitar la preocupación, princesa, y se les va a producir una muy grande a los que no nos quieren en el trono.

—Sí, majestad. Va a ser un gran disgusto para los partidarios del archiduque.

—En verdad, es un regalo de Dios que nos llega en el mejor momento.

—Eso no puede ser más cierto. ¿Habéis escrito ya a vuestros padres y a vuestros hermanos comunicándoselo?

—A mi madre se lo he dejado caer, pero hace muy poco. A María Adelaida se lo diré en una carta hoy. A mi padre aún le haré esperar un poco.

—Imagino que el rey ya se lo habrá comunicado a su abuelo y a su padre.

—Sí. En cuanto se lo dije, les escribí una carta a cada uno, de su puño y letra, y la firmamos los dos. Se las hemos enviado a sus residencias privadas, donde están más tiempo últimamente, para que lo sepan cuanto antes.

—Os garantizo que los dos van a tener una gran alegría. Apenas hace quince días me escribía el rey preguntándome por ello.

—Sí. También a mí me lo preguntó el mes pasado, pero no le quise decir nada. No quiero que se forjen falsas esperanzas con este asunto. Es demasiado importante.

—Vaya que sí lo es. El nacimiento de un príncipe o una princesa españoles desde hace más de medio siglo. Es un verdadero acontecimiento.

—Esperemos que sea un varón. Sería lo más deseable en este momento. Aunque si es una niña, la queremos igual.

—Seguro que sí. Lo importante es saber que sois fértil y que podéis dar hijos al rey. Sea lo que sea, seguro que después de éste vendrán más. Lo importante ahora es que os cuidéis bien y que todo vaya bien durante el parto. Me habéis dado una gran alegría, majestad. Ahora decidme, ¿qué deseáis poneros hoy? Busquemos un vestido alegre —dijo la princesa de los Ursinos, dejándose llevar por su buen humor—. La noticia lo merece.

La reina la dejó hacer. Sentía una intensa felicidad interior. Por fin se habían acabado sus eternas dudas, su miedo a no ser capaz de engendrar. Por fin estaba cumpliendo con su principal deber como reina. Ella no tenía ninguna duda, por más que fuera prudente en las manifestaciones exteriores. Sentía que en su interior había una nueva vida creciendo y eso la llenaba de alegría. Y sabía el mejor regalo que podía darle al rey, al que amaba con todo su corazón. Ahora sólo faltaba que los asuntos militares se encarrilaran y recuperar el terreno perdido el horrible año anterior.

* * *

La princesa tenía razón. Apenas una semana después de comunicárselo en privado, toda la corte lo sabía e incluso el bando enemigo, que recogía la noticia con gran ironía en la *Gaceta de Zaragoza* el día 10 del mismo mes y decía con toda malicia:

El duque de Anjou, sintiéndose incapaz de sostenerse, para engañar a Castilla, ha hecho público que la

duquesa, su mujer, se halla preñada y con tres faltas: sí, estas faltas son ciertas: falta de dinero, falta de víveres, falta de tropas.

La princesa de los Ursinos procuró que la reina no se enterara, porque la sabía muy sensible con las cuestiones de honor, y ordenó que nadie le hablara del asunto. Ya tendrían que tragarse sus ironías llegado el día del parto. Ahora, lo importante era que el embarazo avanzara sin problemas y que los meses fueran pasando. Pero el pueblo de Madrid también se había inventado unos versos que se iban cantando en los mentideros, corralas y mercados:

*Hace casi medio siglo que no nació
un príncipe en España, hembra o varón.
Dadnos un heredero, linda señora,
que España se lo merece, ya es hora.
María Luisa Gabriela, reina de amor,
dadle a esta tierra en sombras un nuevo sol.*

Y a pesar del nerviosismo de la corte, el duque de Berwick había hecho gala de paciencia; una paciencia que había exasperado a muchos, pero que había provocado que los aliados se retiraran a Valencia a finales de 1706, sin luchar, alejando a los portugueses de su tierra. Por eso, en febrero de 1707, los generales aliados discutieron sobre lo que había que hacer. Estaba claro que no podían quedarse quietos. El general Stanhope, que se hallaba allí, junto a Las Minas y Galway, participó en la decisión. Dado que Berwick no había querido atacarles el año anterior, cuando se retiraban a Valencia a pasar el invierno, muchos se habían formado una idea equivocada sobre él, pensando que era cobarde en lugar de prudente, y fiando en ello decidieron atacarle, antes de que llegaran refuerzos franceses, para quebrantar de una vez la fuerza franco-española y proceder a la reconquista de Madrid.

Berwick, mientras tanto, había salido de la capital, donde había ido a cumplimentar a los reyes y a explicarles su proyecto militar para ese año, que era el de atacar a los aliados en su camino a Aragón, y llegaba a Yecla el 22 de febrero. Días después, un coronel español, el valiente Cereceda, realizó una proeza al atacar a un batallón de 500 ingleses bien armados, con sólo 80 castellanos. Mató a 100 y capturó a 400 y la impedimenta y perdió sólo cuatro soldados. Era un buen augurio que subió la moral de las tropas, ávidas de buenas noticias.

Mientras tanto, Luis XIV, que se veía derrotado en Europa, tras la rendición de la guarnición de Milán, en marzo de 1707, decidió enviar a su sobrino Felipe de Borbón, duque de Orleans, primo de los reyes de España, para apoyar a Berwick al mando de un ejército de 10.000 hombres. Las tropas francesas de refresco se unieron a Berwick en abril, mientras el duque de Orleans con su estado mayor se separaba de las mismas, para detenerse en Madrid a saludar a los reyes, como mandaba el protocolo. Eso beneficiaría la victoria de Berwick porque el servicio de información aliado, que era alimentado por un hombre que trabajaba para la princesa de los Ursinos, les dijo que las tropas de Orleans aún no se habían juntado con las de Berwick. Eso incitó a Galway y Las Minas, que estaban sitiando Villena, a dejar el

sitio, pensando que el reino entero caería en sus manos, si eran capaces de destruir primero el ejército de Berwick y luego el de Orleans.

Con la mala información que tenían, moviéndose por un territorio que les era hostil, se acercaron, el día 25 de abril de 1707, a Almansa, donde les esperaba el duque de Berwick en perfecto orden de batalla, con su mariscal de campo, don José Carrillo de Albornoz, conde de Montemar, en dos líneas, frente a la villa, con la caballería española en el ala derecha y la francesa en la izquierda y la infantería en el centro. En total tenía bajo su mando a 26.000 hombres.

El ejército anglo-portugués se dispuso también en dos líneas, la caballería portuguesa estaba en el ala derecha, la inglesa estuvo en la izquierda y la infantería en el centro en dos cuerpos separados por naciones. Eran unos dieciséis mil hombres muy bien armados y confiados en conseguir una fácil victoria. La historia les iba a demostrar que se equivocaban.

Berwick en persona escribiría sobre la decisiva batalla el siguiente relato:

Los cañones de nuestra derecha comenzaron a disparar a las tres, pero apenas habían lanzado veinte andanadas, cuando el enemigo, habiendo pasado un gran camino en hondo, que estaba enfrente de su izquierda, se apoderó de la altura donde estaba esta batería, ante lo cual ordené a nuestro ejército que avanzase para atacar. La batalla comenzó por la derecha. Nuestra caballería cargó con tanta bravura sobre la del enemigo que consiguió abrir brecha en ella, pero la infantería enemiga hizo fuego tan intenso sobre los nuestros, que se vieron obligados a ceder; nuestra caballería, sin embargo, se rehizo de nuevo y volvió a cargar sobre el enemigo, que se había rehecho, al amparo de su infantería. Con este ataque, el enemigo fue nuevamente quebrantado, pero el fuego de los batallones obligó de nuevo a nuestra caballería a retirarse.

Viendo que sería difícil para nuestra ala derecha tener éxito sin infantería, hice que la brigada de Maine, mandada por M. de Bulkeley, avanzase desde la segunda línea. Esta brigada atacó a la infantería enemiga, derrotándola por completo; nuestra caballería cargó al mismo tiempo y, entonces, el ala izquierda fue completamente derrotada.

Nuestra izquierda, mandada por *monsieur* d'Avary, había efectuado varias cargas, pero aunque ganó algún terreno no había sido capaz de penetrar en la línea enemiga. Nuestra derecha avanzó en orden de batalla sobre el flanco izquierdo de la derecha del enemigo, intentando éste retirarse; pero fue empujado tan de cerca que pronto se dispersó y, huyendo a plena velocidad, su infantería fue destrozada.

La batalla no se desarrolló con tanta fortuna en el centro, pues el enemigo había derrotado al cuerpo principal de nuestra infantería y dos de sus batallones que se había abierto paso a través de nuestras líneas avanzaron hacia las murallas de Almansa. Don José de Amézaga, intendente de caballería, avanzó con dos escuadrones de órdenes, cargó y los derrotó. El resto de la infantería, viendo que la nuestra atacaba, que había brigadas que aún no habían cargado, que su ala izquierda estaba batida, que la derecha huía en desorden, intentó retirarse, pero en su retirada varios batallones fueron atacados y destrozados. El general, conde de Dehna, con trece batallones se refugió en un monte cubierto de bosque y la mañana siguiente, viéndose rodeado, sin esperanzas de poder escapar, se rindió prisionero de guerra.

La victoria del duque de Berwick fue total. El enemigo se dejó en el campo de batalla unos cuatro mil muertos y otros cuatro mil fueron hechos prisioneros, mientras que por parte de Berwick sólo hubo unos dos mil muertos. La huida de los portugueses del ala izquierda había hecho más grave la derrota. Inmediatamente se envió a Madrid un emisario con la noticia de la apabullante victoria y la reina en persona, siguiendo su costumbre de principios de la guerra, se lo comunicó al pueblo de Madrid, que celebró con júbilo la noticia.

La victoria fue tan decisiva que supuso un paso de gigante en el afianzamiento de Felipe V en el trono y todos lo comprendieron así. El rey le concedió al duque de Berwick el ducado de Liria y Xericá para él y sus herederos, con los términos de las dos ciudades, como recompensa por la victoria, y el rey de Francia, por su parte, le haría poco después gobernador honorífico de la provincia de Limousin.

El duque de Orleans llegó a Almansa al día siguiente de la victoria. Se quedó pesaroso por no haber podido participar en ella y haber ganado su parte de gloria en la misma, y Berwick y él tomaron la decisión de aprovechar la victoria para la reconquista del reino de Valencia, que volvería muy pronto a estar bajo control de Felipe V. El 8 de mayo, las fuerzas de Berwick y Orleans tomaban Valencia. El duque de Orleans daría un perdón general a los habitantes, que en la corte cayó muy mal porque excedía claramente de sus atribuciones. De hecho, los informadores de la princesa de los Ursinos comenzaron a darle noticias preocupantes. Parecía que el duque tenía puestas sus miras en el trono de España, cosa que había que comprobar antes de informar a sus majestades.

Con su parte del ejército separado de Berwick, Orleans se dirigió a Zaragoza, ciudad que tomó el día 29 de mayo. No había ejércitos aliados que se opusieran al avance de los de Felipe V. Era la misma situación del año anterior, pero a la inversa. Orleans se quedó en Zaragoza, donde, en efecto, la princesa pudo comprobar que intentaba rodearse de los descontentos del régimen, cosa que comenzó a preocuparla seriamente, tanto que tuvo que informar a los reyes. Lo último que interesaba en ese momento era un primo conspirador en el reino.

Y mientras tanto, el embarazo de la reina seguía adelante y su preñez resultaba ya evidente. El verano fue muy caluroso y, sintiendo que se agobiaba en el alcázar, los reyes decidieron hacer unas necesarias obras en los apartamentos reales y se mudaron al palacio del Buen Retiro, en julio. Los meses de julio y agosto pasaron deprisa. La tregua de verano hacía que no hubiera noticias de guerra, aunque el asunto ya no era tan preocupante, toda vez que antes de la misma la mayor parte de los reinos peninsulares estaban de nuevo en manos de sus tropas, salvo una parte de Cataluña. Ahora lo único importante era el nacimiento del heredero.

La reina estaba muy pesada y sentía mucho el calor y deseaba que llegara la hora del alumbramiento. El rey, comprendiendo que el asunto era de la mayor relevancia internacional, llamó para el nacimiento a los grandes y a los embajadores, así como a representantes del rey de Francia, del gran Delfín, del duque de Borgoña, del de Berri y del de Orleans. Madrid entero esperaba emocionado el acontecimiento que por fin iba a tener lugar.

El príncipe de Asturias nació, después de sufrir la reina grandes trabajos, de los cuales no se quejó, el día de San Luis, el 25 de agosto de 1707, lo cual fue considerado un excelente augurio por todos y se le impusieron los nombres de Luis Fernando. La alegría del reino fue general. El príncipe era un niño grande, sano y fuerte. Fue presentado a los representantes de los príncipes y a los grandes, desnudo,

en bandeja de plata para que pudieran ver que estaba en perfecto estado de salud, y luego, después que la princesa de los Ursinos, que iba a recibir el honor de ser su aya, le vistiera, fue presentado por el rey desde un balcón al pueblo de Madrid, que había salido de la ciudad para dirigirse a la parte frontal del palacio del Buen Retiro, tras recibir la noticia del nacimiento con las salvas de reglamento.

Hubo luminarias, fiesta y mucha alegría. A España le había nacido un heredero español, cuatro meses después de una batalla decisiva. La reina podía estar contenta. Había cumplido ya con su deber. Su hijo Luis sería rey algún día y eso la llenaba de satisfacción. Era el fruto de su amor, de su entrega al rey de España. Y además se estaba recuperando muy bien del parto. Las semanas pasaron rápidamente y María Luisa Gabriela retomaba su actividad. Ahora se tenía que centrar en casar a sus amigas Ana y Antonia.

—¿En qué pensáis, majestad? Os veo muy reflexiva —dijo la princesa de los Ursinos, que se había acercado a ella mientras paseaba por el hermoso jardín del Buen Retiro, sin que la reina, absorta en sus pensamientos, la oyera acercarse.

—Pues en casar a mis amigas con los dos jóvenes tenientes napolitanos.

—Me parece una excelente idea. Ahora que ya la guerra es asunto de menor gravedad, porque comienza a encauzarse, es tiempo de que Ana y Antonia tomen estado.

—Sí. Ana es de mi edad, o sea, que tiene diecinueve años y Antonia veinte. Son muy mayores para no estar comprometidas. De hecho, deberían estar ya casadas hace un par de años.

—No ha habido opción para eso.

—Cierto, princesa, pero ahora si la hay. Me caen bien esos dos hermanos. Son agradables y bien educados.

—El mayor, el conde de Galeano, es más guapo, con esos grandes ojos azules que destacan sobre su cabello oscuro, pero el menor, aunque menos guapo, es muy atractivo también. Son buenos mozos, valientes y, además de ser de familia antigua, tienen un buen patrimonio. Su padre es muy rico.

—Es más importante lo primero, el linaje. Si no se tiene, no hay nada que hacer, mientras que lo de la fortuna es mudable.

—Estáis muy filosófica, majestad.

—Sí. Creo que tengo un día de esos en que me da por pensar en la importancia de las cosas verdaderas. Es bueno centrarse y poner el norte en su sitio.

—Sí, majestad. Tenéis razón. Así una ve las cosas de modo mucho más claro. ¿Y cuándo las casaremos?

—Pues, si Dios quiere, una vez que sus novios nos pidan sus manos, cosa que deben hacer ya que ambas son grandes de España, y nos se las concedamos, pues antes de Navidades.

—Perfecto. Aunque quizás sea un poco justo. Primero tendrán que recibir la licencia de sus regimientos y no sé si querrán ir a Nápoles.

—¡Ni hablar de eso, Ana María! Esos dos no se mueven de Madrid. Sólo me faltaba que les pase algo por esas tierras tan peligrosas de Nápoles y no se nos puedan casar. Si su padre lo desea, que venga a Madrid. Le recibiremos con gusto. Pero los mozos no salen de España. Lo prohíbo terminantemente.

—Desde luego, sois una excelente amiga para ellas. Seguro que las dos estarán encantadas.

—Y yo también. Me hace tanta ilusión verlas casadas como a ellas les dio pena, en su día, que me casara yo.

—Y al final todo ha sido para bien.

—Sí, Ana María. Estoy encantada con mi hijo el príncipe y con todo lo demás. Me siento feliz y tranquila por primera vez en mucho tiempo. Por eso creo que deberíamos quedarnos un tiempo más en este palacio. Es mucho más acogedor que el viejo alcázar.

—Se hará como deseéis. Son vuestras residencias, tanto la una como la otra, y a vos os corresponde decidir en cuál quedaros.

—Pues creo que de momento aquí estamos mejor. Ved qué hermoso árbol es ése —dijo mirando el ahuehuete mexicano.

—Tenéis razón. Parece que el ejemplar se trajo de México, como regalo del virrey para Felipe IV. El conde duque de Olivares decidió plantarlo en el recién creado jardín en que ahora estamos y parece que ha medrado muy bien. Ya tiene casi setenta y cinco años y, según dicen, en México hay algunos gigantescos que superan los mil años.

—O sea, que cuando los hijos de los hijos de nuestros hijos hayan muerto, este árbol será un gigante y seguirá mirando los cielos de Madrid.

—Así lo parece, majestad.

—¿Veis cómo os lo decía yo? Qué poca cosa somos. Tantos trabajos nos tomamos para tan poco tiempo que pasamos en esta tierra.

—Sí, señora. Pero a eso hemos venido. A vivir la vida.

—En eso tenéis razón, Ana María. La vida hay que vivirla y, desde luego, vos lo habéis sabido hacer y yo no me quejo de la cantidad de cosas que he visto ya en mis pocos años.

—La experiencia es la que forja el carácter, majestad, y si éstas son difíciles, los caracteres se hacen de acero, como lo es el vuestro, a fuerza de templarse en las dificultades y en los trabajos.

—Reinar no es fácil y no todos pueden hacerlo.

—Estoy de acuerdo con vuestra majestad, pero he de decir que vos estáis muy bien dotada para ello. Tenéis el don de la política y el de cautivar al pueblo, y ambos son esenciales para ser un buen soberano.

—Sí, pero nací mujer.

—Creo que eso no es ningún impedimento Vos ejercéis el poder a través de vuestro esposo, que hace lo que vos decís.

—Es un modo de verlo. Cierto es que Felipe me hace mucho caso y que me gusta aconsejarle.

—Y a su majestad el rey le encanta que lo hagáis. Es un estado de armonía perfecto.

—Qué inteligente sois, princesa. Yo confío en vos y el rey confía en mí. Así pues, quien gobierna en realidad sois vos.

—¿Yo? ¿Cómo decís? ¡Ni hablar! Líbreme Dios de tal responsabilidad. Yo sólo os sirvo y a veces resuelvo vuestras dudas.

—De verdad, Ana María. Os admiro. Sabéis estar siempre donde debéis y nunca os salís de vuestro papel.

—Ése es mi deber y mi gusto, majestad. Serviros me place y me llena de orgullo. No necesito más en la vida.

—Os creo, princesa —dijo la reina—. Nunca olvidaré Burgos. Y allí, como recuerdo muy bien, sólo vos y mis dos amigas estuvisteis a mi lado y me mantuvisteis con lo que sacasteis de la venta de vuestras joyas.

—Aquello está lejos, majestad. Debéis olvidarlo. Ahora ya estáis firmemente sentados en el trono y el príncipe Luis es una garantía más. La dinastía puede respirar tranquila.

—Ya me conocéis, Ana María. Yo nunca olvido nada, ni para bien, ni para mal —dijo la reina, y tomó del brazo a la princesa, con una familiaridad que nunca usaba con quien no era de sangre real. Y de verdad, la vieja cortesana se sintió orgullosa de servir a tal señora.

* * *

Los meses pasaron y el príncipe de Asturias crecía con buena salud para alegría de todos. La reina se había recuperado de la debilidad que tuvo durante muchas semanas y comenzaron a preparar el bautizo oficial del heredero, que debía llevarse a cabo en la basílica de Atocha el 8 de diciembre.

El bautismo del príncipe de Asturias iba a ser muy sonado porque se había planificado como un gran acto de propaganda oficial de la dinastía. Todos los grandes de la capital habían confirmado su asistencia. Desde los altos cargos de palacio hasta los últimos de los nobles, todos deseaban estar presentes en el acontecimiento. Oficiaría en Nuestra Señora de Atocha el cardenal Portocarrero y, con ocasión del paseo desde el alcázar hasta el templo, la reina había podido comprobar el profundo amor que el pueblo le tenía, por lo mucho que la habían vitoreado y piropeado desde la salida de palacio.

La princesa de los Ursinos le había dicho que el corregidor de Madrid, conde de Gramedo, la había avisado de que habría un enorme gentío ese día en las calles, porque todas las fondas y posadas de la capital estaban llenas de gentes de toda

condición que habían venido a la capital para el acontecimiento, desde lugares como Alcalá de Henares, Guadalajara, Ávila, Segovia y Toledo. Muchos castellanos querían conocer a su príncipe y se habían acercado a la capital para saludarle. Por eso, la reina, pensando en ellos, decidió ir en una carroza con grandes ventanales de cristal, para que el pueblo al pasar pudiera mirarlos y que el frío no perjudicara al príncipe Luis, que aún no tenía ni cuatro meses.

La princesa de los Ursinos, que era su aya, lo llevaba en brazos durante el camino frente a la reina y lo mostraba al pueblo que se apiñaba en las calles para vitorear a la soberana y mirar al príncipe, aunque fuera tan brevemente. Castilla vitoreaba a su rey, a su muy querida reina María Luisa Gabriela y al deseado príncipe, que tanto se había hecho esperar. Ahora ya no podría decir nada el archiduque, ni había motivo de risa en su campo. Las tornas habían cambiado. El pueblo se agolpó en la salida de la iglesia y la reina ordenó que se diera paso a unos cuantos, para que pudieran contemplar la ceremonia de pie, en un lado. Ese gesto, como tantos de los suyos, despertó nuevos entusiasmos. Así, luego, los demás podrían saber, de bocas de sus iguales, cómo había sido la ceremonia.

Los ciudadanos de a pie miraban, con asombro, la riqueza de los vestidos de los reyes, sus mantos de terciopelo bordados de oro, los collares de las órdenes Toisón de Oro y del Espíritu Santo que colgaban del pecho real, la corona de la reina, los hábitos de los caballeros de las órdenes españolas, con las cruces de Santiago, Alcántara, Calatrava y Montesa; los ricos vestidos de terciopelo brocado de las nobles damas de la grandeza, las impresionantes casacas bordadas de oro de los embajadores, la riqueza y el orgulloso porte de los grandes, que se distinguían por estar en sus bancos preferentes y cubiertos. Y en medio de todos, la princesa de los Ursinos, alta, distinguida, con una rica diadema prendida en el frente de su hermosa cabellera peinada a lo alto. Lucía, con suprema elegancia, un rico vestido azul de corte, bordado con flores de perlas y piedras semipreciosas. Llevaba al príncipe de Asturias en sus brazos, que, tras las bendiciones y admoniciones correspondientes, recibió las aguas del Jordán, de la mano temblorosa del cardenal Portocarrero, vertida de una jarra de oro, regalo de su bisabuelo, el rey Luis XIV de Francia.

A la salida de la iglesia, que era de tanta devoción de la reina, concluida la ceremonia, María Luisa Gabriela había cogido al niño en sus brazos y lo había alzado ante el gentío, mostrándoselo unos momentos mientras les decía:

—Éste es Luisillo, vuestro paisano.

Y le respondió un rugido de vivas a la reina, al príncipe Luis y al rey que atronó el aire durante muchos minutos. De nuevo María Luisa Gabriela había sabido pulsar la tecla del sentimiento del pueblo y llevarlos al paroxismo.

Ese día y los siguientes hubo gran fiesta en la capital. Por orden de los reyes se sirvió vino y manjares de calidad a un número de vecinos de la ciudad escogidos al azar y luego hubo un gran festejo en la plaza Mayor, con música, bailes y espectáculos de cómicos, mientras en palacio se celebraba una fiesta.

Había que festejar el bautismo del futuro rey por todo lo alto y la celebración tenía que ser en consonancia a la ocasión, para mostrar a quien quisiera verlo, españoles o extranjeros, que en España no había más rey que Felipe V, más reina que su esposa, María Luisa Gabriela de Saboya, ni más príncipe que don Felipe de Borbón y Saboya, príncipe de Asturias.

1708

La boda de las marquesas y el asunto de Orleans

Los dos jóvenes tenientes, condes de Galeano y San Carlos, habían sido licenciados de sus regimientos, con honor, para poder casarse con las marquesas de Santa Ana y San Antonio. Al no poder ir a Italia, por prohibición expresa de la reina de salir de las fronteras peninsulares, habían escrito a su padre disculpándose por no poder ir a pedirle su permiso en persona y pidiéndole su bendición para el enlace.

El viejo príncipe de Castelferrato, don Lanceloto Castelli, al recibir la carta de sus hijos se había puesto muy contento. Era un gran honor para su casa enlazar con dos grandes de España que eran las mejores amigas de la reina María Luisa Gabriela y, sintiendo que aquél era el último acto importante que se iba a producir en su familia, estando él aún vivo, toda vez que su primogénito ya se había casado un par de años atrás, no había podido resistirse a la idea de ir a Madrid desde su Nápoles natal para estar presente en la boda de sus dos hijos, Gregorio y Rinaldo, con las jóvenes damas, a las que además tenía ganas de conocer en persona, porque las descripciones de sus hijos eran de lo más favorables y prefería confirmarlas por sí mismo sin el tamiz de la ilusión que provoca el enamoramiento.

Además, él era un firme partidario de la nueva dinastía de los Borbones y estaba muy molesto con la traición de algunos nobles napolitanos que habían entregado el reino de Nápoles al archiduque Carlos, sin luchar, por intereses personales que habían engrandecido sus patrimonios. Por eso, había dejado a su primogénito Lanceloto, marqués de Capizzi, al mando de sus asuntos napolitanos y había partido, con buenos vientos, hacia España, deseoso de estar en la corte de los que consideraba sus verdaderos reyes.

El viaje había sido bueno, a pesar de lo avanzado del invierno. Habían tenido suerte y no hubo ningún temporal que incomodase su navegación. Desde Valencia se había dirigido por tierra hacia Madrid. Allí había sido recibido, en su casa de la capital, con mucho afecto, por su pariente, el también anciano conde de Canilleros, que había aprovechado la ocasión de la boda de sus sobrinos italianos para ir desde sus posesiones extremeñas hasta la corte. Para él era un gran placer, que le hacía recordar su juventud, volver a estar con su primo, el príncipe de Castelferrato, con quien había intimado en las lejanas campañas de mediados del reinado de Carlos II y con quien mantenía su vieja amistad viva, por correspondencia, desde hacía años. Ellos eran hombres de otro tiempo, pero habían sabido adaptarse al presente y apoyaban con sus últimas fuerzas la nueva dinastía.

El viejo príncipe había encontrado tan encantadoras como le decían sus hijos a las

dos jóvenes damas saboyanas, que habían acudido con ellos a presentarle sus respetos en cuanto supieron que había llegado. La belleza, el candor, la inteligencia y el humor de las dos marquesas le gustaron casi inmediatamente y, durante las semanas anteriores a la boda, las dos marquesas tomaron como costumbre la visita diaria de su futuro suegro, que, carente de esposa desde hacía años y sin hijas, recibió las atenciones de sus futuras nueras casi con asombro y muy pronto se hizo tan defensor de ellas que sus propios hijos decían que más parecía el padre de las jóvenes que de ellos, por tanto como miraba por ellas.

También tuvo el honor de ser recibido por sus majestades y el viejo príncipe disfrutó de la audiencia privada que le concedieron, y la guardó en su corazón como uno de los mejores momentos de su vida. Venir a España le había devuelto la felicidad que el Nápoles partidario de Carlos III le había hurtado. Y mientras el viejo señor disfrutaba con su pariente el conde de Canilleros y con las visitas de sus hijos y nueras de unos agradables días, los preparativos de la boda que se iba a celebrar el 11 de febrero de 1708, en la capilla del Real Alcázar de Madrid, tenían muy ocupadas a las dos hermanas Frattini, que iban de un lado a otro, encargando sábanas bordadas para su ajuar, preparando las hermosas casas que les había regalado el rey, y recibiendo regalos y visitas, porque su popularidad en la corte estaba en alza, dada su cercanía con la reina.

Las costureras que estaban acabando sus vestidos estaban tan nerviosas como ellas. No querían cometer ningún error con las riquísimas telas de brocado de seda, en blanco y plata la una, y en blanco y oro la otra, que les había regalado la reina a sus amigas. Trabajaban muchas horas con gran entusiasmo en los bordados porque deseaban que las dos encantadoras marquesas pudieran lucir unos vestidos que dejaran boquiabiertas a todas las grandes señoras que iban a estar presentes.

María Luisa Gabriela estaba completamente volcada con sus dos amigas. Quería demostrarles su profundo afecto y su agradecimiento por tantos años de amistad en los buenos y en los malos momentos y, aparte de amadrinar el enlace, les iba a ofrecer el banquete nupcial y la fiesta que seguiría, en el Buen Retiro. La princesa de los Ursinos, que también apreciaba a las jóvenes amigas de la reina, con quienes había congeniado muy bien, les había regalado dos mantos de encaje de Malinas verdaderamente regios. Éstos irían prendidos de sus tocados, que coronaban dos espléndidas diademas de diamantes compradas al mejor joyero de Nápoles, que habían sido un regalo de su futuro suegro, el príncipe de Castelferrato, y acompañadas de sendas magníficas pulseras de brillantes y pendientes a juego. El viejo señor, que además de ser muy rico era muy generoso, no escatimaba en nada y quería estar a la altura de las circunstancias y que sus hijos pudieran mantener la cabeza bien alta el día de su enlace.

La alegría contagiosa de las dos marquesas hacía que el buen humor que éstas derrochaban se sintiera en todos los rincones de palacio. Además, las cosas iban bien en la guerra, y en Madrid la grandeza había bajado un tanto la cabeza, después del

destierro del conde de Palma y del marqués de Carpio, haciendo una tregua en su enfrente miento con la corona, y las cosas parecían estar retornando a su cauce. La única mancha en la felicidad de ese tiempo, en palacio, era la inminente partida de Berwick, que no había podido ser pospuesta por más que el rey y la reina insistieron en que se quedara para seguir con las operaciones militares en España. Luis XIV le había mandado llamar a Francia, para que el vencedor de Almansa luchara por las fronteras francesas, que pronto iban a estar tan amenazadas como el año anterior lo estuvo la misma corona de Felipe V. También les molestaba el hecho de que Felipe de Orleans se iba a quedar al mando de los ejércitos franco-españoles, cosa que no gustaba en absoluto a los reyes, aunque por consejo de la princesa de los Ursinos disimularan ese disgusto, hasta que hubiera pruebas fehacientes de que su primo conspiraba contra el rey, queriendo usurpar su corona.

De todos modos, de momento, podía decirse que no había serios problemas militares en España. El archiduque estaba en Barcelona, y su hermano, el nuevo emperador, José I, había hecho una paz parcial con Francia, a espaldas de los aliados, en el frente italiano que había permitido a Luis XIV atacar el otro lado del Rin para intentar recuperar Baviera, el electorado de su yerno, el otro abuelo del rey de España, ocupada por los austríacos. Quería aprovechar el efecto moral de la victoria de Almansa que había tenido repercusiones en toda Europa, y tranquilizar la presión de todos los frentes de los aliados sobre las fronteras de Francia.

De cualquier manera, aunque en la corte de Madrid nada sabían de esto y parecía que las cosas marchaban bien y que todo estaba encarrilándose para las dos coronas de Francia y España, en Europa los ingleses y holandeses querían forzar al nuevo emperador a un acuerdo secreto que llevara a Francia contra las cuerdas, presionando a Luis XIV desde el norte, el Franco Condado y el Delfinado y Saboya. Los aliados querían recuperar el terreno y el prestigio perdidos en España y en otros frentes, y eso debía realizarse lo antes posible.

Y mientras tanto, el invierno mostraba toda su crudeza, tanto en España como en Europa, con unos grandes fríos que hacían que los generales se ocuparan de que sus tropas estuvieran bien guarnecidas en sus cuarteles de invierno, para poder continuar la guerra en la primavera. Por un tiempo breve, los reyes se permitieron dejar de lado las altas preocupaciones de Estado, en los días previos a la boda de Ana y Antonia Frattini. También se merecían un descanso.

La reina, llena de ilusión, acompañó a las dos marquesas a las últimas pruebas de los vestidos, y la princesa de los Ursinos la ayudó en persona a supervisar los últimos preparativos del banquete. Dado el terrible frío que hacía, se había dispuesto que se caldearan la capilla real, el comedor y el gran salón donde iban a celebrarse las diferentes partes del enlace, durante tres días con unos enormes braseros de carbón. La reina dispuso que se utilizara una vajilla suya con las armas de Saboya y Orleans, en el gran comedor donde se iba a celebrar el banquete, en el palacio del Buen Retiro, que era algo menos frío que el Real Alcázar, y encargó que se trajeran de Andalucía

algunas hermosas flores blancas para la capilla y de colores para llenar los ricos jarrones con que pensaba decorar el gran salón de baile.

Por fin llegó el día de la boda. Todo estaba perfectamente preparado. Los dos jóvenes vestían el uniforme de caballeros de Santiago, blancos, con la cruz roja característica, que el rey les había otorgado y que hubieran emocionado a su fallecido abuelo, el primer príncipe, que también había sido caballero de Santiago y que lo tuvo siempre a mucha honra.

La ceremonia fue hermosa. Los reyes apadrinaban a los contrayentes y estaban en sus tronos, a un lado del altar. Los novios, el conde de Galeano y el de San Carlos fueron al altar del brazo de la princesa de los Ursinos y de la anciana duquesa de Terranova, en nombre de la reina. Las dos novias, las marquesas de Santa Ana y de San Antonio, fueron conducidas al altar por el viejo príncipe, al que se le pidió que representara al rey en ese honroso acto.

Don Lanceloto Castelli, tras dejar a las novias frente al altar, pudo disfrutar del enlace desde un lugar preferente, a un lado de los contrayentes. Estaban, entre otros, el conde duque de Benavente, los duques de Osuna, de Veragua, de Infantado, de Escalona, de Popoli, de Medina Sidonia, de Medinaceli, de Uceda, de Lécerca y de Abrantes; el príncipe de Monteleón, el príncipe Pío, marqués de Castel-Rodrigo, el de Astorga y el de Atienza; el conde de Altamira, el de Alcudia y el de la Corzana.

Ofició la ceremonia el cardenal Portocarrero, que de nuevo gozaba del favor de los reyes y estaba ya en su declive por su venerable edad. Cantaron las bellas voces de la capilla real piezas de autores italianos y españoles; cerró la ceremonia la preciosa *Ave María* de Vitoria.

El traslado al palacio del Buen Retiro se realizó en numerosas carrozas. Los reyes cedieron una muy hermosa a los novios, para que pudieran ir las dos parejas juntas y el cortejo fue admirado por los habitantes de la capital, que bordeaban el camino para saludar a los reyes y a los novios y ver la riqueza de los grandes en medio del frío, aunque al menos no hacía viento y el día, que había amanecido nublado, se había abierto por completo, mostrando el cielo un azul frío y puro, de gran luminosidad, que dio lucimiento al cortejo.

Tras entrar todos los invitados en el palacio del Buen Retiro, el mayordomo de la reina, conde de la Corzana, les indicó que se dirigieran al gran comedor, que estaba preparado para recibir a los invitados. Aquello era una novedad, porque no se hacían fiestas en el Buen Retiro desde el reinado de Felipe IV y muchos de los invitados no conocían sus estancias o las habían visto sólo en una o dos ocasiones tiempo atrás, por lo que miraban el lugar con curiosidad.

El banquete fue servido por la cocina real, y fue un prodigio de equilibrio entre lo tradicional español y la comida francesa, que seguía siendo la que preferían los reyes; pero la mezcla de las dos se había hecho ya no sólo costumbre, sino casi un arte. El ambiente era distendido y después del almuerzo se dirigieron al Gran Salón, donde los músicos les recibieron con unas hermosas piezas de aires italianos.

Algunos de los invitados habían visitado antes en alguna ocasión el Gran Salón, también llamado Salón de Reinos, porque en lo alto de sus elevados techos estaban los escudos de todos los reinos de la monarquía española. En sus paredes, los invitados pudieron contemplar los magníficos retratos ecuestres de Felipe IV y su familia, por Diego de Velázquez, así como los cuadros de batallas, entre los que estaba la famosa rendición de Breda, y una serie del pincel de Zurbarán llamada *Los trabajos de Hércules*, que estaba a mayor altura. La rica decoración del salón la completaban diez hermosos leones de plata, del orfebre Juan Calvo, excelentemente ejecutados. Éste era el lugar más famoso de ese palacio, por sus grandes dimensiones y donde la reina había querido que se celebrara la fiesta para sus amigas. Los reyes que tenían unos tronos colocados sobre un estrado, al fondo del salón, abrieron el baile, siendo muy aplaudidos por los invitados y luego danzaron los novios y los demás invitados les siguieron. La fiesta fue perfecta, tal y como la reina había deseado. Todo salió bien y no hubo ningún incidente que lamentar. María Luisa Gabriela así lo comprendió y, llegada la hora, decidió retirarse no sin antes despedirse de sus dos amigas, ya casadas, que, viendo que la reina las buscaba, se acercaron a donde estaba.

—Majestad, muchísimas gracias por todo —dijo Antonia, que en público siempre usaba el tratamiento debido—. Nunca podremos olvidar cómo os habéis portado con nosotras en este día tan especial, que vos habéis hecho único. Lo digo en nombre de las dos.

—¿Y yo qué? —dijo Ana con desenfado, aunque se sentía muy conmovida por dentro—. ¿Es que no tengo voz para dar las gracias por mí misma? Siempre tienes que hablar en mi nombre, Antonia, incluso ahora que soy ya la respetable condesa de Galiano. Pues no te lo permito. Majestad, yo también quiero daros las gracias, en mi propio nombre y en el de esta manipuladora de hermana que tengo.

—Veo que el cambio de estado no os ha afectado en nada, amigas mías —dijo la reina sonriendo—. Me alegra que os haya gustado todo. Ha sido organizado con todo mi cariño para las dos. Sólo quiero desearos que seáis tan felices en vuestros matrimonios como lo soy yo en el mío y que pronto me deis la alegría de que estéis embarazadas.

—Dios mío, majestad. Aún no estoy acostumbrada a ser una mujer casada y ya me estáis haciendo madre —dijo Ana, con humor—. Dejadme que me vaya acostumbrando.

—No te preocupes, Ana. El matrimonio es un estado maravilloso —dijo la reina en voz baja, comprendiendo que en su amiga había algo de aprensión—. Seguro que tu marido sabrá hacerte feliz. No tengas miedo de él esta noche. Sólo entrégate a él y déjale que le guíe.

—¿De verdad que no se pasa mal? —dijo Antonia, por lo bajo.

—No os preocupéis. De verdad, quitaos el miedo de la cabeza. Vuestros maridos sabrán cuidaros. Ya hablaremos de esto mañana y veréis cómo tenía razón.

—¡Eso espero! —dijo Ana, y Antonia corroboró con un gesto.

La reina se echó a reír.

—Desde luego, menudas mojigatas estáis hechas. ¿Queréis a vuestros esposos? Pues ha llegado la hora de demostrarlo de un modo más íntimo. Bueno, me voy para que podáis retiraros. Que seáis muy felices; de verdad, os lo deseo de corazón.

—Ya lo somos, majestad —dijeron las dos casi al unísono, y se inclinaron en profunda reverencia ante María Luisa Gabriela. También se despidieron del rey, que se acercaba a recoger a la reina para regresar al Real Alcázar.

—Muchas gracias, majestad. No tenemos palabras...

—No las merece, marquesas. Es lo menos que podemos hacer por las mejores amigas de la reina. Os deseamos un feliz matrimonio.

Las dos hermanas hicieron otra reverencia, mientras sus esposos venían apresuradamente a despedirse del rey.

—Las dejo en vuestras manos, caballeros. Portaos bien con ellas —dijo, mirándoles con una sonrisa.

—Procuraremos estar a su altura y hacerlas muy felices, majestades. Os lo prometemos.

—Más os vale, conde —dijo la reina, con tono risueño—. Si no, os las veréis conmigo.

—Procuraremos que no os lleguen quejas, majestad —dijo el conde de Galeano—. Intentaremos ser dignos de estos dos ángeles.

—Pues entonces nos vamos ya, que se va haciendo tarde. ¡Que tengáis una buena noche! —dijo con una sonrisa María Luisa Gabriela, y se retiró, dejando allí a las dos parejas mientras se despedían de los otros invitados que acudieron en masa a despedirles.

La princesa de los Ursinos se quedó un rato más esa noche. También ella las felicitó y les deseó la mayor felicidad. Parecía estar muy a gusto en la fiesta y estuvo hablando mucho rato con el viejo príncipe de Castelferrato y el conde de Canilleros, que estaban ya haciendo planes para la visita de las posesiones extremeñas de este último, en la villa de Brozas, antigua encomienda mayor de la orden de Alcántara, lugar de nacimiento del famoso Nicolás de Ovando, primer gobernador de Indias, y donde poseía un hermoso palacio. Las dos jóvenes parejas se despidieron de los dos viejos señores, que les dieron sus bendiciones y fueron saliendo del gran salón para ir a sus respectivas casas en el centro de Madrid.

Durante los días siguientes no se vio a los marqueses de San Antonio ni a los de Santa Ana por la capital. Habían disfrutado cumplidamente de sus respectivas noches de bodas y estaban de luna de miel, conociéndose más y gozando de sus amores, en sus casas, ajenos al mundo exterior, que tampoco quiso molestar su intimidad.

La reina estaba encantada al no recibir ninguna noticia. Imaginó que ambas eran felices y esperó con paciencia a que salieran de sus respectivas nubes de felicidad para hablar con ellas.

—No hay noticias de ellas; eso son buenas noticias —dijo a la princesa de los Ursinos, y ésta asintió.

—Seguro que lo están pasando bien. Son jóvenes y se aman, como vos deseabais, majestad.

El asunto de la boda de las marquesas quedaba zanjado con éxito. Ahora había que regresar a la realidad de lo cotidiano. Los asuntos de Estado no podían esperar. Las finanzas seguían siendo el peor caballo de batalla de los ministros españoles, que continuaban intentando mejorar la maltrecha hacienda, y la reubicación del estado se estaba produciendo con los decretos de Nueva Planta que reformaban los consejos, disminuyendo sus miembros y haciéndolos más ágiles y manejables. Los nobles de Aragón estaban revueltos por la disolución de su Consejo, comenzando por su presidente el conde de Aguilar y siguiendo por los duques de Montellano y de Montalvo, y había que tranquilizarles.

A finales de febrero, el mariscal, duque de Berwick, partía hacia Versalles, cediendo, antes de hacerlo, al hijo único de su primer matrimonio con Honora de Burgh, Jacobo Fitz James Stuart, el ducado de Liria y Xericá. Su hijo se quedaría en Madrid, donde iba a contraer matrimonio con una dama española, ocupándose de sus asuntos y propiedades en España. Las operaciones militares en España quedaban definitivamente al mando del duque de Orleans.

Aprovechando la relativa calma del momento, la princesa de los Ursinos recomendó a los reyes, con el apoyo de Amelot y de Melchor de Macanaz, eficaz ministro español, la convocatoria de unas cortes generales de los reinos peninsulares, para el juramento del príncipe Luis. Era un modo de continuar ganando adeptos, por medios políticos, que fue inmediatamente secundado por la corona. Se hizo la convocatoria de Cortes a las ciudades de Castilla y Aragón para el juramento del heredero, ante la furia y la impotencia del archiduque Carlos, que veía cómo Felipe V se afianzaba cada día un poco más en la corona y que él no podía hacer nada, ya que no contaba con fuerzas sino para mantener las plazas que estaban en su poder, y aun esto con dificultad.

Su preocupación se haría mayor cuando supo que habían acudido a Madrid los representantes de todas las ciudades con derecho a voto en Cortes de Castilla, más la mayoría de las de Aragón, incluyendo Zaragoza, Huesca y Teruel, las tres ciudades más importantes para la jura. Eran más de doscientos delegados y autoridades los que el día 7 de abril de 1708 juraron solemnemente a don Luis Fernando de Borbón y Saboya como príncipe de Asturias y de Viana, título éste del heredero de la corona de Aragón, y a la breve ceremonia siguió un ágape para los delegados.

Los reyes de España estaban sabiendo aprovechar tan bien los momentos de sosiego como la onda expansiva del triunfo militar, para continuar afianzándose en el trono. Por eso, lo que menos deseaban en ese momento era tener que librar una sorda batalla en campo propio, como parecía que podía suceder si el duque de Orleans, que comenzaba a mostrar más abiertamente sus pretensiones, seguía por el camino de la

conspiración.

La princesa de los Ursinos, a través de su red de informadores, se había hecho con una carta del duque al marqués de Villarreal que, si no era sediciosa, poco le faltaba y donde el duque se permitía hacer comentarios acerca de su primo el rey que eran de una ligereza cuando menos inadecuada para alguien que comandaba sus ejércitos. Cada vez se veía más a las claras que lo que Orleans deseaba era una corona. Se consideraba mejor dotado que el rey de España para reinar, y sin tener en cuenta que no tenía derecho a ello, y que era primo hermano, además, de la reina, estaba comenzando a hollar un camino que le llevaba a terrenos peligrosos.

En los meses siguientes, la vigilancia de la princesa dio nuevos frutos. Se hizo con nuevas cartas del duque, dirigidas a algunos grandes, en que sus proyectos de fondo comenzaban a traslucirse. Y además hubo algunos, como el leal duque de Escalona, que pidieron audiencia privada con el rey para decirle en secreto que el duque de Orleans había acudido a casa de su hijo, el virrey de Aragón, conde de Santisteban de Gormaz, y que le había dirigido unas más que dudosas palabras que rozaban la traición y que, ante la frialdad del virrey, luego había mantenido su sangre fría y había temporizado y bromeado, cambiando de tema. En su orgullo desmedido, Orleans se atrevió incluso a escribir a la princesa de los Ursinos, recordándole su vieja amistad parisina y diciéndole que siempre la apreciaría y que consideraba que sus servicios a la corona eran esenciales en toda ocasión y lugar, cosa que era igualmente interpretable de modo ambiguo y poco favorable al duque.

La situación era tan desagradable que el rey pidió a su abuelo que revocara el nombramiento de Orleans y lo llamara a Francia, por las razones secretas que le comunicaba. Pero Luis XIV no podía hacerlo en ese momento. Los aliados habían realizado una nueva ofensiva contra Francia y tras los intentos franceses de neutralizarlos, con la eficaz intervención de Berwick en la fortificación de las fronteras, la situación seguía como antes, con el peligro de una invasión aliada que se cernía, mientras que la situación financiera de Francia, que llevaba sosteniendo la guerra en Europa y la de España, comenzaba a ser también dramática.

En junio, como si fuera un inocente y leal general del rey Felipe V, el ambicioso e intrigante duque de Orleans sitiaba Tortosa, en Cataluña. Su genio militar indudable y su afán de victoria le llevaban a cerrar el cerco del territorio dominado por Carlos de Austria.

En ese mismo tiempo se produjeron cambios en el ejército austríaco en la Península, el mariscal Starhenberg fue nombrado comandante supremo de las tropas en la Península, y el cansado y derrotado conde de Galway fue sustituido por Stanhope, que como primera empresa se proponía liberar a Tortosa del cerco. El intento anglo-imperial fracasó porque la plaza caía en poder del duque de Orleans, el día 11 de julio de 1708, y según llegaron noticias a la corte de Madrid, el siempre tan comedido archiduque perdió la compostura y gritó su furia a los ministros de su consejo en Barcelona, mientras en Madrid los reyes podían sonreírse ante los

problemas de su rival. Ello no obstante, aún no estaba dicha la última palabra. Había demasiados intereses y territorios en juego.

En agosto llegaba a Barcelona la prometida del archiduque, la bella Elisabeth von WolfenBüttel, que era de sangre tan alemana como el archiduque, y se celebró su boda por el arzobispo de Barcelona, intentando hacer, a imitación del bautizo del príncipe de Asturias del año anterior en Madrid, un acto de propaganda, con grandes celebraciones.

Y si bien eso no despertó nuevas lealtades, lo que sí fue cierto es que la gran flota inglesa que llevó a la prometida del archiduque a Barcelona aprovechó el viaje para conquistar la isla de Cerdeña en agosto y, en septiembre, la isla de Menorca, que quedaría como botín inglés durante algunos años, pues era una plaza estratégica tan importante y mucho más grande que el peñón de Gibraltar.

La toma de las islas, como la de algunas del Caribe, ponía de manifiesto uno de los mayores problemas de las Dos Coronas, la debilidad de su flota. A los virreinos de América se había dado la orden de que defendieran con sus recursos los territorios del imperio y, en gran medida y con muy pocas pérdidas, el imperio americano entero se mantuvo por sí mismo fiel a Felipe V, con las dos escuadras españolas que protegían aquellos territorios de las incursiones de corsarios ingleses y holandeses, sin que hubiera severas pérdidas territoriales.

El final del año comenzó a teñir de sombras el futuro. Francia estaba exhausta. Además, los aliados conseguían dar un golpe muy doloroso a Luis XIV, al conquistar la importante ciudad de Lille, lo cual dejaba abierto el camino de París. Sólo un pequeño número de guarniciones separaba a los aliados del triunfo definitivo. El frío terrible que cayó sobre Europa, en el peor invierno que se recordaba en todo el larguísimo reinado de Luis XIV, de momento, sirvió para contener el avance enemigo, pero prometía hambre para el año siguiente por la pérdida de cosechas.

En la corte de Madrid, María Luisa Gabriela y Felipe V tenían el gusto de saber que la reina estaba embarazada de nuevo, cosa que fue celebrada como un hermoso regalo de Navidad, pero a pesar de esa alegría tan íntima seguían con creciente inquietud el avance de los acontecimientos que ensombrecían el panorama europeo. Sólo en la España peninsular las cosas iban bien para los Borbones, aunque se estaba viendo que Luis XIV estaba al borde de la capitulación.

Los aliados, comprendiéndolo, se prepararon a negociar y pensaban exprimir todo lo posible al anciano rey, que aún resistía, como un titán, el embate de todos sus enemigos al mismo tiempo y por todos lados, en tierra y mar. La pregunta era: ¿hasta cuándo resistiría su corazón? ¿Hasta cuándo lo haría Francia?

1709

Muerte en Madrid**Jaque a la reina blanca****El ultimátum de los aliados**

En España las cosas estaban tranquilas de momento, sobre todo porque el duque de Orleans había regresado a Francia en invierno de 1708, haciendo que las preocupaciones de los reyes de España y de la princesa de los Ursinos por sus intrigas menguaran. El invierno había sido terrible; el más frío en cincuenta años y se agradecía que acabara. Además, había habido unas terribles inundaciones en Andalucía, provocadas por el desbordamiento del Guadalquivir, que habían dado lugar a una gran mortandad en Sevilla y Córdoba, pero en Europa las cosas habían sido aún peores, porque los fríos habían sido terribles y las lluvias aún más inmisericordes, dejando regiones enteras anegadas de Francia y Alemania, lo cual iba a provocar carestía de cereal y enfermedades.

La primavera de 1709 comenzaba a anunciarse en un claro día de marzo en que el sol caía de plano sobre los tejados y cúpulas de la capital de España, en medio de unas nubes que sólo lo enmascaraban breves ratos y que se estaban deshaciendo ante el calor del astro rey. María Luisa Gabriela, que llevaba varios días preocupada por su amiga la marquesa de Santa Ana, muy avanzada en su embarazo, había acudido a su casa para verificar qué era lo que le pasaba y había ordenado que se le adelantara el cirujano de palacio y el boticario del rey, por si había algún remedio eficaz que aliviara sus molestias. Ana Frattini, que estaba de ocho meses, llevaba sin sentirse bien más de diez días y tanto su marido como su hermana Antonia y la reina estaban cada vez más inquietos por su salud, porque se esperaba el alumbramiento de su primer hijo para el mes de abril.

El mayordomo de la casa y dos criados de librea esperaban en la puerta y se abrieron los portalones de la gran casa para que pudiera entrar el discreto coche de caballos sin enseñas en que la reina había salido para ver de incógnito a su amiga. María Luisa Gabriela descendió del vehículo y se encontró con la marquesa de San Antonio, que salía a recibirla y acompañarla hasta la cámara de su hermana.

—Hola, Antonia —dijo dándole un abrazo, que su amiga recibió con gusto—. ¿Cómo está Ana hoy?

—No muy bien, majestad. Pero espero que su indisposición sea sólo una consecuencia de su avanzado estado de embarazo —dijo la marquesa de San Antonio, quitando importancia al asunto y usando el tratamiento protocolario, como siempre que había público.

Era consciente de que el mayordomo de su hermana estaba delante de ellas,

oyéndolas, y no quería decir nada que pudiera dar pábulo a rumores en la casa.

—Ya comprendo. Seguro que no es nada grave —dijo la reina, siguiéndole el juego—. De todos modos, me apetecía venir a verla y, ya que he ido de visita al convento de clarisas de aquí al lado, he decidido pasarme para traerle unas yemas de las monjas, de esas que tanto le gustan, y así aprovecho para estar un rato a solas con vosotras dos, fuera de palacio.

—Seguro que Ana os lo agradecerá mucho.

—Qué tontería. Es sólo un detallito.

—¿Y vos, majestad? ¿Cómo lleváis vuestro embarazo?

—Gracias a Dios, sin muchos problemas. Parece que las náuseas y los mareos han pasado ya, lo cual me congratula porque sin duda es lo más molesto, y ahora sólo me queda esperar a que crezca dentro de mí durante unos meses más.

—Nacerá en agosto, ¿no?

—Sí. El médico del rey me ha dicho que a principios de ese mes se producirá el alumbramiento, si no se me adelanta por eso de la luna.

—La verdad es que se os ve con buena cara y rebosante de salud. Y ya se va notando la tripita.

—Sí. Ya se empieza a marcar y comienzo a sentirle moverse por dentro. Es una hermosa sensación. ¿Y tú, Antonia? ¿Para cuándo nos darás la alegría?

—De momento, nada, majestad. Creí estar embarazada hace unas semanas, pero pronto comprobé que sólo era un deseo mío, porque aunque el período se me había retrasado un tanto, regresó como si nada una semana más tarde de lo debido y acabo de volver a tenerlo.

—No pasa nada. Acuérdate de mi caso. Seis años esperando en balde y ahora, dos embarazos en dos años seguidos.

—Sí. Ya vendrá cuando Dios quiera. Os confieso que tampoco tengo prisa. Soy muy feliz y prefiero estar disponible ahora, por si vos me necesitáis.

La reina comprendió muy bien que también quería decir que le gustaba poder estar a la plena disposición de Ana, que en verdad estaba mucho peor de lo que decían en público. El mayordomo abrió la puerta de la antecámara de su señora e iba a seguir adelante, pero la marquesa de San Antonio le dio órdenes de que las dejara solas.

—Como gustéis —dijo, y se retiró de espaldas, cerrando la puerta que daba al pasillo detrás de él.

Las dos amigas se quitaron entonces las máscaras.

—Dime, Antonia, ¿cómo está de verdad?

—Ya lo verás tú misma, Luisa, pero yo estoy muy preocupada. Se la ve muy mala. Ha perdido el color. No tiene fuerzas, vomita mucho y encima está comenzando a sentir dolores de vientre cuando el parto no debería producirse hasta el mes que viene. Y todo en poco más de una semana.

—¿No la habrán envenenado?

—¿Quién y por qué, Luisa? No hay motivo. Ana es la criatura más buena y encantadora que conozco. No tiene malicia. Se desvive por todo el mundo. Siempre está sonriendo; siempre de buen humor; siempre tiene una buena palabra o unas monedas para los afligidos; visita a los pobres; trata con cariño a todos, incluidos sus criados, desde el primero al último. No tiene enemigos...

—Pues no lo entiendo. Apenas hace diez días estábamos las tres encantadas en la recepción del príncipe Pío y ahora hemos aquí sin saber qué le pasa, mortalmente preocupadas. ¿Qué ha dicho el médico que envié?

—No ha sido muy tranquilizador. Dice que no se la puede sangrar, como había ordenado el otro que la estaba viendo, porque puede debilitarla demasiado y eso adelantaría el parto, con peligro para el niño. Le ha recetado unas hierbas para que sea capaz de retener algo de lo que come, porque está perdiendo peso y eso tampoco es conveniente, y me ha dicho que le preocupa verla tan decaída.

—Parece mentira. Con lo contenta que estaba y la buena cara que tenía.

—Sí. Gregorio, su marido, está nerviosísimo. No sabe qué hacer. Se ha ido a dar una vuelta, para tranquilizarse, porque Ana ve su inquietud y eso no le conviene.

—Entremos ya, amiga mía.

—Pasa, Luisa. Se alegrará mucho de verte —dijo abriendo la puerta y dejando entrar a la reina delante, en el aposento de su hermana.

La habitación era bastante amplia. La marquesa estaba recostada en su gran cama portuguesa, doselada, de caoba, con hermosas columnas torneadas, rematadas en sobrios capiteles, que unían unos listones de madera que soportaban el rico terciopelo granate del dosel, que caía sobre el lecho unos treinta centímetros y que remataba una cinta bordada de plata. Encima de la cabecera de la cama, bajo el dosel, había colgado un rico Cristo de marfil, sobre un crucifijo de ébano.

Por las dos grandes ventanas de la estancia entraba la luz del mediodía, dejando que los rayos del sol lamieran la hermosa alfombra de cuenca amarilla y ocre y los respaldos de terciopelo de las jamugas de madera, que lucía orgullosos los escudos de los condes de Santa Ana y de Galeano, enlazados. En la pared destacaba una hermosa tabla de una virgen de la leche del Divino Morales, que Ana había comprado a un noble extremeño, y una serie de doce cuadros de vistas de Nápoles, que estaban muy bien pintados y mostraban que el conde gustaba de recordar su ciudad. Pero lo que destacaba en la habitación era un soberbio mueble italiano de madera ebonizada del siglo XVII, cuyos cajones estaban adornados con lapislázuli y piedras duras, haciendo unos hermosos dibujos.

La marquesa de Santa Ana, al ver quién era la visitante, intentó levantarse.

—Luisa, por Dios, ¿cómo se te ha ocurrido venir? Y yo aquí, en la cama, moribunda.

—Sí, Ana. Ahí es donde vas a seguir. ¿Cómo te encuentras hoy? —dijo la reina acercándose hasta el lecho y tomando la mano de su amiga, mientras Antonia acercaba un poco más al lecho el sillón que había ocupado antes, para que María

Luisa Gabriela pudiera sentarse.

—Muy débil, Luisa, y muy enferma. No le veo salida a lo que me pasa. Duermo mal, apenas como y siento que a veces me falta el aire, como si me quedara exhausta, sin posibilidad de respirar. Y me preocupa mucho que está comenzando a dolerme la barriga de un modo extraño y que no siento al niño moverse dentro de mí desde hace días.

—No te angusties, Ana. Seguro que el niño está bien y tú estarás mejor muy pronto.

—Dios te oiga, Luisa. De verdad, tengo un presentimiento muy malo. Hace ya dos noches que sueño con una profunda oscuridad que cae sobre mí y yo no puedo hacer nada. Entonces me despierto, dentro de mi sueño, en un extraño paisaje de luz irreal, donde todo tiene un aspecto amenazador, en silencio, y está completamente vacío. Yo corro, sin saber por qué, por un camino de tierra pesada que parece ordenarme seguir adelante, a pesar de que apenas puedo distinguirlo, porque se difumina en el oscuro paisaje. Entonces, cuando ya no lo veo más, me doy cuenta de que estoy en una explanada y siento que alguien o algo me observa, pero miro a los lados y no veo quién es. Sigo corriendo hasta llegar al centro del inmenso lugar donde se distingue una columna o algo así y entonces, al acercarme, veo a un enorme cuervo, amenazador, que no está sobre una columna sino sobre la rama rota de un árbol muerto, que debió ser gigantesco, pero cuyo tronco se ha partido a media altura, hendido por muchos rayos, quebrantada su fuerza. Y cuando nota que le he visto, entonces se arroja sobre mí y me despierto, aterrada y envuelta en sudor.

—¡Qué desagradable pesadilla! Te voy a enviar agua bendita para que los malos sueños dejen de perturbarte. Desde luego necesitas descansar.

—Luisa, tengo el presentimiento de que me voy a morir.

—¿Qué dices, criatura?

—Sí. No sé por qué, pero estoy segura. Algo me dice que no saldré viva del parto.

—No debes hablar así, hermana —dijo Antonia, yéndose al otro lado del lecho y cogiéndole la otra mano—. Ten fe, que Dios no dejará que te pase nada.

—Tengo una fe inquebrantable en Dios y en la Virgen, Antonia. Ya lo sabes. Y precisamente por eso no temo a la muerte. Y también sabes que, cuando me asalta uno de mis presentimientos, no me equivoco nunca.

—No debes pensar así, Ana. No te conviene nada —dijo la reina con dulzura—. Tu estado de debilidad te está confundiendo. Ya verás cómo todo se clarifica cuando venga el niño.

—Eres una amiga maravillosa, Luisa. Me vas a permitir que abuse de ti, una vez más. Si me pasa algo, por favor, ocúpate de mi hijo. Protéjele y protege a mi querido esposo, que seguro que querrá hacer alguna tontería. Ya sabes cómo son los hombres.

—No te va a pasar nada, Ana.

—Por favor, Luisa. Prométemelo.

—Ana, te prometo que me ocuparé de tu bebé y además tú lo verás crecer a mi

lado. Si es niño, haremos del joven heredero de vuestra casa todo un señor, y si es niña, cuenta con que te ayudaré á malcriarla con muchísimo gusto.

—Y yo también —dijo Antonia—. Ya que de momento no tengo hijos, me encargaré de hacer insoportables a los tuyos, hermanita.

—A ti, ni te lo pregunto, Antonia. Sé que te volcarás con mi criatura. No sabes la pena que me da dejarte aquí. Menos mal que está Luisa y tu marido.

—Me estás poniendo los pelos de punta, Ana. No sigas por ese camino.

—Hazle caso a tu hermana, amiga mía. Creo que tu humor es demasiado lúgubre.

—No lo creáis así. Yo sólo estoy intentando expresar lo que siento por dentro. Vosotras dos sois, junto a esta criatura que llevo dentro y que tanto me preocupa y mi esposo, las personas que más quiero en el mundo y por eso, ahora que aún puedo, quiero deciros...

—De verdad, Ana. Me estás comenzando a preocupar muy en serio con tu discurso.

—No es mi intención, Luisa. Sólo que siento que se me está yendo la vida, como si fuera un odre que tuviera un agujero por un lado que no se puede reparar y se estuviera vaciando a toda velocidad. Pues así me siento, como si mi fuerza vital se estuviera agotando muy deprisa.

De repente, la cara de Ana Frattini se transformó en una mueca de dolor. La marquesa no dijo nada, pero se contrajo con un espasmo de dolor y cerró los ojos durante un instante. Luego, cuando los volvió a abrir, había en ellos una expresión muy inquietante, como de delirio.

—Antonia, ve a buscar al médico —dijo la reina.

La marquesa de San Antonio salió aprisa de la habitación en busca del galeno.

—¿Qué sientes ahora, Ana?

—Siento un dolor que crece dentro de mí, que se extiende por todos lados y me paraliza y acaba con mi resistencia. Dios mío, Luisa, perdóname por este triste espectáculo.

—Ana, no digas sandeces. Soy tu amiga y me alegra estar aquí contigo. Sigue hablándome. Procura no pensar en el dolor.

—No puedo. Es como un cuchillo ardiente; como un fuego que me quema por dentro. ¡Cuida de los míos, Luisa! ¡Por favor! —dijo, y perdió el sentido.

Antonia había regresado con el médico, que al ver que la marquesa de Santa Ana se había desmayado, le tomó el pulso y la miró con preocupación y luego levantó las sábanas para palpar la barriga, pero cuando la joven quedó a la vista, comprobó que estaba sangrando por abajo.

—Marquesa, ordene, por favor, que venga una comadrona, ¡rápido!

Antonia tiró de un cordón al lado de la cama, y el mayordomo, que debía de estar al otro lado de la puerta, escuchando preocupado, entró en un momento.

—Fermín, vaya a buscar a una comadrona. ¡Rápido! El parto de la señora marquesa se está adelantando.

—La Eufemia está en la cocina, señora marquesa. Había pasado a interesarse por la señora.

—Pues, en buena hora. Vaya usted a buscarla y que venga rápido. Y dígale a la doncella de la señora que también venga con ella, para asistirle.

El hombre salió corriendo a ocuparse del encargo, con un gran susto en el cuerpo. Aquello no era una buena noticia. Era demasiado pronto para que el niño viniera al mundo. Aún faltaba más de un mes para que la señora marquesa saliera de cuentas. Algo no iba bien.

Al cabo de pocos minutos regresaron. La reina se había apartado, a un lado, y sentado detrás de un biombo bajo, desde donde podía ver el lecho sin molestar, y había cubierto su rostro con un velo, para que la impresión de ver a su majestad en la habitación no distrajera a la partera, que debía actuar a toda velocidad.

María Luisa Gabriela veía, como en un sueño, tras el velo, a la mujerona entrada en carnes que había quitado toda la ropa de la cama y que estaba palpando el vientre de Ana Frattini, con mano experta.

—El niño viene muerto y está envenenando a la madre —dijo la Eufemia con voz tensa. Antonia Frattini se sentó en el sillón, de la impresión—. Hay que sacarlo cuanto antes. —Y poniendo manos a la obra, se esforzó para intentar sacar a la criatura del vientre de la señora.

El cirujano y ella estuvieron sobre la marquesa de Santa Ana, durante mucho rato. El feto venía al revés, tenía dos vueltas de cordón al cuello, lo que probablemente lo había estrangulado hacía algunos días, y estaba comenzando a descomponerse dentro de la marquesa. De ahí, los dolores que ésta había sentido y su creciente debilidad. Normalmente, cuando esto pasa, el cuerpo de la madre reacciona y provoca el parto, eliminando así el peligro de envenenamiento, pero en este caso no había sido así. La reina no quería mirar la carnicería que el cirujano y la partera estaban realizando para sacar cuanto antes la criatura muerta e intentar salvar a Ana, pero se veía que estaban teniendo dificultades.

Ana estaba perdiendo mucha sangre. La hemorragia no paraba y además no había recobrado el sentido. De repente, el trajín alrededor de la cama cesó tras un tiempo que ni la reina ni la marquesa de San Antonio sabían si había sido mucho o poco, impactadas como estaban por el terrible espectáculo.

—La señora marquesa de Santa Ana ha muerto, desgraciadamente —dijo el cirujano mirando a la reina compungido.

María Luisa Gabriela se quedó muda. No podía decir nada. Bajo su velo, su tez se había tornado muy pálida. No podía creerlo. ¿Cómo era posible que Ana se hubiera muerto así, tan de repente?

—Dios mío —sollozó Antonia, reaccionando y levantándose a cerrar los ojos de su hermana, que se habían quedado abiertos, sin vida, mirando al dosel de su lecho—. ¡No puede ser! Mi querida hermana muerta. ¿Qué voy a hacer yo ahora?

La reina se levantó con toda su dignidad y ordenó a los servidores que salieran.

—Llaman a un cura, rápido —dijo—. Que venga con urgencia con los santos óleos y agua bendita.

El cirujano tapó el cuerpo con delicadeza antes de salir. El bello rostro de la marquesa de Santa Ana estaba sereno.

La reina se acercó hasta Antonia Frattini y la abrazó con profundo cariño.

—Ella está en paz, amiga mía. Nos ha dejado con la palabra en la boca, como siempre —dijo, mientras dos gruesas lágrimas caían por su rostro.

—¿Qué voy a hacer sin ella? ¡Qué horrible tragedia! Me asusta pensar en la reacción de su marido.

—Yo se lo comunicaré en persona, Antonia. Así se verá obligado a la serenidad, pero es un golpe que no va a ser fácil de encajar para ninguno de nosotros. Encendamos unos cirios para que iluminen el camino de los ángeles hasta aquí para que venga a buscar a Ana, que era uno de ellos en la tierra, y luego recemos un rosario a la Virgen, que nos ayude a nosotras a aceptar esta terrible pérdida.

* * *

La muerte de Ana Frattini había sido un duro golpe para la reina. Su esposo, el conde de Galeano, había pedido reincorporarse a la guardia o incorporarse al ejército. Pensando en lo que mejor le podía ir, se le había concedido el mando de un regimiento en el ejército que comandaban el marqués de Bay y el conde de Montemar, en la frontera portuguesa, para que pudiera alejarse de Madrid un tiempo. El joven conde estaba realmente destrozado por el golpe de perder al mismo tiempo a su esposa y a su hijo y María Luisa Gabriela pensó que quizás, al poner un poco de distancia entre él y la capital y corte, le ayudaran a asumir mejor su dura pérdida.

Tras el fallecimiento de Ana, la reina estuvo más unida que nunca a Antonia, la hermana superviviente. Juntas lloraron la pérdida de la encantadora marquesa de Santa Ana, que dejaba un vacío muy grande que nada era capaz de llenar. La princesa de los Ursinos también le había mostrado a Antonia Frattini su simpatía y su aprecio en aquellos duros momentos, ocupándose de que la marquesa de San Antonio no se quedara en casa cuando la reina no podía estar con ella y manteniéndola ocupada en diversos actos de caridad, donde al menos Antonia no pensaba durante unas horas en la tragedia familiar. Y si esos momentos eran duros para ella, también lo eran para España, pero por motivos diferentes.

El rey y la reina estaban llenos de preocupaciones porque había peligro en el ambiente. Felipe V y María Luisa Gabriela sólo tenían como motivo de contento el que Luis XIV hubiera comprendido que las sospechas de su nieto, el rey de España, de que el duque de Orleans conspiraba contra él para hacerse con el trono tenían cierto fundamento y había preferido no enviar a Orleans a España en 1709 y evitarle así la tentación de conspirar. Pero ahora la conspiración de Orleans era casi un asunto

menor. Lo complicado del gobierno de la nación que se resistía en muchos lugares, como Aragón y Valencia, a los cambios que estaba imponiendo, la política centralista de la nueva dinastía y las terribles noticias del frente europeo, en que los franceses temían una invasión general del reino, no habían ayudado nada a devolverles el buen humor ni la tranquilidad.

La bancarrota francesa en la primavera de 1709 y la situación política y militar estaban llevando a Luis XIV a no poder seguir apoyando a España y así lo había escrito a su nieto, dando lugar a una severa preocupación en la corte. Era evidente que no sólo los problemas económicos motivaban esta decisión, sino que los aliados estaban detrás de eso. Las negociaciones de La Haya, que habían recibido a los emisarios del rey de Francia con prepotencia, habían llevado a Luis XIV a una situación complicada que, de momento, estaba dando como resultado posible la retirada de las fuerzas francesas de la Península, como paso previo a la búsqueda de la paz.

Pero ¿iban a aceptar los aliados a Felipe V en el trono, una vez derrotado Luis XIV? María Luisa Gabriela, Felipe y la princesa de los Ursinos sabían que no. Probablemente pretenderían que el rey de Francia forzara a su nieto a abdicar y, adelantándose a la petición, el rey de España le había escrito una carta muy firme. Le decía:

Dios ha puesto la corona de España sobre mi cabeza; no la abandonaré mientras tenga fuerzas. La mantendré mientras tenga una gota de sangre en mis venas. Se lo debo a mi conciencia, a mi honor, al amor que recibo de mis súbditos.

Nunca abandonaré España, mientras tenga vida; antes bien, perecería luchando por cada trozo de su suelo, a la cabeza de mis tropas.

Era una declaración formal de intenciones y suponía que Felipe V y María Luisa Gabriela habían madurado, se sentían reyes de España y se quedaban en sus reinos, pasara lo que pasara, con o sin el apoyo del rey de Francia, contando incluso sólo con sus súbditos. Y la verdad era que, en la primavera de 1709, en España la guerra aún iba bien. En abril, los ingleses habían capitulado en Alicante, entregando la fortaleza a las tropas de Felipe V y retirándose en sus naves y, en mayo, el marqués de Bay derrotó severamente a los portugueses en la frontera extremeña.

El conde de Galeano, coronel de un regimiento de caballería, había estado especialmente valiente y había contenido el avance de un escuadrón de la caballería portuguesa, atacándoles frontalmente y derrotándoles severamente, lo cual había facilitado la victoria de las tropas de Felipe V. En el combate, había mostrado un valor casi temerario y había sido herido dos veces, pero una vez vendadas sus heridas, había retomado su lugar, al mando de su regimiento, y continuado acosando al enemigo hasta la definitiva victoria. Se había destacado tanto, que el propio marqués de Bay había escrito al rey, alabando la conducta del joven coronel.

De todos modos, esas victorias no les llevaban a errores. Amelot, la princesa de los Ursinos y los reyes de España sabían que el peligro que se cernía sobre el trono de

los Borbones españoles venía de fuera, no del reino. El deseo de los aliados de sacar el mayor partido de la derrota militar de Francia iba a unirse a lo comprometido de su situación financiera y al deseo de Luis XIV de conseguir la paz como fuera. Y la espada de Damocles que pendía sobre España ahora era una rendición incondicional del rey de Francia ante los aliados, en La Haya, donde se estaba negociando la posible paz. En junio, Luis XIV anunciaba a Felipe V, de modo lacónico, que se veía obligado a retirar las tropas francesas de la Península. Los temores de la corte de Madrid comenzaban a hacerse realidad. ¿Podrían sostenerse en el trono de España sin ayuda de Francia?

Ahora las cosas ya no eran como en 1701. Los reyes llevaban ocho años en España y habían pasado por muchas experiencias, buenas y malas. Ni él era ya el rey adolescente de diecisiete años, ni ella la reina niña de catorce, de ese entonces tan lejano. Ahora Felipe V, con veinticinco años, era un rey asentado en su trono que había peleado por él en Italia y en España al frente de sus tropas, con valor, y que era querido por su pueblo y María Luisa Gabriela, con veinte años, era la reina más querida por los castellanos desde Isabel la Católica, lo cual era mucho decir. Y Luis, el hijo de ambos, era español y ya había sido jurado como príncipe de Asturias y de Viana, y venía otro en camino.

Y en ésas, llegó el mes de julio. Faltaba todavía un mes para el final del embarazo de la reina, cuando probablemente, como consecuencia de todas las preocupaciones de la situación de España, al levantarse la mañana del día 2 de julio, María Luisa Gabriela sintió unas contracciones inesperadas y se preocupó, porque el parto no estaba previsto hasta principios de agosto. Inmediatamente le asaltó el recuerdo de su amiga Ana. Hacía ya casi cuatro meses de la muerte de Ana Frattini y María Luisa Gabriela seguía recordando aquel día como si fuera ayer. La proximidad de su parto también prematuro le hacía temer algo malo. Intentó desechar ese pensamiento, sabiendo que no le convenía nada, y llamó a su camarera mayor, para que la asistiera.

La princesa de los Ursinos llegó acompañada de Antonia Frattini, algo sorprendidas por la temprana llamada de María Luisa Gabriela, pero al ver su rostro descompuesto y preocupado, comprendieron inmediatamente que algo no marchaba bien y, cuando supieron de qué se trataba, las dos tuvieron la misma asociación de ideas que había tenido la reina, pero no lo dijeron.

La princesa salió a ordenar el zafarrancho necesario y Antonia la acompañó y animó hasta que regresó la princesa con el médico y las comadronas. El conde de la Corzana, mayordomo de la reina, había recibido la orden de ir a avisar al rey y a los grandes de servicio lo que estaba aconteciendo y se mandaron emisarios a los que no estaban en palacio para que acudieran si lo deseaban. El rey regresó a los aposentos reales, después de su confesión y su misa diaria, acompañado por el embajador Amelot.

La reina iba, en efecto, a dar a luz. El parto no fue demasiado difícil. Apenas un par de horas después de comenzar las contracciones, nació un niño endeble pero vivo.

De nuevo, era un varón y vino al mundo antes que llegaran a palacio la mayoría de los que tenían derecho a ver su nacimiento, de modo que hubieron de verlo ya vestido, porque por orden del médico se lavó y se vistió al niño enseguida, para evitar que perdiera calor, toda vez que era muy pequeño y poco pesado.

La reina respiró tranquila al ver que el niño estaba vivo y que había llorado, y se durmió, exhausta por el esfuerzo. El médico habló en privado con el rey y con la princesa de los Ursinos y les dijo que, debido a su prematuro nacimiento —se había adelantado cuatro semanas—, su vida corría serio peligro. Entonces Felipe V decidió bautizarlo con urgencia, y así se hizo, en la capilla real, vertiendo el agua en su cabeza el padre Robinet e imponiéndole los nombres de Felipe Pedro.

María Luisa Gabriela no se recuperó bien del alumbramiento. A los dos días le comenzaron unas fuertes fiebres posparto, que la hacían temblar de frío a pesar del calor de la estación veraniega, y que los médicos no lograban cortar por más que aplicaron todos los remedios conocidos. Días después, las fiebres se le complicaron con la aparición de unos abultados ganglios cervicales, en la parte trasera del cuello, que le molestaban mucho y la afeaban. Ella, siempre tan coqueta, y deseosa de seguir estando hermosa para el rey, incluso en medio de la fiebre, los ocultaba, anudándose pañuelos al cuello para que no se notaran. Sentía como si fuera la reina blanca del ajedrez y la muerte, asumiendo el papel de la reina negra, le estuviera dando un primer jaque, como probándola. Pero ella pensaba enrocarse y resistir. No se iba a rendir fácilmente.

El infante Felipe Pedro murió el día 9 de julio, pero la reina no recibió la noticia hasta el día 21, de boca del rey, porque todos habían estado demasiado preocupados con su salud y no querían que enterarse del fallecimiento de su nuevo hijo la debilitara o deprimiera. Sólo al verla fuera de peligro, se lo dijeron y María Luisa Gabriela se lo tomó con gran entereza, para admiración de todos. Asumió que la muerte de Felipe Pedro había sido por voluntad del Señor y se dedicó a rezar por el alma de su hijo, pasando muchas horas en la capilla durante los siguientes días, mientras iba recuperándose poco a poco de su debilidad y seguía preocupada porque los ganglios de su cuello no acababan de desaparecer y continuaban molestándola.

La muerte del infante provocó la desaparición del resto de alegría que quedaba en palacio en ese tiempo. El verano de 1709 fue opresivo y duro, como si el fantasma del niño provocara una tristeza que caía sobre todos, como un velo de melancolía. Además, no había dinero en España ni en Francia, aunque las finanzas españolas estaban bastante mejor y comenzaban a dar fruto las reformas de la hacienda permitiendo al menos que los ingresos cubrieran los gastos ordinarios, aunque los extraordinarios de la guerra seguían estando por encima de las posibilidades presentes. Para agravar el asunto, la princesa de los Ursinos descubrió una nueva conspiración que pretendía asesinar a los reyes, a la salida de palacio, durante una procesión. Se ordenó tirar de los hilos de la conjura a los alcaldes de corte, quienes sabían hacer bien su trabajo. Torturaron a conciencia a los esbirros capturados, que

iban a llevar a cabo el magnicidio. Éstos eran dos desertores del ejército del rey y, en el potro, confesaron que los que los habían contratado eran dos secretarios del duque de Orleans: Regnault y Flotte.

La princesa de los Ursinos, que seguía muy de cerca el asunto, lo comunicó inmediatamente a la reina y al rey. Por fin había algo más que sospechas de las intenciones de Orleans. Con toda discreción, se procedió a la detención de los dos secretarios, que fueron interrogados sin miramientos, pasando también por el potro, donde el verdugo de la capital se ensañó con ellos. Lo que confesaron bajo tortura dejó muy cabizbaja a la princesa.

Había en efecto una conspiración en la que participaban varios grandes de España cuyos nombres los dos no conocían, pero sí el hecho de que la encabezaba un noble aragonés, el marqués de Villarreal, que además era coronel del ejército del rey. Se dio la orden para su inmediata y discreta detención y que se procediera a su interrogatorio, pero el noble aragonés, aprovechando un descuido de los carceleros, en Zaragoza, teniendo como tenía prevista la contingencia de ser descubierto, consiguió escaparse con la ayuda de sus hombres y se pasó al territorio del archiduque Carlos, al que en adelante serviría.

Para acabar de provocar malestar en la corte, se produjo la temida llamada de regreso a Francia de todos los generales y funcionarios franceses. La claudicación de Luis XIV frente a los aliados suponía un duro golpe para Madrid, porque se iba a ir Amelot, el artífice de las principales reformas de los últimos cinco años que había sido un excelente ministro de los reyes de España, un gran colaborador de la princesa de los Ursinos y que, sin duda, desde el duque de Harcourt, era el enviado francés más querido por los castellanos. La única que se iba a quedar, ya de modo definitivo, al servicio de la reina era la princesa de los Ursinos. Ana María de la Tremoille había ligado su suerte a la de sus reyes, para bien o para mal. Uno a uno, fueron haciendo sus equipajes y dejando España. Uno de los últimos en partir fue el embajador Amelot con sus subordinados. El pueblo de Madrid le despidió con una muestra de afecto que le agradó y le sorprendió por lo inesperado. El buen ministro se iba con la cabeza bien alta, dejando un Estado en fase de reorganización, con la reestructuración de sus organismos muy avanzada, y al que faltaban sólo unos años de realizaciones para alcanzar la eficacia que se pretendía de un Estado centralizado y moderno, a costa de los particularismos regionales.

El rey, comprendiendo que no podía quedarse quieto en Madrid, mientras abandonaban el reino los franceses, decidió unirse al ejército del norte, para estar en el lugar que se consideraba más peligroso y más probable para un posible recrudecimiento de las hostilidades. El mariscal, conde de Montemar, llegó desde Portugal para acompañarle hasta unirse con las tropas del marqués de Villadarias. Felipe V sólo podía contar ya con sus generales españoles.

En ese ambiente enrarecido se produjo la derrota de Villars en Malplaquet, en Flandes, donde los franceses perdieron la batalla ante la enorme superioridad

enemiga. La victoria no guardó proporción con las severas pérdidas aliadas, pero forzó a Luis XIV una vez más a intentar una paz con grandes concesiones.

1710**Reinar es saber sufrir
y saber resistir**

El año de 1710 comenzó para el rey de España con presagios de dificultades. La reina estaba regular de salud, por más que intentara disimularlo, y el abandono de los franceses suponía un peligro tan grave que no sabía muy bien cómo conseguiría conjurarlo. Felipe V sabía muy bien que sólo el frío de la estación estaba reteniendo al archiduque en su feudo de Cataluña. Temía lo peor de la campaña de primavera, que podía ser una verdadera debacle para sus intereses y, no obstante, nunca como entonces se había sentido rey de España. Sin apoyos externos, veía más claramente que estaba llamado a esa corona que no había deseado pero que ahora mantendría hasta la muerte. Lo había meditado seriamente en conciencia y lo había hablado con su confesor y mantendría su posición hasta el final, cualquiera que fuera su destino. Sólo la prisión o la muerte podrían privarle de lo que el cielo le había dado. Ahora ya luchaba no sólo por él, sino por su hijo y su dinastía.

Sabía por su estancia en el campamento de Villadarias que los ejércitos españoles estaban ya bien entrenados, pero no tenían un armamento adecuado ni posibilidades de obtenerlo porque no tenía dinero para comprarlo ni quien se lo suministrara. Al retirarse de España, los franceses se habían llevado los grandes cañones y los nuevos fusiles, dejando a las tropas de Felipe V cargadas sobre todo de valor, pero con poca capacidad de luchar con éxito contra un ejército moderno y bien armado.

Y mientras el duro invierno hacía imposible la lucha, el rey regresaba a la corte para estar con María Luisa Gabriela. La reina, aunque procuraba disimularlo mostrándose alegre e intentando hacer una vida normal, seguía sintiéndose débil y estaba seriamente preocupada porque sus fiebres no cesaban. Al menos, los médicos habían decidido que no estaba aquejada de tisis, como se temió cuando, además, tuvo una bronquitis muy fuerte que la hacía toser de modo tan profundo que la dejaba exhausta, durante el mes de enero.

En febrero, María Luisa Gabriela se recuperó un tanto, a fuerza de voluntad y resistencia. No quería que su esposo pensara que era una pusilánime y empeñó toda su energía en comer más, en salir a pasear y en todo aquello que pensó que podía fortalecerla. Durante un tiempo pareció que la cosa funcionaba y al menos eso le hizo sentirse mejor. Los médicos, por su parte, aunque no daban con el remedio que devolviera plenamente la salud a la reina, mantenían que los males de María Luisa Gabriela no eran graves y que la fiebre acabaría remitiendo por sí misma, en breve, pero ella no acababa de estar de acuerdo. Había algo dentro de ella que no funcionaba; que la mermaba; que la cansaba. Algo indefinible que la vaciaba de

energía, sin que ella pudiera evitarlo. Desde el parto del infante Felipe, no había vuelto a sentirse como antes, por más que lo intentaba con todas sus fuerzas. No había vuelto a mirar el mundo con la confianza que da la conciencia de la buena salud y la juventud. Cada día, de un modo u otro, había sido un trabajo. Lo que antes no le costaba nada, ahora se le hacía cansino y a veces hasta agotador, pero estaba educada en una escuela de deber y eso era como un armazón que le ayudaba a compensar la falta de fuerzas físicas.

A pesar de sus altibajos de salud, se acostaba con el rey todas las noches, con una sonrisa en los labios, y su amor, a veces tempestuoso, a veces exangüe, le permitía cumplir puntualmente con sus deberes conyugales. Se lo había impuesto a sí misma como su más sagrado deber y lo cumplía, se sintiera como se sintiera, sabiendo que para Felipe V su necesidad de estar físicamente con ella era algo que no podía dejar ni un solo día sin que le costara sufrimiento.

Y mientras la reina luchaba con la enfermedad su batalla silenciosa, en Madrid, todos estaban pendientes de las negociaciones de paz de Luis XIV con los aliados, que eran el verdadero peligro que seguía amenazando el trono de Felipe V. El rey de Francia, por lo que se sabía en Madrid, había llegado a proponer la rendición de la Alsacia, que era un jugoso bocado para los aliados, e incluso en un momento de desesperación el reconocimiento de Carlos III como rey de España, incluyendo la prohibición de los súbditos franceses de servir en la Península, ofreciéndose a dar suministros a los ejércitos aliados en España, lo cual le hubiera transformado en enemigo de su propio nieto que no pensaba dejar la corona ni a instancias de su abuelo ni por la presión de los aliados.

Asombrosamente, los aliados no aceptaron esta última propuesta contra natura del rey de Francia que hubiera sido probablemente un réquiem por Felipe V. En la corte de Madrid no sabían si la negativa de los aliados se debía a que además Luis XIV pedía que se devolviera Baviera al elector o si al hecho de que tenían que permitir a Jacobo III de Inglaterra, exiliado en Francia, elegir nuevo destierro libremente, pero en cualquier caso la ceguera y el orgullo de los ingleses, holandeses e imperiales era un balón de oxígeno para el rey de España, que en esas horas tan duras comprendía que si su abuelo también luchaba contra él no habría posibilidades de mantenerse en el trono ni siquiera con el apoyo del pueblo castellano.

Felipe V se había hecho rey, a fuerza de luchar; día a día, dificultad a dificultad. Desde la salida de Amelot se estaba ocupando personalmente de los asuntos de Estado, apoyado por la reina y la princesa de los Ursinos, y encontraba placer y sosiego para su espíritu preocupado en la ordenación de los asuntos del gobierno. De hecho, la primera medida de las nuevas que adoptó fue la formación de un gabinete de crisis que supuso el cambio de algunos secretarios, dando a Melchor de Macanaz el puesto de secretario de Despacho. Bajo su mano firme y trabajadora, seguirían llevándose a cabo con eficacia las reformas proyectadas por Amelot. Fuera como fuese, por más que lo intentaran disimular con procesiones solemnes, fiestas, saraos,

conciertos y representaciones teatrales, el espíritu de los reyes estaba verdaderamente consternado. Y esa consternación se hizo mayor cuando, en los últimos días del mes de marzo, la princesa descubrió, sin que hubiera posibilidad de error, que el poderoso duque de Medinaceli era la cabeza de una nueva conspiración contra Felipe V.

Don Luis Francisco de la Cerda, duque de Medinaceli, de Segorbe, de Camiña, de Denia, de Tarifa, de Alcalá de los Gázules, entre otros muchos títulos, aparte de ser el mayor terrateniente de España, era, sin duda, el primero entre los grandes, por descender directamente del príncipe don Alonso de la Cerda, heredero del trono de Castilla, que renunció a él en favor de su tío, primero regente y luego rey, con el nombre de Sancho IV, recibiendo a cambio el condado de Medinaceli con rico estado, en el año 1368. Siendo un noble de tal importancia, la detención del duque se hizo con todo cuidado para no vulnerar su honor. Por orden directa del rey, fue detenido por dos coroneles de la guardia que eran títulos del reino y varios oficiales, todos de excelentes familias, que le trataron con todos los miramientos debidos a su rango y lo llevaron en uno de sus propios coches, como había pedido como favor, hasta su prisión en la Torre de los Lujanes, ocupando el mismo lugar donde estuvo casi doscientos años antes que él el rey Francisco I de Francia, prisionero de Carlos I, tras la batalla de Pavía, y se le puso una guardia férrea que imposibilitase todo intento de liberar al prisionero, aunque se le permitió recibir visitas de su familia y mantener correspondencia con quien lo deseara en el exterior, aunque sus cartas serían leídas previamente por la princesa de los Ursinos.

Considerando la importancia del reo, el rey en persona quiso verle una vez en la torre para pedirle explicaciones de su conducta y se dirigió al lugar, que estaba muy cerca de palacio, en carroza cerrada y vestido de negro riguroso, como gustaba de hacerlo, a veces, cuando algo le disgustaba profundamente.

El duque, al ver entrar al rey, se levantó de la butaca donde estaba sentado, meditando, con un reflejo de su antigua cortesía.

—¿A qué debo el honor de esta visita? No esperaba vuestra presencia en mi prisión.

—No podía menos que venir, don Luis Francisco. Sois el primer grande del reino y por vuestras venas corre la sangre de los viejos reyes de Castilla y somos parientes por los varios enlaces antiguos que ha habido en nuestras familias. Hasta en nuestros blasones compartimos las lises de Francia.

—Eso es cierto. Os agradezco la deferencia que me hacéis. Os aseguro que no la esperaba.

—Entonces me conocéis poco todavía o es que no habéis querido hacerlo aunque lleve nueve años en España, primo. Os aseguro que cuando la princesa de los Ursinos me ha dicho que conspirabais contra mí me ha costado creerlo, y como, en este caso tan particular, no me quiero guiar sino por mi corazón y mis propios oídos, he venido en persona a preguntároslo. ¿Es cierto que conspiráis contra mí?

—Cierto es, señor —dijo el duque mirando al rey a los ojos, sin titubear ni un

instante—. Ya sabéis que me he opuesto a muchas de las innovaciones que habéis traído de Francia desde el principio, pero lo que habéis hecho, al conculcar los fueros de Aragón y Valencia, donde además soy el primer propietario, me ha hecho alejarme de vos y conspirar contra vos. No me avergüenza decíroslo. Y si no hubierais descubierto la conspiración a tiempo, hubierais sido apisionado junto a la reina y esa intrigante de la princesa de los Ursinos, y probablemente estaríais ahora donde me hallo yo, esperando la llegada del rey Carlos III a tomar posesión de vuestra corona. Me parece que no os dais cuenta de que somos muchos ya los que estamos contra vos.

—Ninguno de sangre real como vos; ninguno con vuestro peso político y vuestro poder. ¿Sabéis que al hablarme como lo habéis hecho os estáis condenando vos mismo? Me estáis forzando a encerraros para siempre y a expropiar todos vuestros Estados.

—Podéis encerrarme y ajusticiarme si lo deseáis. Estáis en vuestro derecho y yo lo ordenaría probablemente si estuviera en vuestro lugar. Pero mi defección de vos no os da el derecho a tomar lo que es nuestro. Es poco a cambio de la corona de Castilla que cedimos y no sería justo, señor. Mis hijos son tan de sangre real como lo soy yo y no han hecho nada para merecer un expolio que todos en España denigrarán y os afearán. Haced lo que queráis conmigo porque, en verdad, yo ya no os considero mi rey. Habéis traicionado mi confianza y no me gusta el modo en que estáis destrozando las tradiciones sagradas de la monarquía. Y os adelanto que el duque de Uceda, vuestro antiguo embajador en Roma, también piensa igual que yo y se ha ido a jurar obediencia a nuestro señor, el rey Carlos III. Os lo digo porque ya está en el campo del verdadero rey, para que lo sepáis. La princesa de los Ursinos, vuestra espía en la grandeza, os lo confirmará.

—Vos lo habéis querido, primo. No me dejáis otra opción que ser implacable con vos porque veo que no os arrepentís de nada.

—Os equivocáis de nuevo, mi señor, duque de Anjou. Me arrepiento profundamente de haberos dado mi apoyo y mi confianza durante estos años, de haberos tenido por rey y de haberos honrado como tal. Eso se acabó. Para mí ya no sois más que un usurpador del trono que corresponde al legítimo rey, don Carlos III de Austria, que piensa mantener los fueros y libertades de los reinos españoles de Aragón, Valencia, Cataluña y Navarra y no se propone arrasar lo que la historia ha consagrado, porque no os convenga a vos. ¿Cómo pudimos estar todos tan ciegos y ser engatusados por el duque de Harcourt para apoyar un cambio de dinastía que es tan contra natura? Creo que nunca me lo perdonaré. España es de la casa de Austria y esta casa es la que la entiende tal y como es, no la de Borbón que ha venido a alterarlo todo en su estricto beneficio.

—Parece que no tenemos más que hablar Medinaceli. Sabed que vuestros palacios, casas y estados serán confiscados hoy mismo y en breve garantizo que si mantenéis ante el tribunal lo que habéis afirmado ante mí...

—No lo dudéis ni un instante.

—Entonces podéis daros por preso de por vida.

—Eso será si conseguís manteneros en el trono.

—Creo que Dios está conmigo y Castilla también, aunque vos no lo queráis.

—Espero que os equivoquéis, por el bien de la monarquía española. Vuestro abuelo no podrá sosteneros mucho más tiempo y Carlos III tiene a su lado a su hermano, el emperador José I, y a los aliados. Vuestros días en España están contados, Anjou.

—Más bien lo están los vuestros, Medinaceli. Os olvidáis o no queréis ver que los pueblos de Castilla, Andalucía, Extremadura, Galicia, Asturias, Cantabria y Navarra me apoya incondicionalmente y que juntos forman la mayoría de los Estados de la monarquía. Y os olvidáis también de que soy un Borbón, y que los Borbones nunca soltamos un Estado cuando se nos da. Vengo de un linaje que toma reinos. Soy descendiente de Enrique IV, el que dijo que «París bien vale una misa», y yo os digo que España bien vale mi propia vida, mi lucha y mi sacrificio. Os garantizo que los Austrias no volverán a sentarse en el trono que ya es mío por herencia, mientras yo esté vivo. Pero quizás vos, que venís de un linaje que cedió su corona a un usurpador, no podáis entender esto.

—Buen discurso, Anjou. Veo que pensamos de modo distinto en todo. En efecto, sois un buen Borbón y eso no conviene a España. Dejadme solo, con mis meditaciones y vos, id a robar lo mío, que veo que os urge, y a defender la corona que no os corresponde.

—¡Ah! ¡El famoso orgullo español! Os lo vais a tener que tragar, os lo aseguro.

—Pues lo haré, si es menester. He tomado partido definitivamente y cuando un duque de Medinaceli lo hace, no da marcha atrás, para bien o para mal.

—Pues será para mal. Lo siento por vos. Adiós.

—Adiós, Anjou —dijo el duque dándole la espalda.

El rey salió de la prisión, indignado. No esperaba una actitud tan rebelde, despreciativa y orgullosa de Medinaceli. Se dirigió a palacio meditando sobre lo que debía hacer. Desde luego, lo primero era la confiscación de todas las rentas y propiedades del duque. Luego ya se vería si se las reintegraban a sus herederos o no. Y desde luego, había que hacerle un juicio secreto y rápido y luego encerrarle en un castillo bien vigilado. Quizás un lugar como Segovia estaría bien.

¿Cómo se había atrevido a hablarle como lo había hecho? Desde luego, la soberbia de la grandeza de España seguía sorprendiéndole.

El juicio del duque de Medinaceli se llevó a cabo con la mayor discreción, en abril. No era momento para desatar especulaciones pero, aun así, la corte fue un hervidero de rumores. No en vano era el primero de los grandes y su detención fue un golpe y un aviso para los que conspiraban con él. Se había acabado la tolerancia de conductas equívocas. El que no fuera leal, que se preparara para asumir las consecuencias, fuera quien fuera. El juicio fue secreto, por voluntad del rey, y

después de encontrarle culpable el tribunal, se le envió al alcázar de Segovia fuertemente custodiado.

La tensión en la corte crecía cada día. En mayo de 1710, cuando se suponía que iba a comenzar la ofensiva aliada, el rey regresó a Aragón, a ponerse al frente del ejército que comandaba Villadarias. Prefería estar allí para afrontar el destino desde primera fila, antes que esperar en palacio. ¿Qué iba a pasar? Nadie lo sabía. De hecho, en Madrid estaban sorprendidos de que no se hubiera producido ya un ataque para el que no había defensa posible. ¿A qué esperaban los aliados? La incógnita estaba en el aire y afectaba a todos, desde los reyes hasta el último campesino del reino.

La reina, en la capital, se encargaba del gobierno, una vez más junto a la princesa de los Ursinos y los secretarios del rey, y aunque no se sentía bien, ocuparse del gobierno la tenía entretenida, olvidándose de sus males, y además para que no se hablase de su maltrecha salud, se obligaba a salir cada pocos días y a mostrarse sonriente en público. Consideraba que el pueblo no debía verla enferma ni dolorida y por eso incluso salía a caballo, aunque para ello tenía que hacer verdaderos esfuerzos.

El mes de junio transcurrió tranquilo, sin sobresaltos, en el frente, aunque las noticias que llegaban de las conversaciones de paz que seguían teniendo lugar eran más que intranquilizadoras. En Madrid corrió la voz de que los aliados no atacaban todavía porque habían pedido al rey de Francia que fuera él mismo el que se encargara de destronar a su propio nieto, con sus armas. El pueblo no podía creerlo y pronto se consideró que todo no era sino un rumor propagado por agentes del archiduque, pero la realidad era que, en efecto, los aliados habían hecho esta propuesta a Luis XIV. María Luisa Gabriela y la princesa de los Ursinos esperaban con inquietud la llegada de un mensajero de Francia, un día tras otro, con noticias fidedignas de lo que estaba pasando en La Haya. La reina había escrito a su hermana María Adelaida, duquesa de Borgoña, para que la tuviera al tanto de la marcha de las negociaciones dado que Luis XIV y *madame* de Maintenon no le decían nada, pero tampoco su hermana le escribía. La reina de España y la princesa de los Ursinos vivían con una preocupación mortal y deseaban saber cuanto antes cuál era la decisión del monarca francés al respecto de la proposición aliada. Pasaban los días juntas, a veces en silencio, esperando y esperando. Sus conversaciones giraban siempre en torno a lo mismo. Sólo ante la princesa y ante su amiga Antonia, se atrevía la reina a mostrarse tan agobiada como se sentía. Y el mensajero seguía sin llegar.

La princesa de los Ursinos entró en el gabinete privado de la reina como tantas veces y, tras inclinarse ante ella, María Luisa Gabriela le pidió que se sentara a su lado.

—¿Cómo os sentís, majestad?

—Bien, más o menos como de costumbre.

—¿Habéis sentido subir la fiebre? Os veo con el rostro arbolado.

—No sé, Ana María. Ni me he dado cuenta. Sólo espero que llegue el mensajero de Francia y que nos saque de esta angustiada espera. ¿Cuándo va a venir de una vez?

—Cuando menos lo esperemos, majestad, como siempre. De todos modos, debemos tranquilizarnos. Lo que los aliados piden al rey de Francia es algo absolutamente inaceptable.

—¿Y por qué, entonces, no ha dicho que no desde el principio de modo rotundo? Yo sigo teniendo en mente que propuso reconocer al archiduque como rey, hace pocos meses.

—Nunca entenderé eso, mi señora. Probablemente se debió a que Francia estaba talmente desvalida. Ahora no creo que el rey, vuestro tío abuelo, pueda aceptar la propuesta aliada de ser él mismo quien destrone a su nieto. No me es posible imaginarlo. Los aliados pretenden crear un Saturno moderno que devore a sus hijos.

—¿Y qué crees que hará Luis XIV, Ana María? Tú le conoces mejor que yo.

—Imagino que ganar tiempo, que es lo más importante. De momento, con todo esto, ya ha dado tiempo a que el duque de Berwick impida la invasión de Francia por el centro y el sur, mientras que el duque de Borgoña y Villars han sido encargados de defender el norte. Cada semana que pasa, es mejor para nosotros.

—¿De verdad opinas eso? A mí sólo me tranquilizaría recibir una carta suya diciéndome que nos envía nuevas tropas. No olvidemos que la amenaza que tenemos aquí es doble. De un lado, la fuerza de ingleses e imperiales y, de otro, nuestra propia debilidad. No veo el momento de que por fin podamos ser autosuficientes a la hora de cubrir los gastos del Estado. Tenemos que arbitrar un modo de rentabilizar mejor la plata de las Indias, las rentas de la corona y el resto de ingresos del Estado, sin que se pierdan en tantas manos ávidas las riquezas del reino. Sólo así podremos reinar con tranquilidad.

—En verdad, majestad, os estáis haciendo una gran reina. La promesa de hace unos años se ha hecho realidad.

—Ana María, en todo caso, soy una reina exhausta. ¿No me ves acaso? Tú me conoces mejor que nadie y a ti no puedo esconderte que se me hace duro levantarme del lecho cada día. Incluso me cuesta satisfacer a mi esposo en el lecho, por más que le amo, pero es que nunca me siento con fuerzas y todo me cansa, incluso lo que más placer y contento me daba se me hace un mundo.

—Pero nadie lo nota. Eso también es parte de vuestra grandeza, majestad. Todos os ven firme al lado del rey, como una roca.

—Y yo me siento más bien como una nube, frágil, a punto de desvanecerse, en cuanto la toquen. Me avergüenza mi debilidad. El rey no se merece eso.

—El rey está encantado con vos y os ama como ningún rey de Europa ama a su consorte. Y eso lo sabéis tan bien como yo.

—Y yo le amo a él del mismo modo. Daría mi vida por él si con ello garantizara su trono.

—Creo que la mejor garantía del mismo sois vos, majestad. Por eso tenéis que

poneros bien. A ver si esta incertidumbre concluye pronto y con bien. Entonces, podríamos ir al norte a que os den los sanos aires de la montaña. Allí seguro que se os van todos los males.

—Ya veremos, cuando llegue el momento. Ahora no me lo quiero ni plantear. Lo que me temo es que la ofensiva aliada arrase nuestro pobre ejército y consiga recuperar lo perdido en estos años, ante nuestra debilidad militar. Eso es lo que me aterra.

—Nunca conseguirán conquistar Castilla, majestad. El reino castellano no aceptará a ningún otro rey que a Felipe V y a ninguna reina que no seáis vos. La historia nos muestra eso; cuando Castilla ha elegido a su rey, nadie consigue quitárselo por la fuerza. Sólo si os matan, podrán reinar aquí.

—Pues eso también lo han intentado, Ana María.

—Sí, pero ni se os han acercado desde que se estableció la guardia. Ésa es vuestra salvaguarda y en el rey y en ellos podemos confiar ciegamente.

—Ahí te doy toda la razón. Desde que pasó lo del banquillo, no he vuelto a pasar miedo. Ahora me siento protegida, de noche y de día. Y mi niño, el príncipe Luis, también puede dormir tranquilo.

—Sí, majestad. Gracias a Dios, su alteza está creciendo sano y bien. No le afectan demasiado los fríos y come bien, lo cual es síntoma de buena crianza. No parece que vaya a darnos problemas ni preocupaciones. Si Dios quiere, será un bello príncipe, porque cada día está más guapo y tiene rasgos de vos y del rey. De su majestad tiene la forma del rostro; de vos, los ojos y la boca.

—A esta edad cambian mucho. A mí me recuerda mucho más a mi hermana, la duquesa de Borgoña, que a mí.

—No lo había pensado, pero quizás tengáis razón en que tiene un parecido con vuestra hermana —dijo la princesa de los Ursinos, recordando la última vez que había visto a la duquesa de Borgoña en Versalles, con su rostro fino y elegante—. En efecto, había algo de ella en el príncipe de Asturias.

—Sí, Ana María. Mi hermana María Adelaida se parece más a nuestro padre, tiene el rostro alargado, mientras que yo soy más como nuestra madre; mi rostro es redondeado. De todos modos, aún no ha cumplido los tres años y, a esa edad, los niños cambian mucho. Ya veremos cuando sea más grande.

—Sí. Eso es algo que siempre me ha fascinado, majestad. Mi hermano, el duque de Noirmoutier, tiene un hijo que es igual a él, como una gota de agua. Tanto que casi da grima. Es como si su madre no hubiera dejado en él nada suyo. A mí me recuerda tanto a su padre, cuando éramos jóvenes, que a veces me sobresalta. Y en cambio, mi hermana tiene una hija que no se le parece nada.

—Es muy hermosa la joven Lanti della Rovere. Me gustó conocerla cuando la trajisteis con vos. Deberíais hacerla regresar. A ver si la casamos aquí.

—Es una idea excelente, majestad. Os confieso que comienzo a sentir los años encima. Gracias a Dios, los tengo a raya en el espejo, pero debo confesar que no me

pasa lo mismo en el espíritu. Ahí es donde pesan de verdad. Y la verdad es que me gustaría tener a esa joven que lleva mi nombre, aquí, a mi lado.

—Pues en cuanto se clarifique un poco el panorama actual, la invitáis y ya le encontraremos novio aquí. Es guapa y encantadora.

—Me alegra que os guste. Os confieso que es mi favorita, por lo ágil de su mente y lo bien que sabe salir de todas las situaciones, por comprometidas que sean. Es realmente divertida dando calabazas a sus pretendientes.

—¿Tiene muchos en Francia?

—Os aseguro que no le faltan, majestad. Y tampoco desparpajo para librarse de quien la molesta.

—En eso debe de haber salido a vos. No he visto nunca a nadie que maneje mejor a la gente que vos, Ana María. Sois capaz de estar con gente que os detesta y que a vos tampoco os gusta en absoluto, sin que se os mueva un músculo del rostro y se note el desagrado que os producen.

—Eso, majestad, es la escuela de Versalles. Y además, ¿cómo podría serviros si fuese esclava de mis sentimientos y los mostrara en público? Mis simpatías y antipatías no importan. Sólo es importante lo que os conviene y lo que no os conviene a vos. Por eso, precisamente, siempre he tratado al duque de Osuna como si en realidad me cayera bien.

—Ése es uno de los casos más evidentes de lo que os digo. Creo que incluso está llegando a apreciaros, de tan bien como habéis sabido manejaros con él.

—No sé, majestad. Tengo mis dudas al respecto, pero eso no importa. Sé que el duque os es totalmente afecto y entre los grandes, salvo él, Medina Sidonia, Benavente, Infantado y Escalona, los demás siempre me hacen dudar. No sé si están a vuestro lado de verdad o si dudan y lo ocultan.

—De todo hay. Aún nos llevaremos muchas sorpresas. Eso es seguro, princesa. Yo cada día tengo más claro que sólo confío plenamente en vos y en Antonia; también lo hago en la anciana duquesa de Terranova y en las esposas de los que habéis mencionado, pero eso es todo. No llega a diez personas en medio de la corte, lo cual es bastante poco.

—Por cierto, majestad, ¿qué tal sigue la marquesa de San Antonio? La vemos poco en palacio y debiera venir más.

—A mí me encantaría que lo hiciera, Ana María, pero no la fuerzo a hacerlo. Desde que murió su hermana, ha cambiado mucho. Ana era la alegre, la divertida; siempre andaba metiéndose con Antonia y eso hace que todavía la eche más de menos, porque Antonia siempre ha sido más reservada, más tranquila y, sin su hermana, se está volviendo casi huraña.

—Eso no es bueno para ella, majestad.

—Ya se lo he dicho, Ana María, pero la verdad es que ha encontrado refugio en la religión y ni siquiera su esposo la contenta.

—Me parece que el conde de San Carlos está comenzando a molestarse por el

exceso de piedad de la condesa.

—Puede ser, Ana María. La verdad es que se está haciendo una beatona. Cada vez se viste con menos deseo de seducirle; ha dejado de lado toda su coquetería y eso no le gusta a ningún hombre, y menos cuando Antonia sólo tiene veintitrés años.

—Ya que el asunto ha salido, majestad, tengo que haceros una confidencia. Mis oídos de la corte, que, como sabéis son infalibles, me han dicho que el conde se ha buscado una amante.

—¿Y quién es la mujer en cuestión? —dijo la reina, entre sorprendida y molesta con la revelación.

—Es Cara, la hermosa cantante italiana que vino con el duque de Tarsis y cuya voz tanto os agradó en la velada en casa del príncipe Pío.

—Pues ahora ya no me gusta nada. No entiendo que un hombre actúe así con su esposa, después de haber sufrido la pérdida de su hermana y su sobrino, y menos siendo íntima amiga de la reina. Está consiguiendo ofenderme. Hace poco más de dos años que están casados y no voy a tolerar una conducta así en la corte, que además deshonra a mi amiga Antonia. ¿Sabe ella algo de esto?

—Creo que no, majestad.

—Pues evitemos que se entere. Quiero que esa cantante deje la corte, esta misma tarde, Ana María. No deseo que se quede en Madrid ni un minuto más de lo necesario, ni que le dé tiempo a despedirse de él. Y si no quiere irse por las buenas, que la saquen por las malas. La quiero fuera de la capital hoy mismo. ¡Menuda urraca!

—Se hará como gustéis, majestad. Firmadme la orden y esta misma tarde saldrá en dirección a la costa.

—Me parece bien —dijo la reina, firmando un pliego en blanco—. Rellenadlo vos misma, princesa. Que la embarquen hacia Italia, desde Valencia. Si es posible que sea mañana mismo, mejor que si es pasado mañana. ¡Habrased visto desfachatez semejante!

—Así solucionaréis el caso presente, majestad, pero sería mejor que hablarais con la marquesa de San Antonio, para prevenir la aparición de otras. Como vos misma habéis señalado, vuestra amiga Antonia está descuidando demasiado sus deberes de esposa y dedica demasiado tiempo a la religión. Y ya sabéis, majestad, que a los hombres les gusta que los cuiden, los halaguen y los admiren. Son como niños. Y si no encuentran eso en su casa, pues lo buscan fuera. Y como no podéis exiliar a todas las mujeres que le vayan a dar comprensión al conde... Creo que es mejor sanar la causa del mal que la manifestación del mismo. Porque si la causa sigue ahí, siempre volverá a manifestarse el mal, de un modo u otro.

—Pues te voy a hacer caso, Ana María. Antonia me va a oír. Quizás necesite unas palabras serias que la hagan reaccionar. Además, tampoco sé cómo va a tener familia si ni siquiera lo intenta. Lo de Ana fue una tragedia horrible, pero la vida sigue y debemos aceptarlo. Yo la echo de menos tanto como ella, pero lucho con mis males y

mis demonios y procuro tenerlos a raya, y ella debe hacer lo propio con los suyos.

—Me parece, majestad, que si conseguís hacérselo ver, todo irá mejor.

—Lo procuraré, Ana María. Es menester por su propio bien.

La reina y la princesa siguieron hablando, distraídas por la mutua compañía mientras esperaban, y acabó haciéndose de noche, pero el correo no llegó. Y tampoco lo hizo al día siguiente, ni dos días después. El silencio había de durar aún un tiempo y en Madrid debían aguantar como pudieran la tensión de la espera. Luis XIV meditaba cuidadosamente la respuesta que iba a dar a los aliados, pero conforme pasaban los días, la reina y la princesa iban cobrando la esperanza de que el rey de Francia, en verdad, estaba sólo ganando tiempo.

Felipe V, mientras, tanto, estaba al frente del ejército, acampado en la ribera izquierda del caudaloso río Segre, que aun en verano corría con fuerza. Era un buen campamento, bien provisto de víveres, próximo a Lérida, ciudad que estaba bajo control del rey. Muy cerca, del otro lado, en la parte de Cataluña fiel al archiduque, estaba el ejército mandado por el conde de Starhenberg y el general Stanhope, compuesto por casi veinticinco mil hombres, bien pertrechados, con excelente estado de moral, que sólo esperaban órdenes de sus mandos para iniciar una campaña que se les auguraba exitosa. Y el momento del ataque llegó cuando el archiduque en persona fue a unirse a las fuerzas de los dos generales. Había llegado el tiempo de dejar a un lado las contemplaciones. Sin los ejércitos franceses, las tropas aliadas eran muy superiores a las españolas y, aprovechándose de eso, el archiduque había pensado dar un golpe de mano definitivo para conquistar el trono de España por las armas y así forzar al rey de Francia a asumir la derrota de su nieto, ya que aún no había dado una respuesta a la pretensión aliada de que lo destronara el mismo. El mariscal austríaco y el general inglés estuvieron de acuerdo. Sus espías les decían que el ejército que tenían enfrente era netamente inferior al suyo y que, por más que el rey Felipe V en persona estuviera al frente, no tenían posibilidades de éxito. Incluso mejor, si conseguían capturar al rey en la batalla, entonces todo sería aún más fácil y la guerra podría considerarse ganada de un solo golpe.

El archiduque Carlos dio la esperada orden y las tropas aliadas comenzaron a moverse. Querían dar a los españoles una batalla en un lugar donde su evidente superioridad numérica y táctica les fuera de ayuda. Durante dos semanas maniobraron, hasta que por fin, la mañana del día 27 de julio, viendo que las tropas de Felipe V estaban junto al río Noguera, cerca de la villa de Almenara, un lugar considerado adecuado para la colocación ventajosa de los batallones aliados, se decidió el ataque.

La batalla de Almenara fue un derroche de valor por parte de los partidarios del rey. Felipe V en persona, al frente de los dos regimientos de la guardia, los dos mejor armados y motivados, quebró el centro del frente enemigo, entrando profundamente en sus filas, de modo que puso su vida en peligro al ir demasiado lejos. El mariscal, conde de Montemar, tomó a su cargo un regimiento de la mejor caballería, el de

órdenes, y se dirigió a proteger al rey, a quien los aliados querían a toda costa capturar. Montemar consiguió, a costa de muchas pérdidas, rodear al monarca y llevarlo de nuevo a terreno seguro. Mientras tanto, el ejército de Felipe V, al mando de Villadarias, estaba siendo derrotado en ambas alas, aunque la derecha resistió mejor que la izquierda y se rehízo hasta lograr un equilibrio de fuerzas que fue vital para la posterior retirada. El centro, con los escuadrones de la guardia de Corps bien entrenados y armados, pudo resistir mejor de lo esperado y sólo fue vencido, tras un considerable esfuerzo, por las armas aliadas.

La derrota de Almenara, de todos modos, a pesar de los esfuerzos y de la superioridad de los aliados no había sido decisiva. Los españoles habían perdido mil hombres en el campo y les habían hecho quinientos prisioneros, mientras que los aliados habían perdido sólo cuatrocientos hombres. Las tropas españolas se retiraron ordenadamente. El ejército de Felipe V seguía resistiendo y, esa noche, todos hablaban orgullosos de la gesta del rey en el campo de batalla. La derrota, al menos, había sido endulzada por el valor de Felipe V. No obstante, la lección que se podía sacar de la lucha es que los anglo-imperiales estaban muy bien armados y motivados y que no pensaban dejar perder la ocasión de provocar un serio revés a las tropas de Felipe V, porque aún sabiendo que se retiraban hacia la protección de las murallas de Lérida, les siguieron de cerca.

El rey comunicó a su esposa la derrota en una escueta misiva. La reina, en la capital, salió al balcón de palacio, para dar el parte de guerra a los madrileños, que hubieron de oír de labios de una María Luisa Gabriela enlutada que el rey había perdido la batalla de Almenara y que se retiraba a Zaragoza, porque Lérida no era protección suficiente, aunque también hubieron de oír de sus labios poco después la buena noticia de que Luis XIV había roto las negociaciones de paz y pensaba apoyar de nuevo al rey de España, con todas sus fuerzas, cosa que llenaba de esperanza a muchos corazones en esos momentos de grave peligro.

Los días siguientes, todos estuvieron pendientes de las noticias del frente. A petición del rey, el marqués de Bay dejaba el mando del ejército de Portugal para unirse con él en Zaragoza, mientras que el de Villadarias iba, en su lugar, a Extremadura. A su paso por Madrid, el general recibió unas cartas de la reina para Felipe V. Una era personal, en que le decía lo orgullosa que estaba de él y le pedía que no volviese a ponerse en peligro, y en otra le comunicaba oficialmente que su abuelo, el rey de Francia, acababa de escribirle, reafirmandole el apoyo a su nieto y diciéndole que iba a enviar de nuevo ayuda a España, en forma de un poderoso ejército al mando del duque de Vendôme. María Luisa Gabriela pedía al rey que, si podía evitarlo, procurara no combatir hasta que llegara el refuerzo francés.

Pero los aliados también sabían esto y no pensaban dejar pasar la oportunidad de derrotar a un ejército inferior en número y calidad. Implacables, llegaron hasta los alrededores de Zaragoza, sólo cinco días después que el marqués de Bay, y el día 20 de agosto, a las ocho de la mañana, se iniciaría la batalla que se iba a saldar con una

derrota del ejército de Felipe V, que fue mucho más severa que la de Almenara y que supuso la pérdida de casi cinco mil hombres y la captura de unos tres mil, que daban el deseado y buscado éxito a los anglo-imperiales.

No teniendo seguridad de la lealtad de Zaragoza, el rey decidió retirarse hacia Castilla, mientras el archiduque entraba en Zaragoza y era recibido con grandes muestras de alegría. Se había producido precisamente lo que habían intentado evitar a toda costa. La derrota de Zaragoza devolvía el control del reino de Aragón al archiduque y la cosa probablemente no iba a quedar ahí, ya que los restos del ejército español derrotado no podían oponer ninguna resistencia a una fuerza invasora anglo-imperial que tenía sus efectivos en perfecto estado y estaban animados por la gran victoria obtenida.

La reina, de luto riguroso, comunicó a los madrileños la derrota de Zaragoza, con lágrimas en los ojos, y pudo ver cómo éstas estaban también en los de muchos de los madrileños que la escuchaban, que, tras un silencio pesaroso, dieron vivas a la reina valiente y al rey Felipe V, emocionándola. Pero el apoyo moral de la población de Madrid no podía evitar el desastre.

El rey llegó a la ciudad el día 1 de septiembre. Entró de modo discreto, acompañado por la guardia. No hubo celebraciones porque no había nada que festejar. La gente, no obstante, al verle pasar, le vitoreaba, pero en sus voces había pesar y miedo y Felipe V lo detectó. En cuanto llegó al alcázar, se reunió con la reina y la princesa de los Ursinos y decidieron que lo más urgente era la evacuación de la capital. Había que prever que los aliados querrían tomar de nuevo Madrid. Ahora, de lo que se trataba era de saber eludir una derrota definitiva. Había que hacer tiempo como fuera. Era evidente que la ayuda francesa llegaría pronto y lo mejor para conjurar el peligro —decidieron, en acuerdo unánime— era acudir al pueblo de Castilla para guarecerse del enemigo. La corte no iría hacia la frontera francesa de momento, sino hacia el corazón de Castilla la Vieja, a la antigua capital de Valladolid.

Días después, cuando se puso en marcha la comitiva real, Felipe V y María Luisa Gabriela recibieron la mayor de las ovaciones mientras se iban, más incluso que cuando celebraron su regreso tras la victoria de años atrás. A diferencia de 1706, la ciudad quedó esta vez medio desierta. Los miembros del gobierno, el ochenta por ciento de los funcionarios, muchos nobles y comerciantes, incluso ciudadanos de a pie, salieron detrás de los reyes. No querían estar allí cuando llegara el archiduque.

La llegada a Valladolid, el día 16 de septiembre, fue otra entrada triunfal, que les demostró que habían hecho bien en dirigirse al corazón de Castilla, para su defensa. Allí, en los momentos de peligro que estaban pasando, comprendieron que el reino más grande de España ya había decidido, y quizás el abandono de su nieto por parte del rey de Francia había sido el último empujón para confirmar que Felipe V era el monarca que querían. Nadie más se iba a sentar en el trono de Isabel la Católica, si no era capaz de triturar a los castellanos.

Cuando el día 28 de agosto el archiduque Carlos entraba en Madrid, se quedaba

atónito al ver que lo hacía en una ciudad desierta, que además le daba la espalda. Muy pocos nobles quedaban en la capital para recibirle y también eran muy escasas las autoridades municipales.

Ahora cada día que pasaba era esencial. Mientras Carlos quería coronarse en Madrid, llegó a Valladolid el nuevo embajador de Francia, duque de Noailles, que era un viejo amigo de la princesa de los Ursinos, acompañado del general duque de Vendôme, a quien Felipe V apreciaba porque había hecho con él su primera campaña militar, al comienzo de su reinado, en Italia, y a quien había hecho grande de España tras la lejana batalla de Luzzara, en 1702. Al duque de Vendôme le acompañaba, como intendente, un abad italiano llamado Julio Alberoni, que cayó muy bien en la corte, se hizo amigo de la princesa de los Ursinos y se ganó el aprecio de los reyes por su gracia y viveza.

Noailles y Vendôme apreciaron el amor de los castellanos por su rey y así lo comunicaron a Luis XIV. El rey de Francia comprendía que había estado a punto de cometer un error fatal, abandonando a su nieto, y ahora quería reafirmarle su completo apoyo. Las Dos Coronas no iban a dejarse derrotar por los anglo-imperiales. Felipe V se había ganado su reino a pulso y su abuelo le ayudaría a conservarlo. Dado que en Valladolid la enorme cantidad de gente que acompañaba a los reyes no podía mantenerse, porque había problemas de alojamiento y de comida que llegaban al hacinamiento en pequeñas casas, de los servidores del rey y la reina, había que hacer algo. El personal de palacio no cabía en las casas del conde duque de Benavente ni en las del almirante, y había un severo racionamiento de la harina y el pan, por la mala cosecha del año. Entonces, para evitar males mayores, se decidió trasladar la corte a Vitoria, de acuerdo con el duque de Vendôme, que en adelante tomaba el mando de las operaciones militares en la Península. El rey se uniría a Vendôme y al ejército, y la reina quedaría de nuevo al mando del gobierno del reino.

A pesar de que Madrid estaba ocupada y que Aragón y Cataluña estaban en poder de Carlos III, el rey y la reina estaban llenos de esperanza. Castilla les había mostrado que había tomado partido y, confiando en los castellanos, se lanzaron a recuperar el terreno perdido. Carlos III vería muy pronto que no podía mantenerse en una Castilla hostil, en pleno invierno, y los generales Starhenberg y Stanhope, que eran buenos militares, tendrían que hacérselo ver. Castilla podía transformarse en el ataúd de las pretensiones del archiduque y para evitarlo, sabiendo que llegaba un poderoso ejército de Francia, decidieron retirarse a Aragón, algo frustrados, porque no habían conseguido ni la derrota definitiva del rey Felipe V ni el apoyo de Castilla.

1710

Sanar a la reina**Las victorias de Brihuega y Villaviciosa**

La corte estaba en Vitoria. El rey acababa de irse de la ciudad para unirse al ejército y la princesa de los Ursinos, viendo que la reina seguía enferma y que estaba cada día más desmejorada, con fuertes dolores de cabeza, inflamación de ganglios en el cuello y fiebres, hizo venir a la ciudad a una curandera de la montaña, que muchos en la ciudad conocían y decían que tenía un extraño poder de curación, para que mirara a su majestad y propusiera un remedio para sus males.

La vieja fue llevada a la residencia de la reina, escoltada por unos hombres de la princesa, y sin que le impresionara pasar por delante de tantos señores y damas de alcurnia, se llegó hasta los aposentos de la reina, donde María Luisa Gabriela estaba echada. La anciana dulcificó su rostro ante ella y, tras tomar su mano y besarla con devoción, miró a la reina con los ojos fijos y saltones durante unos largos instantes. Luego, haciendo una tosca reverencia ante su majestad, se retiró de la cámara y le dijo a la princesa en la antesala de la alcoba que, para aliviar sus males, María Luisa Gabriela tenía que realizar un tratamiento a base de sangre de palomas blancas, de leche de burra y de mujer. También le explicó cómo debía aplicarse la sangre y la leche y luego le pidió permiso para irse, sin querer cobrar nada. Por más que la princesa insistió en darle unos ducados de oro, la vieja no los aceptó, diciendo que ella no podía cobrar dinero por sanar a la reina y se retiró deseando que su majestad se recobrar pronto.

La anciana partió y la princesa insistió en que la reina siguiera el tratamiento. Para aplicarlo, tal y como dijo la vieja curandera, había que hacerlo sobre el cuero cabelludo rasurado. Habría que afeitar la cabeza de la reina, cuya cabellera cada vez era más débil y que estaba comenzando a caérsele, a mechones, y aplicar la sangre de las palomas recién muertas sobre el cuero cabelludo, dándole un suave masaje con la sangre, para que se fueran los malos humores del cerebro de su majestad. Luego, la reina debía bañarse en una mezcla de leche de burra y de mujer, templada, y mantenerse en ella durante un rato. La operación debía repetirse durante tres días seguidos para conseguir una rápida mejoría de su majestad.

A pesar de la resistencia inicial de María Luisa Gabriela, que no creía en supersticiones ni brujerías, la insistencia de la princesa de los Ursinos y el hecho de que cada día se sentía peor, la decidieron. Lo peor era lo de la cabeza, pero pensó que, quizás, al cortar del todo su maltrecha cabellera, se fortalecería, y mientras volvía a crecer, encargó que le hicieran unas pelucas que imitaban perfectamente su pelo, en el color y en la forma, y en cuanto las tuvo preparadas, aceptó el tratamiento

como un remedio extremo, dado que en los días que siguieron, la cabeza parecía que le iba a estallar a veces y, en verdad, estaba muy preocupada porque las migrañas la dejaban absolutamente fuera de circulación. También tuvo que superar las reservas de su confesor, que le decía que aquello parecía más una ceremonia pagana que un remedio de la medicina, pero la reina le dijo que, no siendo pecado, si aquella cura la sanaba, bienvenida fuera la falta de ortodoxia de la cura. Su sentido práctico de la vida siempre acababa por prevalecer sobre cualquier otra consideración, de modo que a finales de noviembre decidió llevar a cabo el tratamiento descrito.

María Luisa Gabriela aceptó, no sin repugnancia, lo del masaje con la sangre de paloma en la cabeza y con mayor agrado el baño en la tibieza de la leche de burra y de mujer, que le hicieron sentirse como una nueva Cleopatra, como les decía con humor a la princesa de los Ursinos y a la marquesa de San Antonio, que eran las que se encargaron de ayudarla en este trance tan inhabitual, para evitar habladurías que, de todos modos, se produjeron inevitablemente, ya que la leche de burra y de mujer hubo que conseguirla en la ciudad. La reina apenas tenía ninguna esperanza de que aquello funcionara, pero curiosamente, el tercer día, tal y como dijo la anciana, de modo casi milagroso, dejó de tener las terribles migrañas que la obligaban a meterse en el lecho y desaparecieron también las fiebres, que llevaban semanas sin remitir.

Los ganglios seguían estando ahí, aunque menos abultados y no la molestaban apenas. Desde el día siguiente a la conclusión del tratamiento, pudo hacer una vida normal, lo cual las asombró a las tres. La princesa de los Ursinos y su amiga la marquesa de San Antonio se maravillaban de la completa recuperación de la reina y se alegraron mucho porque, en verdad, María Luisa Gabriela había pasado una temporada muy mala y los médicos ya no sabían qué hacer con ella, sin conseguir ningún resultado ni lejanamente parecido a lo que había logrado la cura con sangre de paloma y leche de la anciana.

El mes de diciembre entró con fríos vientos y cielos despejados, que provocaron severas heladas nocturnas en el norte de Castilla, pero la reina, contenta con su mejoría, salía a pasear por la ciudad acompañada de la princesa de los Ursinos o de su amiga la marquesa de San Antonio. A veces en coche, a veces a caballo, bien protegida del frío viento, que le encantaba que le hiriese el rostro, devolviendo el color sonrosado a sus mejillas, dejando que el pueblo la viera con su sonrisa eterna, siempre mostrando afabilidad y tranquilidad.

Pero eso era sólo por fuera. La procesión iba por dentro. Estaban en un momento decisivo de la guerra. La temporada de invierno estaba encima y pronto habría que suspender las hostilidades por el frío del invierno. Por eso, cada día, esperaban que llegaran las noticias del ejército. Esperaban que pronto se produjera un enfrentamiento armado, porque tanto el duque de Vendôme, al mando del ejército de las Dos Coronas, como los anglo-imperiales lo deseaban. Sólo el mal tiempo podía impedirlo y en Vitoria esperaban que esto no sucediera porque una victoria de última hora serviría para limpiar todo lo nefasto de la campaña de 1710, que había sido

como un recordatorio de las derrotas de 1706 para los reyes de España pero con el agravante del abandono de Francia.

El día 9 de diciembre, la reina se despertó inquieta y sobresaltada. Se levantó de golpe, sin esperar a que vinieran a vestirla la princesa y Antonia y se puso a rezar en su oratorio portátil, que tenía una hermosa tabla de la Virgen con el niño de Carolo Crivelli, un magnífico pintor italiano que le encantaba mirar por la ternura de su gesto y que le provocaba una gran devoción. Luego, cuando llegó la princesa acompañada de la marquesa de San Antonio, oyeron misa en el oratorio de la casa y comulgaron las tres, y sólo después se pusieron a desayunar.

María Luisa Gabriela estuvo ausente e inquieta todo el día. Presentía que algo estaba pasando y pensaba que pronto iba a llegar un mensajero con noticias del frente, pero como pasaron las horas y el emisario no acababa de llegar, decidió salir a montar un rato, para calmarse, y Antonia Frattini, que también estaba nerviosa, se ofreció a acompañarla.

La reina aceptó encantada. Su amiga, la marquesa de San Antonio, estaba mucho más animada ahora. Después de la conversación que tuvo con ella en Madrid tiempo atrás, parecía haber reaccionado conforme esperaba de ella y había vuelto a arreglarse y a ponerse hermosa, como antes, y había regresado a palacio, donde acompañaba a la reina en muchas de las ocupaciones que eran ajenas al gobierno, como las visitas de conventos, de asilos y de iglesias y las veladas de canto, las obras de teatro italiano y los pequeños conciertos de cámara, así como los saraos de las grandes casas de la capital. No obstante, durante un tiempo, había parecido que todo lo hacía de un modo mecánico, como si en realidad nada le importara, aunque procurara disimularlo.

La ocupación de Madrid por el archiduque que había provocado el previo movimiento de la corte a Valladolid, parecía haberla vuelto a la vida de golpe; como si salir de Madrid hubiera sido el mejor modo de superar el drama de la muerte de Ana y su bebé, y la reina, que había visto producirse el cambio de un día para otro, se sentía contenta al ver que de nuevo era su amiga de siempre, aunque en el fondo se le hubiera quedado un punto de tristeza que nunca iba a perder.

Su esposo, el conde de San Carlos, había pedido al rey, en Valladolid, incorporarse al ejército junto a su hermano, el valiente conde de Galeano, y se le había dado el mando de un regimiento de caballería. Así pues, la marquesa de San Antonio tenía un especial interés en conocer las noticias del frente, por la suerte de las armas del rey y por la de su esposo. Por eso, comprendiendo perfectamente el nerviosismo de la reina, que compartía, estuvo encantada de salir a montar con ella. Estuvieron primero dándose una galopada que las hizo entrar en calor, en la fría pero soleada tarde, y luego continuaron al paso. Las seguía de cerca una escolta de una docena de jinetes de la guardia real, que —bien entrenados— nunca se separaban de la reina más que el espacio suficiente para permitirle una conversación privada.

María Luisa Gabriela se había quedado meditativa de repente. Las noticias de Madrid, recibidas esa misma mañana, la habían sorprendido. El duque de Híjar, que

había sido antaño fiel partidario de Felipe V, había desertado y su esposa se iba con él, a servir a Elisabeth, la mujer del archiduque.

—¿En qué piensas, Luisa? Te veo muy ensimismada —dijo, hablándole con la familiaridad que usaban, cuando nadie las oía.

—Estoy muy dolida con la duquesa de Híjar. Creo que aún no he podido digerir las noticias que me ha enviado el conde de Gamedo.

—Ya lo imagino. Sé que desde que llegaste a Madrid había sido una de tus más queridas amigas y su madre, la duquesa de Terranova, y su hija, la princesa de Monteleón, son de las personas que más te quieren. Además, se lo he oído a ambas en numerosas ocasiones y las he visto alabarte del modo más leal, incluso cuando no me veían.

—Te diré que apenas lo puedo creer. ¿Cómo es posible esta traición? Su esposo ha sido general del rey y comandó las tropas que invadieron Portugal en 1704 por el norte. No entiendo qué puede haberle pasado para desear dejarnos.

—Me temo que será el asunto de los fueros aragoneses, Luisa. Los decretos de Nueva Planta de 1707 que abolieron el consejo y los fueros del reino, han malquistado a muchos nobles, porque para ellos la equiparación a Castilla supone la pérdida de privilegios que les son muy caros.

—Su lealtad debería estar por encima de consideraciones económicas, Antonia. Son grandes de España y esperamos de ellos grandeza.

—Así debería ser, Luisa, pero del dicho al hecho... De todos modos, te confieso que a mí también me ha sorprendido que ella se marche con su esposo. Creo que en realidad nos ha sorprendido a todos su conducta. De hecho, muchos de los que se han pasado al archiduque lo han hecho solos, porque sus familias han seguido siéndoos leales.

—Tendré que sobreponerme a mi decepción. Cosas más graves hemos vivido.

—Sí. Es cierto. Sólo espero que la guerra acabe pronto, ahora que de nuevo contamos con el apoyo del rey de Francia, y podamos estar tranquilos, sin más sobresaltos. Son ya demasiados años de dudas, de zozobras, de cambios. Muy pronto hará diez años que tu esposo, el rey, se sienta en el trono de España y que aún se lo estén intentando quitar es algo absurdo, casi un acto de empecinamiento. ¿No se dan cuenta los aliados de que no van a conseguirlo nunca? Deberían asumirlo de una vez y buscar la paz, porque tantos años de guerra no benefician a nadie.

—Eso es precisamente lo que no quieren hacer; ni asumir que Felipe V es rey de España, ni buscar la paz. Sólo la derrota militar más aplastante los echará del reino y no olvides que además el emperador tiene puesto el ojo en los territorios italianos de la monarquía española que ahora están bajo su poder, en parte, gracias a mi padre el duque de Saboya, cosa que nunca conseguiré perdonarle. Por más que mi esposo el rey insista en que separe los asuntos de la guerra de los familiares, no puedo ni quiero hacerlo. Si Saboya hubiera luchado al lado del rey de Francia, seguramente aún tendríamos Milán, Nápoles y los ducados italianos, y probablemente Felipe y yo no

estaríamos con tantos problemas en España.

—Eso no lo podemos saber, Luisa. No creo que debas olvidar que tu padre es tu padre.

—Pues lo siento, Antonia, pero yo lo veo así y mi hermana María Adelaida opina exactamente igual que yo. En una de sus cartas me ha dicho que hace meses que no se habla con él y mi madre está muy enferma, yo creo que de vergüenza, por culpa de su traición al compromiso doble que tenía con Luis XIV. No me vale como excusa su ambición. Nunca me valdrá. Ha actuado como un mercenario, no como un príncipe, y aunque en Italia sea toda una honrosa tradición romper los compromisos por el interés particular del momento, a mí me ruboriza y me duele en lo profundo del alma que él lo haga.

—Esperemos que la pronta victoria del rey haga que todo se ponga en su sitio —dijo la marquesa intentando cambiar la conversación, porque veía que la reina estaba muy dolida con su padre y Antonia no tenía ningún argumento en contra de los de la reina; de hecho, en lo profundo de su ser, pensaba igual que ella, aunque se había guardado muy mucho de manifestarlo. Sólo su esposo conocía esos sentimientos y él era un hombre discreto que no hablaba nunca sobre lo que opinaba su esposa, al respecto de ningún asunto importante. Sabía que muchos estaban pendientes de cosas como ésa, porque estando tan cerca de la reina, era un modo de acercarse al trono y por ello, aunque le preguntaran, nunca respondía, sino con evasivas.

—¡Ojalá que nuestras armas venzan pronto, amiga mía! Rezo todos los días por ello. De hecho, te confieso que hoy llevo todo el día inquieta, como si estuvieran luchando ya.

—Me había parecido notarlos. ¿Y qué sientes, Luisa?

—Tengo la sensación de que algo importante ha pasado y por eso estoy nerviosa e inquieta, desde por la mañana temprano.

—Ana era igual. A veces decía lo mismo que tú estás diciendo ahora y luego, en efecto, se demostraba que tenía razón. ¿Y crees que hemos ganado, Luisa?

—No te lo puedo decir. Mi corazón lo desea de tal modo que me sería muy difícil decirte algo que no esté mediatizado por mi ansia de victoria.

Las dos se quedaron un momento en silencio, mientras se dirigían de nuevo hacia los muros de la ciudad. Entonces oyeron unas voces que se hacían griterío.

—¿Qué dicen las voces? ¿Las entiendes, Antonia?

Las dos detuvieron sus caballos y se quedaron escuchando el griterío, que se iba haciendo mayor, conforme se acercaba.

—¡Victoria! ¡Victoria!

—¿Los oyes, Luisa? Gritan victoria.

—Vamos hacia ellos, Antonia. Dios quiera que eso sea cierto.

La reina, seguida de la marquesa de San Antonio, espoleó su caballo y entró en la ciudad. Una multitud la rodeó, con caras alegres, dando vivas a la reina y al rey y atronando los aires con el mismo grito de victoria. La reina se fue haciendo paso con

cuidado, entre la multitud vociferante que quería tocar su manto. La guardia, de modo rápido y profesional, tomó sus posiciones delante y a los lados, aunque María Luisa Gabriela les ordenó que no molestaran el entusiasmo de la población y que dejaran mantenerse cerca al pueblo. Le gustaba sentir que los castellanos disfrutaban de los triunfos de sus reyes y lo celebraban con alegría. De hecho, contagiada por el entusiasmo, acabó gritando con ellos el mismo canto y recibió una calurosísima ovación cuando, llegada al palacio que la alojaba, del conde de Treviño, se dio media vuelta e hizo un signo de victoria con el brazo derecho. Al entrar en el zaguán de la casa, la esperaba la princesa con un pliego en la mano. Era del rey. Seguida por la marquesa de San Antonio, entró en el patio del palacio y rompió el sello. Luego leyó en voz alta la carta del rey.

Mi amada reina:

Tengo el placer de escribirte estas líneas para comunicarte que en el atardecer del día 8 de diciembre de 1710, rodeando a las tropas inglesas del general Stanhope que se guarecían tras los muros de Brihuega y en la mañana del día de hoy, tras darles dura batalla, que comenzó a las ocho de la mañana, con el fuego de nuestros cañones hiriendo la débil defensa de los muros de la villa, viendo los muchos muertos que les estábamos provocando desde lejos, sin peligro alguno para los nuestros, y sabiendo que era inútil una resistencia armada, en que lo único que podía conseguir es ser aniquilado, Stanhope ha capitulado, con todo su ejército, sufriendo más de quinientas bajas y dejándonos cinco mil prisioneros.

Todo esto ha sido posible gracias a un acto de necedad del archiduque hace algunos días, cuando, desconocedores de lo cerca que estábamos de ellos, ordenaron la separación de las dos mitades del ejército por naciones, para hacer unas maniobras, pensando volverse a juntar después, cosa que ya nunca podrán hacer porque los ingleses han sido derrotados por completo.

Vamos ahora detrás de las tropas de Starhenberg, que creemos que aún no conoce la capitulación de Stanhope en Brihuega y que está acudiendo a la llamada de sus mensajeros, a los que dejamos pasar, esta madrugada, por nuestras líneas, sin darles caza, antes de la victoria. Es seguro que intentará rescatarle de su comprometida situación y nosotros, aprovechándonos de ello, les atacaremos en Villaviciosa. Reza mucho por nosotros, esposa y reina mía, porque si triunfamos sobre ellos, mañana, día 10 de diciembre de 1710, nuestra victoria final estará mucho más cercana.

Lo firmaba: Felipe, Rey.

María Luisa Gabriela entró en un frenesí de actividad, seguida de la princesa de los Ursinos y de la marquesa de San Antonio. El obispo de la ciudad, las monjas de los conventos, las damas de la corte, todos rezaron esa noche por el triunfo del rey. Había en el aire una alegría que se comunicaba de unos a otros y, a la par, una tensión que parecía eléctrica. Por fin habían cambiado las tornas y las armas del rey cosechaban un importante triunfo. Esa noche fueron pocos los que durmieron, en Vitoria. La noticia de la batalla decisiva que se estaba librando el día 10, fue el comentario general de la ciudad. Nadie trabajó ese día. Todos estaban pendientes de las puertas de la ciudad y de la llegada del mensajero, que traería las noticias del resultado de la batalla. Pero pasó la mañana sin noticias y a ésta siguió la tarde y después llegó la noche y continuaba sin llegar ningún mensajero del frente. De la alegría que había presidido la corte y la ciudad, durante el día, se pasó a la duda y la preocupación. Casi a medianoche llegó un mensajero del rey, reventando el caballo, con un escueto mensaje que calmó los ánimos de María Luisa Gabriela y de la corte:

La batalla ha comenzado por la tarde. Esperamos en Dios poder ganarla. Seguiremos combatiendo hasta que acabemos por completo con ellos, aunque se haga de noche. En cuanto se sepa algo definitivo, enviaremos noticias.

La nueva de que la batalla estaba librándose todavía se extendió por la ciudad y tampoco esa noche hubo mucho descanso, porque todos sabían que en la madrugada llegaría un mensajero con las buenas o las malas noticias del frente.

A las cuatro de la madrugada llegó el nuevo mensajero. Los cascos de su caballo, mientras avanzaba hacia el palacio donde estaba la reina, alertaron a los que vivían en los aledaños de la calle principal de que pronto habría nuevas. La reina estaba vestida, esperándolo, con la princesa de los Ursinos y la marquesa de San Antonio bordando a su lado. El soldado entró, arrodillándose ante la reina y diciéndole que el rey había conseguido un gran triunfo, ante su mirada inquisitiva, mientras le tendía un pliego con el sello personal del rey.

Con el espíritu desbordando alegría por la noticia, le dio permiso para retirarse, no sin antes regalarle un anillo con un hermoso camafeo, que se quitó de un dedo, por traerle esa buena nueva. El soldado, que atesoraría siempre su regalo, salió de la estancia marcha atrás, y procedió a dar la buena nueva a quien lo quisiera oír.

Mientras, la reina abría el pliego. La batalla de Villaviciosa había sido un éxito completo. Leyó en voz alta. Se podía celebrar una gran victoria porque lo había sido. La noticia se fue extendiendo por palacio, a toda velocidad, mientras la reina seguía leyendo la carta. Los veinte mil hombres del rey lucharon con los catorce mil del archiduque.

Se habían colocado frente a frente, los imperiales, de espaldas a Villaviciosa, con los cañones en una colina. Entonces, el ala derecha, comandada por el rey a caballo, había acudido a batir las baterías, que no habían podido resistir el inesperado ataque y quedaron calladas para luego seguir, triturado al ala izquierda imperial. Este logro, al principio de la batalla, había desequilibrado las fuerzas imperiales, que además eran bastante inferiores en número a las del rey Felipe V. No obstante, el ala derecha imperial atacó duramente el ala izquierda del rey y se enzarzaron en duro combate, en el que ni uno ni otro conseguían avanzar y se encarnizaron en la lucha de modo muy obstinado, sin ceder ni uno ni otro un solo palmo de terreno, durante horas. El centro de los imperiales luchó bravamente, pero no había podido resistir el embate de la poderosa infantería francesa de Vendôme, que casi la doblaba en número, y tras unas horas de dura lucha, comenzó a dar señales de ceder, cuando se acabaron los batallones de reserva, y cerca de la medianoche, iluminados por grandes antorchas que desde el anochecer se encendieron e iluminaron la lucha, en el campo de Felipe V, hubieron de retirarse, aunque lo hicieron de modo ordenado, sin huir. Entonces también claudicó el ala derecha imperial, cediendo el terreno y dejando un gran número de muertos en el campo de batalla.

Aprovechando la oscuridad, escaparon el archiduque y Starhenberg en dirección a Barcelona, dejando a Felipe V y al duque de Vendôme como felices dueños del

campo de batalla. El mariscal austríaco sólo había conseguido salvar la mitad de su brillante ejército de 14.000 hombres, quedando el resto muerto o prisionero en manos del rey de España. La situación del archiduque Carlos había dado un vuelco completo. Siete mil hombres eran todos los que le quedaban, para defender Aragón y Cataluña. Su posibilidad de triunfar en la guerra se esfumaba tras las derrotas de Brihuega y Villaviciosa y además, en Brihuega, el propio general Stanhope había sido hecho prisionero. El desastre para sus pretensiones no podía ser mayor.

La reina María Luisa Gabriela ordenó el repique de las campanas de la catedral de Vitoria. A las cuatro y media de la mañana del día 11 de diciembre de 1710, todos los que habían podido conciliar el sueño esa noche en la ciudad se despertaron sobresaltados. El repique alegre de las campanas de la catedral, que pronto fue seguido por el del resto de las iglesias de Vitoria, les decía, sin palabras, que el rey Felipe V había conseguido la ansiada victoria. Pocos minutos después, las calles de la ciudad estaban llenas de gente y en medio de la algarabía y el bullicio se agolpaban frente a la puerta del palacio donde estaba la reina. El balcón estaba abierto y a pesar del frío, pues estaba helando de modo muy severo, la reina salió a dar a los ciudadanos de Vitoria el parte de guerra.

Hubo vivas a la reina, al rey y al príncipe de Asturias, y los habitantes de la ciudad vieron el amanecer de ese día, poco después, en medio de las celebraciones que se sucedieron. Las dos victorias eran tan importantes que cambiaban por completo el panorama de la guerra y eso, además, repercutiría, inevitablemente, en la campaña de Francia en Europa.

Las muertes del emperador y el gran Delfín

La enfermedad de la reina

El año 1711 había comenzado con una excelente noticia militar, la toma de la ciudad de Gerona, que dejaba al archiduque reducido a un área de influencia muy pequeña delimitada por el triángulo de Barcelona, Tarragona e Igualada. Para todos, incluido el propio archiduque, era evidente que su situación en la Península era prácticamente desesperada y no tenía visos de mejorar.

El duque de Saboya estaba negociando una paz parcial, a espaldas de los aliados, con Luis XIV, intentando beneficiarse de sus antaño relaciones privilegiadas con el gran rey, y la reina Ana I de Inglaterra ralentizaba la guerra, comenzando a pensar en su sucesión, pero no serían los deseos de los príncipes los que decidirían la contienda. De hecho, hasta el mes de abril, la situación estaba en un callejón sin salida. No se sabía si el emperador iba a seguir apoyando a su hermano tras las severas derrotas sufridas el año anterior en España, y los ingleses estaban dudando si les convenía proseguir la guerra tal y como estaban las cosas. En lo militar, estaba en un punto muerto, aparte de que los hechos de armas daban prestigio al general duque de Marlborough, que no pertenecía a la administración «Tory» conservadora, sino a los «Whigs» o liberales, y la guerra ya resultaba demasiado onerosa para el tesoro inglés, aunque habían tomado bases estratégicas como Gibraltar y Menorca.

Pero todas estas consideraciones, como otras muchas que los actores se estaban haciendo, quedaron en nada cuando se produjo el gran golpe del destino que se encargaría de segar las aspiraciones de unos y cambiar las de otros, al crear situaciones nuevas que transformaban por completo la política en Europa. Y es que en abril de 1711 se produjeron dos muertes consecutivas que iban a cambiar el panorama europeo y que afectarían a la guerra de sucesión de modo decisivo.

La primera y más importante fue la repentina muerte del emperador José I de Austria, en Viena, sin herederos. Su fallecimiento prematuro e inesperado, en plena juventud, conmocionó las cancillerías europeas porque daba un sentido nuevo a la situación política global del momento. Su heredero y sucesor no era otro que el archiduque Carlos, que en adelante será conocido como el emperador Carlos VI, cuyas pretensiones al trono de España, si conseguía su objetivo, darían como resultado el renacimiento del intento de imperio universal de Carlos V, algo que los ingleses y holandeses no querían bajo ningún concepto.

Y para acabar de conmover los espíritus de los políticos de Europa, pocos días después de la muerte del emperador fallecía el gran Delfín Luis, padre del rey de España, de viruelas, en su residencia privada de Meudon. La muerte inesperada de este príncipe bonachón y amante del arte, del que no se esperaban grandes hechos

como rey, hacía heredero del trono francés al hermano mayor del rey de España, Luis, duque de Borgoña, casado con María Adelaida de Saboya, que era muy querido por el pueblo. Valorado por todos como un príncipe de alto espíritu, encarnaba para los franceses la esperanza de un gran reinado de paz y la consolidación de la influencia francesa en Europa cuando se produjera el fallecimiento de su abuelo el viejo rey Luis XIV. Además, tenía dos hijos varones que garantizaban ya la sucesión.

La muerte de su padre también hacía que el rey de España, Felipe V, estuviera algo más cerca del trono francés, aunque eso no parecía poner demasiado nerviosos a los aliados y, de momento, no iba a ser un obstáculo para la posible negociación de la paz.

Felipe V y María Luisa Gabriela recibieron las dos noticias con cierta perplejidad. Analizaron el asunto con la princesa de los Ursinos, y los tres estuvieron de acuerdo en considerar que la muerte de José I supondría el fin del apoyo aliado al archiduque Carlos, ya Carlos VI de Austria. Ahora, los ingleses procurarían salir de la guerra lo antes posible y lo mejor parados posible. No había que olvidar que tenían bajo su dominio Gibraltar y Menorca y que estaban utilizando el peñón y la importante isla mediterránea como bases para su armada. Seguramente querrían mantenerlas a cambio de la paz. Además, estaba la importante cuestión de la sucesión del trono de Gran Bretaña. La reina Ana I, Estuardo, no tenía hijos y deseaba que, a toda costa, el trono inglés pasara a los hijos de su hermana Sofía, protestante como ella, casada con el príncipe elector de Hannover, postergando para siempre a su hermano, el legítimo rey Jacobo III, a quien todos llamaban en Europa el caballero de San Jorge, que era acérrimo católico y que ni siquiera por el trono de Inglaterra había aceptado hacerse protestante.

Ana I quería el reconocimiento de las potencias y eso incluía especialmente a Francia, lugar donde el verdadero rey de Inglaterra y Escocia vivía en el exilio y de donde habían arrancado un par de intentos de hacerle recuperar lo que le correspondía por herencia. Y para que se cumpliera su voluntad y Luis XIV le diera ese reconocimiento, estaba dispuesta a negociar una paz que no le fuera demasiado onerosa al gran rey. Ya sólo era cuestión de decidir cómo se arreglaban los asuntos territoriales pendientes, pero una cosa era evidente: a Felipe V, nadie le iba a quitar el trono de España ni el imperio americano. Otra cosa era el asunto de los territorios europeos de la monarquía española que serían, inevitablemente, el botín de guerra con el que Luis XIV podría negociar una honrosa paz para Francia que le dejara reinar tranquila y sosegadamente lo que le quedara de vida y poder irse, con la cabeza alta, tras el reinado más largo y fecundo de la historia de Francia, con un bagaje de luces y sombras que hacían de su figura la más importante del siglo XVII y clave para lo que iba a acontecer en el XVIII.

Todo esto era también evidente en la corte de España. Por eso, el deseo de Felipe V y María Luisa Gabriela era intentar en lo posible, una vez reconocido por las potencias como soberano indiscutido de España, que su herencia europea no fuera

entregada por completo a la voracidad de los aliados y procurar conservar lo que pudieran de la misma.

La princesa de los Ursinos, que era mucho más realista que el rey, le fue preparando para lo peor. Luis XIV necesitaba territorios con que negociar la paz. No iba a entregar los de Francia, y además era justo, porque el coste de la guerra de sucesión española, que le había dado el trono, había sido asumido en su mayor parte por Francia, ya que las finanzas españolas, en permanente bancarrota y totalmente exhaustas, nunca hubieran podido hacer frente a la guerra. Además —pensaba la princesa de los Ursinos—, el imperio europeo de España había sido un lastre terrible que, durante dos siglos, no había hecho sino drenar los enormes recursos de la monarquía, humanos y económicos. Los reyes de la casa de Austria, comenzando por el emperador Carlos V, habían tenido que luchar, denodadamente, contra el resto del mundo para mantener la herencia de Felipe I de Habsburgo, el marido de Juana la Loca, que a España sólo le había dado prestigio y un poder más aparente que real. Si se analizaba en frío la situación, la inmensa riqueza americana que debía haber cubierto de oro a España y haber hecho de los reinos españoles los más prósperos del mundo, en realidad había hecho ricos a los banqueros holandeses del emperador Carlos V y a los flamencos de Felipe II y empobrecido a Castilla, con inflación y encarecimiento de precios, muerte de sus industrias y un enorme despoblamiento, debido a la emigración a los nuevos virreinos americanos y a la constante leva de soldados para los famosos e invencibles tercios que fueron el terror de Europa hasta que los franceses los derrotaron en Rocroi.

El deseado oro de las Indias españolas había provocado la riqueza de las provincias del norte, luego holandeses y flamencos, y se había dilapidado en las guerras de religión europeas, en que el emperador Carlos V, aprovechándose de que también era Carlos I de España, se arrogó el papel de unificador de la cristiandad a costa de la riqueza de la sufrida Castilla, que financió incluso el concilio de Trento, del que salió fortalecida la religión católica, con el movimiento de la Contrarreforma, pero dejó empobrecida a España.

La conclusión a la que llegaba la princesa de los Ursinos era que no había que luchar por ese imperio europeo que tanto había costado ya a España. Más bien había que intentar sacar los mayores beneficios posibles de su desaparición. Felipe V y María Luisa dudaban mucho y, por más que la princesa insistía, no lo veían claro, pero la realidad era que las pérdidas de Flandes, Luxemburgo y los Estados italianos de la monarquía eran prácticamente inevitables. Si Francia no se los entregaba a los españoles, y no lo iba a hacer, Felipe V, solo, con sus recursos propios, no podía tomarlos por la fuerza. El ejército estaba mejor, gracias a la guerra y la formación recibida de los franceses, pero no había una armada importante que pudiera transportarlo y ayudar a la toma de las ciudades marítimas de Italia. Y el hecho de que eso fuera conocido de todos hacía aún más difícil la recuperación de los reinos italianos y de las islas, tanto Cerdeña como Menorca.

Y mientras especulaban con la paz futura, durante el mes de mayo, como consecuencia de la muerte del emperador, los asuntos de la guerra en España habían quedado parados. Los austríacos deseaban que su nuevo emperador dejara Barcelona lo antes posible y embarcara rumbo a Viena, pero Carlos VI se resistía a partir, comprendiendo que si lo hacía ahora, eso equivalía a reconocer que España era para Felipe V, *de facto*. Además, estaba claro que el pequeño territorio peninsular que estaba bajo su dominio no iba a poder mantenerse sin el concurso de los aliados. Austria tampoco tenía recursos para seguir con una guerra que estaba tan lejos de su territorio sin el apoyo de la marina británica, contra Francia y España, que en realidad podía derivar si los asuntos militares se complicaban, con la completa recuperación de las posesiones italianas de España por Felipe V.

Y de hecho, esto no era algo tan imposible. El nuevo emperador fue informado de que en Nápoles se estaba produciendo una revuelta contra los imperiales, a la muerte de José I, que había dado lugar a duras represalias contra los nobles, fieles al rey Felipe V. En la revuelta, el anciano príncipe de Castelferrato había usado de todo su prestigio para provocar un vuelco en las conciencias de los napolitanos y se habían creado dos facciones que habían entrado en lucha, dando lugar a muchas muertes, lo cual había preocupado a Carlos VI y dado nuevas esperanzas a Felipe V, que sólo podía verlo desde la distancia, porque no tenía soldados ni barcos que enviar.

La marquesa de San Antonio tenía a la reina puntualmente informada de cuanto acontecía en Nápoles, de primera mano. De hecho, las cartas de su suegro, el príncipe de Castelferrato, la asustaban mucho porque mostraban que el anciano señor había encontrado una causa por la que parecía querer entregar la vida y Antonia temía, cada día más, recibir las nuevas de Nápoles, porque parecía que la rebelión estaba siendo muy sangrienta y porque sabía que, si algo le pasaba al anciano príncipe, no habría fuerza que impidiera que su esposo, el conde de San Carlos, y su cuñado, el conde de Galeano, acudieran a Nápoles a vengarlo.

Y en efecto, la temida noticia llegó con una escueta y triste carta del hermano del príncipe, don Gregorio Castelli. En ella, el buen señor les contaba con dolor que el hermoso palacio de Castelferrato en Nápoles había sido quemado hasta los cimientos, con todo su contenido, y que el marqués de Capizzi, el hijo primogénito del viejo príncipe, había muerto intentando impedirlo y que el anciano príncipe estaba agonizando, tras haber recibido también un disparo en la cabeza, en su casa. Antonia comunicó a la reina, en medio de lágrimas, que su esposo y su cuñado deseaban recibir la licencia del ejército, ahora que las operaciones militares estaban paradas, para acudir a enterrar a su padre y vengar el honor de la familia. Y aunque anhelaba con todo su corazón que la reina se lo impidiera, sabía que no podía pedirselo a su amiga. Si lo hacía, mantendría a su esposo en España pero le perdería para siempre, porque para él el honor de la familia era lo primero y las ofensas de sangre eran algo que sólo la misma sangre podía lavar. Antonia tendría que aceptarlo, como lo hacían todas las esposas de los napolitanos.

María Luisa Gabriela comprendió lo profundo del drama de su amiga. Nápoles era, en verdad, el último sitio al que le gustaría enviar a alguien que amaba y menos aún en la situación presente, siendo los dos condes, el uno esposo y el otro viudo de dos grandes de España y coroneles del ejército de Felipe V. Sólo un milagro podía evitar su muerte violenta en ese reino, donde los enemigos de la corona española tenían de nuevo el poder y lo estaban ejerciendo con la mayor dureza.

El rey les dio la licencia, con pena, comprendiendo que la partida de los dos jóvenes condes era casi una despedida definitiva. Ellos también lo sabían, pero estaban dispuestos a morir por sus principios y su honor. Desde luego, procurarían vengar a su padre y a su hermano antes de entregar la vida. Eso era lo que les guiaba: el deseo de matar a los asesinos del príncipe de Castelferrato y del marqués de Capizzi. Ya sabían quiénes eran. La última carta de su tío, don Gregorio, les decía que el artífice de la muerte de su padre y hermano era el duque de Cathólica, un gran señor, con dos hijos muy belicosos, que antaño habían sido buenos amigos de la familia y defensores del dominio español de Nápoles, pero que se habían pasado en la guerra al bando imperial y ahora, en la rebelión, habían sido los jefes de la facción defensora de Carlos VI.

A mediados de mayo partieron los dos condes con destino a Valencia, desde donde iban a embarcar hacia Nápoles. La marquesa se quedó muy triste, pero pronto sus preocupaciones se doblaron, cuando su amiga, la reina María Luisa Gabriela, que llevaba dos meses muy delicada de salud, se puso peor y de nuevo comenzó a sufrir terribles migrañas, fiebres e inflamación de ganglios, pero esta vez la sangre de paloma y los baños de leche de burra y de mujer no sirvieron de nada.

El rey estaba también muy preocupado por la salud de la reina que cada día era peor y la visitaba muy frecuentemente; después de la misa, del despacho y de la comida, procuraba entretenerla contándole anécdotas del día para hacerle más llevaderos sus dolores. Seguía durmiendo con ella cada noche, a pesar de su enfermedad, cosa que ellos veían como algo normal, ya que las fiebres de la reina no parecían ser contagiosas y el rey se acostaba en su misma cama y hacía el amor con ella todos los días, sin haber contraído su mal, desde que las fiebres aparecieron con el segundo parto hacía ya casi dos años.

La princesa de los Ursinos y los miembros de la corte estaban habituados a esta proximidad íntima de los reyes, pero no era ése el caso del embajador francés, duque de Noailles, quien consideraba algo inapropiado y peligroso que el rey se acostara con la reina, mientras ella estaba enferma. Aguantó un tiempo sin decir nada, pero un día ya no pudo contenerse más, y durante una de sus audiencias privadas, aprovechando la confianza que creía tener con Felipe V por ser un viejo amigo del fallecido padre del rey, se atrevió a sugerirle, en tono de confidencia, que tomara una manceba entre la servidumbre de la reina para aliviar a ésta de la necesidad de cumplir sus deberes maritales. No sabía el duque francés en que avispero se había metido al tocar ese asunto prohibido, pero pronto iba a comprenderlo.

—¿Cómo os atrevéis a hacerme tal sugerencia, embajador? —le dijo el rey, indignado, marcando el tratamiento formal como hacía cada vez que algo le molestaba.

—Sólo lo hago por el bien y la salud de su majestad, la reina —insistió Noailles.

—De la salud y el bienestar de la reina, el mayor interesado y quien más se preocupa somos nos, duque. No necesitamos consejos de nadie al respecto y por eso no los pedimos y nos molesta recibirlos.

—Pero, majestad, la mancebía es algo normal que siempre ha acontecido. Vuestro propio abuelo...

—No sigáis por ese camino, duque —dijo el rey, con tono helado, sintiendo por dentro una rabia profunda—. Nos somos muy distintos de nuestro abuelo. Vuestra proposición nos parece profundamente indecorosa. Nos guiamos siempre por los principios de la religión católica y por el profundo amor que tenemos a la reina, y nos negamos a quebrantar los primeros y a mancillar la pureza del segundo. Le hemos sido, le somos y le seremos absolutamente fiel a la reina hasta el día de su muerte y cualquiera que procure que nos quebrantemos ese voto, que es el más importante en nuestra vida, nos ofende como persona y como rey de España.

—En ningún caso pretendía ofenderos, majestad —dijo el duque de Noailles, sorprendido al darse cuenta de que el rey estaba demasiado serio.

—Pues lo habéis hecho. Podéis retiraros, ahora. No tenemos nada más que deciros, embajador. —Y esperando que el duque comprendiera que estaba furioso con él por su osadía, le dio la espalda, con toda conciencia, hasta que salió de la sala de despacho.

Inmediatamente después de salir el duque de su gabinete, Felipe V escribió una rápida carta al rey de Francia pidiéndole que llamara a Noailles a Versalles, porque no deseaba tenerle más como embajador en España y luego, tras ordenar que saliera inmediatamente, se dirigió hasta los aposentos reales, donde halló a la reina en el lecho, pero de mejor ánimo y sin dolor de cabeza, lo cual le llevó a relatarle con todo detalle la audiencia del duque de Noailles.

María Luisa Gabriela también se indignó con el embajador francés, cuando el rey fue contándole lo que le había dicho, palabra por palabra. Lo que Noailles no podría entender nunca, probablemente porque escapaba de la mayoría de las personas de alta cuna, acostumbradas a hacer siempre «lo conveniente», según el modelo de Versalles, era que la reina amaba profundamente al rey y le gustaba que el rey la deseara, igual que siempre, y que le hiciera el amor cada noche, a pesar de que estaba enferma. Incluso cuando se sentía peor, María Luisa Gabriela le recibía en el lecho con amor y le abrazaba con sus mermadas fuerzas, sintiendo que cumplía con su deber de esposa. A la par, saber que satisfacía al rey, que seguía disfrutando de sus encuentros sexuales con ella, como siempre, la hacía sentirse menos culpable por su mala salud. Que el rey siguiera queriéndola y respetándola, como el primer día, con o sin enfermedad, le daba ánimos y vida. Para ella, el amor de Felipe V era su norte y en esa dirección

estaba orientada toda su vida. Por ese amor había luchado en los momentos malos, sin desfallecer, y seguiría haciéndolo hasta que se le acabaran las fuerzas. Por eso, el caso de Noailles les ofendió tanto a los dos; porque se había entrometido en la esencia misma de su unión. Y María Luisa Gabriela era muy resolutiva cuando algo la ofendía. Siempre procuraba cerrar el asunto de modo definitivo y lo antes posible.

—Os ruego que escribáis a vuestro abuelo pidiéndole que le retire de Madrid —dijo al rey, sintiendo una rabia creciente dentro de su pecho.

—Ya lo he hecho, Luisa. En cuanto salí del despacho, escribí a mi abuelo, pidiéndole que lo llamara, sin darle más explicaciones. No quiero volver a verle.

—Pues yo tampoco. Que no se moleste en intentar visitarme porque no le recibiré nunca más. ¡Qué falta de pudor! ¡Qué falta de cortesía hacia nosotros! No puedo entenderlo.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo. Noailles no nos entiende y lo peor es que se cree que sí. Por eso, como no debemos tener un embajador que se equivoque tanto con nosotros, lo mejor es que mi abuelo nos envíe a otro. Espero que el gran rey nos encuentre a alguien que esté más en la línea de Amelot. Ése sí que fue un gran embajador y un excelente servidor de la monarquía.

—Qué pena que no regrese a Madrid, esposo mío. Pedídselo al rey, vuestro abuelo.

—Creo que no nos lo concederá. Parece que el buen hombre está muy contento en su nuevo destino.

—¿De verdad creéis que no querría regresar a España?

—Pienso que considera cumplido su tiempo aquí. Además, en realidad, si lo pensamos un poco, quizás sea mejor no tener un ministro francés tan poderoso, por popular y querido que fuera antaño. No hay que olvidar que los españoles en realidad no gustan de ser gobernados por extranjeros, aunque éstos lo hagan bien. Creo que con la princesa de los Ursinos, como influencia francesa en España, basta por el momento.

—Espero que Ana María no os haya ofendido. Lo sentiría mucho.

—No, en absoluto, Luisa. Cada día confío más en ella y en su increíble olfato político. La princesa de los Ursinos es realmente muy útil para nos, porque nos hace ver cosas que, de otro modo, quedarían ocultas. Tiene buen ojo, excelente criterio y una cualidad que considero absolutamente infrecuente.

—¿Cuál es esa cualidad que tanto valoras en ella, mi rey?

—La de no desear figurar. Prefiere sugerir y que nosotros hagamos. Así es como actúa siempre y ése es el modo más conveniente para el prestigio de la corona. Le gusta ejercer el poder, pero desde la sombra, y por eso Ana María nos es esencial, pero fuera de ella podemos prescindir del resto. Algunos de los nuevos secretarios son buenos ministros, sobre todo el marqués de San Felipe y Macanaz, pero ni de lejos tienen la sabiduría y la intuición política de la princesa. En verdad, es una gran suerte para nosotros tenerla a nuestro lado y me alegra mucho que me insistieras para

que pidiera a mi abuelo su retorno. En estos años nos ha librado de muchos males; probablemente, muchos más de los que imaginamos.

—Yo siempre lo he sospechado. A veces, he pensado que me ocultaba cosas para no preocuparme, pero sé que lo hace por mi bien. Confío plenamente en ella. Desde el principio así fue y no te puedes imaginar cómo se portó conmigo en Burgos: cuando no teníamos dinero, ella empeñó sus joyas, su vajilla, a mis espaldas, para que yo pudiera vivir con dignidad. Sólo por Antonia me enteré de todo eso. Ana María es una gran dama y, además, tiene muchas de las cualidades de un hombre de Estado.

—Y su red de espías es realmente buena. Sólo el descubrimiento de las conspiraciones de nuestro primo, el maldito duque de Orleans, que Dios, confunda por su perfidia, y la del duque de Medinaceli hace que valga su peso en oro.

—No te olvides, esposo mío, de la del marqués de Leganés o la anterior, del conde de Cifuentes, ese maldito traidor que tanto ha luchado contra nosotros en el bando del archiduque.

—No olvido nada, Luisa. Por eso, Ana María también tendrá su recompensa en la paz. Voy a conseguir para ella un pequeño territorio en la frontera de Flandes con Francia, como principado independiente. Creo que se lo ha ganado a pulso, con sus servicios a la monarquía española y su devoción a tu persona.

—Me parece una idea excelente, Felipe. Además, eso conseguirá halagar su ambición; porque probablemente, un principado soberano es una de las pocas cosas que, en verdad, pueden hacerle ilusión a la princesa de los Ursinos. No he visto a nadie tan capacitado como ella para reinar. Te confieso, entre nosotros, que no sé cómo tu abuelo, que la conocía desde hace tantos años, no se enamoró de ella. Debería haberse casado con ella, en segundas nupcias, en lugar de ese matrimonio secreto, morganático y casi vergonzante con *madame* de Maintenon. Ana María le da mil vueltas a la consorte secreta de tu abuelo, que, además, tiene un origen bastante humilde.

—Era la viuda de un poeta no demasiado notable; un tal Scarron.

—En cambio, Ana María, es de las mejores familias de Francia, hija y hermana de un duque, y de una inteligencia, una prestancia y un encanto absolutamente fuera de lo normales.

—La Maintenon es también una persona inteligente y muy guapa. Y ha sabido aprender a manejar la grandeza y a tolerar los desvíos de mi abuelo.

—Sí. La verdad es que tu abuelo va dejando hijos por todos lados. ¿Cuántas mujeres pueden vanagloriarse de tener un hijo suyo?

—Bastantes, desde luego. En eso no me parezco nada a él.

—No sabes lo que me alegra. Me moriría si me fueras infiel.

—Eso no acontecerá, Luisa. Ya lo sabes.

—Sí. Lo sé y eso me conforta en mi enfermedad.

—¿Qué me decías al respecto de mi abuelo y la princesa de los Ursinos? —dijo el rey, recuperando el tema de conversación anterior, al ver que la reina se estaba

poniendo algo melancólica.

—En fin, que me alegra mucho que Luis XIV se la dejara escapar. Así hemos podido tenerla nosotros en España. De verdad, Felipe, a veces creo que le debo todo mi prestigio. Me ha aconsejado tan bien, cuando tú no estabas: cómo tratar a los ministros; cómo vestirme en cada ocasión; qué decir, cómo hacerlo, cómo hablar al pueblo, cuándo hacerlo. Yo era una reina niña, sin experiencia de la vida, y ella me ha ayudado a ser una soberana muy querida de su pueblo. Eso, mi amado esposo y señor, no hay con qué pagarlo.

—Sí, Luisa. Es cierto que la princesa te sirve bien. Está claro que aquí ha encontrado su lugar ideal, a tu lado. Tiene todo el poder que le da su inteligencia despierta y el que sepamos valorarla. Por eso está tan cómoda contigo; pero no te minusvalores. Tu carisma es tuyo; tu gracia, tuya, y tu enorme corazón también es tuyo. Eso es lo que te hace ser una gran reina; lo demás es circunstancial.

—Te agradezco el cumplido, Felipe. Es muy hermoso, más viniendo de ti, a quien quiero con todo mi corazón. De todos modos, siendo realista, te confieso que no podría pasar sin ella. Aparte de ti, mi rey, sólo Ana María y mi amiga Antonia Frattini son capaces de animarme en mis peores momentos y últimamente, por desgracia, tengo muchos.

—Pues creo que va siendo hora de cambiar de aires. ¿No querías hacer unas nuevas obras en nuestras habitaciones del alcázar? Pues que se hagan. Acaba de llegar una nueva remesa de plata de las Indias y reservaremos un poco para que tú estés más cómoda. Te lo mereces, después de tantos años de sacrificios, y si te parece, iremos a pasar el verano a Corella. Lo he consultado con los médicos y me han dicho que el aire de la montaña te irá bien. Si te apetece y das tu visto bueno, la semana que viene saldremos de Madrid y nos dirigiremos a Navarra.

—La verdad es que me apetece el cambio de aires, pero me siento tan débil, Felipe. El viaje me asusta.

—No te preocupes por eso, Luisa. Ordenaré que preparen la más cómoda de las carrozas, con un elevado y comfortable lecho para ti. Así, podrás ir echada mientras ves el paisaje, sin fatigarte. Y además, te acompañarán tu amiga Antonia y la princesa de los Ursinos para animarte y cuidarte. Y yo iré a caballo, a tu lado. Será un movimiento de toda la corte, como antes hacían los reyes, nuestros antepasados.

—No sabes cómo me emociona el modo en que me cuidas, esposo mío.

—Es mi placer y mi deber, Luisa. Lo juré ante el malhumorado Patriarca de Indias. ¿Te acuerdas?

—¿Cómo me voy a olvidar? Y pensar que te dejé en la puerta de la habitación esa noche. ¡Qué niña malcriada! ¡No entiendo cómo me lo toleraste! Debiste echar la puerta abajo y darme una lección.

—¡Dios mío! Eres más severa que yo. Parece que aquello fue hace cien años. Hemos vivido tantas cosas; tantos momentos felices y tantos momentos duros... Pero aquí seguimos, al pie del cañón. ¿No te vas a rendir ahora, verdad, Luisita?

—Sabes que no, Felipe. Mientras tenga un ápice de fuerza, lucharé para recuperarme. Quiero seguir a tu lado muchos años; ver crecer a nuestro hijo y darte otros más.

—Me alegra oírlo. Hazlo por ti y también por nosotros. Te quiero y te necesito y no desearía que me dejaras solo. El trono sería un lugar muy solitario sin ti.

—No lo pienses siquiera, mi señor. Me voy a poner bien. Te lo prometo.

—Es palabra de reina. La tienes que cumplir.

—Así lo haré, majestad. ¿Queréis honrar ahora el lecho de esta pobre enferma?
—dijo coqueta.

—No me lo tendrás que proponer dos veces, Luisa. Será un placer.

Y tras ordenar que nadie los molestara, los reyes de España estuvieron demostrándose el uno al otro que el embajador de Francia se equivocaba de modo rotundo cuando había propuesto al rey que tomara una amante. El rey de España no necesitaba más amante que su esposa.

* * *

En junio, la corte entera se fue a Corella. El embajador francés duque de Noailles no volvió a ser recibido por el rey ni por la reina, ante su asombro. Se buscó una excusa plausible para justificar su retirada, que se produjo lo más rápidamente que se pudo, para evitar lo falso e incomodo de su posición, porque los reyes de España no querían volver a verle.

En Corella, tras unas semanas de buena alimentación, paseos, baños y aire puro de montaña, la reina se iba encontrando mejor. Poco a poco, día tras día, su rostro recobró el color sonrosado tan característico en ella; subió algo de peso y su humor mejoró notablemente, al tiempo que los dolores de cabeza cesaron, para alegría del rey y de la corte.

En julio, cuando estaban disfrutando una temporada apacible y agradable, llegó la terrible noticia de la muerte de los dos hermanos Castelli, que acabó con la intranquila espera de la marquesa de San Antonio, que, de ese modo tan frío, se enteraba de que acababa de quedarse viuda. La carta la escribía el hermano del príncipe, don Gregorio Castelli, que milagrosamente parecía haberse quedado fuera de la espiral de violencia que había acabado con toda su familia. Los condes de Galeano y de San Carlos habían sido muertos en dura lucha, espada en mano, tras haber acabado con la vida del duque de Cathólica y de sus dos hijos, a manos de los parientes de éstos. Curiosamente, Antonia se tomó la noticia con bastante estoicismo. Organizó un funeral por su esposo y por su cuñado y se vistió de luto riguroso, pero su rostro tenía una expresión serena, que llamaba la atención porque nadie la había visto hacer un gesto ni un aspaviento en público. Salvo cuando estaba con la reina, iba con el rostro cubierto con un velo, como si quisiera alejar el mundo de su persona

y dejó de asistir, como era costumbre, a todos los actos lúdicos, sin que pareciera costarle ningún esfuerzo. María Luisa Gabriela la interpeló directamente, no acabando de creerse que estuviera bien. Le preocupaban los excesivos silencios de su amiga, que cada vez hablaba menos. Por eso, un día, decidió salir a pasear sola con ella para hablar sin testigos.

—Dime de verdad cómo estás, querida amiga. Sabes que no debes ocultarme nada —dijo la reina mirándola fijamente a los ojos y escudriñando su rostro.

—Pues la verdad, Luisa, es que me pasa algo muy raro —respondió la marquesa de San Antonio, manteniendo sin dificultad la mirada de sus claros ojos azules sobre los oscuros de la reina.

—Explícate, Antonia. Deseo comprender lo que sientes.

—Pues verás, Luisa. Sé que, en lo profundo de mi corazón, yo ya había asumido que Rinaldo, mi esposo, iba a morir desde el día que se marchó. No me preguntes por qué, pero lo sabía. Cuando le besé y le miré a los ojos, en ellos vi danzar la muerte. Y lo que es más, te puedo decir que también él lo sabía perfectamente y lo aceptaba. Las reyertas familiares italianas, por lo que a mí me había contado al respecto de las de otros amigos o parientes, siempre acaban con la muerte de toda una familia, hasta el último vástago directo. Parece que la obligación de vengar la ofensa pasa de padres a hijos y nietos, y así sucesivamente, hasta que uno de los linajes consiga acabar del todo con el otro. Y por eso, porque me he sentido viuda desde hace ya dos meses, no me has visto sufrir tanto. Mi serenidad arranca del hecho de que había asumido ya que él iba a morir y que nunca más iba a volver a verle. Pero me consuela el hecho de que le he querido mucho y ese amor lo guardo para siempre en mi corazón.

—Debe ser terrible, Antonia. Lo siento por ti, porque has perdido un buen esposo y por ellos, todos los Castelli, porque eran gente de bien. Me duele que una familia como ésa haya tenido que extinguirse por esta maldita guerra. El príncipe era alguien especial y sus hijos, todos tenían carácter. Y ahora, por culpa de una venganza, hete aquí, viuda y sin descendencia.

—Eso no me importa, Luisa —dijo con voz serena—. Lo he pensado mucho y si los hijos no han venido, es probablemente porque no debían hacerlo. Yo acepto mi situación y me resigno. No volveré a casarme.

—¿Qué dices? Eres muy joven. Hay muchos españoles que te pretenderán.

—No. De verdad. No quiero hacerlo. Soy mujer de un solo hombre y tuve a uno que lo era de verdad. No podría entregarme a nadie más. Sólo de pensarlo, me dan escalofríos. Me quedaré a tu lado mientras tú lo desees, cuidándote mientras estés enferma, y luego, cuando te repongas del todo, si te parece bien, me gustaría entrar en un convento y pasar allí, en oración por mi esposo, mi hermana y por todos vosotros, el resto de mis días.

—Creo que eso es algo demasiado serio y definitivo para que actúes sin haberlo meditado profundamente, Antonia. Aún estás muy afectada por el golpe de la pérdida de tu esposo y no creo que sea el mejor momento para tomar una decisión como ésa.

—Puede que tengas razón, Luisa. Dejaremos correr un poco el tiempo. De todos modos, de momento, creo que me necesitas todavía. Para mí, ahora, eso es lo único importante. Una vez muertos mi esposo, mi hermana y su hijo, sólo me quedas tú; el resto del mundo es sólo vanidad, y a mí la vanidad hoy por hoy me sobra.

—En verdad, Antonia, tus palabras suenan serenas y siento que tu espíritu lo está también, como cuando uno alcanza a vislumbrar la respuesta de una cuestión que se nos resiste mucho; pero será mejor que esperemos un poco, para que tu decisión madure. Yo te necesito, en efecto, a mi lado y me temo que mientras viva no dejaré de hacerlo, así es que tu decisión tendrá que posponerse por un tiempo.

—Todo el que sea menester, si es por ti, Luisa. Y desde luego, te confieso que me sorprende la enorme paz interior que siento y no sabes lo que la agradezco. Mi sentir de ahora no tiene nada que ver con el terrible dolor que me desgarró el alma cuando murió la pobre de mi hermana Ana y mi sobrino. Entonces no encontraba sosiego ni paz, ni de noche ni de día, y me consumía un dolor que arrancaba de mi incapacidad para comprender por qué había pasado algo así a una persona como ella. Ahora, la cosa es muy diferente. Siento que mi esposo ha entregado su vida con honor, cómo vivió por algo en lo que creía. Pienso que fue feliz conmigo, como yo lo fui con él, y eso es más de lo que muchos tienen en toda su vida.

—Claro que te quiso mucho, Antonia —dijo la reina, alegrándose no poco de haberle ocultado en su día, para evitarle sufrimientos innecesarios, la aventura que su esposo tuvo con la cantante italiana—. El conde de San Carlos siempre te amó. Eso no lo dudes nunca.

—No lo hago. Por eso me siento tan en paz conmigo misma. Intenté ser una buena esposa y él también fue un buen marido. Nos amamos, aunque no tuvimos hijos; ésa es mi pena. Ahora me quedan los recuerdos, y de ellos viviré. En adelante, lo único que me interesa es tu completa recuperación, Luisa; tu felicidad y ver crecer al príncipe de Asturias y al resto de hijos que Dios tenga a bien enviarte, a tu lado, si me quieres contigo.

—Para mí nada puede ser mejor. Sólo en ti y en Ana María confiaría mi vida.

—En buenas manos la dejarías, porque yo te la ofrecería con todo el amor si la necesitaras.

—Soy muy afortunada. Dios me ha dado un excelente esposo, un hijo precioso y dos grandes amigas; si no fuera por mis males, no podría ser más feliz.

—Los males que te aquejan se curarán, Luisa. Ten fe. Yo rezaré para que la Virgen se los lleve para siempre y te sane por completo.

—Tengo mucha fe, Antonia. Pero a veces, cuando son tantos y tantos días con fiebres, con insoportables dolores de cabeza, con náuseas y vómitos, con mareos, que no me dejan levantarme, te confieso que me entran ganas de rendirme.

—No lo hagas, por favor. El rey te necesita; tu hijo el príncipe, también.

—De momento, aguanto y lucho. Ahora me siento de nuevo bien. Y con la mejoría, me vuelve el buen humor, la ligereza de espíritu, el deseo de disfrutar de la

vida; pero cuando mi vida se transforma en una corona de dolor que me oprime constantemente la cabeza, me aplasta en el lecho y no me permite ni abrir los ojos, entonces te aseguro que no se cambiaría por mí, con todo lo que tengo, ni la más humilde de las pastoras, porque te aseguro, amiga mía, que estoy pagando por el privilegio de sentarme en un trono como pocas reinas lo hicieron antes que yo, con lágrimas de sangre, ahogadas en la soledad de la alcoba real, para que nadie las pueda ver; para que nadie pueda sospechar que la reina de España, a veces, no puede ni con su alma. Y aun así, sigo resistiendo y me sobrepongo, una y otra vez. Pero ¿hasta cuándo podré resistir?

—Mi querida Luisa, hasta que Dios lo disponga. Cada cual llevamos nuestra carga. Yo llevaré la mía con dignidad, casi con agradecimiento, sabiendo, después de lo que me acabas de decir, lo pesada que es la tuya. Y no tengo ni que decirte que si necesitas mi hombro para llorar y mi brazo para apoyarte, cuando te flaqueen las fuerzas, tuyos son. A cualquier hora del día o de la noche, para lo que sea menester, mi persona está a tu servicio.

—Me emociona tu generosidad.

—Dirás mi egoísmo, Luisa. No tiene ningún mérito darse a quien uno quiere de veras. Es un gran placer, el mayor que una puede tener. Meritorio es lo que hacen los monjes franciscanos que vimos en aquel hospital, que curan a los enfermos, llagados y vagabundos; hay mérito en los que se entregan a quienes no conocen o a aquellos que, incluso, les odian. Ésos sí que son dignos de encomio. Yo no. Sólo soy una pobre y débil mujer, a la que el destino ha golpeado duramente, pero que tiene la amistad de una gran reina.

—¡Para ya, Antonia! ¡Yo te quiero tanto como tú a mí! Me alegra haber tenido esta conversación contigo.

Creo que a las dos nos ha venido bien abrir el fondo de nuestros corazones.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo. Luisa.

—Y ahora disfrutemos del día, que es precioso. Andemos un poco y respiremos este aire tan rico, que es de pura vida, amiga mía —dijo tirando de Antonia y llevándola hacia el bosque cercano.

* * *

Los meses del verano pasaron deprisa. La reina se sentía bien en aquel lugar. Habían desaparecido los dolores de cabeza y los mareos durante las últimas semanas y hasta los ganglios del cuello se habían desinflamado casi por completo. En septiembre, además, llegó a Corella una noticia que hizo que los reyes se pusieran de excelente humor: el emperador Carlos VI había abandonado por fin Barcelona para ir a coronarse emperador de Austria y, aunque había dejado en la ciudad a su esposa la emperatriz Elisabeth con el conde de Starhenberg, aquello sonaba a retirada, por más

que estuvieran intentando disfrazarlo.

La noticia fue un espolnazo de actualidad en la vida idílica que estaban llevando en la localidad navarra. El rey decidió entonces, de acuerdo con María Luisa Gabriela, que era el momento de retornar a la capital. No había que olvidar que aún seguían en guerra, aunque ésta estuviera dormida, y que había que preparar la paz y reconquistar lo que quedaba de Cataluña, ahora en manos de la emperatriz. No obstante, el retorno a Madrid se preparó sin prisas.

En octubre, los reyes salieron de Corella con toda la corte. En lugar de entrar directamente en la capital, se dirigieron a Aranjuez, disfrutaron de un par de semanas de intimidad, mientras se concluían las obras que estaban teniendo lugar en sus aposentos del Real Alcázar. La corte con la princesa de los Ursinos al frente, retornó a la capital y Madrid recobró la normalidad, que sólo esperaba para sentirse completa que Felipe y María Luisa Gabriela regresaran a su ciudad.

Pero los reyes estaban disfrutando de unas semanas muy especiales para ellos. La recobrada salud de la reina les había permitido renovar muchos de sus antiguos juegos, en el escenario de aquel palacio hermoso que habían conocido, en la única entrevista mantenida con la reina viuda, Mariana de Neoburgo en 1703, y que ahora les prestaba cobijo. Era muy cómodo porque estaba tan cerca de Madrid, que si era necesario podían llegar en muy poco tiempo y, a la par, eso les permitía relajarse y disfrutar del principio del otoño en ese paraje idílico bañado y enriquecido por el Tajo.

El rey hizo que le llevaran allí la hermosa barca dorada que había encargado a un excelente taller después de la primera visita al palacio. María Luisa Gabriela se quedó encantada al verla por primera vez. Estaba ricamente tallada, al más puro estilo Luis XIV, con elegantes volutas que se retorcían y resaltaban de un modo estudiado, produciendo una sensación de gran belleza. Los asientos de la parte de atrás eran confortables y estaban acolchados, para hacer menos incómodo el sentarse sobre la madera, y los habían tapizado en una hermosa seda azul borbón. También había almohadones para los pies, que hacían confortables los largos paseos que los reyes gustaban de hacer, conducidos por un barquero, y gozando en silencio, de la mutua compañía, del ruido suave del agua, de los cantos de los pájaros, del ruido de la brisa suave y fresca y del salto ocasional de las carpas, intentando capturar algún insecto incauto que volaba demasiado cerca de la superficie del río.

Felipe y María Luisa Gabriela gustaban también de visitar los jardines, donde algunos rosales estaban dando una segunda floración, tras los calores del estío, antes de la llegada de los fríos, que en ese año estaban posponiéndose, como si quisieran permitir a los reyes disfrutar de unos últimos días de temperaturas suaves. A veces, cuando el rey se ocupaba de asuntos de Estado, la reina salía con la marquesa de San Antonio a pasear, mientras los árboles comenzaban a dejar caer, perezosos, las primeras hojas que anunciaban su descanso vegetativo.

Aquellos días de serenos paseos por los jardines de la isla, de meriendas

campestres, alternados con recorridos inesperados por todos los rincones del palacio, para escudriñar sus secretos y descubrir hasta el último de sus tesoros, fueron un regalo del cielo para los reyes y sus personas más allegadas. El otoño con sus luces vagas y sus resplandores rosados y azules, al atardecer, que anuncian el acortamiento de los días, parecía mecerles en una bruma inmaterial, donde la felicidad perfecta era casi posible. Y el amor de los reyes, firme y entregado, apasionado y joven, les haría engendrar, en aquellos días de paz, un nuevo vástago.

La lluvia de finales de octubre regó de nuevo las sedientas planicies de Castilla, que la esperaban impacientes y resacas, tras el largo estío, y en pocos días, obedeciendo la llamada de los duendes del otoño, los feraces campos se olvidaron de las gamas de amarillos y ocres, que habían regido el paisaje del verano, para teñirse de verde; verde de hierba joven; de brote nuevo; verde de trigo, de esparraguera salvaje, de avena loca, de zarcillo de fresa; verde de vida y de esperanza.

Sabiendo que no podían prolongar durante más tiempo su estancia en Aranjuez, tras el mensaje de la princesa de los Ursinos de que todo estaba preparado en Madrid, decidieron regresar, llenos de alegría. La reina entró primero en la ciudad, con sus damas, y fue recibida con el cariño de siempre, con ovaciones, piropos y gran gentío, pero la entrada en Madrid del rey, el 16 de noviembre, fue el acto más emotivo que éste jamás había presenciado.

Los madrileños estaban verdaderamente orgullosos de él y querían demostrarle lo que sentían, en vivo, con ruido y algarabía, luces y vivas que atronaron los aires fríos de la capital, que el calor de los corazones incendiaba. Felipe V, el rey animoso, entró a caballo, en blanco palafren, con el collar del Toisón de Oro al cuello y banda azul y la cruz de la orden del Espíritu Santo. Era un rey apuesto, joven y fuerte, triunfante en la guerra y señor de la futura paz; el rey que todos querían y que se había ganado su corona con mucho sufrimiento. Tardó horas en llegar desde la Puerta de Toledo hasta el alcázar, porque no le dejaban pasar de puro gentío que se acumulaba para verle, saludarle y festejarle y, por una vez, él, que era de natural tímido, aunque no lo pareciera, y poco dado a los alborotos y ruidos fuertes, a su alrededor, se dejó llevar por el entusiasmo y disfrutó del recibimiento, tanto como su pueblo.

Los meses de noviembre y diciembre pasaron deprisa, como siempre que hay un tiempo de bonanza tras una tempestad. En el Real Alcázar de Madrid, los reyes se sorprendieron de las novedades que la princesa les tenía preparadas, que afectaban fundamentalmente a los apartamentos que daban al patio del rey. Las obras, encargadas por la princesa, habían hecho que el conjunto de habitaciones lóbregas y oscuras, del lado del patio de su majestad, previas a la sala de audiencias del rey, se hubieran transformado casi de modo milagroso en una hermosa serie de antesalas, decoradas a la francesa, con mobiliario venido de París, de factura impecable. Estas habitaciones nuevas comunicaban directamente la sala de audiencias del rey con la sala de los grandes.

Felipe V y María Luisa Gabriela alabaron el resultado de las obras que mejoraban

los apartamentos reales y la princesa de los Ursinos se mostró muy ufana del resultado, porque había sido muy complicado rehacerlo todo y en tan poco tiempo. Además, los había dotado de un espléndido suelo de madera, una verdadera innovación en el alcázar y en España, donde los suelos de los palacios seguían siendo en gran medida de barro cocido o de mármol, en las zonas más nobles. Esta innovación, tan del gusto francés, dio a las habitaciones del alcázar un aire más cosmopolita y sería luego muy imitada, por su belleza y calidez.

A pesar del invierno, la reina reanudó sus paseos, las visitas de conventos, las fiestas y los saraos. El rey daba sus audiencias, consultaba todo con la reina y la princesa de los Ursinos y disfrutaba del gobierno de sus Estados, que cada vez iban mejor, ya que se estaba consiguiendo el equilibrio de ingresos y gastos del Estado por fin, lo cual permitiría no estar siempre al borde de la bancarrota y dependiendo de las remesas de plata de Indias.

Madrid era una ciudad llena de vida y muy activa, sobre todo tras el regreso de la corte. Parecía que, por fin, los reyes podrían disfrutar de las fiestas navideñas de 1711, en paz, en el Real Alcázar de Madrid. Y, además de paz, tuvieron alegría, porque en navidades el nuevo embarazo de la reina se hizo público y la noticia fue como un regalo de Navidad para los reyes y alegró los hogares de los castellanos. Era bueno que María Luisa Gabriela estuviera de nuevo encinta. Los reyes deben tener una familia suficiente, para evitar a los reinos problemas como los que habían llevado a la guerra de sucesión de la corona de España, y un buen número de infantes era la mejor garantía de continuidad, para los tiempos de paz que ya no podían tardar en llegar.

1712

**La muerte de los duques de Borgoña
Nacimiento de Felipe Próspero**

La tranquilidad que estaban disfrutando los reyes de España en Madrid quedó pulverizada de golpe cuando les llegó un lacónico correo de Luis XIV, anunciándoles la muerte del duque de Borgoña, hermano mayor de Felipe V, y de su esposa María Adelaida, hermana mayor de María Luisa Gabriela, en febrero de 1712.

La reina se impresionó tanto, cuando leyó la terrible noticia, que perdió el conocimiento y sólo la rápida actuación de su amiga, la marquesa de San Antonio, que la cogió en brazos, evitó un golpe que podía incluso haber puesto en peligro a la criatura que llevaba en el vientre. Con mucho cuidado, la llevaron a los aposentos reales en una silla de mano y la dejaron en su gabinete privado, tumbada en una chaise longue. Mientras llegaba el médico, se quedó a su lado la marquesa de San Antonio, mientras que las otras damas estaban comentando en corrillo la noticia. La buena amiga, que sabía el profundo afecto que había unido a María Luisa Gabriela y a María Adelaida, estaba muy preocupada. Para la reina de España, saber que su hermana estaba en Versalles, casada con su cuñado, le daba tranquilidad. Las dos hermanas habían mantenido, desde el matrimonio de la mayor, una abundante correspondencia personal que les hacía sentir una cercanía espiritual que la distancia física no les permitía tener de otro modo. Sabían que un día las dos iban a reinar en las dos naciones vecinas y esperaban que el hecho de ser hermanas, como lo eran también sus maridos, diera lugar a una nueva era de excelentes relaciones entre Francia y España, de igual a igual. Además, también gustaban de contarse entre ellas esas intimidades que sólo se comentan con la familia íntima y que son ajenas a la política y al Estado; pensamientos íntimos, esperanzas, deseos y sensaciones. Por eso, la noticia, absolutamente inesperada, ya que su hermana sólo le había dicho que tenía una molesta indisposición en su última carta, la había abrumado.

—¡Tenéis que ser fuerte, majestad! —le dijo la marquesa, usando el tratamiento porque estaban presentes varias damas de compañía de la reina. A Antonia le preocupaba ver que la reina no reaccionaba; que se había quedado como ida. María Luisa Gabriela estaba tumbada en el lecho, con la mirada perdida, ausente—. Señora —insistió tomándola con dulzura de la mano—, no olvidéis que estáis esperando un hijo y que estos sobresaltos no le convienen nada.

María Luisa Gabriela consiguió prestarle atención, haciendo un gran esfuerzo. En su mirada había una tristeza que Antonia reconoció muy bien, porque era la misma que ella había sentido cuando murió su hermana Ana. La reina se sentía muy vulnerable y no quería que nadie, salvo su amiga, la viera así. Dándose cuenta de

repente del revuelo que había en la habitación, en torno suyo, decidió cortarlo en seco.

—¡Salid, señoras! —dijo con tono imperativo, que no admitía réplica—. Deseo quedarme a solas con la marquesa de San Antonio.

Las damas salieron, murmurando por lo bajo, y la azafata se acercó al lecho real, para ver si la reina deseaba algo de ella antes de salir. Ante la negativa de María Luisa Gabriela, fue la última en dejar la estancia, cerrando la puerta suavemente.

—Amiga mía. No me puedo creer lo que nos está pasando. Te das cuenta de cuán parejos son nuestros destinos. Ahora me toca a mí perder a mi querida hermana María Adelaida, como a ti te tocó perder a Ana y del modo más inesperado. ¡Qué terrible dolor! ¡Sólo tú me puedes comprender! —dijo echándose en sus brazos y llorando.

—Sí, Luisa. La pérdida de una hermana es como si te quitaran una parte de ti, a lo vivo, y más cuando la distancia te separa físicamente de ella. Imagino la impotencia que sientes que se debe, en parte, al hecho de no haber podido estar a su lado, para cuidarla y consolarla en los últimos momentos y haberle podido dar un adiós, cara a cara. Procura recordarla como era, con su gentil rostro, su porte encantador y su eterna dulzura. Yo sé que debe ser muy duro para ti saber que nunca más volverás a verla. A mí me pasaba lo mismo.

—Eso es exactamente lo que siento, Antonia. Mi hermana ha muerto, lejos de mí, y yo, sin saber de su enfermedad, estaba aquí, tan alegre y tan ricamente, y no he podido ni siquiera despedirme de ella. No me puedo creer que su muerte sea cierta. Pero ¿qué nos está pasando? ¿Qué hemos hecho para sufrir este castigo? Primero se fue tu hermana, la dulce Ana; luego, el gran Delfín; después, tu esposo el conde, y ahora, mi hermana María Adelaida y Luis, el hermano del rey. Desde luego, Dios no debe estar contento con nosotros, si tanto castiga a nuestras familias.

—No pienses así, Luisa. Dios es justo y misericordioso. No creo que nos esté castigando, ni ensañándose con los nuestros. Lo que pasa en realidad es que nosotros, los humanos, somos unos seres muy pequeños y tenemos una visión muy limitada de sus Altos Designios y por eso, al no poseer la visión de toda la partitura, no entendemos la Gran Música de Dios, de la que sólo oímos un breve fragmento.

—Eso que dices es hermoso, pero no quita el hecho de que la casa de Borbón y la de Saboya, al igual que la tuya, hayan sido golpeadas de un modo terrible. ¿Te das cuenta, Antonia, de que el heredero del trono es un niño de cuatro años, mi jovencísimo sobrino el duque de Bretaña? ¿Qué va a pasar cuando muera su bisabuelo, el rey Luis XIV? ¿Cuántos años más va a durar? ¿Dos, cinco, diez?

—Eso sólo Dios lo sabe.

—Sí. Pero es un asunto muy grave. En lugar de un príncipe hecho y derecho, el heredero de Francia es un niño.

—Te olvidas de que su bisabuelo también lo era cuando subió al trono y ha sido el monarca más grande de Europa desde Felipe II de España. Cada cual tiene un destino y debe alcanzarlo. A veces, éste lleva a los seres humanos a su cénit; otras, en

cambio, se los lleva de este mundo cuando parecía que iban a dar sus mejores frutos... Pero insisto, si así ha sido, es porque estaba escrito que así fuera. Tras mucho sufrir, por fin he comprendido esa verdad trascendente y te aseguro que me ha permitido por fin sentirme en paz conmigo misma. Nada acontece en la tierra que no corresponda con los Planes de Dios. Nadie nace ni muere; no se mueve una hoja de árbol ni se abre una flor; nada acontece sin que esté escrito en el Gran Libro de la Vida y ya te digo que el ejemplo de Luis XIV habla por sí mismo.

—Pero tenía a Ana de Austria y a Mazarino. Y aun así, tuvo que sufrir las dos Frondas, aquellas terribles revueltas que asolaron Francia. ¿Y quién va a ser el regente de ese niño? Imagino que mi cuñado, el hermano más joven de mi esposo, el duque de Berri, porque sólo faltaba que fuera el duque de Orleans, ese...

—No debes seguir por ahí, Luisa. Deja que tu dolor salga. Grita si quieres. Lloro, desahógate, pero no le busques explicaciones porque no las vas a encontrar. No hay explicación para la muerte, al menos no para nosotros, los humanos. La muerte es algo definitivo; nos confronta con el vacío y prueba nuestra fe. Mi querida amiga, por el bien de la criatura que llevas dentro, debes asumir que María Adelaida se ha ido porque ello estaba previsto en el Gran Plan de Dios.

—Estoy muy lejos de esa tranquilidad tuya, Antonia. No puedo hacerlo. Tengo ganas de romper cosas, de gritar, de cabalgar hasta quedar exhausta.

—Eso sí que no. Ni en broma. No te lo puedes permitir, por el niño. Pero gritar, sí.

—No. Gritar tampoco puedo. Soy la reina de España y me debo tragar mi dolor. Los reyes no gritan. Los reyes no deben mostrar sentimientos; deben ser impasibles. Los reyes no deberían sufrir, pero eso es falso. Mi dolor es como el de cualquiera, probablemente peor, porque encima no debo manifestarlo.

—Todos sufrimos, todos nacemos y todos morimos, con o sin corona. Luisa, la muerte nos iguala a todos. Se lleva en el momento justo y por igual, hayan hecho lo que hayan hecho, lo mismo al orgulloso que al humilde, al bravo que al cobarde. Al final, todos seremos polvo, como lo son los centenares de generaciones que nos preceden. Respiramos muerte, porque al fin y al cabo ésa es la realidad; puede que el polvo que lleva el aire y que nuestros criados eliminan del suelo fuera un día un ser lleno de vida y de esperanza.

—Es duro lo que dices, Antonia.

—No lo creo, Luisa. La sabiduría quizás esté en inclinar la cabeza y aceptar el hecho de nuestra fragilidad y saber que el beso de la doncella pálida nos llega al final del camino. A cada cual, a nuestra hora; ni un minuto antes, ni un segundo después.

—¿De verdad lo crees así, Antonia? ¿Era el destino de mi hermana no reinar? ¿Morir tan joven, tan llena de ilusiones?

—Así debía ser. No debía estar escrito en el Gran Libro del destino que ella y su esposo se sentaran en el trono de San Luis. No creo que tenga nada que ver con ellos o con lo que hayan hecho. Ya sabes que yo siempre admiré a tu hermana y la he

querido desde que éramos pequeñas, por lo hermosa, lo buena, lo liberal y lo encantadora que siempre fue con nosotras. Cuando éramos niñas y jugábamos contigo, ella siempre nos trató con afecto. Para mí y para Ana, María Adelaida era un modelo de perfección, algo inalcanzable. Tú siempre fuiste nuestra amiga, alguien muy cercano; a ella, en cambio, la veíamos como la perfecta princesa y de hecho, cuando se comprometió con el duque de Borgoña, nos pareció lógico; era la novia ideal para un futuro rey.

—Nunca me lo habías dicho.

—Porque nunca hemos hablado de ello, Luisa, pero quiero que lo sepas, y por eso te he contado esto, que yo pensaba desde siempre que estaba llamada a ser una gran reina y que también siento muchísimo su pérdida.

—Era tan maravillosa. Todo lo hacía siempre bien.

—Sí, Luisa. Era un ser superior en muchos aspectos a la mayoría y quizás por eso Dios se la ha llevado; para evitarle sufrimientos en la tierra. Piensa, y quizás eso te consuele, que ella ha sido muy feliz. Ha tenido una familia que la ha querido y admirado; un esposo excepcional, como según todos decían era el Delfín y dos hijos maravillosos, uno de los cuales, será rey de Francia. Creo que su vida ha sido hermosa y plena. Cierto es que ha muerto joven, pero a veces ése es el mayor regalo para los justos. Ha tenido lo mejor de la vida, la plenitud, la flor que se abre.

—Gracias por tus palabras, Antonia. Me están consolando de verdad.

La reina y la marquesa se quedaron en silencio unos momentos, abrazadas. Del lado de los apartamentos del rey, a lo lejos, pero acercándose, se oyeron pasos. Antonia, comprendiendo que el rey venía a ver a María Luisa Gabriela, dejó el abrazo y pidió a su amiga permiso para retirarse. María Luisa Gabriela se lo concedió y la miró con cariño, mientras se iba. Cada día admiraba más a su amiga, cuyo tono moral era ejemplar. La puerta privada del rey se abrió y Felipe V entró en el gabinete privado de la reina. Estaba tan impresionado con la noticia como lo había estado ella minutos antes.

—No puedo creerme la muerte de nuestros hermanos, Luisa. Mi pobre abuelo debe estar abrumado. Su carta es tan breve, tan lacónica; como si apenas tuviera fuerzas para escribir con su propia mano esta noticia tan triste.

—Sí, Felipe. Desde luego, para él debe haber sido un golpe mortal. Tenía tantas esperanzas puestas en tu hermano. Era un excelente príncipe, generoso, bueno y valiente.

—Seguramente habría sido un gran rey de Francia. Todo lo que la naturaleza no le había dado de físico, lo tenía en lo moral. Siempre quise y admiré a Luis, por el modo como conseguía refrenarse y controlar su carácter. En muchas cosas, él ha sido mi modelo y siento profundamente su pérdida. Hubiera sido perfecto para nuestros reinos que nosotros dos reináramos al mismo tiempo. En un mundo con tantos enemigos de nuestra casa, habríamos concertado la perfecta alianza porque confiábamos plenamente el uno en el otro. Nunca hubiera habido problemas que no

se pudieran solucionar con voluntad. Ahora, el futuro reinado de mi sobrino, el duque de Bretaña, abre muchas incógnitas.

—¿Por qué dices eso, Felipe?

—Porque conozco bien a mi hermano pequeño, el duque de Berri, que, aunque no está muy capacitado para ello, si todo sigue como ahora, debiera estar llamado a ejercer la regencia. De todos modos, mi abuelo siempre ha confiado mucho más en mi tío, el duque de Orleans, al que ni tú ni yo queremos ver ni en pintura después de que intentara que nuestros grandes conspiraran contra nos.

—Espero que eso no pase. Sería terrible tener a Orleans de regente.

—Pues no las tengo todas conmigo. Mi hermano pequeño, entre nosotros, tiene una personalidad complicada. Nunca le interesó la política y está poco dotado para ella y además, lo que es peor, es envidioso y débil de carácter, lo cual le hace muy poco adecuado para ejercer el poder, porque sería demasiado susceptible al halago de los que siempre pretenden medrar al pie del trono.

—Me dejas sin habla, Felipe. Ya es bastante malo que perdamos a nuestros hermanos de golpe, como para que, encima, en lugar de ellos, tengamos que soportar, a la muerte de tu abuelo, o a un ser complicado o a un intrigante. Sea uno u otro, son malas perspectivas.

—Sí. Yo también lo temo. No sé qué decisión tomará mi abuelo, cuando le llegue el momento. Y espero que mis sobrinos sean un poco más mayores cuando muera el gran rey. Así la regencia durará menos tiempo.

Los dos se quedaron meditativos. María Luisa Gabriela pensando en su pobre hermana y Felipe en el hecho de que, si sus dos sobrinos morían, él sería el heredero del trono de Francia. ¿Qué iba a pasar entonces? ¿Admitiría el mundo, llegado el caso, que Felipe V de España también se transformara en Felipe V de Francia, porque ése sería también su número, ya que después de Felipe IV, Augusto, no había habido otro Felipe en el trono francés? Sólo de pensarlo, le daba vértigo. Mejor sería no plantearse la cuestión, de momento. Tenía aún dos sobrinos por delante en la línea de sucesión, y eso era mucho.

* * *

Unos días después llegó la noticia de la muerte del joven duque de Bretaña, el nuevo heredero del trono francés. Felipe V y María Luisa Gabriela la recibieron casi en estado de *shock*. Esta muerte ponía en evidencia para todos lo que el rey había estado rumiando para sí en los últimos tiempos; que entre Felipe V y el trono de Francia sólo quedaba la figura de un frágil niño de dos años, el nuevo Delfín.

La princesa de los Ursinos fue la primera en sacar el tema a colación. Ahora era evidente que las muchas muertes de la casa real francesa volvían a cambiar el panorama de la guerra de España. Si los aliados no querían a un emperador rey de

España, era seguro que tampoco iban a querer a un rey de España que también lo fuera de Francia. Había que preverlo. Era importante para todos saber cuál sería la postura del rey de España si llegaba el caso de la muerte del nuevo y jovencísimo Delfín. ¿Qué iba a hacer Felipe V? ¿Dejar la corona de España a su hijo el príncipe de Asturias y asumir él la de Francia? ¿Dejársela al hijo que estaba por nacer? ¿Atreverse a asumir las dos coronas?

Esta cuestión no sólo se la planteó la princesa de los Ursinos al rey de España, sino también al rey Luis XIV, que le escribió, sugiriéndole que regresara a Versalles. Dado que Felipe V no había renunciado a la corona de Francia, si moría su sobrino Luis, él heredaba inmediatamente el rango de Delfín y a la muerte de su abuelo, salvo renuncia por su parte, se transformaría en el rey más poderoso del continente, desequilibrando completamente Europa. La guerra que estaba en su final ahora, tendería entonces a continuar, porque ni ingleses ni austríacos ni holandeses ni prusianos querían un monarca con tanto poder como vecino.

Las incógnitas eran muchas. Durante las siguientes semanas se especuló además con que las muertes se habían producido por veneno, de la mano del duque de Orleans, pero en realidad eso fueron sólo habladurías. Orleans no había tenido nada que ver con sus muertes. De hecho, los duques de Borgoña y su hijo mayor habían contraído una enfermedad mortal —una forma violenta de sarampión— que en ese tiempo no tenía cura. Y mientras los corrillos de las dos cortes hablaban sobre el nebuloso futuro, Luis XIV le urgía a que dejara España y se fuera a Francia, el rey de España tomaba la decisión de no ir a París de momento. No pensaba dejar el trono español, que se había ganado con mucho esfuerzo, por la posibilidad de recibir un día el trono de Francia si moría su heredero actual.

Durante todo el mes de abril siguieron dándole vueltas al asunto. María Luisa y él lo hablaron a solas, luego con la princesa de los Ursinos y de nuevo a solas, varias veces. El paso de los días y las reacciones de los embajadores de las potencias mostraban claramente que los aliados no le iban a dejar reinar sobre los dos reinos de España y Francia sin luchar. Además, aún estaba el asunto, por concluir, de la guerra en España. La emperatriz Elisabeth seguía en Barcelona, recordando los derechos del emperador al trono español, y en caso de que los aliados quisieran renovar hostilidades, ésa era una magnífica cabeza de puente desde donde volver a comenzar la lucha.

Para María Luisa Gabriela todo aquello estaba siendo demasiado. El dolor por la muerte de su hermana, las tensiones; las discusiones por la posible sucesión francesa y probablemente el debilitamiento que le provocó el embarazo, hicieron que, a finales de abril, la reina volviera a sentirse mal. Las fiebres regresaron, los dolores de cabeza también y cuando comenzó el mes de mayo, dado que veía que su salud se deterioraba progresivamente, decidió quedarse en palacio sin salir, durante un tiempo, para evitar un parto prematuro. Además, uno de los médicos nuevos que la vio dijo que lo que tenía era una forma rara de tisis, algo que asustó a la soberana, porque ese

mal no tenía cura.

María Luisa Gabriela quería tener ese hijo a toda costa y rezaba para que fuera un niño sano. Las muertes de la familia real, en Francia, le habían enseñado del modo más duro la lección de que la sucesión del reino debe estar siempre bien garantizada. Ella y el rey sólo tenían al príncipe don Luis, que contaba casi cinco años, y eso no le parecía suficiente. Su deber era darle más hijos al rey. Por eso debía cuidarse y conseguir que el nuevo niño naciera en su tiempo y sobreviviera.

En mayo, sabiendo que no podía postergar su decisión, el rey hizo una declaración formal, en contra de los deseos de su abuelo, renunciando al trono de Francia. Era la condición necesaria para que se abriera el camino de la paz con Inglaterra. Los españoles lo celebraron como si se tratara de una nueva victoria. Felipe V había decidido quedarse *motu proprio* en contra de las presiones de la corte de Francia y eso acabó de confirmarle como el rey que los españoles querían. Su declaración era un pacto definitivo, un matrimonio entre él y España. Suponía que él nunca dejaría España y España siempre le sería fiel a él.

La visión de España, unificada y uniforme, que tenía Felipe V era la de una España castellanizada, con leyes y tributos iguales para todos, que en adelante contribuirían al sostenimiento de la monarquía según sus posibilidades. El triunfo de Felipe V iba a suponer una completa modernización de España pero a costa de los particularismos regionales, aragonés, catalán y valenciano, especialmente. El camino de la paz, no obstante, quedaba abierto.

Pero antes de la misma paz, a principios de junio de 1712, lo que preocupaba a la corte de Madrid y reclamaba toda su atención era el inminente nacimiento del nuevo vástago de los reyes. Había un gran nerviosismo en palacio. El rey estaba preocupado; la reina estaba intranquila y la princesa de los Ursinos intentaba que todo transcurriera con normalidad, lo cual era una labor titánica, en la cual recibía la inapreciable ayuda del condestable duque de Frías, mayordomo mayor de palacio del conde duque de Benavente, sumiller de Corps, y del duque de Medina Sidonia, caballero mayor. Se notaban los nuevos aires en la falta de fricción de los engranajes de palacio. Los grandes habían asumido, por fin, la libertad del rey y se adaptaron a su nuevo papel. Al fin y al cabo, seguían siendo los señores territoriales de unos inmensos dominios y la monarquía de Felipe V les iba a beneficiar, aunque de modo diferente que la de los Austrias.

Dos días antes del nacimiento del nuevo infante, se producía una doble boda en palacio que aliviaba la tensión de la espera. La sobrina de la princesa de los Ursinos, la bella joven Anna Lanti della Rovere, se casaba con el duque de Havré, y el marqués de Crevecourt se casaba con la hija del príncipe de Santo Buono. Las dos jóvenes serían tratadas como damas de palacio y el matrimonio se celebraría en los aposentos de su majestad, lo cual era todo un honor que les hizo la reina graciosamente, en atención a sus parentescos. La víspera de la doble boda, tras la firma de los contrayentes que se había hecho en las habitaciones privadas de la

princesa de los Ursinos, el rey y la reina honraron a los novios, firmando de su puño y letra los contratos matrimoniales.

El domingo, día 5 de junio de 1712, a las seis de la tarde, se casaron las dos parejas en los apartamentos de la reina, que asistió a la boda echada sobre un canapé porque estaba muy próxima a dar a luz. Presenciaron el enlace muchos grandes de España. Tras la ceremonia, oficiada por el cardenal Del Iudice, las dos jóvenes tomaron posesión de la «Almohada» que les correspondía como esposas de grandes de España y luego se celebró un banquete, seguido de baile, en los apartamentos de la reina que concluyó pronto, para no fatigar a María Luisa Gabriela en exceso.

Apenas cuarenta y ocho horas después de las dos bodas, la reina se puso de parto, el día 7 de junio. La princesa de los Ursinos, como camarera mayor, tenía todo perfectamente organizado. Allí estaban los médicos, las parteras y los representantes del rey de Francia, los embajadores y grandes, para el alumbramiento. La marquesa de San Antonio se había ofrecido a ayudarla y se había ocupado de la reina hasta el último momento, dándole ánimos y tranquilizándola.

Las primeras contracciones comenzaron por la mañana temprano y el parto fue bastante fácil, para alivio de todos. Muy pronto se pudo oír el llanto de la criatura. El niño, pues era otro varón, nació sano y tras verlo y comprobar que estaba bien, la reina y el rey se sintieron, primero, muy aliviados de los miedos sufridos y luego se llenaron de felicidad porque todo había ido como debía. El infante se llamaría Felipe Pedro, tomando el nombre de aquel hermano que había fallecido al poco de nacer. Como el primogénito, fue mostrado a los embajadores y grandes de España, en una gran bandeja de plata abombada, y luego al pueblo que había acudido a la explanada de Oriente, de palacio, al oír las salvas de artillería que anunciaban a Madrid el nacimiento de otro varón.

La reina podía descansar tranquila y el rey también. Ambos habían temido, en lo profundo de sus seres, que el niño no saliera bien. La muerte del anterior infante al poco de nacer, las fiebres de la reina durante los dos últimos meses y las malas noticias de la familia real, les habían tenido tensos y asustados, pero no habían querido ni mencionar ese temor en voz alta, por no darle vida.

Esta vez, María Luisa Gabriela pudo levantarse muy pronto del lecho tras el parto. Las fiebres que había tenido remitieron y se sintió pronto mejor. Le encantaba ir a los aposentos de sus hijos. A ver cómo estaban, Luis, el mayor, que adoraba a su madre, estaba encantado de sus visitas y procuraba retenerla el mayor rato posible. El nuevo infante Felipe se criaba sin problemas, bien alimentado por el ama de cría santanderina que habían elegido para él, que era una joven sonrosada de aspecto muy saludable.

Pronto pudieron ver los reyes que el príncipe Luis estaba encantado con su hermanito. Para él, Felipe Pedro era como un juguete y complacía a los reyes verle jugar con él, aunque no le dejaban sostenerlo, por más que lo pidiera. A veces, los dos se miraban y comprendían en silencio que estaban pensando en sus pobres hermanos,

los fallecidos duques de Borgoña. Hacía muy poco tiempo, a principios de año, ellos también habían sido una familia feliz, con dos hijos hermosos y sanos, y ahora yacían en silencio, en los mausoleos destinados a los príncipes de Francia. Ironías del destino.

La muerte de su hermana había hecho a María Luisa Gabriela dar gracias a Dios, cada día, por la vida que tenía. Incluso las fiebres y la enfermedad se le hacían más llevaderas ahora. Al fin y al cabo, ella estaba viva y los días que se sentía bien, seguía disfrutando del amor de su esposo y sus hijos, de sus fidelísimas amigas, del amor de sus súbditos y de las hermosas flores de sus jardines. El del Campo del Moro, que habían plantado con esmero para ella, y el del palacio del Buen Retiro, que cada vez le gustaba más.

María Luisa Gabriela estaba aferrándose a la vida, con uñas y dientes. Para ella, en adelante, cada día que seguía viva era un triunfo; cada día que le ganaba a la fiebre, al dolor, al malestar, era una esperanza. Llevaba años enferma y aunque fuera de ese modo, a trancas y barrancas, quería seguir viviendo. Le encantaba ver crecer a su hijo el príncipe de Asturias, que era un niño fino y espigado, de rostro inteligente, que la miraba con sus ojos inquisitivos y al que le encantaba preguntarle las cosas más insospechadas, jugar con ella y arrojarse a sus brazos, inesperadamente, en contra de todo protocolo. La reina quería seguir viviendo para verle montar a caballo, jugar con espadas, a los aros, al escondite y a todos los juegos que la imaginación de los niños es capaz de inventar. No se quería perder nada de eso y, para conseguirlo, se sentía capaz de presentarle batalla incluso a la misma muerte. Desde luego, no pensaba dejarse ir sin más. Si la segadora de vidas quería llevársela a ella también, tendría que luchar para conseguirlo.

En junio, poco después del alumbramiento del infante Felipe Pedro, moría en Vinaroz el gran general duque de Vendôme, de una apoplejía, tras una buena comilona. Su fallecimiento no cambiaba nada, ya que la guerra estaba prácticamente parada, estando pendientes todos de las negociaciones que habían comenzado a principios de año en la ciudad holandesa de Utrecht, donde se había reunido una conferencia de naciones para la paz.

1712-1713

La paz de Utrecht

El nacimiento del infante Fernando

Las negociaciones de paz en Utrecht habrían de durar mucho tiempo, desde los preliminares, que comenzaron en enero de 1712, hasta la firma de los tratados en abril de 1713 y los flecos posteriores. Francia hizo su paz con las potencias lo más rápidamente posible, en junio de 1712, de modo independiente, porque el rey de España aún no podía hacerlo. Antes tenían que cerrarse varios asuntos importantes con Holanda e Inglaterra. Con el imperio no había paz posible, mientras no estuviera el territorio español peninsular libre de invasores austríacos. Además Felipe V no pensaba admitir jamás la pérdida de sus posesiones italianas. Portugal era caso aparte, por la vecindad territorial y las tensiones en las zonas fronterizas del Brasil portugués con el Paraguay español.

El año de 1712 concluyó con cierta tranquilidad. Francia estaba de nuevo en paz y el final de las hostilidades de la guerra de sucesión estaba por fin a la vista para los españoles. Parecía mentira, después de once años de guerra por el trono, que por fin se vislumbrara una conclusión, pero así era. La reina María Luisa Gabriela quiso hacer una gran fiesta en palacio para celebrarlo y la princesa de los Ursinos y la marquesa de San Antonio estuvieron entregadas, día y noche, a la preparación. Querían sorprenderla y que disfrutara de la ocasión y, para ello, contaron con la ayuda de varios nobles, que les prestaron todo su apoyo.

La fiesta de la reina, que tuvo lugar después de la festividad de Reyes, en enero de 1713, fue muy divertida. El genovés duque de Tursis, que recibió una verdadera ovación por su hermosa voz y la maravillosa interpretación, cantó hermosas melodías del norte de Italia. Siguieron con canciones napolitanas otros cantantes italianos traídos por el duque de Popoli.

La cena fue un modelo de compromiso. La mitad de los platos estaba condimentada a la francesa y la otra mitad, a la española, para que hubiera comida para todos los gustos. Los cocineros reales se esforzaron de verdad y estuvieron plenamente acertados, tanto en el aderezo como en la presentación de los platos, algunos de los cuales, como unos magníficos pavos reales rellenos, ornados con todas sus plumas desplegadas con gran arte, en ricas y enormes bandejas de plata labrada, despertaron el aplauso y la admiración de los comensales.

Tras la cena se celebró el baile y la reina, que se sentía afortunadamente bien esa noche, lo abrió con el rey. Luego disfrutó durante un buen rato del espectáculo de la danza, desde un trono, colocado en un estrado, desde el que dominaban el gran salón, al lado de Felipe V. Aparte de la princesa de los Ursinos y de la marquesa de San

Antonio, había un grupo de grandes alrededor de los reyes dándoles agradable conversación, entre los que estaban el conde duque de Benavente y el duque de Medina Sidonia, con el conde de la Corzana, mayordomo de la reina; el duque de Medina de Rioseco, don Juan Henríquez, hijo del fallecido almirante de Castilla, al que el rey, por su fidelidad durante la guerra, había devuelto las rentas y posesiones de su rebelde padre; las amigas de la reina, duquesas de Terranova, Monteleón y Arcos; los duques de Osuna, Veragua, Escalona e Infantado; los marqueses de Astorga, de Castel-Rodrigo, de Mancera, de Mondejar y de Tavera; los condes de Baños, de Cabra, de Castrillo, de Elda, de Plasencia y de Gramedo. Todos alabaron sin tasa la esplendidez de la fiesta y la reina disfrutó de una velada en la que todo salió a las mil maravillas. Tras dar las gracias a la princesa de los Ursinos y a la marquesa de San Antonio por la velada, los reyes se retiraron a sus aposentos, felices, y se entregaron el uno al otro con especial pasión y, probablemente, esa noche concibieron un nuevo hijo.

Pasaron enero y febrero de 1713 y la reina notó que estaba de nuevo embarazada, para contento suyo, del rey y de la corte. Por iniciativa de María Luisa Gabriela, se celebró ese año el carnaval con un baile de máscaras y largas capas, que permitieran el juego del anonimato y dos funciones de teatro francesas. La reina en persona, asistida por la princesa de los Ursinos, se encargaba de supervisar las representaciones, lo que la distraía de sus males y le divertía sobremanera, ya que ninguno de los que actuaban era profesional, pero se esforzaban mucho en preparar sus papeles para quedar bien. Los actores, repartidos en dos compañías, eran miembros distinguidos de la corte, como el marqués de Bonnac y el duque de Havré, marido de la sobrina de la princesa de los Ursinos, y diversos miembros del personal francés del servicio real.

Las dos obras elegidas fueron *Cinna*, una tragedia de Corneille excelentemente traducida del francés al español por don Juan Pizarro, marqués de San Juan. La compañía que la representaba estaba dirigida por el marqués de Bonnac, que también tuvo en ella el papel principal el día de la representación y, aunque su actuación fue digna, provocó algunas risas por el excesivo lujo de su atuendo, considerado por la mayoría como algo inadecuado para el personaje.

La otra obra era *El misántropo*, de Molière, dirigida por el francés Partyet, y representada en dicho idioma, cuyos actores pertenecían en gran parte a la servidumbre real, entre los que estaban la señora de la Roche, mujer del primer ayuda de cámara del rey; la señora de Ricard, esposa del controlador de la boca del rey, y la señorita Vasset, hija del ayuda de cámara de su majestad. La representación fue muy aplaudida por la reina, que disfrutó de las interpretaciones y acabó felicitando personalmente a los actores, a los que regaló anillos, pulseras y cajitas de bronce con miniaturas, como recuerdo de la ocasión, por su buen hacer.

Pero María Luisa Gabriela no pudo asistir en cambio a la gran fiesta de máscaras de carnaval, porque se sintió indispuesta por las molestias propias del embarazo, que

estaban siendo especialmente incómodas esa vez. Los ardores, mareos y molestias, según decían las entendidas, significaban que el que iba a nacer sería otro varón. Los médicos, prudentes, ordenaron reposo a la reina, que estaba demasiado ajetreada con las representaciones y, por más que lo deseaba, se perdió las celebraciones de la capital, que fueron sonadas, con gran algarabía y fiesta. Mientras oía a lo lejos, en el gran salón de palacio, los ruidos de la fiesta de máscaras que presidía el rey, ella, acompañada de un grupo de íntimos entre los que estaban la princesa de los Ursinos, la marquesa de San Antonio, la duquesa de Terranova y su nieta la princesa de Monteleón, los duques de Escalona, Veragua y Havré y el conde de la Corzana, pasaba una noche agradable pero mucho más tranquila contando anécdotas de las dos representaciones que le hicieron pasar un buen rato. La consolaba pensar que, guardando reposo, protegía su embarazo y de nuevo cumplía con su deber hacia su esposo. A pesar de su debilidad, se sentía feliz; tener un hijo más le daría una gran tranquilidad.

En marzo recibieron la noticia de que Elisabeth, la esposa de Carlos VI, dejaba Barcelona. La ciudad era abandonada también por Starhenberg y las tropas austríacas. Era una excelente noticia que hacía muy posible el rápido fin de la guerra. Felipe V, de acuerdo con la reina y la princesa de los Ursinos, viendo que ya eran posibles y deseables unas negociaciones de paz con algunas de las potencias, había decidido enviar a la conferencia de paz, en Utrecht, una delegación propia. Era evidente a esas alturas que su abuelo Luis XIV había negociado una paz ventajosa para Francia y que las posesiones españolas en Flandes e Italia habían sido un cebo para conseguirlas y había dispuesto de ellas sin el consentimiento de su nieto.

El rey decidió nombrar como representante plenipotenciario de España, en la conferencia de paz, al VI duque de Osuna, don Francisco de Paula Téllez-Girón y Benavides, que iría acompañado en las negociaciones por el mariscal duque de Berwick y el marqués de Monteleón. Osuna había recibido su nombramiento porque era sin duda uno de los más afectos y leales amigos y servidores del rey de España y tenía el sentido de la grandeza necesario para llevar a cabo una embajada, que era fundamentalmente de prestigio. A la monarquía española le convenía, en ese momento, un representante cuyo nombre sonara a historia de España y que además no pasara desapercibido, y ese papel lo iba a hacer, a las mil maravillas, el VI duque de Osuna.

La casa de Osuna era famosa, desde siempre, por la esplendidez de sus titulares. Una largueza, teñida de hazañas legendarias, de orgullo de estirpe vieja pero viva, porque además de rica era heredera de la grandeza inmemorial del conde de Ureña, y se le consideraba uno de los principales grandes de España. Con algunos altibajos, la casa siempre se había mantenido cerca del poder. El I duque, don Pedro Téllez-Girón de la Cueva, gozaba de la confianza de Felipe II y había sido embajador en Portugal y virrey de Nápoles. Su sucesor, el II duque, don Juan Téllez-Girón, recibió también el marquesado de Peñafiel, título que desde entonces sería el de los primogénitos de la

casa. Sería este duque famoso por su dureza como virrey de Nápoles, como inflexible gobernador de Milán y por haber participado en la Conjuración de Venecia. A su regreso a España, recibió el Toisón de Oro que le concedió Felipe III, lo que no quitó para que un año después cayera en desgracia y estuviera encarcelado durante tres años, hasta que murió en prisión en 1624. El matrimonio del III duque, su hijo, con la hija del duque de Uceda, le valió a la casa el regreso al poder, en el reinado de Felipe IV, y siguió en el poder con el IV y V duque, hasta el actual, que era muy joven, cuando murió Carlos II.

El VI duque, Francisco de Paula Téllez-Girón, fue sin duda el primero de los grandes de España que apoyó sin reservas a Felipe V, al que fue a ver hasta Francia, al inicio de su reinado. También había sido el primero de los duques en dejar la incómoda golilla en el cuello de los Austrias, y el primero en rizarse los cabellos y en vestir a la francesa. También fue el gentilhomme de cámara de mayor confianza del rey, junto al marqués de Quintana, y el que más y mejor le había servido en las rebeliones de palacio y en las necesidades de la guerra. Y no era precisamente cuestión de desdeñar que había conseguido para la corona en los momentos más difíciles de la guerra que los nobles andaluces pagaran, de su propio peculio, un ejército para defender la frontera portuguesa e hicieran, además, una gran donación de oro para las maltrechas arcas públicas.

Por todo eso, el rey le había perdonado su brutalidad ocasional con algunos de sus servidores franceses y sus intrigas contra ellos y había disfrutado de su largueza, muchas veces, yendo a sus magníficas fiestas y a las representaciones teatrales y óperas italianas, en el teatro privado del duque, en su palacio madrileño. Osuna tenía a gala traer a los mejores cantantes de Italia, cosa que placía mucho al rey, que se había aficionado a la música de esas regiones en su campaña italiana a inicios de su reinado.

El duque no conectó bien con la princesa de los Ursinos y fueron enemigos desde el principio, a pesar de estar ambos muy cercanos a los reyes. Esta enemistad en realidad probablemente se debía a algo muy visceral que ni uno ni otro podían evitar, porque la antipatía que sintieron era mutua y no tenía una razón concreta. No obstante, en los últimos años, el joven duque había ido cumpliendo años y ganando en experiencia y tolerancia, y su inquina hacia la princesa había disminuido, mientras que ésta le ignoraba totalmente, como mejor modo de evitar un conflicto que no deseaba, en palacio.

La embajada de Osuna comenzó con una demostración de extravagancia, de lujo, de magnificencia y de amor por la belleza que impresionó incluso a los cosmopolitas parisinos. Entró en la capital francesa en una carroza riquísima, en la que la parte acristalada cobraba una amplitud totalmente inhabitual, por lo amplio, causando sensación por la novedad y también por la belleza de los caballos cartujanos blancos, de largas crines trenzadas de oro, con frontaleras incrustadas de piedras preciosas y los bocados rematados en los lados con escudos de la casa de Osuna en plata; pero

eso no era más que el inicio. El duque guardaba lo mejor para su entrada en Utrecht: seis carrozas de madera ricamente tallada, cuya belleza era resaltada por dorados y pinturas, de gran calidad, de las que tiraban los más hermosos caballos de sus cuadras, perfectamente enjaezados, con bridas de hilo de oro trenzado en el cuero, frontaleras de oro y diamantes y bocados de oro cuyos remates laterales eran los escudos de su casa, también de oro, que dejaron boquiabiertos a los discretos y ahorrativos holandeses y perplejos a los grandes señores ingleses, portugueses y franceses. Contento con la gran impresión causada por su entrada en la ciudad, decidió encargarse de otras seis, para que estuvieran preparadas a la hora de la conclusión del tratado, aunque en esta segunda serie buscó más el absoluto refinamiento que el resplandor de los dorados, llegando a un nivel de exquisitez inigualado.

En Utrecht, Osuna debía conseguir las mejores concesiones posibles de unas potencias que estaban dispuestas a hacer muy pocas, después de doce años de guerra y un gran cansancio acumulado. Todos consideraban que el rey de España salía muy bien parado con llevarse la parte del león de la monarquía española. Osuna intentó resistirse, pero el duque de Berwick y el príncipe de Monteleón le convencieron de que tenía que firmar el acuerdo con Inglaterra. España necesitaba esa paz para poder acabar de reconquistar la Península y, con gran disgusto, el duque de Osuna se avino a hacerlo, al recibir una carta de Felipe V que se lo ordenaba. El orgulloso señor estampó su firma en el documento que suponía la paz de España con Inglaterra, pero salvando las cesiones territoriales de Menorca y Gibraltar, que se negó a admitir. Hubo de ser el propio Felipe V el que le ordenara firmarlas, en julio de ese año, cosa que finalmente Osuna hizo, muy a su pesar, no sin antes decirle a Berwick por lo bajo que, para firmar eso, no era necesario él; que cualquier otro hubiera servido y que sólo lo hacía por obedecer el mandato directo del rey, en contra de su voluntad y de sus principios.

Osuna se negó a firmar la paz con Holanda, hasta un mes después, porque los holandeses pretendían obtener unos privilegios comerciales inusitados con las Indias Orientales. Sólo se avino a poner su firma en un acuerdo parcial que el rey debía ratificar más adelante, cuando los holandeses se plegaron a reducir sus exigencias a algo tolerable y digno. Portugal era caso aparte. No pensaba firmar nada con ellos, porque aún estaba pendiente el asunto de la delimitación de fronteras entre el territorio del Paraguay y Brasil, que eran las ricas misiones jesuíticas que los portugueses querían a toda costa.

Mediante esta paz, tan beneficiosa para Inglaterra, esta potencia y luego Holanda, reconocían a Felipe el dominio de los reinos peninsulares, salvo el peñón de Gibraltar, que seguía en manos inglesas; los archipiélagos canario y balear, excepto Menorca; el imperio americano y las posesiones asiáticas que eran las islas Filipinas, las Marianas, las Carolinas y las Palaos, además de las ciudades del norte de África. A cambio, Felipe V renunciaba para siempre a la posible unión de las coronas de España y Francia y debía dar privilegios de comercio con América a Inglaterra: el

llamado asiento de negros, que suponía la quiebra del monopolio de comercio con las Indias Occidentales, de Castilla, y una cierta tolerancia en Oriente para Holanda, que suponía una apertura al comercio con Filipinas, para su compañía de las Indias Orientales, aunque esto último no se firmaría hasta el año siguiente.

Por su parte, Francia conseguía conservar Alsacia, incluyendo Estrasburgo, que era importante para alcanzar sus fronteras naturales, pero entregando las fortalezas de Kehl, Breisach y Friburgo. Además, perdía la mayoría de su imperio territorial americano al ceder a los ingleses la bahía de Hudson, Acadia y Saint Kitts.

Se reponían en sus Estados al arzobispo elector de Colonia y al príncipe elector de Baviera y se reconocía la sucesión de la casa de Hannover al trono de Inglaterra, y Jacobo III, el verdadero rey, era expulsado de Francia.

Francia firmó la entrega de los Países Bajos españoles, Luxemburgo y las posesiones italianas al emperador, cosa que el duque de Osuna se negó a ratificar, y el reino de Sicilia al duque de Saboya, como rey, que iniciaba así la lenta unificación de Italia y alcanzaba el tan deseado rango real.

Felipe V consiguió para la princesa de los Ursinos el pequeño condado de La Roche, con rango de principado soberano, en la frontera de Francia y los Países Bajos, que pasaba así a tener rango de Alteza Serenísima.

Por último, el príncipe elector de Prusia pasaba a ser considerado rey, por su ducado de Prusia oriental, que estaba fuera del imperio y recibía además el Guelderland, por su apoyo a los aliados en Centroeuropa, y se consolidaba como poder en el norte de Alemania.

La corte española recibió la copia del tratado firmado por Osuna en abril, que el rey había de ratificar, y éste lo hizo sin resquemores. Al no haber firmado la paz con el emperador, Felipe V no se consideraba vinculado por lo que había dispuesto Luis XIV al respecto de las posesiones italianas de la monarquía española. En cuanto pudiera, el rey de España lucharía para recuperarlas. También estaba contento de que Osuna se hubiera negado a firmar la paz con Portugal, por más que los ingleses le hubieran intentado presionar. Era evidente que los ingleses no iban a poner en peligro las ventajas obtenidas por ayudar a su aliado. Era su política habitual y Osuna había actuado con inteligencia al negarse a reconocer las demandas portuguesas que el futuro decidiría cómo solventar, pero desde luego nunca en un tratado general.

Además, acababa de regresar Orry de París, ese mismo mes de abril, para retomar funciones de gobierno. Orry quería seguir siendo útil al rey y a la princesa de los Ursinos y había acudido a España de nuevo viendo que había una posibilidad de continuar ejerciendo su ministerio sin demasiadas cortapisas. Eso sí, la princesa de los Ursinos le llamó seriamente al orden, para que suavizara sus métodos y su trato con los españoles. Ya no se iban a tolerar en la corte comportamientos desconsiderados de ninguna índole, y Orry podía ser eso y mucho más. Vigilado de cerca por la princesa, volvió a ocuparse de las reformas de la Hacienda, ya muy avanzada, y de los Consejos, aún pendientes, en parte.

En mayo se promulgaba la ley sálica, que impedía heredar el trono a las mujeres, con la oposición frontal del Consejo de Castilla. Aprovechando la oposición del Consejo de Castilla a la ley sálica, el ministro francés, junto con Melchor de Macanaz, se propuso llevar a cabo las severas reformas de los Consejos pendientes. Parecía que el Estado comenzaba a funcionar como debía; ya sólo había que eliminar algunos residuos del régimen anterior.

El verano trajo de nuevo los calores y la reina lo pasó mal. El embarazo la hacía sentirse muy pesada y cada vez le costaba más andar. Los paseos comenzaron a realizarse en silla de manos, que al menos le permitía salir del ambiente cerrado del alcázar. De todos modos, a pesar de su incomodidad, el embarazo iba bien. Ella aún no lo sabía, pero ésta era la última tregua que le iba a dar su enfermedad. Cuando salía, los madrileños se atrevían a hablarle directamente y le preguntaban por su salud. Era la consecuencia de una cercanía de muchos años, que se había transformado en aprecio verdadero.

En agosto, pasados los días de más calor, a pesar de lo avanzado de su embarazo, que estaba ya en el octavo mes, un día decidió, con uno de esos antojos típicos del embarazo, ir a la Casa de Campo para ver el pabellón que estaba al otro lado del Manzanares y que había sido un lugar de caza y de recreo del agrado de Felipe II, que luego Felipe IV había agrandado. El rey había ido varias veces a descansar allí, tras sus partidas de caza en la Casa de Campo, y aunque le había dicho que el lugar estaba muy anticuado, de repente a la reina le entraron ganas de visitarlo y se organizó la excursión, acompañada de la princesa de los Ursinos y de la marquesa de San Antonio.

María Luisa Gabriela decidió ir en carruaje cerrado, para que el pueblo no la reconociera al salir del alcázar y eso no les hiciera ralentizar el paso. La reina disfrutó cumplidamente del paseo y de la conversación con su camarera y su amiga. Le encantaba escapar del exceso de ceremonia y adulación de la corte y con esas dos señoras sentía que podía estar sin necesidad de ningún fingimiento. El frescor de la tarde hacía agradable la brisa, que entraba por las cortinillas, al salir de la ciudad. La reina miraba el exterior, haciéndose un discreto hueco con la mano, para que su incógnito no se viera descubierto. Salieron de Madrid por la Puerta de san Vicente. La guardia estaba prevenida y saludaron marcialmente al paso del carruaje anónimo, cosa que sorprendió a los viandantes de a pie, que se preguntaron para sus adentros quién iría en ese coche cerrado sin enseñas, sin sospechar que era la reina en persona.

El coche de María Luisa Gabriela cruzó el Manzanares por el puente y entraron en la Casa de Campo por el Camino de Extremadura. Allí había un pequeño pabellón de caza, bastante severo, de estilo herreriano, decorado por dentro, como pudieron comprobar al franquear su puerta de maciza madera de roble claveteada, con el antiguo y sobrio gusto español, de la época de Felipe II. Entrar en la pieza principal producía en la reina y sus acompañantes la sensación de regresar a un pasado que nadie había querido tocar. El suelo, de barro cocido rojo, haciendo cuadrados y

estrellas, estaba impoluto. Una hermosa chimenea de piedra, renacentista, estaba apagada, pero encima de la misma había un precioso cuadro de pájaros y animales de Schnyders, con un marco sencillo dorado. Otros cuadros de caza de mérito colgaban de las paredes, entre los cuales había una Diana cazadora de Rubens y un bodegón de caza holandés, magníficos. Las paredes sobre las que estaban colgados los cuadros estaban forradas de madera oscura de roble y dos excelentes bargueños salmantinos estaban al frente, abiertos, mostrando el rico trabajo de sus cajones tallados y dorados con finas incrustaciones de hueso, sobre dos mesas de pie de puente, a los dos lados de la ventana. Las sillas y sillones que completaban el mobiliario de la amplia habitación eran de respaldo recto y alto, frailunas, de excelente talla, con asientos de cuero repujado andaluz. Una gran mesa castellana de centro, con un gran jarrón de cerámica azul de Talavera, con unas preciosas dalias rojas y blancas, ponía una nota de color en medio de la severidad.

—Aquí dentro, hasta las dalias llevan las armas de la casa de Austria —dijo la reina con humor.

—Estáis muy ocurrente, majestad —dijo la princesa de los Ursinos—. En efecto, los colores tenían que ser los de los Habsburgo, como lo es toda la habitación; un verdadero templo del pasado. De esa puerta del fondo podría muy bien salir el rey Felipe II en persona y no me extrañaría nada.

—Pues a mí me daría un susto de muerte, princesa —dijo la marquesa de San Antonio, en el mismo tono de humor—. Nos iba a pedir demasiadas explicaciones por nuestra presencia aquí que nos iba a ser difícil darle.

—En eso tenéis toda la razón, marquesa —le respondió—. Mejor será que no salga. Eso nos ahorrará un buen susto.

—Salgamos afuera, señoras. No me siento cómoda aquí. Todo es demasiado masculino y demasiado antiguo. Lo encuentro agobiante.

—Me parece una excelente idea, majestad. Visitemos el jardín. El rey ha ordenado que se planten unos parterres de flores para aliviar la severidad del pabellón.

—Buena idea, Ana María, y luego, si queréis, podemos dar un paseo en coche por el camino del bosque. A ver si conseguimos ver algún ciervo.

Las dos damas salieron detrás de la reina, dejando la habitación cerrada con sus presencias de otro tiempo. La tarde transcurrió después con gran dulzura. La temperatura era agradable, y una fina brisa mecía las hojas de los árboles, haciéndolas danzar con suavidad. Las flores del jardín crecían bien en ese lugar, protegidas por unos árboles bien dispuestos del excesivo calor, y la reina disfrutó de las reinas margaritas, de algunas rosas de los rosales de luna y de las hermosas dalias, ordenando que le cortaran un ramo de las rojas, que se iba a llevar al alcázar. El avanzado estado de embarazo de su majestad hizo que se cansara pronto de estar de pie. Entonces, pasearon por el bosque un buen rato, en el coche, pero no consiguieron ver ningún venado. Regresaron al alcázar antes del anochecer, entrando en la capital

del mismo modo discreto en que habían salido.

* * *

Por fin llegó el esperado mes de septiembre. La reina tuvo una nueva recaída de su enfermedad, que cada vez estaba más claro que era una forma de tisis, y el rey estaba muy preocupado porque noche a noche veía cómo María Luisa Gabriela iba perdiendo fuerzas, sin que ningún remedio le sirviera. Los días pasaban lentos, renqueantes, como si el tiempo fuera más despacio, mientras todos esperaban el nacimiento del nuevo infante.

El nuevo mayordomo mayor de palacio, duque de Escalona, y marqués de Villena, nombrado para el cargo a la muerte del condestable de Castilla, por su valía personal y su íntima amistad con la princesa de los Ursinos, intentaba hacerle a la reina la vida agradable, con cuantas cosas podían gustarle, pero María Luisa Gabriela estaba para poco. Sólo deseaba con todas sus fuerzas que llegara el día del parto y que todo fuera bien.

El día 23 de septiembre, apenas comenzado el otoño, en una mañana gris de luz difusa, nacía el infante don Fernando, tras costarle a la reina muchos esfuerzos el parto, que no fue fácil y que la dejó exhausta y al borde de sus fuerzas. Como en cada alumbramiento, estuvieron presentes los representantes del rey de Francia, de los príncipes franceses y los grandes, además de los embajadores. Gracias a Dios, el infante era un niño sano y fuerte, más grande de cuerpo que los dos anteriores, y el rey, dentro de su profunda preocupación por la salud de la reina, se congratuló de que también su nuevo vástago fuera varón. La ley sálica aprobada en mayo de ese año y la sombra de las muertes de su familia le hacían desear tener más niños, para sentir asegurado el trono de España, y este tercero le daba esa tranquilidad.

Ahora, para que su felicidad fuera completa, lo más importante era la recuperación de la reina. Pero María Luisa Gabriela no sólo no se recuperó sino que, durante los meses siguientes, su salud fue cayendo en picado. Tan pocas eran sus fuerzas que apenas se interesaba en los asuntos de Estado, a pesar de que el rey le contaba como siempre todo lo que estaba pasando y le pedía su opinión sobre cada decisión. Con indiferencia oyó que Macanaz y Orry estaban llevando drásticas reformas en los consejos de Castilla, Hacienda, Indias y Órdenes, que cristalizaron en los decretos de noviembre de 1713 que les daba Nueva Planta. La reina ni se inmutó al saberlo, aunque ella había sido, con la princesa, la impulsora de ese cambio por virtud del cual la monarquía se libraba de los últimos lastres del pasado, preparándose para el asalto final a la Barcelona que se había atrevido a declarar la guerra a Felipe V, aún después de ser abandonada por los aliados, en una política suicida.

María Luisa Gabriela se sentía muy mal. Sabía que estaba muy grave porque apenas atendía al rey mientras éste le hablaba. Había días que en medio de sus

dolores, de repente, captaba su presencia; eso la aliviaba. No se sentía con fuerzas para hablar muchas veces y entonces le miraba, pidiendo fuerzas al cielo para no rendirse y para que el rey no se diera cuenta de todo lo que ella estaba sufriendo, que empezaba a ser un verdadero calvario. En ese tiempo comenzó a no poder dormir acostada, porque se ahogaba, como consecuencia de la asfixia que le provocaba su escasa capacidad pulmonar, consecuencia de la tisis y el crecimiento desmesurado de los dolorosos ganglios del cuello, que se lo habían deformado por completo, como si tuviera bocio, y que también le hacían difícil tragar los alimentos.

Dado que cada vez estaba peor, el rey despidió a los doctores que la visitaban y llegaron nuevos médicos a verla, pero ninguno dio con un remedio que fuera capaz de desinflamar su cuello y dar alivio a sus males para permitirle descansar. Así, a finales de año, la reina vivía un verdadero infierno. Sufría un dolor constante, provocado por los ganglios, con escasos momentos de alivio que no le permitían una vida normal.

Ya no podía ni ir a visitar los apartamentos del príncipe y los infantes y hacía que se los trajesen a los suyos, de visita, cuando se sentía capaz de disimular su dolor ante ellos. El príncipe Luis, de seis años, se daba cuenta del malestar de su madre e intentaba alegrarla con sus juegos y gracias, que enternecían a María Luisa Gabriela. De hecho, a finales de 1713, los únicos placeres de la reina eran las visitas del rey y sus hijos y las conversaciones con la princesa y la marquesa, aunque cada vez le quedaban menos fuerzas incluso para charlas. A veces, las dos le leían poemas y la reina escuchaba los versos de los poetas franceses como Ronsard y la Pleiade, que le leía Ana María, y los poetas del siglo de oro español, que le leía Antonia, con gusto.

A María Luisa Gabriela le asombraba lo diferentes que eran aquellas dos grandes damas. La princesa era siempre la más elegante; vestida y enjoyada perfectamente para cada ocasión; de una prestancia regia, hermosa a pesar de sus setenta y un años que no aparentaba en absoluto, de una inteligencia vivaz, rápida, política, con unos ojos magnéticos azules, capaces de dominar casi a cualquiera. Antonia, en cambio, era todo lo contrario. Su belleza que se había hecho serena, la escondía cuanto podía. Vestía de viuda, severamente, sin concesiones a la moda ni a sus posibilidades; casi siempre de negro, salvo en días señalados y a petición expresa de la reina. Su coquetería la había enterrado a la muerte de su esposo y cuando salía, prefería ir velada, de modo que no la pudieran mirar de frente, cosa que no le gustaba.

Las dos se le habían entregado con la misma devoción; la una desde la infancia, la otra desde su llegada a España, y ambas le habían hecho llevaderos los últimos tiempos en que la enfermedad estaba pudiendo con ella. Parecía que la muerte la retaba de nuevo a una última partida de ajedrez y la tenía arrinconada, sin salida. María Luisa Gabriela sentía que iba perdiendo en ese juego mortal y veía, al otro lado del tablero, cómo la muerte se tomaba su tiempo para transformar su jaque a la reina blanca en un jaque mate definitivo.

—¿En qué piensas, Luisa?

—En lo poco que me queda de vida, Antonia. Ya no puedo continuar así. No lo

soporto más. No entiendo qué es lo que me pasa y por qué ningún médico es capaz de solucionarlo.

—No tengo yo la respuesta a eso, amiga mía, y no sabes cómo me gustaría poder dártela y mi vida también, si pudiera, tuya sería. Me duelen tus dolores, porque los hago míos, Luisa. ¡Ojalá que pudiera quitártelos y que me atacaran a mí, en lugar de a ti! Con cuánto gusto los recibiría.

—No te lo recomiendo, Antonia. Los males que me afligen son como para volverse loca. No descanso, no duermo, no como. El dolor está siempre ahí, agazapado a veces, a veces rabioso, otras sordo; pero constante, insidioso, duro, inmisericorde.

—Mi pobre reina —dijo tomándole la mano y besándosela, mientras se escapaban unas lágrimas de sus ojos—. ¿Por qué tú, que siempre has sido la mejor de todos nosotros? No sabes cuánto me duele verte sufrir. ¿Qué puedo hacer por ti? ¿Puedo hacer algo que te alivie aunque sea un poco?

—Ya lo haces, al seguir a mi lado.

—Eso no es nada.

—Para mí, lo es todo. Tu compañía es un consuelo, incluso ahora, que me cuesta tanto hablar —dijo María Luisa Gabriela mientras una mueca de dolor se coló en su rostro. Comprendiendo que la reina estaba de nuevo siendo atacada por el dolor, Antonia quiso distraerla, de otro modo.

—He traído el libro de la mexicana sor Juana Inés de la Cruz, que te gustó el otro día, Luisa.

La reina guardó silencio, absorta mientras escudriñaba su interior. El dolor comenzaba a remitir de nuevo.

—¿Quieres que te lea una de sus poesías? —insistió la marquesa a punto de llorar, al ver el sufrimiento de su amiga que no podía evitar.

—Me encantará, Antonia. En estos días tan duros, esa profundidad suya, tan esencial, me da paz —dijo con voz débil—. Además, admiro la entereza con que vivió su vida; su disciplina para saber callar, cuando tenía tanto que decir, obedeciendo a la iglesia... Son un buen ejemplo para mí.

—Tú sí que eres un ejemplo para todas nosotras, Luisa; de majestad, de virtud, de amor, de entrega, de humildad y de aceptación de tu sufrimiento.

—Yo sólo he hecho de mi deber mi voluntad, Antonia. Nada más. Y ella lo hizo también. Léeme la de «En perseguirme el mundo», por favor.

—Ahora mismo, Luisa —dijo la marquesa de San Antonio buscando la poesía que quería oír la reina, y cuando la encontró recitó con voz temblorosa:

*En perseguirme el mundo, ¿qué interesa?
¿En qué te ofendo, cuando sólo intento
poner belleza en mi entendimiento
y no mi entendimiento en las bellezas?*

*Yo no estimo tesoros ni riquezas.
Y así, siempre me causa más contento
Poner riquezas en mi entendimiento
Que mi entendimiento en las riquezas.
Y no estimo hermosura, que vencida.
Sea despojo civil de las edades,
Ni riqueza me agrada, fementida,
Teniendo por mejoren mis verdades
Consumir vanidades en la vida
Que consumir la vida en vanidades.*

—Qué hermosos versos, Antonia —dijo María Luisa Gabriela, interrumpiéndola—. Vuelve a recitarlos de nuevo para mí, querida amiga, porque aparte de belleza, contienen una gran enseñanza.

Antonia Frattini volvió sus ojos al principio de la página y comenzó de nuevo a recitar, mientras el rostro de la reina se serenaba. Moría la fría tarde de Madrid; se iba furtiva, casi sin despedirse, mientras la noche se posesionaba del alcázar. Los criados entraron con discreción a encender los candelabros que dieran luz a la alcoba real y Antonia siguió leyendo con voz suave, hasta que la reina cerró los ojos y se quedó dormida, en su alto butacón. Su respiración era trabajosa. La marquesa levantó sus ojos hacia ella y la miró de frente, escudriñando su rostro sufriente, con toda la compasión que siempre procuraba ocultarle, pero no se movió del lugar en el que estaba. No se hubiera perdonado despertarla y allí se quedó, mirando el rostro desencajado, pálido y enfermo de la reina de España, y supo, con la misma claridad que tenía antaño su hermana cuando tenía premoniciones, que su amiga del alma se iba a ir muy pronto, y en lo profundo de su corazón, por más que le dolía su pérdida, se alegró, porque así acabaría el calvario de María Luisa Gabriela.

1714

Requiem Aeternam

A las 8 de la mañana del día 14 de febrero de 1714, la reina María Luisa Gabriela exhaló su último suspiro. El silencio que se hizo en su alcoba duró un instante, como si los mismos ángeles lo hubieran provocado, mientras se llevaban su alma que se liberaba por fin de su cuerpo doliente.

El rey, que estaba con la cabeza apoyada en su almohada, mirándola, no se dio cuenta de que estaba muerta. No quería verlo, no podía aceptarlo. Felipe V no asumía lo que estaba aconteciendo. Llevaba tantos años viendo cómo su esposa se recuperaba, tras cada crisis de la enfermedad, por grave que fuera, que había pensado que también saldría de ésta. Por eso la miraba fijamente, sin creerse que ya no iba a volver a respirar y no decía nada. Sólo esperaba que ella le dijera que estaba bien y que todo había sido un mal sueño.

Pero no era así. María Luisa Gabriela había fallecido y la princesa de los Ursinos se encargó de cerrarle los ojos, piadosamente, a la que hasta entonces era su señora, y los tres prelados, el patriarca de las Indias, el arzobispo de Toledo y el Limosnero, rezaron en la cámara un responso por la reina muerta, que fue coreado por los miembros de la corte que entraron en la habitación, desde la antesala donde esperaban, al hacerse pública la noticia. Entre los presentes estaban: la marquesa de San Antonio, totalmente desolada y cubierto el rostro con un velo negro; el duque de Escalona, el conde duque de Benavente y el duque de Medina Sidonia, al lado de su majestad el rey; el conde de la Corzana, al frente de la casa de la reina, de quien era mayordomo mayor, y los más afectos a ella, como eran la anciana duquesa de Terranova, la princesa de Monteleón, los duques de Medina de Rioseco, Infantado, Arcos, Veragua y Havré, el marqués de Astorga, el de Quintana, el conde de Frigiliana, el marqués de Bonnac y Brancas, el embajador de Francia.

Acabado el responso, la princesa de los Ursinos tomó el mando de la situación, ya que el rey estaba demasiado afectado para dar las órdenes oportunas. Le dirigió una mirada intencionada al duque de Escalona que éste comprendió inmediatamente, para que se ocupara de llevar al rey a sus aposentos y se quedara con él, mientras ella preparaba el cuerpo para su exposición en el gran Salón de Audiencias de palacio.

Una vez que consiguieron, usando de las mejores artes, que su majestad se retirara, acompañado del duque de Escalona, el conde duque de Benavente y el duque de Medina Sidonia, la princesa pidió que todos los demás, salvo la marquesa de San Antonio, salieran de la habitación. Tenían que vestir a la reina y luego podrían pasar a verla antes de que el pueblo pudiera entrar en el Real Alcázar para despedirse de ella.

Mientras tanto, en la explanada de Oriente de palacio, se había juntado una gran

multitud, esperando noticias. A pesar del frío, muchos habían pasado la noche allí, velando a la reina durante sus últimas horas de vida, acompañándola en espíritu y oración. La noticia de la muerte llegó a la multitud antes de que se comunicara oficialmente, por alguien de la servidumbre de palacio y la masa de madrileños se hizo lamento de dolor. Muy temprano, en esa mañana del miércoles de ceniza, los madrileños lloraron la muerte de la reina que se había ganado sus corazones, mientras las campanas de las iglesias de Madrid tañían a muerto, en homenaje a la joven reina difunta. La multitud no se movió de delante de palacio en toda la mañana, incluso después de la comunicación oficial de la noticia por parte del duque de Escalona. A lo largo de la mañana, la cantidad de gente que se acercaba al Real Alcázar había aumentado y, entonces, la princesa de los Ursinos organizó, con la venia del rey, que estaba abrumado por el dolor, como estaba previsto, que el pueblo pudiera entrar en el alcázar para despedirse de la reina.

La marquesa de San Antonio y la princesa de los Ursinos estuvieron bastante tiempo intentando dejar a la soberana lo más presentable posible para su despedida. La habían vestido con uno de sus más hermosos trajes de corte, y le habían puesto algunas de las joyas más queridas de María Luisa Gabriela, como el aderezo de diamantes que le había regalado el rey con motivo del nacimiento del príncipe de Asturias. La habían maquillado con todo esmero, dando colorete a sus mejillas, tapando los surcos de dolor y las ojeras, pintando sus labios de rosa, y luego le habían puesto una hermosa peluca rizada sobre sus ralos cabellos y, en el tocado, un joyel con la famosa perla peregrina.

—Creo que deberíamos colocar un encaje blanco sobre el cuello para que no se vea tanto la inflamación, princesa.

—Sí. Estoy de acuerdo, amiga mía. Pero no va a ser fácil que quede natural. El empeoramiento de los últimos días lo hace difícil.

—¿Qué tal si le colocamos una mantilla de encaje como envolviendo el rostro y colocamos el collar sobre el encaje? Así podrán ver su expresión que es hermosa, pero no la deformidad.

—Probemos a ver qué tal queda —dijo la princesa, pidiendo a la azafata de la reina que trajera una mantilla blanca. Mientras esperaban las dos damas se quedaron mirándose unos instantes. Juntas habían vivido la enfermedad de la reina y le habían dado alivio—. Decidme, Antonia, ¿qué vais a hacer ahora que la reina se nos ha ido? —añadió la princesa de los Ursinos, rompiendo el silencio.

—Ya lo sabéis, Ana María. Sigo decidida a entrar en un convento para pasar allí el resto de mi vida. Se me han muerto todos los seres que yo más quería y no me siento con ganas de comenzar a querer de nuevo a otras personas. Tuve un marido al que amé, una hermana maravillosa y una amiga excepcional, que se me acaba de morir. Ahora me toca rezar por ellos y quiero dejar el mundo, que ya no guarda nada de interés para mí.

—Deberíais meditarlo un poco más, Antonia. Es una decisión muy dura. Sois

demasiado joven y tenéis muchas posibilidades de rehacer vuestra vida. Sois grande de España, por derecho propio; además de ser toda una gran dama, querida y respetada en la corte. Podéis volver a ser feliz. Os lo digo yo, que quedé viuda muy joven de mi primer marido, el encantador príncipe de Chalais, y a pesar del dolor de su pérdida, luego me volví a casar y fui feliz con el duque de Bracciano. Desde la experiencia de mis setenta y un años, y el aprecio que siento por vos, que es legítimo, os ruego que no os enterréis en vida. ¿Vais a entregar toda esa vida que tenéis por delante a la soledad de un convento? Me parece una auténtica barbaridad porque apenas estáis en la flor de la vida.

—Agradezco de corazón vuestras palabras, princesa, y vuestro afecto, que sé que es legítimo, como lo es el que yo siento por vos, y comprendo que para vos mi decisión parece una locura. Pero miraos, princesa, y miradme y veréis la gran diferencia que hay entre las dos. Vos, a vuestra edad, seguís queriendo seducir y además lo conseguís; seguís estando plenamente en el mundo, en el centro de la escena, dominando los resortes de la sociedad y del poder con suma maestría. Y ahora, en este tiempo que viene, tendréis que apoyar a su majestad el rey, porque, en ausencia de la reina, os necesitará más aún. Ése es vuestro destino y lo hacéis muy bien. Desde donde vos estáis, comprendo que mi decisión parezca una locura. Pero si os ponéis un instante en mi piel, comprenderéis que el velo que llevo cubriéndome el rostro no es por modestia ni por pudor, sino porque genera una barrera muy deseable entre el mundo y mi persona que yo quiero que sea aún mucho mayor. Para mí, las tapias del convento que vos consideráis prisión son refugio contra los males del mundo. Os confieso que cada día entiendo menos a los hombres y que, además, he dejado de intentarlo. No juzgo a nadie para no ser juzgada y, como no necesito nada del mundo, lo mejor es que me retire discretamente, haciendo una fundación con mis bienes y los que heredé de mi hermana, para la atención de los necesitados. Si me admiten, me gustaría entrar en el convento de la Encarnación, donde imagino que se hará el túmulo funerario de María Luisa Gabriela. Entre sus acogedores muros, quizás encuentre yo mi lugar. Yo necesito poco. Me basta con un libro de horas, algunos de poesía y un humilde lecho donde descansar mis nostalgias y calmar mi dolor.

—Veo que estáis decidida de verdad, Antonia.

—Por completo, princesa. Sólo me retenía en el mundo el cuidado de María Luisa Gabriela y, ahora que ella también se ha ido, ya no queda nada del mundo que me haga permanecer en él. No me gusta la corte ni su falsedad. Los grandes que me han acogido benevolentemente entre ellos, tienen como norte el constante ensalzamiento de sus casas, por encima de las de los demás, y desean estar cerca del poder y, si pueden, ejercerlo. Yo no y, además, no quiero ser un peón de ese juego, porque no me aporta nada. Soy dos veces grande de España, por el amor de nuestra reina fallecida, pero no tengo herederos a quienes dejárselas; que retornen pues al rey, de donde vinieron. En adelante, quiero ser sólo una más de entre las monjas del convento, sin

privilegios ni deferencias.

—Eso va a ser muy duro, Antonia. Habéis vivido siempre en palacio y rodeada de lo mejor. Parece sencillo dejarlo todo, desear una vida modesta y retirada y aceptar las privaciones, pero llevarlo a cabo, os adelanto que no va a serlo tanto.

—Eso espero, Ana María. Deseo que me cueste mucho esfuerzo, porque así, si la vida en el convento y las penitencias me producen sufrimiento, me iré acercando, poco a poco, a mi querida reina, cuya enfermedad ha sido el peor de los calvarios, como muy bien sabéis vos.

—En verdad, me asombran vuestras palabras e incluso me admiran, Antonia. Y os confieso que también me permiten acabar de comprender por qué la reina os tenía un afecto tan profundo y verdadero. Me costaba creerlo, pero veo que sois exactamente como aparentáis, lo cual en esta corte es algo así como un milagro.

—Por eso no quiero quedarme en el mundo. No quiero más vanidades que me pesen en el alma.

En ese momento llegó la azafata con una caja llena de mantillas. Las dos damas dejaron su conversación y se pusieron a mirarlas.

—¿Qué os parece ésta? —dijo la princesa mostrando una espléndida de *chantilly*.

—Creo que irá muy bien, Ana María. Es muy hermosa y no parece demasiado grande, lo que nos permite colocarla en el catafalco, como deseábamos.

—Probémosla, si os parece —dijo ofreciéndosela a Antonia, que la tomó con delicadeza; se acercó al cadáver de María Luisa Gabriela y, con todo el afecto y el cuidado más amoroso, estuvo haciendo pruebas, hasta que consiguió enmarcar con ella el rostro, de modo que la belleza de la reina se realzara, consiguiendo esconder totalmente el cuello inflamado. La princesa de los Ursinos, mientras, la miraba, impresionada.

—¿Os gusta, Ana María?

—Creo que habéis hecho un excelente trabajo, Antonia. A ella le habría encantado.

Ante estas palabras, brotó de los ojos de Antonia un torrente de lágrimas silenciosas y emocionadas, que el velo que la tapaba ocultó. La marquesa de San Antonio y de Santa Ana se sentó en una silla, ante el féretro, y sacando de un bolsillo oculto de su vestido un hermoso rosario de nácar, comenzó a rezar, en silencio. La princesa, comprendiendo que la amiga de la reina deseaba estar un último momento a solas con ella y como tenía que ordenar muchas cosas aún, aprovechó para retirarse.

—Voy a disponer el traslado del féretro al gran salón para dentro de una hora. ¿Os parece bien, Antonia?

La marquesa de San Antonio asintió con la cabeza.

—Me voy pues. Os veo dentro de un rato.

—Id con Dios, Ana María. Y que Dios os guarde esa energía que nunca parece agotarse.

La princesa se retiró pensando que la amiga de la fallecida reina no pertenecía en

verdad al mundo. ¿Cómo era posible que una mujer de veintiséis años, rica, guapa y grande de España, quisiera meterse en un convento? Era tan ajeno a su modo de ver la vida que le costaba admitirlo aunque las razones que había esgrimido Antonia fueran de peso para ella. Ana María seguía teniendo la duda de que los años mantuvieran en la marquesa esa misma devoción y deseo de aislamiento, pero consideraba que ya había cumplido con su deber. Ahora, lo que hiciera Antonia era decisión suya. Ella tenía en verdad muchos asuntos de que ocuparse. En primer lugar, quería ver si ya estaba preparado el gran salón del Real Alcázar, donde el catafalco de la reina iba a estar tres días, para recibir el homenaje de su pueblo. Luego había que organizar el traslado a El Escorial, para que pasara al pudridero y preparar el lugar donde le correspondía yacer, en el panteón de los reyes y reinas madres de reyes. Y además, había que conseguir que el rey saliera de su estado de profunda melancolía.

La muerte de María Luisa Gabriela era una tragedia de largo alcance, pensó, mientras iba con paso decidido por los pasillos de palacio. Su reinado había sido demasiado breve; había demasiadas cosas en el aire que se podían malograr. Su mera ausencia iba a hacer que el rey, que en los últimos años no había tenido esos ataques de melancolía, gracias al perfecto amor que tenía por la reina y a la guerra, recayera en su mal de modo muy grave, cosa que podía dificultar mucho el gobierno, inmerso en importantes cambios. Y desde luego, su papel en la corte estaba ahora en el aire. No sabía qué decidiría el rey. La muerte de la reina le hacía perder su puesto importantísimo de camarera mayor de su majestad. Eso sí, seguía siendo el aya del príncipe de Asturias y ahora tendría que ocuparse de comunicar al joven príncipe Luis la noticia de la muerte de su madre. Desde luego, parecía que los príncipes herederos de la casa de Borbón estaban destinados, desde hacía setenta años, a ver morir a sus padres muy jóvenes. Tendría que ser fuerte porque los tiempos que seguirían no iban a ser fáciles.

* * *

El pueblo de Madrid se volcó, como se esperaba, en la despedida de la reina. Miles de madrileños se dirigieron a palacio y esperaron durante muchas horas en silenciosa y triste hilera, bajo el rabioso frío de febrero, para poder estar unos momentos ante la reina María Luisa Gabriela y poder decir adiós a la que habían querido tanto.

El rey estaba muy afectado. La princesa iba a verlo muy frecuentemente para intentar animarlo, pero no conseguía nada por más que lo intentaba. Durante varios días, estuvo como ido y luego empezó a no descansar. La princesa de los Ursinos comenzó a preocuparse.

—Majestad, ¿queréis que os traigan algo de comer? No habéis probado bocado en todo el día.

—No tengo hambre, Ana María. No deseo nada más que el retorno de María Luisa Gabriela, y eso no es posible.

—Debéis comer, señor. Os vais a poner enfermo y eso no os beneficia ni beneficia al reino.

—No puedo hacerlo, princesa —dijo con cara un tanto alienada—. ¿No veis las sombras de los fantasmas de palacio que nos persiguen? No los temo, pero los siento ahí; los vislumbro entre las sombras del atardecer y en las estancias oscuras.

—Eso se debe a que no deseáis que iluminen vuestros apartamentos, Sire. Si lo deseáis, ordenaré que enciendan los candelabros.

—No, Ana María. No. Prefiero esa penumbra misteriosa. Así puedo intentar descubrir a mi esposa, que seguro estará mirándome desde algún lado. Si encendemos las luces, seguramente se irá.

—Majestad, como todos sabemos, la reina está ya en el cielo y desde allí os bendice y desea sobre todo que tengáis ánimo. Tenéis demasiadas obligaciones con vuestro pueblo y vuestros Estados para que la melancolía os domine ahora.

—No es melancolía lo que siento, princesa, sino dolor. Un dolor profundo y lacerante que me impide hacer nada que no sea lamentarme y llorar la muerte de la mejor de las reinas y la más amante de las esposas.

—Yo también la echo mucho de menos, majestad. Pero precisamente por eso no debemos dejarnos abatir. Ella nunca lo hizo. Dominó su dolor, se sobrepuso a su enfermedad y salió adelante muchas veces, hasta que no pudo resistir más.

—Tenéis que ayudarme mucho, Ana María. Solo no puedo. La echo tanto de menos, era maravillosa.

—Me tenéis a vuestra entera disposición, majestad. Sólo hacedme saber vuestros deseos.

—No soporto un minuto más estar en el Real Alcázar —dijo el rey, en un estallido—. Todo me recuerda a ella.

—Pues salgamos de aquí, majestad. Tenéis otras residencias en Madrid a donde ir. Está el palacio del Buen Retiro.

—No. Allí aún me acordaría más de ella.

—¿Y qué tal el palacio de Medinaceli? Lo tenéis requisado, desde la prisión del duque.

El rey se quedó pensativo unos instantes y luego comenzó a mover la cabeza afirmativamente.

—Sí —dijo—. El palacio de Medinaceli me parece un lugar perfecto. Allí podré reponerme mejor. Disponed mi marcha lo antes posible.

—En cuanto esté todo preparado, podréis hacerlo. Habrá que acondicionar algunas habitaciones, porque somos muchos los que tenemos que ir y, aunque es grande, faltará espacio.

—Pues ponedlos en movimiento. Deseo salir de aquí cuanto antes.

—Así se hará, majestad.

* * *

Los funerales de la reina fueron magníficos y su túmulo funerario para las exequias, en el convento de la Encarnación, se le encargó al arquitecto real, Ardemans. Palomino compuso las inscripciones del mismo y un hermoso cuadro las explicaba. En el lienzo, arriba, al lado derecho, aparecía una concha de nácar sostenida por una mano que salía de una nube que contenía una perla hermosa, iluminada por el resplandor de la aurora. Por debajo, en el lado contrario del lienzo, la mano de un esqueleto levantaba la cubierta de una urna y hacía entrar en ella una perla, exactamente igual a la de arriba, pero guarnecida de oro, esmaltes y piedras preciosas. La metáfora quería decir que la reina, que había nacido como una fina perla concebida por la aurora, a su muerte, como un joyel embellecido por el oro de la gracia divina, iba a ser enterrada como un tesoro.

También las autoridades de la ciudad, en la iglesia de Santo Domingo, quisieron hacerle unas exequias magníficas, pero por más que en efecto lo fueron, en realidad nadie hallaba consuelo de su pérdida, porque María Luisa Gabriela de Saboya había sabido encarnar lo mejor de la monarquía y tocar las cuerdas más sensibles del ánimo de su pueblo.

Y en Madrid, su Madrid del alma, siempre seguirían recordándola como la niña reina extranjera que supo hacerse española por el amor de un rey que también quiso serlo de España. Había muerto joven, con sólo veinticinco años, pero dejaba una poderosa huella en todos los que la habían conocido y tratado. Y su memoria quedaría siempre guardada en los corazones de las gentes sencillas que se habían abierto y entregado ante la inocencia y el carisma de aquella soberana que, ante todo, lo había sido del pueblo, como recordaba con gracejo aquella coplilla que un anónimo madrileño le dedicó al inicio de la guerra que decía:

*Soy María Luisa Gabriela.
Yo no soy reina;
soy la esposa de un soldado
que va a la guerra.*

Epílogo

Algunas precisiones históricas

La muerte de María Luisa Gabriela se produce el 14 de febrero de 1714. Se hace necesario este breve epílogo para cenar los diversos asuntos pendientes a su muerte.

La guerra de sucesión de la corona de España culminó con la toma de Barcelona, el día 12 de septiembre de 1714 en la Península y termina, definitivamente, con la caída de Palma de Mallorca en manos de Felipe V en junio de 1715.

El rey Felipe V se volvió a casar, meses después de la muerte de su primera esposa, con la italiana Isabel de Farnesio. Su reinado, en dos períodos, abarca desde 1700 a 1724 y desde 1724 a 1746. Estos dos períodos se deben a su abdicación en su hijo Luis I, el príncipe de Asturias, su primogénito de María Luisa Gabriela, que reinaría durante unos meses en 1724. Su prematura muerte hizo que Felipe V retornara al trono ese mismo año. El matrimonio del rey con Isabel de Farnesio, organizado por la princesa de los Ursinos, provocó la caída en desgracia de esta poderosa dama. El abad Julio Alberoni la engañó, haciéndola creer que Isabel de Farnesio era una princesa pusilánime a la que podría dominar, hasta conseguir su matrimonio con el rey de España. Nada podía estar más lejos de la realidad. El mismo día de su llegada a la corte, en el castillo de Jadraque, en Guadalajara, el 24 de diciembre de 1714, en una entrevista truculenta de la que se ha escrito mucho, la nueva reina ordenaba el exilio de la princesa de los Ursinos, que fue llevada a la frontera francesa sin darle tiempo ni a cambiarse de vestido. Una terrible humillación para quien había entregado su vida al servicio del rey. El monarca no hizo nada por ella, salvo pagarle puntualmente la pensión que tenía asignada. Llevando al femenino el famoso dicho «a rey muerto, rey puesto», Isabel de Farnesio ocupó en su vida, el mismo puesto preferente de María Luisa Gabriela.

Marie Anne de la Tremoille Noirmoutier, cuyo nombre nos ha llegado traducido como Ana María, princesa de los Ursinos. Nacida en París en 1642, casó con *monsieur* de Talleyrand, príncipe de Chalais con diecisiete años, y ambos se exilian a España como consecuencia de un duelo. Chalais muere en 1670, y la dama se casa en segundas nupcias, en 1675, con el riquísimo Flavio Orsini, duque de Bracciano, grande de España. Viven en el Palazzo Orsini de la Piazza Navonna de Roma, que sería el centro de la vida cultural de la ciudad. Ana María queda viuda de nuevo en 1698. En 1701 es nombrada camarera mayor de María Luisa Gabriela de Saboya, esposa de Felipe V, y lo será hasta su muerte. Nombrada camarera mayor de la nueva reina, Isabel de Farnesio, tras su matrimonio por poderes con Felipe V, ésta la despide el 24 de diciembre de 1714. Desde entonces vive en París, Avignon, Genova y Roma, donde muere en 1722, a los ochenta años. Su interesante vida, llena de aventura, intrigas y luchas por el poder, es digna de tener un libro propio. Su figura ha pasado a

la historia demasiado mediatizada por clichés que no corresponden a la realidad de su alto papel en la corte española, de la que fue el alma.

Luis XIV morirá en 1715. Su largo reinado, de setenta y dos años, que había comenzado en 1643, supuso el triunfo de un nuevo modo de entender la monarquía: el absolutismo. Provocó el declive militar, político y económico de España y extendió por Europa la influencia francesa, que incluía el racionalismo, el academismo y el gusto francés. Le sucede su bisnieto Luis XV, sobrino del rey de España, Felipe V.

A la muerte del rey Sol, la regencia de Francia la ejerció Felipe, duque de Orleans, por la prematura muerte del duque de Berry, hermano pequeño del rey de España, Felipe V, en 1714.

La reina Ana I Estuardo de Inglaterra también muere en 1714. La usurpación del trono de su hermano Jacobo III Estuardo se consolida en la descendencia de su otra hermana Sofía, casada con el elector de Hannover. Los Hannover reinarán en Gran Bretaña y bajo su reinado se expandirá el Imperio Británico.

Breves notas sobre los hijos de María Luisa Gabriela y Felipe V

Luis I. Nacido en 1707, contrae matrimonio con Luisa Isabel de Orleans, nacida en 1709, hija del duque de Orleans, sobrino de Luis XIV y regente de Francia. Reinó en España desde el 24 de febrero de 1724 al 31 de agosto del mismo año, en que muere de viruelas, con solo diecisiete años.

El infante Felipe Pedro, segundo hijo de María Luisa Gabriela, moriría siendo niño, con solo siete años, en 1719.

Fernando VI. Tercer hijo de María Luisa Gabriela y Felipe V, nacido en 1713, reinaría, a la muerte de su padre, desde 1746 hasta 1759. Se casó con la princesa portuguesa Bárbara de Braganza y murió sin sucesión, extinguiéndose con él la línea de María Luisa Gabriela de Saboya.

Carlos III, el hijo mayor de Felipe V e Isabel de Farnesio, que en ese momento era rey de Nápoles, desde hacía más de veinte años, heredaría el trono de su hermanastro Fernando VI. Reinó en España desde 1759 hasta 1788. Casó con María Amalia de Sajonia a la que sería siempre fiel.

Le sucedería su hijo Carlos IV, que sería rey de España desde 1788 hasta 1808, fecha de la invasión napoleónica. Contrajo matrimonio con María Luisa de Parma. Fueron padres de Fernando VII.

La genealogía de los Borbones españoles sigue en línea recta hasta la persona de su majestad el rey, don Juan Carlos I, casado con la reina doña Sofía de Grecia (cuyo linaje es el de los reyes de Dinamarca, la casa de Schleswig-Hollstein).



JOSÉ MIGUEL CARRILLO DE ALBORNOZ MUÑOZ DE SAN PEDRO, vizconde de Torre Hidalgo (Cáceres, 11 de febrero de 1959), es licenciado en Derecho, y en la actualidad se dedica casi en exclusiva a la literatura y escribe para diversos periódicos y revistas. Entre sus diecinueve libros publicados, destacan sus novelas históricas que le han convertido en uno de los novelistas más importantes del género: *Memorias de doña Isabel de Moctezuma* que fue número tres en ventas en México, *Los hijos de doña Isabel de Moctezuma*, *Carlos V el emperador predestinado*, *Carlos V, la espada de Dios*, *Diario de un viaje iniciático por México*, *La reina triste*. *Catalina de Aragón*, *Relatos mágicos y leyendas de México*, *El gobernador de Indias*, *Yo, Juana la Beltraneja*, *la reina traicionada*, *Jaque a la reina blanca*, *El manuscrito secreto* y *¡Muera Napoléon!*. En 2005 fue finalista del primer Premio Algaba de Ensayo con *Moctezuma II Xocoyotl, el semidios destronado*.

Presente también en el mundo del arte, ha escrito *Entender de arte y antigüedades — una guía práctica para el coleccionista—*, con la colaboración de Beatriz de Orleans. Ha sido profesor de los cursos de Coleccionismo Artístico de la Universidad de Sevilla. Y en los últimos años ha colaborado con la galería Edward Tyler Nahem en Arco y es asesor de coleccionistas privados.